

*Selecta*

UN MES  
PARA SEDUCIR  
A UNA DAMA



DIANE HOWARDS



MINSTREL VALLEY

Un mes para seducir a una Dama  
Minstrel Valley 6

*Diane Howards*

*Selecta*

**Minstrel Valley** es un proyecto novedoso, rompedor y sorprendente. Catorce mujeres que crean una serie de novelas gracias a una minuciosa organización que ha llevado tiempo y esfuerzo, pero que tiene su recompensa materializada en estas quince novelas que vamos a disfrutar a lo largo esta temporada. Esta labor de comunicación entre ellas, el apoyo mutuo, la coordinación y coherencia no hubiese sido posible sin nuestras queridas autoras, que hacen visible que con cariño, tiempo robado a sus momentos de ocio, de descanso y de familia, confianza, paciencia, esmero y talento, todo sea posible. Desde **Selecta** os invitamos a adentraros en **Minstrel Valley** y que disfrutéis, tanto como nosotros, de esta maravillosa serie de regencia.

*A Lola y Almudena.  
A las Juglaresas, porque la vida es mejor con una sonrisa.  
A la familia que hay detrás de Minstrel Valley.*

*Sed cuidadosas con el contacto físico. Un caballero puede poner un chal a una dama en los hombros, ayudarla a montar sobre un caballo, a entrar en un carruaje, puede pasarle un brazo por el suyo para que se apoye mientras camina o para tomar la postura propia del baile.*

*Cualquier otro contacto será desaconsejado.*

Reglas del decoro de la señorita Sherman

Escuela de Señoritas de lady Acton.

## Capítulo 1

*Septiembre de 1837. Minstrel House  
Minstrel Valley, condado de Hertfordshire.*

El radiante sol de mediodía incidía sobre los parterres de dalias, hortensias y crisantemos que componían el espectacular jardín trasero de Minstrel House, edificio que albergaba la prestigiosa Escuela de Señoritas de lady Acton, en Hertfordshire.

Rebecca Grant, alumna de esa respetada institución, salió a la terraza posterior de la mansión después de asistir al acto de presentación oficial de alumnas y profesores. Sentía las mejillas arrojadas y el corazón agitado. Una emoción cálida había anidado en su cuerpo y no encontraba una razón coherente para la inquietud que se le había despertado. ¿Estaría enferma?

Se sentó en uno de los bancos de piedra que se ubicaban contra las paredes laterales y trató de buscar la causa del malestar que la afligía de forma sostenida en los últimos días. No eran pocas las cosas que le habían ocurrido en esa semana y, quizás, su azoramiento estaba relacionado con alguna de ellas.

Podía, sin ir más lejos, haber cogido frío en la *Boat Race*, la carrera de remos que se había celebrado en Minstrel Valley dos días atrás y en la que ella había participado. O, quizás, la causa debía buscarla en la mezcla de bebidas que había tomado en la fiesta que tuvo lugar después y en la que se anunció el compromiso de una de sus mejores amigas, lady Rosemary Lowell.

A la copa de jerez que había ingerido al comienzo de la velada, tenía que sumarle una —o dos— de champán que habían sido preceptivas para brindar por los novios. Afortunadamente, su tía no se había dado cuenta de ese exceso o, de seguro, la habría reprendido por semejante acto, impropio de una dama. Becca no se culpaba por aquello; solo había deseado festejar la buena fortuna de su amiga, se justificó.

El hecho de no haber cenado lo suficiente antes de la fiesta por los nervios que le había suscitado el compromiso de Rose también podría tener algo que ver con su estado. A decir verdad, no comía lo suficiente desde entonces. Esa misma mañana había dejado casi la mitad de su desayuno.

¿Qué le estaba ocurriendo?

Una idea fugaz cruzó su mente, pero se dijo a sí misma que su indisposición no podía tener nada que ver con lo que acababa de ocurrir en el salón principal de la escuela, donde habían mantenido

una reunión preparatoria de las clases de ese año.

Los ojos negros y chispeantes del nuevo profesor de arte no podían ser los responsables de su ánimo, ¿verdad que no?

Su mente regresó a la fiesta del compromiso y se recordó a sí misma envuelta en los diestros brazos de Alfred MacArthur mientras la conducía con maestría por la pista de baile. Aunque acababan de presentárselo, sintió cómo su corazón se atolondraba, pero culpó a la noche de verano y a la emoción de los acontecimientos.

Sin embargo, la misma sensación le había sobrevenido de repente, unos minutos antes, cuando lady Eleanor Harper, la directora de la escuela, había entrado en el gran salón donde las había convocado acompañada por el profesor de arte para presentarlo oficialmente a las alumnas.

«Señor Alfred MacArthur», pronunció mentalmente su nombre con deleite.

No negaba que era un hombre con cierta gallardía. «Es el hombre más apuesto que has visto», le dijo una vocecita interior que trató de silenciar. Acto seguido, se reprochó la idea porque no podía ser cierta. El prometido de Rosemary o incluso el condestable del pueblo eran hombres guapos, de los más guapos que conocía; el señor MacArthur no era tan excepcional.

Evocó el momento exacto en que, al pasear su mirada por el salón de baile, lo había descubierto. Estaba junto al señor Angus McDonald, el dueño de la forja, ya que, según le contaron después, provenían del mismo pueblo y eran amigos.

Una sonrisa se dibujó en su cara al recordar el revuelo de las compañeras cuando les fue presentado y se enteraron de que iban a tener un nuevo profesor. Un nuevo profesor de arte, más concretamente. Él se mostró cortés y agradable, bailó con todas ellas; con muchas damas de la fiesta, en realidad, incluida su tía.

Rememorando ese momento, Becca esperó de todo corazón que la baronesa, lady Cinthya, su tía, no lo hubiera estado interrogando respecto a ella cuando estuvieron bailando. No le había pasado inadvertido que no dejaba de vigilar a las alumnas mientras hablaban con el profesor unos minutos antes de que se iniciara el baile.

El señor MacArthur se le había acercado, amable, mientras ella conversaba con su amiga Emily Langston, Mily, y se había integrado en la conversación. Descubrió que era fácil hablar con él. Tanto, de hecho, que los nervios le habían soltado la lengua. ¡Si hasta monopolizó la charla hablando de su tía!

No obstante, nada en el rostro del profesor le hizo ver que se aburría. La estuvo animando durante toda la conversación y le preguntó por lo que hacían cuando no estaban en la escuela. Su amiga apenas había abierto la boca, y Becca se sorprendió de ser capaz de decir tantas cosas seguidas.

Ganar la atención del caballero le había gustado mucho.

Era bonita, lo sabía, su tía siempre se lo decía.

Volvió al presente. Miró hacia el fondo del jardín, donde las hojas de los árboles comenzaban a cubrir el suelo, y tuvo la reveladora sensación de que ese curso iba a presentarse muy interesante.

Suspiró de modo tan profundo que incluso se sobresaltó.

Era la primera vez que ponía sus ojos en un caballero y no sabía cómo sentirse al respecto. Recordó a Romola Seymour, una antigua alumna, prima de Tiberia. Ella había logrado conquistar al profesor sustituto de baile la primavera pasada, e incluso se había casado con él. ¿Eran entonces sus pensamientos tan disparatados?

—¡Becca! —La llamada de lady Rosemary la sacó de sus pensamientos—. ¿Te encuentras bien? Me ha extrañado que salieras justo cuando lady Eleanor y el señor MacArthur se han marchado.

Por un momento, temió que lo que estaba experimentando por culpa del nuevo profesor pudiera estar reflejándose en su rostro, pero se tranquilizó de inmediato cuando su amiga no dijo nada más. Rosemary Lowell estaba siempre pendiente de los demás y no hubiera dejado de mencionarlo si la hubiera notado rara.

Le sonrió con ternura y pensó en lo mucho que Rose había cambiado en el último mes, desde que lord Richard Bellamy había entrado en su vida.

El amor era la mejor medicina para el alma, estaba convencida.

—Sí, claro que lo estoy. Solo me había quedado absorta en lo bonito que está el jardín en esta época del año. Da mucho que pensar. El paso del tiempo... —comentó con aire ausente—. Esas cosas.

—Oye, venía a buscarte —continuó su amiga con un matiz suspicaz, a la vez que compasivo, en su voz—. Lady Eleanor nos ha autorizado a ir a las caballerizas. ¡Han sacado a los potrillos por primera vez a campo abierto! —anunció con entusiasmo.

—¡Oh, qué ternura! ¿Y nos deja ir solas? —preguntó con sarcasmo.

En la Escuela de Señoritas de lady Acton se cuidaban las reglas de etiqueta a pies juntillas.

—Nos acompañará lady Valery, por supuesto.

Rebecca Grant no era una joven que se quejara, pero en aquel momento un suspiro se escapó de su boca.

«¡Otra vez!».

El amor la rodeaba. Romola Seymour, lady Valery, lady Eleanor y ahora lady Rosemary se habían comprometido ese mismo año con las personas que sus corazones habían elegido.

—Yo también pensaba que mi futuro no sería muy agradable. —Parecía que a Rose no le había pasado desapercibida su turbación, después de todo.

—¿Por qué dices eso? —Trató de hacerse la despistada—. Se te ve muy feliz, sobre todo desde hace dos días.

—Es cierto, desde que Richard me pidió matrimonio soy la mujer más feliz del mundo.

Becca sintió envidia por primera vez en su vida. Anheló para sí misma la alegría que reflejaban los ojos y la sonrisa de su amiga; la misma felicidad y por el mismo motivo.

Desde que su tía la inscribió en la escuela, en Minstrel Valley, había sabido cuál sería su destino: contraer un matrimonio adecuado. En ese tipo de enlaces el amor no era imprescindible, obviamente, y se había conformado hasta cierto punto, pero... en su fuero interno ella deseaba otra

cosa. A su alrededor, el amor crecía como las rosas, ¿por qué no podría ella ser una de las pocas afortunadas?

Sin embargo, no podía decepcionar a su tía Cinthya, la hermana de su madre. Le debía mucho. Solo tenía ocho años más que Becca, pero se había hecho cargo de ella tras quedar huérfana, pues su abuelo no era capaz de cuidar ni de él mismo.

No, no podía decepcionarla.

Sin embargo, la curiosidad se había instalado en su mente, y las preguntas respecto a los secretos del amor siguieron colándose en la conversación.

—¿Sabes cuándo te enamoraste? —preguntó a su amiga—. ¿Fue nada más verlo?

—Entonces no lo sabía —confesó Rose, tras pensarlo un instante—, pero sí, creo que me enamoré de él en el momento en que me sacó del lago.

—¿Te sacó del lago?! —preguntó casi horrorizada—. ¿Qué hacías allí? ¿Te habías caído?

—Es una larga historia —respondió Rose, avergonzada—, digamos que fui imprudente.

—Suena muy romántico.

—¡Salí mojada de los pies a la cabeza! Pero bueno, ahí nos conocimos. Otro día coincidimos, y cuando lo vi en casa de lady Conway y fuimos presentados creí que me moriría de vergüenza. El muy descarado me invitó a dar un paseo en barca.

Por la sonrisa que se dibujó su cara, Becca supo que evocaba aquellos días, no tan lejanos, que marcaron su comienzo.

—Por supuesto le dije que no. Mi situación...

Su situación la supieron mucho después: su padre la había comprometido con otro hombre. Aquello, afortunadamente, había terminado bien.

—Pero triunfó el amor —la animó Becca al ver que los recuerdos se tornaban tristes—. Cupido no está tan ciego cuando dispara sus flechas.

—Cada vez que lo veía me asaltaban cosquillas en el estómago —continuó relatando—, mi cuerpo reaccionaba a él. Y he de decirte que lord McEwan no cejó hasta conseguir un... un paseo.

Rose se ruborizó, y ella entendió que aquel paseo clandestino había estado cargado de besos y caricias. Analizó la expresión de su amiga, su voz, sus palabras al hablar de su amado y lo que le hacía sentir...

Las comparó con sus propias emociones y con el hecho de que estas se alteraban cada vez que pensaba en el profesor MacArthur o cuando lo veía. Era muy apuesto, y estaba segura de que debía poseer una gran sensibilidad, pues alguien que amara el arte no podía ser de otra manera.

Así fue como lo supo. No tenía que ir a visitar al doctor Ian Aldrich. ¡Qué vergüenza si le hubiera relatado sus supuestos síntomas al médico del pueblo delante de la directora de la escuela!

La respuesta estaba clara.

Se había enamorado.

A Patrick Miller le fascinaba ver salir por primera vez a los potrillos al exterior, observar cómo agachaban el cuello para olisquear el pasto o su inocente forma de inspeccionar el entorno, siempre pegados a la madre, con esa confianza ciega que solo los mamíferos mostraban hacia su progenitora.

Era una escena casi tan conmovedora como la que, en aquel momento, tenía lugar también ante sus ojos y que había hecho incluso desaparecer por completo de su mente a los adorables animales que consideraba bajo su cargo: un ramillete de las más hermosas señoritas que jamás hubiera visto.

Todas eran preciosas a su manera. Las había morenas, pelirrojas, rubias; esbeltas o voluptuosas, altas y bajas; con intrincados moños o con sencillos recogidos; vestidas en muselinas verdes, azules, amarillas... Se preguntaba cuál podía ser la más bonita de todas y por vida suya que no podía acertar a elegir ninguna. Según le habían dicho, se trataba de las alumnas de la Escuela de Señoritas de lady Acton. Habían venido a las caballerizas de su primo, Dunhean Bissop, entrada ya la mañana, atraídas por la potrada de las yeguas.

Para Patrick no había sido una gran sorpresa llegar de viaje la noche anterior, desde el norte, y encontrarse con que al día siguiente iban a sacar a las crías por primera vez a pastar, pues era habitual que el destete ocurriese en los primeros días de septiembre. La noticia le había satisfecho sobremanera, pues era un momento muy especial para cualquier criador de caballos.

Eso era lo que hacían los Bissop de Cumbria: criar caballos. Los mejores de toda Gran Bretaña. Y Patrick era un Bissop. En fin, no portaba el apellido, pues su padre, William Miller, entró en las caballerizas de la familia como capataz más de veinte años atrás, teniendo el buen tino —era un hombre con carácter e inteligente— de enamorarse de Portia Bissop, la hija del patrón por aquel entonces y hermana de Nicholas, el actual dueño. Pasó a formar parte del negocio: aprendió de contratos, de números, y se encerró en los despachos, dejando a su cuñado todo el sitio en los establos y creándose sus propios dominios.

En definitivas cuentas, Patrick Miller pertenecía a una estirpe de ganaderos, los Bissop, por lo que su vida siempre había girado en torno a los caballos, y siempre lo haría, si de él dependía.

Se había situado junto a la cerca del modo más silencioso, por lo que las chicas no eran conscientes de su presencia allí. Se acercaban con distintos grados de seguridad a los potrillos en medio de entusiasmados susurros que a veces se convertían en una pequeña algarabía. Lady Valery Clayden, la prometida de su primo y profesora de la escuela, procuraba poner orden sobre las alumnas y guiarlas para que no asustasen a las crías, pero algunas jóvenes eran demasiado intrépidas y corrían el riesgo de llevarse un mordisco. Justo cuando se percataba de que una de las muchachas salía despavorida al aproximarse a ella una yegua con afán protector —se había acercado mucho a su potranca—, la joven aventurera alzó la cabeza, y la mirada de Patrick se cruzó con unos ojos de color aguamarina que lo observaron con cierta perplejidad. Ella parpadeó una sola vez, con una deliciosa caída de sus tupidas pestañas, como si acabase de reparar en su presencia y esta le resultase extraña. Aquellos ojos redondos y enormes se quedaron anclados en

los suyos por un instante que le pareció suspendido en el tiempo. Una curiosa incomodidad le agujereó el pecho ante el atento escrutinio, hasta tal punto que ni se le ocurrió dedicarle una sonrisa seductora o un pequeño guiño, cosa que habría hecho en cualquier circunstancia o con cualquier otra dama.

Pero no hizo nada de eso, nada de lo acostumbrado. Tan solo se quedó varado en aquellas indescriptibles profundidades azules que parecían embaucarlo en un ensueño del que no se veía capaz de salir. Ni siquiera cuando las mejillas de la joven se tiñeron de rubor y apartó la mirada para volver a concentrarse en los potrillos, Patrick fue capaz de abandonar su contemplación. Se fijó entonces en el vibrante tono cobrizo de su cabello, en su estilizada silueta y, madre del cielo, en su exquisito talle coronado por dos generosos senos que convertían su delicada belleza en pura sensualidad. La incomodidad que antes había sentido en el pecho se extendió por otras zonas de su cuerpo y, finalmente, una sonrisa canalla comenzó a nacerle en los labios.

No llegó a dibujarla por completo, pues la física más elemental lo trajo de vuelta a la realidad del modo más desagradable, con el contundente impacto de la palma abierta de Dunhcan Bissop, el propietario de las caballerizas, al estrellarse directamente contra su nuca.

—Ni se te ocurra, cachorro. —Le oyó advertirle.

Se supo pillado, pero estaba poco dispuesto a reconocerlo. Si algo lo ponía de un humor de mil demonios era que lo trataran como a un crío al que se podía pelar la nuca. Que un hombre que le sacaba ocho años le hablase como su propio padre, le irritaba en demasía. Su primo Dunhcan, al igual que Thomas, el mayor, habían sido para él una especie de fastidiosos hermanos postizos, al ser Patrick hijo único. Habían bromeado siempre y lo habían inducido con frecuencia a meterse en problemas. Siendo el pequeño del trío, lo utilizaban a su antojo para cuantas bribonadas se les ocurrían, y él siempre salía airoso porque tenía a todos los padres metidos en el bolsillo, librándose de la mitad de los castigos. Pero de buenas a primeras, Dunhcan se había convertido en un adulto con una remilgada conciencia. ¡Menudo fiasco! Porque bien pensado, ese selecto grupo de señoritas tan bonitas y refinadas podría ser una fuente inagotable de diversión para él.

Se volvió con cara de pocos amigos.

—No estaba planeando nada, ni siquiera estaba utilizando el cerebro —mintió con descaro y el ceño fruncido—. Deberías agradecerme que esté atento a los potrillos, podrían acercarse a ellas y causar un accidente.

—Me preocupa más que estés atento a las chicas. Son damas de la escuela de lady Acton, Patrick. ¿Has oído? Damas.

—¿Insinúas que no sé comportarme entre gente refinada? —retrucó con ironía.

—No estás aquí para alternar con gente, ni refinada ni de baja estofa ni de ningún otro tipo. Te diré, por tu propio bien, que todas ellas son jóvenes de buena familia, algunas hasta hijas de nobles, y que buscan esposo. Lo repetiré dado que has admitido no estar utilizando el cerebro: buscan esposo. Y ya que a tus veintiún años eres muy joven para casarte, mejor te alejas.

—Dunhcan...

—¿Te recuerdo cuál fue el motivo que te llevó a abandonar Cumbria?

Esbozó una mueca de disgusto por toda respuesta.

La razón de su presencia en Minstrel Valley era doble. Por un lado, iba a encargarse de supervisar el traslado de media docena de yeguas de paseo a las caballerizas de Cumbria. Y por el otro, había decidido poner tierra de por medio con su hogar porque había tenido lugar un *pequeño* incidente relacionado con dos jovencitas muy distinguidas de la nobleza rural.

Jamás en su vida lo hubiera creído si no lo hubiese visto con sus propios ojos, pero las hermanas Wembley, lady Mary y lady Catherine, habían discutido de forma muy notoria en el baile de la baronesa Bedwend por su causa. Ambas creían ser el objeto de sus atenciones y, al comprender su error, se habían enfurecido tanto que incluso se había presenciado, para bochorno de todos los asistentes, algún que otro tirón de pelo entre las hermanas.

—Te doy mi palabra de que no voy a comprometer a ninguna de esas «damas» y que me voy a comportar como un perfecto caballero cuando esté en su presencia —prometió solemne—. Aunque me gustaría hacer notar que yo solo estoy apoyado contra la cerca viendo a los potrillos, y que todavía no se ha hecho público que haya deshonrado a ninguna jovencita incauta. Así que no me trates como si fuera un criminal. ¿Me has entendido?

Su primo, que quizás no había esperado que tuviera algo que objetar al respecto de su orden directa, levantó una ceja con una arrogancia fruto de esos insignificantes ocho años que le llevaba.

—Patrick...

—Es más —le interrumpió con un ímpetu nacido de la indignación—, me veo obligado a recordarte que, para ser un bruto del norte, has tenido la osadía de comprometerte no con una dama sino con una lady —objetó con estudiada ironía—, así que no me vengas con lecciones moralistas sobre con quién relacionarme. —Viendo que la conversación no estaba tomando un rumbo muy agradable para ninguno de los dos, se obligó a rebajar el tono—. Ahora bien, si tu preocupación, que es muy lícita por otra parte, es que tenga la tentación de flirtear con todas y cada una de las jóvenes que estudian con lady Valery, puedes quedarte tranquilo. No me aventuraría en semejante gesta. He tenido *ladies* —remarcó la palabra— suficientes para lo que me queda de vida.

Minutos después, cuando las palabras tomaron derroteros menos turbulentos y más profesionales, Patrick rezó en silencio para que la belleza de ojos azules no perteneciera a la aristocracia. De ser ese el caso, no habría mentido en absoluto, se dijo a sí mismo, pues no pretendía flirtear con todas y cada una de las alumnas ni lo necesitaba tampoco. Solo con una muy concreta.

## Capítulo 2

Después del oficio en la iglesia de Saint Mary, Becca había ido con algunas compañeras a la tienda de Bella Gibbs. Era lo menos que se merecían después de aguantar durante una hora el sermón del padre Ellis. Le agradó comprobar que no era la única a la que le gustaba registrar entre las vitrinas y los estantes llenos de cintas. Como ella, la mayoría de las chicas iban buscando algún botón o lazo con el que adornar sus bonetes o vestidos.

Mientras caminaban hacia el colmado, seguidas de Lucy Campbell —una de las doncellas de Minstrel House—, la señorita Lorianne Bowler, otra de las alumnas, había relatado sus días veraniegos en la casa familiar de Stockbury Hall, en Kent, los largos paseos matutinos por el campo, o las tardes pintando mientras su madre la acompañaba. La paz que le daban los suyos le había sentado bien. Emily Langston añadió que ella había evitado ir con sus padres; en su casa eran muchos y no le apetecía estar al cuidado de los más pequeños solo porque sus hermanas creían que, al no estar casada ni comprometida, no tenía nada mejor que hacer. Se escucharon las quejas solidarias de sus amigas: Mily no era ninguna solterona.

Becca, sin embargo, pensó que tener muchos sobrinos y hermanas, como aquella, debía de ser divertido y caviló sobre cómo una sencilla comida a la sombra de un abedul, rodeada de tantos seres queridos, tenía que ser la cosa más interesante y divertida.

Sus palabras le hicieron recordar cómo había sido su vida: no contaba con una gran familia, y aquello era algo que había añorado siempre. Su deseo de pertenecer a una bien grande no se había cumplido. Su tía y ella solo se tenían la una a la otra, y la idea de otro accidente como el de sus padres le provocaba terror.

En la tienda, como siempre, la señora Gibbs las atendió servicial y con algunas preguntas que indicaron que nada se le escapaba y que, más que saciar su ignorancia, lo que hacía era confirmar lo que sabía.

—Ha llegado un nuevo profesor. —No era una pregunta—. Es muy apuesto. No sé yo si ustedes están muy seguras con un hombre así en la escuela.

—¿Qué quiere decir? —saltó Lucy con mala cara.

Todas se quedaron mudas ante su reacción. Que la doncella saliera con aquella respuesta impresionó a Becca y a las demás. Siempre parecía tan interesada y poco cordial que pensaban, ella y las demás compañeras, que lo único que le importaba era sacar provecho de tapar sus

pequeñas licencias cuando se escapaban de su vigilancia. Por supuesto, con la consabida recompensa a su silencio. Sin embargo, el desafortunado comentario de la dependienta ponía en duda el buen cumplimiento de su función de protegerlas, y eso no pensaba consentirlo. La señora Gibbs, sorprendida, no supo muy bien qué contestarle.

—Quiero decir que... que... Estaba bromeando, Lucy. Ya sé que están seguras contigo. No se te escapa nada —rectificó sus palabras y continuó como si nada—. Me ha parecido un caballero muy serio y galante, aunque ya teníamos una pintora en el pueblo. Dos son demasiados —aclaró—. Se ha llevado todos los pigmentos que tenía y mucho material. Espero que la señorita Barbara O'Neill no necesite azul de Prusia, porque no me queda nada y hasta dentro de dos semanas no recibiré más.

Tras el breve incidente, y como era habitual, las chicas se dispersaron por el establecimiento. Becca se distrajo mirando unos pañuelos para el cuello. No necesitaba nada, pero era coqueta y le gustaba llevar uno diferente cada día. Trató de recordar qué vestía cuando tuvo la última conversación con el señor MacArthur. Iba de amarillo; la siguiente iría de azul, a juego con sus ojos aguamarina.

En aquel momento, por mucho que quiso imaginarse al profesor, lo que su mente rescató fueron otros ojos, unos que la habían escrutado casi al milímetro. La imagen del joven sin nombre que se le dibujó, la asombró. Lo había visto en las caballerizas, cuando habían ido a ver a los potrillos. Había sido atrevida y, a riesgo de ser mordida por el animal, se había acercado más de lo que le había aconsejado lady Valery. Al final, se había asustado cuando la yegua, en un intento protector hacia el potrillo que ella intentaba acariciar, había hecho un gesto brusco que la había espantado. Con prisa se había alejado de ellos y, al hacerlo, su vista se había cruzado con la de un caballero que, desde el cercado, observaba todos sus movimientos. ¿Quién sería? No recordaba haberlo visto antes.

Intentó evadir el recuerdo, pero por unos segundos se deleitó en él. Por sus ropas no parecía un jornalero. Era alto, con un espeso pelo moreno y ondulado en el que imaginó enterrar sus dedos y comprobar si era tan suave como parecía. Tenía un cuerpo musculoso, cincelado como las estatuas de Miguel Ángel que había visto en Florencia. Las dulces sensaciones que recorrieron su estómago fueron sorprendentes. No podía decir el tiempo que quedó atrapada en aquella mirada, pero el hombre, enganchado como ella a través de lo que su vista le ofrecía, ni siquiera había movido un músculo que dibujara una sonrisa, y eso la había molestado. No porque la mirara, sino porque sabía que se había ruborizado. Entonces, había vuelto a centrar la atención en los potrillos y se había obligado a ignorarlo.

Las palabras de una de las chicas la sacaron de sus pensamientos.

—¿Tienes calor? —preguntó lady Noelle Montague—. Se te ve sonrojada.

No entendía cómo su cuerpo podía ser tan traicionero.

—No, no es nada... —mintió—. Mejor os espero en la puerta.

Salió con Emily y, a los pocos minutos, el resto de las compañeras se les sumaron. Contentas,

emprendieron el camino de regreso a la escuela. Al pasar por la puerta de la casa de la Vieja Guardia, saludaron al condestable, Nerian Worth, quien, para desilusión de Emily y Lori, no estaba acompañado de su perrita. Las observó pasar y las saludó, amable. Tuvo la impresión de que las miraba con detenimiento, aunque parecía estar pendiente de todo y de nada.

Patrick había pasado la mañana revisando a las potrancas que serían mandadas a Cumbria al final de la semana siguiente. Se notaba el cuidado con el que los trabajadores de las caballerizas Bissop trataban a los animales, pensó para sí. No solo era cuestión de que la yeguada estuviera sana y bien alimentada, sino que sus crines brillaban en distintas gamas de colores y su comportamiento era magnífico. También lo era su morfología, aunque en eso poco tenían que ver los mozos de cuadra y sí mucho el criador que elegía los cruces: Dunhcan Bissop, en última instancia.

No podía menos que admirar las instalaciones que había construido su primo en Hertfordshire. Había dos espaciosos establos, uno para cada línea de cría, adosados a un cobertizo perfectamente organizado. En realidad, todo en aquel lugar estaba bien dirigido y encajado. Le encantaba el ambiente que se respiraba en las caballerizas, el olor a heno limpio y al cuero de las sillas de montar.

Ese era, justamente, el motivo que lo había llevado de vuelta a las cuadras tras el almuerzo. Habían llegado un par de sillas nuevas para montar a mujeriegas que provenían de Francia y que, según le había comentado Dunhcan, eran la última moda. Se trataba de un nuevo modelo para señoras, elegante y mucho más seguro al disponer de una tercera corneta de apoyo. Se habían adquirido para la Escuela de Señoritas de lady Acton, pues la idea era que cada alumna tuviera designada siempre la misma montura y que, incluso, se la pudieran llevar como obsequio una vez que terminaran su formación.

Dado que Patrick no podía hacer nada productivo durante el resto del día, se había prestado a portarlas hasta Minstrel House. El ofrecimiento no había sido desinteresado, obviamente, sino que encerraba un objetivo muy concreto: volver a ver a la belleza de ojos azules que no había conseguido sacarse de la cabeza en toda la mañana.

Todavía sentía ese cosquilleo en el pecho al pensar en ella, y la curiosidad empezaba a corroerle la mente con preguntas tan dispares como cuál sería su nombre o de qué tono luciría su piel en las zonas ocultas a la vista. Estaba claro que le sería más fácil averiguar lo primero que lo segundo, pero el primer paso para dar respuesta a esos interrogantes era el mismo: encontrarla. Había tenido que hacer acopio de grandes dosis de estudiado desinterés para que no se notase el afán con que se había brindado a hacer el recado. Las alusiones a la majestuosa arquitectura del edificio y su necesidad de hacer algo útil habían sido aliados imprescindibles para que su ardid tuviera éxito. Dunhcan sabía lo inquieto que era y lo frustrante que le resultaba la inacción, de modo que le había dejado ir a él en lugar de llamar al joven que, al parecer, era quien iba de

forma habitual a la escuela cuando era necesario, un tal Johnny River, al que no había conocido aún.

Una vez frente al edificio, al este del pueblo, debía reconocer que Minstrel House era en verdad impresionante. No parecía una escuela, sino una mansión. Estaba encarada hacia el sur, en dirección al lago Minstrel, según le había dicho su primo, para cobijarse del viento. La fachada combinaba la piedra gris con detalles en blanco, y tenía en el edificio principal, al que se anexionaban dos alas simétricas, dos torres de tejados cónicos que le daban un aire romántico de castillo. Se accedía a la entrada por una escalera de tres ramales destinada a impresionar, pues se hallaba elevada sobre una plazoleta y ornamentada con parterres y flores de temporada.

No faltaban casas fastuosas en Cumbria, pero nada comparado con aquella elegante mansión. Un servicial hombre canoso llamado Henry Randall, que parecía ser el jardinero, le indicó el camino hacia el establo, donde se encontró con el señor de aquellos dominios, Jarvis Bonder, quien le dispensó una bienvenida bastante amable. Admiraron juntos las nuevas monturas y le enseñó las cuadras y el cobertizo, cuya limpieza y orden casi podía rivalizar con las caballerizas Bissop.

Cuando, un tiempo después, Patrick se despidió de él, procuró dar la impresión de que volvía a su actual residencia, pero nada más lejos de su intención. Al llegar al camino de salida de la propiedad, viró a la izquierda y enfiló hacia la entrada principal de la escuela. Era consciente de que no podía llamar a la puerta y preguntar por una joven bonita y sensual como ninguna, de brillantes ojos azules, pues lo más probable era que lo echaran a patadas o que incluso le dispararan.

Por fortuna, no le hizo falta hablar con ninguno de los sirvientes de Minstrel House ni manifestar sus intenciones, pues unos pocos pasos a su izquierda había un grupo de tres jóvenes que parloteaban junto al pequeño estanque rodeado de árboles. Hasta allí se dirigió con la esperanza de encontrar a su hermosa ninfa entre las muchachas, si bien la suerte no le sonrió en aquella ocasión. Por su aspecto, supo al instante que eran alumnas, e incluso creyó recordar que alguna de ellas había estado visitando a los potrillos el día anterior con lady Valery.

—Buenas tardes, señoritas —saludó.

Las tres se revolviéron agitadas al escuchar su voz, todas con similares caras de sorpresa.

—Buenas tardes, caballero —respondió una joven rubia de ojos azules que era una auténtica belleza inglesa—. ¿Quién es usted y qué hace en la escuela?

—No deberías hablar con él, M-Margaret —susurró una tímida muchacha cuyos maravillosos y enormes ojos castaños conferían luz y dulzura a un rostro que, de otro modo, sería casi olvidable.

Margaret, que tenía pinta de no seguir muy al pie de la letra los consejos que se le daban, entrecerró los ojos en su dirección como si estuviera valorando la situación.

—Me llamo Patrick Miller —anunció con cuidada zalamería para ganarse el favor de aquellas jóvenes—. Estoy de visita en casa de mi primo, Dunhcan Bissop, y he venido a traer unas

monturas que supongo que serán para las nuevas alumnas.

—Nosotras no somos nuevas en la escuela —comentó una tercera muchacha igualmente atractiva—, y creo que le recuerdo. ¿No estaba ayer en las caballerizas cuando fuimos a ver a los potrillos?

—Así es. Llegué a Minstrel Valley hace apenas un par de días y tengo previsto quedarme unas semanas para llevar algunos asuntos de negocios de mi primo. ¿Les gustó, entonces, la visita de ayer?

—Oh, desde luego que sí —confirmó con expresión encantada la joven llamada Margaret—. Son los animales más adorables que he visto. Después de la camada de perritos del señor Worth, claro. Aunque, bueno, a decir verdad, esos potrillos eran tan preciosos...

—Se convertirán algún día en poderosos caballos de carreras, señorita...

Extendió la mano, viendo su oportunidad de presentarse.

—Oh, disculpe, soy lady Margaret Ashbourn. Y ellas son lady Amanda Etherington y lady Rosemary Lowell.

¿Es que todas las alumnas iban a ser ladies? Rezó por que no fuera el caso. Eso contravendría la promesa que le había hecho a su primo, y a Patrick no le gustaba mentir de forma premeditada.

—Vaya, entonces me temo que he sido terriblemente descortés. Les pido perdón, miladies —se disculpó con aire contrito, mientras la tímida lady Amanda apartaba la vista, azorada, pues estaba claro que le incomodaba ser presentada de ese modo a un desconocido—. Ya sé que no debería haberme inmiscuido en su conversación de esta forma, pero no he podido evitar recorrer esta majestuosa propiedad después de hacer mi encargo, y sentí curiosidad al escucharlas.

—No hace falta que se disculpe, señor Miller —añadió lady Rosemary, que mantenía una expresión afable pero distante—, aunque debe entender que no es lo más correcto que nos presentemos de esta manera.

—Claro, por supuesto, lo comprendo.

—Su primo, el señor Bissop, es nuestro profesor de equitación —apuntó lady Margaret—, y también el prometido de nuestra profesora de etiqueta, lady Valery.

Patrick ya era conocedor de todo eso y no estaba en su naturaleza hacerse el tonto, por tanto, asintió hacia la joven para hacerle saber que ya estaba al corriente, y continuó indagando.

—¿No tienen clases esta tarde? —quiso saber.

Tal vez si averiguaba las rutinas de la escuela podría saber dónde se encontraba el objetivo de su visita.

—Lo cierto es que aún no las tenemos —explicó lady Rosemary—. La idea era que empezáramos después de la *Boat Race*, pero, al ser jueves, se decidió que no sería hasta mañana, lunes, cuando tengamos las primeras lecciones.

A Patrick no le pasó desapercibido el hecho de que, a pesar de estar rodeado de tres preciosas jovencitas, no dejaba de esperar, a cada instante, que fuera otra la que apareciera. Lo normal habría sido que estuviera galanteando a cualquiera de ellas, o incluso a la tres, pero no dejaba de

mirar en todas direcciones para ver si la chica del pelo cobrizo y los ojos preciosos andaba cerca.

Quiso la suerte que sus esfuerzos obtuvieran recompensa. Desde una gran arboleda que quedaba al este del edificio, salieron tres jóvenes que venían cuchicheando entre ellas. La del centro era una muchacha de cabello rubio oscuro que fruncía el ceño como si le disgustara lo que le estaba diciendo la joven que caminaba a su izquierda, una linda morena, algo bajita, que parecía estar riñéndola.

Sin embargo, Patrick solo reparó en ellas brevemente, pues sus ojos se quedaron anclados en la imagen de la que caminaba a la derecha y observaba la interacción de sus amigas con semblante preocupado. En verdad parecía una ninfa emergida del bosque, con ese cabello vibrante de color castaño cobrizo y la encantadora expresión de concentración que volcaba sobre las otras muchachas. No lograba verle los ojos, pues su rostro estaba escorado en dirección a sus compañeras, pero el perfil que se le ofrecía a la vista era delicado y dulce. ¡Cuánta belleza!

—Menos mal —murmuró lady Rosemary—. Ya han vuelto.

El trío recién llegado se detuvo de golpe cuando la del medio, la que estaba siendo regañada, se percató de su presencia. Volvió a ser objeto del escrutinio sorprendido de tres nuevos pares de ojos entre los que se encontraban aquellas dos joyas de color azul verdoso que tenían el poder de hacer saltar su corazón dentro del pecho.

Ella no dijo nada, y el resto del grupo adoptó una actitud cautelosa ante la presencia de un extraño. Se produjo un silencio incómodo que fue interrumpido por una impetuosa lady Margaret.

—Habéis tardado una eternidad. —Después dirigió una mirada rápida en dirección a Patrick al ver la reticencia de sus amigas a decir algo—. No os preocupéis por él. No dirá nada, ¿verdad, señor Miller?

Patrick consiguió despegar sus ojos del rostro que lo tenía tan obnubilado y ofreció una sonrisa amable a todo el grupo.

—No podría, aunque quisiera, milady. Ni sé lo que han hecho ni a quién podría molestarle —se limitó a decir con aire jovial y cómplice.

Eso no pareció convencer a la chica rubia que había sido amonestada. Parecía mayor que el resto y, por ende, más al mando de la situación, como demostró al añadir:

—No podéis pretender que me fie de alguien a quien no conozco.

—Por suerte, eso tiene fácil solución —arguyó lady Margaret—. Chicas, él es el señor Patrick Miller, un primo del señor Bissop que está pasando una temporada en Minstrel Valley. Señor Miller, ellas son lady Noelle Montague y las señoritas Rebecca Grant y Lorianne Bowler. ¿Satisfecha? —dijo volviéndose hacia su amiga—. Venga, cuéntenos de una vez.

El que no estaba nada satisfecho era el propio Patrick. Había entendido perfectamente quién era Noelle, pero ¿cuál de las otras dos señoritas era su ninfa? ¿Rebecca o Lorianne? Maldición, ¿cómo preguntarlo sin ser demasiado obvio?

—¿Promete que no dirá una palabra de lo que escuche? —preguntó lady Noelle, ajena por completo a la tremenda inquietud que se había apoderado de él. Patrick asintió con toda

solemnidad para no dilatar más la escena—. Está bien. Siento el retraso, pero no he sido capaz de esquivar la vigilancia de Mildred Cotton. Me he pasado media hora recorriendo los estantes de la tienda de Bella Gibbs hasta que la mujer se ha ido de la plaza.

—Cualquiera diría que pasa más horas en Legend Square que en su casa —protestó lady Margaret.

—¿Pero lo habéis visto? —preguntó lady Rosemary.

—Casi de casualidad, pero sí —respondió con alivio su hermosa ninfa, que resultó tener una voz tan bonita como el resto de ella.

—Por poco conseguimos interceptarle cuando se dirigía a casa del condestable —explicó lady Noelle—, pero la señora Cotton se detuvo a hablar con él, y después se quedó en la esquina con el doctor Aldrich, que justo llegaba en ese momento. Ha sido entonces cuando hemos tenido que entrar en la tienda y fingir que comprábamos unas cintas y puntillas para que esa cotilla no se diese cuenta de que lo estábamos siguiendo.

—Jamás me había aburrido tanto en la tienda de Bella Gibbs —comentó la chica morena.

—¿Has podido hablar con... con él? —A Patrick, que seguía la conversación con gran atención para descubrir quién era Lorianne y quién Rebecca, le llamó la atención lo callada que había estado lady Amanda. Casi se había olvidado de ella. Probablemente, aquella tendencia a tartamudear era lo que la mantenía en silencio.

—Sí —respondió lady Noelle, aliviada—. Justo salía de casa del señor Worth cuando abandonábamos la tienda. Becca lo ha llamado con la excusa de preguntarle qué tinta usa para escribir.

Todos los ojos se dirigieron entonces hacia su ninfa.

Becca.

Rebecca.

Ella era la señorita Rebecca Grant. No era una lady. Gracias a Dios.

—¿Y bien? —preguntó Margaret con un tono tan impaciente como intrigado.

Becca aún no se había recuperado de la impresión, por lo que apenas lograba meter baza en la conversación y casi no se enteraba de nada.

Se le había parado el corazón al encontrar al hombre que se había estado colando en sus pensamientos todo el día justo delante de sus narices y en el momento en que menos podría haberlo esperado. Lori y ella habían accedido, de mala gana, a participar en una de las escapadas de Noelle para hacerse la encontradiza con el señor Catesby, el caballero que la desvelaba. Tuvieron que entrar y salir por la puerta trasera de la escuela, que a veces llegaba a tener más tránsito que la principal. Y nada más salir de la arboleda, allí estaba él.

Aquellos ojos castaños se clavaron en ella como si fuese la única persona en el lugar, y se dio cuenta de que algo se agitaba en su pecho. El mutismo se abrió paso entre sus amigas y el

desconocido por un breve momento, pero enseguida Margaret tomó el mando de la situación, hizo las presentaciones pertinentes y exigió explicaciones a la instigadora de la excursión, que la miraba con aire irritado.

—Y hablamos, Margaret. ¿Qué esperabas que le dijera con ellas delante? Hablamos un poco y nos vinimos, porque esta pesada no dejaba de tirarme del brazo para recordarme que íbamos a llegar tarde al té —dijo mirando a Lori—. Así que aquí estamos. ¿Es ya la hora del té?

—Todavía faltan unos minutos —respondió Rosemary.

—Pues venga —las arengó con un toque de impaciencia—. No he corrido como si fuera a acabarse el mundo para ahora llegar tarde y que lady Valery me fulmine con la mirada. —Se giró hacia Patrick con expresión contrariada—. Señor Miller, recuerde lo que ha prometido.

—Dudo haber comprendido algo de lo que han dicho —respondió él con una voz potente y ronca que a Becca le pareció muy bonita.

—Mucho mejor —respondió Noelle con una sonrisa resplandeciente.

La presencia del hombre tenía desconcertada a Becca; oía hablar a sus amigas sin ser capaz de participar. Aunque de reojo estaba pendiente de todos sus movimientos. Se sentía nerviosa, cohibida, y no sabía por qué. Cuando llegó el momento de la despedida casi se sintió aliviada. Casi.

«Rebecca Grant, di algo», se ordenó mentalmente. Iba a dar la impresión de que era tonta. Fue él quien volvió a tomar la palabra, poco dispuesto, al parecer, a despedirse de ellas.

—¿Les permiten salir a pasear después del té?

—Lo que se nos permite es muy subjetivo y cambiante, señor Miller —respondió Noelle por ella—. A veces sí y a veces no.

Becca no pudo evitar una sonrisa ante la respuesta de su amiga, aunque casi se atraganta al escucharle de nuevo.

—¿Puedo invitarla a pasear conmigo esta tarde si obtiene el permiso, señorita Grant?

Sintió que el corazón se le paralizaba y el aire no llegaba a sus pulmones. Pensó que iba a desfallecer de la vergüenza. No pudo evitar escuchar el ahogo de sus compañeras al contener la respiración.

«Pero ¿qué se ha pensado este hombre? Por muy primo del señor Bissop que sea es un atrevido y un desvergonzado... ¡Y un tunante!... Pero, por Dios, que tiene unos ojos hechos para tentar a los ángeles».

Cuando fue capaz de vencer la zozobra contestó.

—Eso sería de lo más inapropiado, señor.

Sí, esa era una buena respuesta. ¿Qué iba a pensar de ella el señor MacArthur si se enteraba de que había salido a pasear con un desconocido, aunque Lucy fuera a un metro de distancia?

—Nunca le darán permiso para pasear con un caballero a solas —aclaró Noelle, a quien no le importaba mantener la conversación por ella. Becca lo agradecía, su lengua se había vuelto pesada y torpe—. ¿Es que acaso no sabe nada de normas sociales?

—No mucho, la verdad —respondió él con tono irónico—. Lo suficiente, eso sí, para intuir que no tenían permiso para su excursión de esta tarde y por eso han actuado de modo clandestino.

«Un bribón, lo que yo pensaba».

El cruce de miradas entre Noelle y el señor Miller fue tenso, digno de tahúres.

—Como decía —volvió a contraatacar su amiga—, lo que podemos y no podemos hacer es muy relativo, señor Miller. En ocasiones, decidimos no pedir permiso.

El joven no se amedrentó ante la valiente respuesta y, mirando hacia Becca con aquellos ojos que hacían que le temblaran las rodillas como si fueran un flan, repitió:

—Señorita Grant, de verdad que me gustaría mucho compartir ese paseo.

Era un atrevido, ¿cómo le pedía tal cosa y de aquella forma?

«Una dama no sale de paseo con un caballero que no sea su prometido o su esposo», recitó para sí. «O su amante», añadió una vocecilla rebelde en su cabeza.

—Me temo que no sería una buena idea, señor Miller. Espero que no se ofenda.

La forma en la que él dijo «en absoluto» le dio a entender que no abandonaría aquella idea, y no supo si esa resolución le causó desazón o sosiego.

Tardó un poco más que sus compañeras en marcharse. Seguía perpleja por aquella atrevida propuesta, pero, además, le costaba hacer llegar la orden a su cerebro para que moviera sus piernas. Cuando lo consiguió y creyó que él se habría resignado a su rechazo, la sorprendió con un susurro en una voz tan lobuna que se estremeció.

—Piénselo, señorita Grant. Solo le pido que lo piense.

Todavía, cuando ya había cruzado las grandes puertas de madera de Minstrel House, aquella frase y el tono de su voz seguían repitiéndose en su cabeza y le estremecían el corazón. Lo que no entendía era cómo unas palabras supuestamente tan inocentes le habían causado tanto aturdimiento.

«Piénselo, señorita Grant. Solo le pido que lo piense».

Dudaba que fuera capaz de pensar en otra cosa el resto de la noche.

## Capítulo 3

Rebecca sentía un gran amor por su tía, aunque a veces la calificara de insufrible dado el exceso de protección que le dispensaba. Hasta que no había llegado a Minstrel Valley no se había dado cuenta de que era su vida, de que lady Cinthya no tenía ninguna obligación ni entretenimiento en el mundo que no fuera ella. Toda su existencia giraba en torno a Becca, sin embargo, y aunque pudiera parecer una muchacha desagradecida, le resultaba asfixiante.

Desde que enviudó, sus lazos se habían estrechado todavía más. Pensaba que podía ser que el tipo de casamiento que su tía había vivido la hubiera marcado para siempre. Durante los dos años que duró el matrimonio, el barón había controlado mucho a su esposa. Cuando lord Rowsley estaba en la casa, que, aunque no eran demasiadas horas del día eran más de las que su esposa deseaba, nada más captaba su atención: solo su hermosa y joven mujer. Con casi sesenta años, se jactaba de poder hacer y deshacer como le viniera en gana y, efectivamente, así era. Los criados se afanaban en cumplir todas sus órdenes, y rehusaban desobedecerlo para evitar las consecuencias de su ira, lo que lo volvía aún más tirano.

También ellas le pertenecían, les recordaba.

—No nos quiere, tía —se atrevió a confesarle una vez, sintiéndose más como una obligación que como una persona—. Y a mí menos que a usted.

—Cariño, no pienses así, algunos hombres no saben querer —la consoló—. El barón ha estado mucho tiempo solo, y nosotras somos ruidosas.

—No creo que sea por eso.

Becca estaba convencida de que nunca la había querido y de que tenía que cargar con ella porque era la única condición que puso su tía para aquel matrimonio. La sobrina, que inicialmente generó rechazo en el barón, fue aceptada no solo para lograr a la hermosa Cinthya en matrimonio, sino porque sería útil para cuidar de la descendencia que tuvieran una vez unidos. Esa sería la función de la muchacha hasta que tuviera edad suficiente para ser casada. Entonces se marcharía para siempre a algún lugar, lo más alejada posible de la baronesa.

La obsesión de lord Rowsley por engendrar un hijo era conocida por todos. La providencia quiso que, como era un hombre egoísta que vivía para cumplir solo sus deseos, ese no se le cumpliera. Dada su extensa fortuna, llevaba una vida disoluta, y la mayoría de su tiempo transcurría entre actividades en las que una mujer nada tenía que hacer. Pasaba casi todo el día en

su club de caballeros, y cuando regresaba a casa, muchas veces con olor a alcohol y a perfumes que no eran el suave y exquisito que usaba lady Cinthya, exigía la atención de su esposa, a la que humillaba con cualquier pretexto.

Solo cuidaba dos cosas: las fiestas a las que la llevaba, para lucir de su brazo a una de las bellezas de Londres y presumir de su juventud; y sus deberes maritales, que por lo visto cumplía cada noche independientemente de la hora a la que llegara, a menudo de madrugada. Nunca le preocupó que se enteraran los otros miembros de la casa, Becca y el escaso servicio.

La obsesión por tener un hijo lo volvía loco, y una noche Cinthya le había contado, deshecha en lágrimas, que era un hombre rudo, poco cuidadoso, y que la culpaba porque no se quedaba embarazada.

—Si pudiera darle un hijo, él sería feliz. Todo sería diferente.

Aquella confidencia solo había ocurrido una vez. Había ido a su alcoba al escuchar un ruido extraño. El barón salía enfurecido y ni se percató de su presencia. Encontró a su tía en el suelo con la cara enrojecida y el camisón hecho jirones. Asustada, la ayudó a levantarse y pidió a Mary Thine, su doncella más fiel, que le trajera una tisana de hierbas que pudiera calmarla. Fue entonces cuando su tía le contó los malos modos de su esposo.

El destino quiso que los excesos del barón le pasaran factura; su corazón no aguantó y murió encima de una mujer que no era la suya.

Lo único que Becca lamentó fue la vergüenza que su tía tuvo que pasar cuando vinieron a avisarla. También cuando toda la gente lo supo. Tras el entierro, la sociedad tuvo un tiempo para cuchichear a sus espaldas. Le mostraban sus condolencias cuando acudían a visitarla, pero en los salones de otras damas no dejaban de hablar de las escandalosas circunstancias de la muerte del lord.

A pesar de que un sobrino había heredado el título y las propiedades, lady Cinthya se convirtió en una viuda muy rica, así que cerraron la casa de la ciudad y se fueron durante un tiempo a viajar por algunas ciudades de Europa.

Fue en aquel viaje donde Rebecca notó, por primera vez, el lazo opresivo de su tía, pero no le molestó demasiado, ya que por fin podían estar juntas en la misma sala sin que nadie la despidiera como si fuera un estorbo.

La única vez que había sentido que se relajaba en esa férrea tarea de supervisarla había sido cuando visitaron Italia y, más concretamente, en Roma. Habían tenido una fuerte discusión y se había atrevido a decirle que la asfixiaba, que podía hacer algunas cosas sin necesidad de que revisara sus tareas, la ayudara a realizarlas, la acompañara a todos los sitios y hablara por ella ante las personas que conocían. Las dos habían necesitado unas horas separadas después de eso. Ella se quedó con Mary en el hotel y su tía había ido a comer con unos amigos, y después, siendo espontánea por primera vez en años, alargó la visita acompañándolos al teatro. La esperó despierta, no era capaz de dormir con aquel enfado. Cuando Cinthya regresó, se abrazaron como dos niñas en una fiesta de cumpleaños.

Su tía prometió concederle espacio y lo hizo, sobre todo en Roma. Allí la vio reír de nuevo, feliz. Incluso había cambiado el negro de sus vestidos por otros colores que, si bien eran oscuros, no le recordaban el luto. Salía emocionada y regresaba con las mejillas arrojadas.

—Es este calor de Roma —decía, y luego la abrazaba y le hablaba de lo bonito que sería saber pintar. Le hablaba de Caravaggio, de Thomas Gainsborough, de los cuadros que había visto en las iglesias...

En esos días nació la idea de que alguien las inmortalizara en un lienzo.

Dos meses después regresaron a Londres y todo volvió a la vida rutinaria de la ciudad. La única novedad llegó una tarde después de que su tía saliera a tomar el té a casa de lady Bethany Keeling, duquesa de Gysforth, de la que era muy amiga. A su vuelta le contó que se iban a trasladar a Minstrel Valley, un pequeño pueblo en el condado de Hertfordshire, para que ingresara en la Escuela de Señoritas de lady Acton.

—Querida, me he unido a lady Gysforth y voy a ser una de las patrocinadoras de tu nueva escuela.

Debió adivinar que no pondría mucha distancia con ella, cuando, antes de empezar las clases, ya tenía una casa junto al lago.

Como muchas cosas que vivieron en Italia, la idea del cuadro quedó olvidada, pero, casi dos años después, la idea había vuelto a germinar en la cabeza de su tía. Cuando se lo contó, Becca se había ilusionado, ojalá con ello regresara también la Cinthya de Roma.

—He hablado con el señor MacArthur —le comentó poco antes de que ella se despidiera para regresar a la escuela.

Algo en el tono de su tía al nombrarlo la envaró. Cogió los guantes y comenzó a ponérselos. Los nervios le dificultaban la tarea.

—Qué... ¿qué le ha dicho?

—He pensado que podría pintarnos juntas. Aquí, en el jardín de casa o en el salón.

—¿Quiere que mi profesor nos pinte un cuadro?

«El señor MacArthur va a pintarme».

Becca trató de serenar el bombeo acelerado que había empezado a sentir en el pecho y distrajo su pensamiento, pues ya se veía conversando frente al lago con MacArthur mientras él le retiraba un mechón de cabello de los ojos, pero la imagen que, casi inmediatamente, sustituyó a aquella, casi la sorprendió más. Era el señor Miller, subido a la maldita cerca, observándola con fijeza como si fuese un cuadro que contemplar.

La visión se esfumó con un ligero movimiento de cabeza. Enredó un dedo en una de las gudejas de su cabello, que llevaba casi suelto.

—¿Y él ha accedido a pintarnos? —preguntó—. ¿Cuándo se lo ha pedido?

—Bueno... lo encontré en... Lady Eleanor me lo presentó en casa de lady Conway la noche del baile y hablamos un poco —respondió—. ¿No te parece buena idea?

—Sí, sí. Estupenda. —Podría ver al profesor cada día, y él se fijaría más en ella si la

conociera mejor, fuera de la escuela.

—Es tarde, debes regresar a Minstrel House. Te espero mañana después de las clases, si te parece.

Se abrazaron con cariño y su tía besó sus mejillas con amor. Becca la sintió nerviosa, como si tuviera prisa por que se marchara. Pero eso era imposible, y le extrañó que no quisiera alargar más la visita.

Mary la esperaba para acompañarla. Se colocó el sombrero y aligeró, no fuera que en verdad su tía la retuviera. Se moría de ganas de contárselo a las chicas.

Esa misma noche, mientras compartía una deliciosa cena en la posada con su primo y el capataz de las caballerizas, Gregory Colton, una simpática camarera, que se presentó como Dorothy Smith, le dedicó sonrisas tímidas que le resultaron de lo más encantadoras en aquel rostro un tanto rollizo. Era bonita, no podía negarse, pero su mente no hizo las conexiones habituales ante una joven linda y lozana. Sus pensamientos estaban ocupados por unos ojos de color aguamarina.

—Entonces, está decidido —anunció Dunhcan—. Haremos todos los preparativos y os marcharéis a principios del mes que viene. Espero tenerlo todo cerrado para cuando lleguéis allí.

El «allí» al que se refería Bissop era la exótica y lejana Alepo, al sur del Imperio otomano, donde su primo quería adquirir una pareja de sementales Byerley Turk. Si algo admiraba de su familia era la ambición que todos poseían. Dunhcan, en concreto, había iniciado en los últimos dos años una línea de cría de caballos de carreras gracias, precisamente, a una pareja de Darley Arabian, la rama de caballos fundadores de los purasangre ingleses. Gracias a esos dos magníficos ejemplares, los nuevos potros que estaba entrenando su primo, y que eran descendientes de estos, estarían corriendo —y ganando— en Ascot la siguiente temporada.

Pero el hombre, que había nacido para los negocios, no se había detenido ahí. Los descendientes de Byerley Turk empezaban a ser muy codiciados en las altas esferas británicas, porque su cruce con las yeguas inglesas estaba dando líneas de cría muy resistentes y veloces.

Al parecer, Dunhcan llevaba un tiempo madurando la idea de proponerle aquel trabajo a Patrick, y su viaje a Minstrel Valley había precipitado la decisión.

—¿El trato está cerrado con el comerciante? —quiso saber.

—Nos va a tocar negociar un poco, muchacho —terció Colton—. Según nos han contado, es un tipo al que le encanta prolongar las cosas para darse importancia.

—¿No es, acaso, un hombre importante? —se extrañó.

Vio sonreír a los otros dos. Fue Dunhcan quien se lo explicó.

—Les gusta discutir el precio, Patrick. Es casi un insulto no hacerlo.

No le veía la diversión a la idea de pasar días en un país lejano bajo un sol asfixiante discutiendo por pagar unas decenas de libras más o menos.

—Pero no te preocupes, también he oído que es muy hospitalario.

El capataz estaba entusiasmado con el viaje, pero al parecer era un hombre demasiado tosco para la diplomacia que exigía el tipo de contrato comercial que los Bissop querían establecer en Oriente. Por eso, Dunhcan había pensado que debía ser Patrick quien se embarcara durante meses en una aventura como aquella, que sería una magnífica oportunidad para las caballerizas de Cumbria y Hertfordshire, le reportaría cuantiosos beneficios y lo mantendría un tiempo alejado de su casa, hasta que se enfriaran los ánimos.

La idea era que Dunhcan, como propietario, se dedicase a la gestión empresarial de cada una de esas líneas de cría, a las que había que añadir una muy rentable línea de caballos de paseo, y que Patrick se centrara en la doma de los potros para carreras, tanto de Darley Arabian como de Byerley Turk.

Era un hecho que tenía un don para conectar con los caballos, heredado de su madre. Sabía entender sus debilidades y corregirlas o convertirlas en fortalezas. Habían pasado por sus manos muchos animales desde que empezara en el negocio cuatro años atrás, y no había entregado ninguno a su dueño hasta haberlo convertido en la montura que este necesitaba.

—¿De cuántas semanas estamos hablando? —se atrevió a preguntar con un matiz acusatorio en la mirada.

—Puede que meses, Patrick —le reconoció con pesadumbre—. Piensa en las semanas en barco, para empezar. Llegar a la ciudad os llevará también un tiempo; y recibir la hospitalidad debida, otro tanto. Y no conocemos el funcionamiento de los permisos allí, pero dudo que sean tan civilizados como en Gran Bretaña.

—Nadie es tan civilizado como los ingleses —apostilló Colton—. Ni siquiera los franceses han sido capaces de imitarnos, a pesar de ser nuestros vecinos e intentar invadirnos durante casi cien años, mira si no lo que hicieron en 1789<sup>[1]</sup>.

—Meses —repitió para sí.

Iban a ser meses. Lo había sospechado, pero la confirmación le hacía sentir vértigo.

—Respecto a las relaciones —añadió Dunhcan con una sonrisa torcida—, confío en que demuestres la misma sensibilidad con los árabes que con los caballos, o la que tienes para las mujeres, ya que estamos.

Aquello no dejaba de ser una encerrona, y ambos lo sabían. Cuando lo enviaron a Minstrel Valley, la idea era que llevase unos contratos por los cuales Dunhcan iba a ceder una de las líneas de cría de paseo a las caballerizas de los Bissop en Cumbria. Aquello, que no había sido ningún subterfugio, ya estaba firmado y completado. Patrick podría partir la semana siguiente en dirección a su casa con la media docena de potrancas acordadas y no volvería a pisar Minstrel Valley en una temporada.

Pero su primo, que no daba una puntada sin hilo, había aprovechado su visita para embarcarlo en aquel nuevo proyecto con el que, tenía que reconocer, se había entusiasmado desde el primer momento. Le gustaba la cría, la monta; todo lo relacionado con la ganadería equina, pero la doma... Si pudiera centrarse en esa línea de trabajo sería el tipo más afortunado sobre la tierra. Y

eso era lo que le estaban ofreciendo, además de una cuarta parte de las ganancias por cada ejemplar de carreras vendido.

Se pasaría la vida entre Cumbria y Minstrel Valley, pues él pertenecía al norte del mismo modo que las piedras de Castellroig o las ovejas de Herdwick, pero se acercaría mucho al modo de vida perfecto que se había atrevido a imaginar.

—No sé si tendré paciencia para tratar con un patán arrogante —concluyó al cabo de unos segundos de reflexión.

—Tendrás que guardar ese ímpetu y bravuconería del que te gusta hacer gala, eso seguro. —Su primo frunció el ceño y, tras una mirada pensativa al capataz, decidió continuar—: Lo que te estoy pidiendo, Patrick, supondrá un gran paso para ti. Hasta ahora has sido uno más de la cuadrilla, un jodido grano en el culo si me lo preguntas, con toda esa insolencia que te gastas, pero también con todo el arrojo y talante de un líder cuando ha hecho falta. Tienes todas las aptitudes para llevar tu propio negocio, y esta es la oportunidad para demostrarlo. Cierra esta operación, trae esos Byerley Turk que lanzarán el nombre de los Bissop al frente de la ganadería británica, y te prometo que te convertirás en un hombre rico y respetado.

Dos pares de ojos le observaban con gravedad, los azules del capataz y los dorados de su primo, su hermano, el hombre que acababa de llamarlo bravucón e insolente pero que le ponía el mundo a los pies para que tomara la porción que le correspondía.

Patrick dio un largo trago a su cerveza y sopesó sus palabras. Dunhcan no solo le estaba pidiendo un favor o proponiéndole un negocio, le estaba confesando lo mucho que esperaba de él y la gran confianza que le tenía. Un sentimiento de agradecimiento y orgullo se coló por cada poro de su piel y se extendió por su pecho.

—Voy a obviar los halagos referentes a mi capacidad para la insolencia —respondió con un ligero tono sarcástico, sus ojos entrecerrados como muestra de complicidad— porque sé que solo buscas provocarme. No me lo hubieras ofrecido si no estuvieras convencido de que soy el hombre que necesitas. Además —añadió recostándose en la silla y levantando su jarra de cerveza para brindar—, te recuerdo que ya había aceptado antes de venir, mendrugo.

Los tres hombres acabaron riendo e intercambiando «halagos» y pintas de cerveza el resto de la noche.

Aunque nadie se sentó con ellos, todo el que entró se acercó a saludar a Dunhcan, y este lo presentó con orgullo a jóvenes y no tanto, trabajadores o nobles... Su primo parecía llevarse bien con todo el mundo. Le alegró ver lo integrado que estaba en aquella pequeña comunidad.

Al terminar la noche, Patrick echó una última mirada a la simpática Dottie y suspiró. Lo normal habría sido que hubiese intentado sacarle alguna sonrisa, obsequiarla con alguna lisonja... Y, sin embargo, allí estaba, caminando de vuelta a casa sin poder sacarse de la cabeza unos inmensos ojos de color turquesa que le acompañaron en sus sueños durante el resto de la noche.

## Capítulo 4

Al día siguiente de la conversación con su tía, Becca no era capaz de concentrarse en sus lecciones, y en aquella menos que en las demás, pues ese día comenzaban sus clases de arte y no podía dejar de pensar, mientras miraba al profesor MacArthur, que estaba realmente guapo. Sin duda, era el más atractivo de los profesores, con aquellos ojos negros, su pelo moreno y la barbilla perfecta. Tenía más altura que otros caballeros y se le veía elegante con la camisa blanca, el pantalón a cuadros y la chaqueta verde oliva, bajo la que se adivinaba un chaleco negro. Estaba claro que las telas no parecían nuevas, pero con la corbata perfectamente anudada, representaba un ejemplo de elegancia, incluso en el campo. Debía de ser alguien que había vivido en grandes ciudades y a la moda. Era una suerte que hubiera acabado en Minstrel Valley.

En aquel momento, estaba haciendo un resumen de lo que iban a ser sus clases, y les hacía preguntas sobre sus conocimientos de pintura, pero Becca no dejaba de pensar qué vestido iba a escoger para cuando la pintara. Cogió una hoja de papel y, apoyada en su pequeño pupitre, seleccionó uno de los carboncillos de brezo y sauce que había esparcidos encima del sobre que los contenía. Mientras escuchaba y observaba al profesor de reojo, se evadió de la clase y se concentró en reflejar la imagen del maestro en un boceto. Con algunos trazos y líneas había conseguido captar su sonrisa y su porte. Sin embargo, tendría que trabajar mucho en aquel retrato para que quedara como ella quería.

Las risas de sus compañeras la sacaron de su ensimismamiento, y las miró con cara de extrañeza. De repente, un silencio profundo se instaló en el aula.

—Señorita Grant, por fin se digna a prestarnos su atención.

—Estaba... Tomaba notas, señor MacArthur —se justificó.

—Estupendo, ¿entonces puede recordarme de qué pintor hablaba hace un momento?

El profesor, con un aire impostado que no le pasó desapercibido, rebuscó el dato entre sus papeles, a la espera de su respuesta. Becca se sintió enrojecer y las mejillas comenzaron a arderle. La había pillado distraída y le preocupó lo que él pudiera pensar de ella.

—No sea tímida —la animó a contestar.

Casi en el instante en el que iba a reconocer que no lo sabía, un susurro procedente de su espalda, con seguridad Noelle o Rose, le trajo el nombre del artista. Y con aplomo murmuró:

—Botticelli.

—¡Exacto! Muchas gracias... lady Noelle.

Las risas volvieron a llenar la sala, y Rebecca se sintió mortificada al mirar hacia el docente, quien lucía algo parecido a una sonrisa que la desconcertó.

—No tiene por qué darlas, señor MacArthur —señaló Noelle por encima del murmullo.

Becca tuvo la impresión de que al profesor no le gustó el descaro de la joven rubia.

—¿Qué sabría decirnos de Botticelli, señorita Grant?

No era una estudiante modelo, pero en su viaje a Italia aprendió algunas cosas sobre arte. Y, sobre todo, quería impresionarle.

—Es un pintor florentino del *Quattrocento* italiano, señor MacArthur.

Sintió sus mejillas ruborizarse ante la sonrisa del maestro y una mueca de satisfacción se dibujó en sus labios. Qué bien haber estudiado todas las lecciones que su tía había supervisado durante su viaje por Europa.

—¿Podría nombrarme algunas de sus obras?

—*El nacimiento de Venus* —dijo sin pensar.

Vaya, era el cuadro de una mujer desnuda saliendo de una concha. Enrojeció. «Que no crea que soy una fresca, por favor».

Se oyeron risitas. Sus compañeras, conocedoras de la pintura prohibida, se burlaban en voz baja.

—Es, sin duda, una de sus obras maestras. Temple sobre lienzo representando el amor espiritual y el amor material, basado en Ovidio. —Pidió silencio—. Miladies, es el inicio del Humanismo como corriente filosófica, no entiendo tanto revuelo. Aunque quizás sea porque ese desnudo no está asociado a la vergüenza del pecado original... del que ustedes nada deberían saber.

Avergonzadas, las muchachas callaron.

—¿Desea compartir alguna cosa más sobre Sandro Botticelli con la clase, señorita Grant?

—Nada más, profesor —respondió con modestia.

Cuando la pintara le diría que había visto sus obras. Seguro que pasarían horas hablando. Se los imaginaba paseando junto al lago, charlando sobre el Renacimiento italiano, cogidos discretamente del brazo cuando nadie pudiera verlos.

Alfred MacArthur miró su reloj de bolsillo y empezó a guardar sus documentos en una cartera. La clase había terminado. Las chicas comenzaron a levantarse y a salir del aula. Ella lo hizo cabizbaja, aún sentía el azoramiento en el rostro.

—Señorita Grant, quédese un momento, por favor.

Rebecca miró a su alrededor en busca de alguna compañera que le diera soporte; encontró tres. Estaba convencida de que iba a recibir una reprimenda. O dos. Una por despistarse en clase, y la otra por elegir un cuadro tan poco... convencional.

—Nos esperan, señor MacArthur —señaló Lori—. Hoy viene la nueva compañera. Lady Valery nos dijo que, cuando terminase su lección, nos aguardaba en la sala de alumnas para recibirla.

—Solo será un momento.

Becca miró a sus compañeras y sintió que con su presencia le prestaban su apoyo.

—Lady Rosemary, señorita Lorianne, lady Amanda, si quieren pueden esperarla —comentó con ironía al ver que las tres muchachas no se retiraban.

—Le pido disculpas, señor MacArthur —dijo Becca con tono arrepentido—. Solo me había distraído un instante y después... —Volvió a sentir el rubor en su rostro.

—No le he pedido que se quede para regañarla, señorita Grant.

—Ah, ¿no?

Le sonrió, y el corazón de Becca se aceleró en su pecho.

—No. ¿Ha hablado con lady Rowsley?

Por un momento no le gustó que le mencionara a su tía.

—Sí, ¿se refiere al cuadro?

—En efecto.

Debió ver su incomodidad, porque cambió de tema.

—Además quería que supiera que he visto la obra de la que hablaba. Pasé unas semanas en Florencia durante el tiempo que viví en Roma.

—¿Vivió usted en Roma? —preguntó Becca con sorpresa.

—Así es, durante muchos meses, para mi formación como pintor. Regresé hace más o menos un año.

—Qué casualidad, hace también algo más de un año yo pasé allí algunas semanas con mi tía Cinthya. —Se avergonzó de su vehemencia—. Es decir, con la baronesa viuda, lady Rowsley.

—Es una ciudad muy hermosa.

—Sí que lo es —afirmó emocionada.

—Qué curioso, los tres en una misma ciudad extranjera y al mismo tiempo. Quizás se cruzaron alguna vez —conjeturó Lori.

El profesor MacArthur pareció que iba a decir algo, pero no lo hizo. Un silencio incómodo se extendió por la sala mientras cuatro pares de ojos lo miraban.

—Roma de-debe ser un lu-lugar muy grande pa-para coinci-cidir.

Lady Amanda habría sabido cerrar con maestría la conversación si no hubiera sido por su tartamudeo.

Becca se sintió feliz de que tuvieran algo más en común sobre lo que hablar. Sus amigas se quedaron calladas. Luego, Lori le tiró del vestido y supo que debían marcharse.

—Entonces, nos veremos pronto en Rosewall House para ese cuadro, profesor MacArthur.

—Con su permiso —pidió Lori.

—Miladies, señoritas, pueden retirarse. Lady Valery las espera.

Cuando Dunhcan les escribió a Cumbria, un par de meses atrás, explicándoles que había

comenzado a dar clases de equitación en una escuela de damas, su primo Thomas y él tuvieron varios episodios de risa incontenible. Cada vez que uno de ellos sacaba el tema, el otro inventaba una respuesta punzante y ácida con la que acababan de nuevo estallando en carcajadas. La reciente profesión de Dunhcan había sido objeto de mofa durante semanas, pues lo imaginaban teniendo que lidiar con un montón de ladies remilgadas y delicadas cual florecillas; de esas que arrugaban la nariz por el olor de un establo o que emitían un grito de pavor cada vez que una yegua corcoveaba.

¡Qué equivocados habían estado!

El espectáculo que se le presentaba delante era digno de toda admiración. Aquel conjunto de bellas damas no era ni mucho menos como cabría esperar. Para empezar, componían un exquisito despliegue de color con sus elegantes trajes de montar y sus aristocráticas figuras en perfecta armonía con sus monturas. Y para seguir, mostraban una destreza y una valentía que venían a contradecir todo lo que Patrick había pensado que era una dama de la aristocracia londinense, pues a la nobleza rural estaba bastante acostumbrado.

Esas jóvenes aspiraban a casarse con condes, marqueses y hasta duques, pero, por lo que había observado hasta el momento, no eran remilgadas ni mojigatas, y mucho menos unas estúpidas descerebradas, como había llegado a pensar en un negligente juicio de valor que se había formado en su más tierna juventud y que no había tenido ocasión de contrastar hasta la fecha.

Se alegraba sobremanera de que Dunhcan le hubiera invitado a participar en la clase, a la cual, todo fuera dicho, se había apuntado con la doble intención de tener material para mofarse de su primo y de volver a ver a la señorita Grant.

Desde que sabía su nombre no dejaba de paladearlo todo el rato.

Becca.

Rebecca.

No sabía cuál de las dos opciones le gustaba más. Becca sería un apelativo que querría utilizar a cada instante del día, cuando la hiciera reír o cuando la sometiese a uno de sus intensos despliegues de flirteo. Patrick disfrutaba en demasía de aquellos primeros contactos con una mujer bonita, cuando no hacía más que buscar la forma de pintar un rubor en su cara y escandalizarla con tiernas atenciones. Sin embargo, en los pocos minutos que habían precedido al sueño la noche anterior, ella había sido Rebecca en sus labios. Había susurrado aquel nombre mientras imaginaba cómo deslizaba la ropa por su cuerpo hasta descubrir cada centímetro de su divina anatomía. Rebecca había sido el gemido que había escapado de su garganta al saborear la dulce ambrosía de sus pechos, el íntimo olor de su piel más escondida. Rebecca... Sí.

Un fuerte tirón en su ingle le advirtió que los recuerdos estaban a punto de ponerlo en evidencia delante de toda la clase, y aún peor, delante de su primo. Porque, quizás, aquellas inocentes jovencitas no lograsen identificar a un hombre excitado, pero si Dunhcan llegaba a tenerlo cerca no iba a dudar de cuál era el motivo por el que se habían abultado sus pantalones.

Se alejó de la puerta del establo donde Johnny aún estaba ayudando a montar a algunas de las

chicas. Había tenido oportunidad de conocerlo esa mañana en las caballerizas Bissop. Era un joven de cabello rubio y ojos azules, algo reservado, pero de buen talante. No era muy alto ni tampoco muy fornido, sino más bien escuálido, aunque eso no le impedía elevar a las alumnas sobre el apoyo de sus manos cruzadas, donde las jóvenes ponían el pie para tomar impulso.

Para disgusto de Patrick, era Johnny quien solía encargarse de ayudar a las alumnas a colocarse en sus sillas de montar, tarea en la que se había propuesto auxiliar él a Becca, pero a la que había llegado muy tarde, pues la señorita Grant había sido una de las primeras en subirse a su montura.

Se consoló con el conocimiento de que también había que ayudarlas a bajar de las yeguas, y como había un Dios arriba que esa oportunidad no la iba a dejar escapar.

—Es un chico encantador.

Valery Clayden, quien echaba mucho de menos los años en los que había usado el apellido de su madre para ocultarse del mundo, se acercó a su prometido mirándolo con adoración en un intento por suplir la caricia que le hubiera gustado dedicarle. Lo había conocido como Valery Sherman, y, aunque agradecía haber dejado de tener secretos con sus seres queridos, echaba de menos los días en que solo era la sencilla y humilde señorita Sherman que había caído bajo el hechizo de un fornido y guapo criador de caballos del norte. Volvía a ser lady Grace Valery Clayden —aunque siempre prescindía del Grace—, una rica heredera que no podía casarse con su amado por motivos que ni siquiera quería traer a su memoria en ese momento. El asunto estaba en vías de solucionarse, y pronto podría sustituir ese apellido, con el que ya no se identificaba, por aquel que deseaba llevar: pronto sería Valery Bissop.

—Es un peligro para las mujeres, y haríamos bien en no olvidarlo —respondió Dunhcan sin perder de vista al muchacho. No la había mirado al acercarse, pero en cuanto la tuvo lo suficientemente cerca y sus manos pudieron unirse tras el abrigo de la falda de Valery, se la tomó con dulzura—. Sin embargo, también es un hombre capaz y noble, aunque me cueste dejar de verlo como el mocoso que me perseguía a todos lados desde que tengo uso de razón.

—Vamos, cariño. Si no creyeras en él con todo tu ser, no habrías depositado sobre sus hombros la misión de traerte esos valiosísimos sementales —le recordó.

—En eso estamos de acuerdo. Por mucho que confíe en la profesionalidad de Colton, no creo que tenga la visión comercial que a Patrick le sobra. Además, un capataz no deja de ser un hombre que se encarga de que todo funcione correctamente en una hacienda, ya sea de caballos o de vacas. Patrick conoce el negocio como nadie y no se conformará a menos que se traiga los mejores ejemplares desde Oriente.

—Entonces, ¿por qué le miras con el ceño fruncido? ¿Qué te ronda en esa cabezota?

—No quiero que se meta en problemas con las chicas de la escuela.

Valery, quien ponía mucho celo en sus alumnas, no pudo más que estar de acuerdo con eso. No lo había pensado hasta el momento, pero un hombre como Patrick, que combinaba un arrollador atractivo con un todavía impetuoso comportamiento juvenil, podía ser una calamidad para un grupo de señoritas casaderas como las que allí estudiaban.

—¿Crees que podría tener algún comportamiento procaz con ellas? —le preguntó, sin tener muy claro qué era lo que esperaba su prometido de aquel joven durante las clases de equitación.

Se volvió hacia ella con una expresión entre espantada y ofendida.

—Por Dios, no —protestó—. Es un chico decente, pero... le gustan las mujeres. Le gustan mucho, y lo que es peor, le gustan todas.

—¿Todas mis alumnas están en peligro de que les rompa el corazón? —inquirió con fingido horror.

Dunhcan volvió a dirigir su vista hacia el grupo de chicas mientras sopesaba su respuesta. Después, le hizo un gesto con la cabeza en dirección al punto donde se hallaba Patrick.

—A ella no le quita el ojo de encima.

Valery siguió primero la mirada de Dunhcan, y después la del joven. Se refería a la señorita Rebecca Grant, la sobrina de lady Cinthya. Sentía gran aprecio por las dos.

—Harían una pareja muy bonita —musitó pensativa.

—Ah, no —protestó con gran énfasis—. No se te ocurra fantasear con hacer de casamentera, Valery Clayden.

Ella tenía como cometido en la vida enseñar a aquellas jóvenes prometedoras cuál era su lugar en el mundo, cómo debían comportarse ante los demás y cuán lejos podían llegar si seguían los preceptos que se les inculcaban en la escuela. Pero también sentía cierta responsabilidad respecto a su felicidad, y no había cosa que anhelara más para ellas que un matrimonio por amor. Aunque, ¿podría surgir el amor entre una jovencita acomodada, como Rebecca Grant, y un bribonzuelo del norte, como Patrick Miller?

Se encogió de hombros y pensó que cosas más improbables habían ocurrido en aquella misma escuela. Una sonrisa tierna se dibujó en su rostro al recordar a la desastrosa y adorable señorita Molly Seymour, que se había casado unos pocos meses atrás con el profesor sustituto de baile, Edward Hastings. Ellos eran la prueba viviente de que el amor podía encontrar los más inusitados caminos para tocar los corazones de las personas.

Prestó mayor atención a Patrick, quien en ese instante miraba el perfil de Rebecca. Hubo algo —no sabría decir muy bien qué fue— cuando ella se giró en su dirección y los ojos de ambos se encontraron. Solo duró unos segundos, pero Valery reconoció en la mirada del joven una ternura impregnada de la misma picardía con la que Dunhcan la observaba a ella durante los primeros días en Minstrel Valley.

O mucho se equivocaba, o el tunante que había en el muchacho estaba a punto de reformarse. Aun así, se prometió vigilar la evolución de esos dos pilluelos, porque si Patrick era decidido y bribón, Becca no era menos atrevida y rebelde.

Que sus alumnas encontrasen el amor: por supuesto que sí.

Que la escuela fuera víctima de un escándalo o que alguna de sus niñas saliera con el corazón roto: eso, de ninguna manera.

En esa primera lección del nuevo curso, Dunhcan les recordó los movimientos más básicos en equitación. Durante casi una hora, las alumnas montaron al paso ordinario, medio o largo, pero en ningún caso llegaron a ejercitar el trote, cuestión por la que muchas de ellas protestaron. Becca, precisamente, fue la primera en observar con fastidio que todo eso ya lo habían aprendido a comienzos de verano.

—Les prometo que esta semana trotaremos, si las veo preparadas. —Dunhcan mostraba una actitud paciente y afectuosa hacia a las alumnas. Se notaba el cariño que les tenía en cada palabra que les dedicaba—. Y antes de que termine el mes habremos puesto estas magníficas monturas al galope.

—Señor Bissop, yo quiero aprender este año a hacer un «pife» —se oyó suplicar a una vocecita cantarina

—Un *piaffé*, lady Margaret. Se denomina *piaffé*. ¿Sabe exactamente en qué consiste?

—Pero si no sabe ni cómo se llama... —bufó otra de las alumnas, a quien Patrick no podía ponerle nombre, pues no habían sido presentados. Tenía el cabello trigueño, unas facciones exquisitas y un aire de superioridad que no impidió que lady Margaret le contestara con la misma dosis de sarcasmo.

—Te recuerdo, Mariana, que tú ni siquiera te llevas bien con tu yegua.

—Porque es una bestia tonta que no distingue mis órdenes con las riendas.

—A lo mejor es que tienes dos manos izquierdas, y por eso la pobre...

—Señoritas, por favor. —Dunhcan las llamó al orden sin poder ocultar del todo una sonrisa por la facilidad con que se lanzaban a discutir—. Dudo de que podamos cumplir su petición, lady Margaret. Ese es un movimiento que requiere mucho entrenamiento y una paciencia que, Dios es testigo, ninguna de ustedes posee. —Aquello fue seguido de una serie de murmullos indignados—. Sin embargo, les garantizo que este año vamos a aprender nuevas transiciones que estoy seguro de que les van a encantar.

—Son ya unas grandes Amazonas, señoritas —añadió lady Valery—. La mayoría de ustedes hará una digna actuación en Hyde Park a la hora de los elegantes[2]. Estoy segura de que lograrán, sin duda, que más de una cabeza se vuelva para admirar su estilo. Pero ahora me veo obligada a recordarles que hoy también empiezan las clases de etiqueta. Les ruego que dejen sus monturas y se vistan adecuadamente y sin demora para asistir al aula. Las espero dentro de quince minutos en la escuela.

Nuevos cuchicheos de fastidio siguieron al anuncio de la profesora de protocolo, quien se alejó de su prometido con esa sonrisa que esbozan los padres ante las travesuras de sus hijos. Sonrisas como las que Portia Miller le dedicaba a él cuando consideraba que se estaba comportando como un niño.

Raudo y decidido, Patrick caminó con grandes zancadas hasta el interior del establo para ayudar a desmontar a las alumnas. Se había distraído en el último momento, y casi tuvo que correr para que el joven Johnny no volviera a adelantársele. Llegó junto a la señorita Grant justo en el

momento en que se acercaba al tocón de madera del que se servían algunas de las jóvenes para desmontar sin ayuda de nadie, situado en medio de la hilera de cuadras.

—¿Me permite? —preguntó de forma atropellada, extendiendo sus brazos hacia arriba para alcanzarla.

Ella se giró y le dedicó una de esas miradas desconcertadas que convertían sus ojos en dos óvalos resplandecientes de inocencia azulada, y que tenían el ya conocido poder de hacer latir su corazón al doble de la velocidad normal.

Durante largos segundos en los que ninguno de los dos fue capaz de apartar los ojos del otro, la señorita Grant, Becca, se mostró indecisa. A Patrick no le importó, podía pasar horas contemplándola, aunque también agradeció que, tras un ligero titubeo, ella asintiese con la cabeza y extendiese las manos hasta colocarlas en sus hombros.

Aquel simple e inocente contacto provocó en Patrick un estremecimiento en la columna vertebral, que se redobló cuando pudo encerrar en sus manos la estrecha cintura de la muchacha. Las miradas de ambos volvieron a encontrarse con una fuerza que casi le hizo tambalear. Se armó de valor y la elevó de la silla para después pegarla a su cuerpo y dejar que se deslizara, muy cerca de su torso, hasta que sus delicados pies tocaron el suelo. Ella no se apartó.

¡Dios bendito!

La mente de Patrick se desconectó de aquellos hipnotizantes ojos azules y centró toda su atención en sentir con cada fibra de su ser el contacto de aquellas curvas exquisitas y aquel delicioso olor que desprendía su piel. Se deleitó con el gemido de sorpresa de ella y respiró el aliento cálido que escapó de su boca en un jadeo. Tomó conciencia del suave empuje de los esponjosos senos, que tanto admiraba, contra su pecho, y rogó en silencio para que ella no sintiera la necesidad de alejarse.

Los segundos parecieron dilatarse de nuevo mientras ambos se observaban. Patrick movió una mano hacia atrás, para abarcar el estrecho marco de su baja espalda, y la otra inició el camino hacia su cuello en un movimiento casi inconsciente para acercarse más a él no solo sus gloriosos pechos, sino también esos labios llenos y provocadores que siempre quedaban eclipsados por los deslumbrantes ojos azules.

—¿Qué está haciendo? —susurró con una expresión que encerraba tanto desconcierto como expectación.

—Pensaba besarla —confesó.

Becca parpadeó con fuerza y usó las manos que habían reposado en sus hombros para alejarlo.

—¿Se ha vuelto loco? —le recriminó cuando consiguió poner un paso de distancia entre ellos.

Patrick se lo permitió, puesto que había estado tan hechizado por su belleza y el deseo que le despertaba que no había sido capaz de retenerla entre sus brazos.

—Es una definición que se acerca mucho a mi estado actual —reconoció con un suspiro lleno de resignación.

Ella no dejaba de mirarle estupefacta, como si no pudiera creer el nivel de atrevimiento al que

había llegado. Patrick era consciente de que incluso lo había rebasado, cualquiera que fuera el límite que una jovencita de buena cuna como ella permitiera a un hombre. Tal vez, si no hubiera reconocido su intención de besarla, la cosa podría haber quedado en un contacto casual, aunque demasiado íntimo, pero no había podido hacer otra cosa que ser honesto con ella.

Por norma general, era mucho más sutil con las mujeres. Las rondaba y desarmaba lentamente, hasta que eran ellas mismas quienes le ofrecían sus labios. Pero con Rebecca Grant todo lo que creía saber sobre el bello sexo se estaba viendo seriamente cuestionado.

No había mentido cuando había reconocido estar loco. Lo volvía tan loco que le podía la impaciencia, la necesidad de sentirla. Solo el estado arrebolado de ella hacía que su exceso hubiera valido la pena. Y que su primo no los hubiera sorprendido, claro.

—No... No vuelva a hacerlo —susurró la muchacha con una voz ronca que le erizó el vello de la nuca.

Aunque iba contra su naturaleza dejar pasar oportunidades en la vida, se limitó a asentir con su expresión más solemne. Lamentablemente, era otra promesa que estaba destinado a incumplir.

## Capítulo 5

Era un auténtico fastidio tener la mente embotada, y aquella mañana Rebecca Grant la tenía. Los últimos acontecimientos desfilaban una y otra vez por su cabeza sin ningún orden ni concierto. Ora recordaba el candor de los brazos del profesor MacArthur durante el baile en la *Boat Race*, ora evocaba la sofocante sensación del cuerpo del señor Miller contra el suyo cuando la había ayudado a desmontar.

«Pensaba besarla».

Se lo había declarado con todo el descaro del mundo, como si fuera la cosa más natural que dos desconocidos se besasen en un establo. No era de extrañar que le hubieran entrado sudores fríos y se le hubiera acalambrado el estómago.

Por suerte, esa mañana se sentía mucho más recuperada, aunque su mente aún continuase llena de tribulaciones. Sujetó el vuelo de la falda de su vestido de paseo y se dispuso a bajar el último tramo de escaleras.

La directora, lady Eleanor Harper, la estaba esperando en su despacho, que quedaba justo en el extremo opuesto de la gran mansión. Ese martes había quedado con ella en ir visitar a la abuela Joan, una encantadora y excéntrica señora a la que todas las alumnas adoraban.

Había sido la matrona del pueblo durante décadas, pero desde hacía algunos años era demasiado mayor y ya no podía cuidarse sola. Tenía la obsesión de mantener el fuego de su chimenea encendido, nostalgia de cuando todavía era la partera, y se dedicaba todo el tiempo a recoger leña. El problema era que a veces la introducía en el carro del padre Ellis para transportarla, y el cura, poco generoso, casi la había acusado de robo en una ocasión, poniendo en apuros al condestable del pueblo, Nerian Worth. Para evitar más problemas, lord Marcus Hale, el marqués de Northcott, había dispuesto para su cuidado, día y noche, a dos mujeres. Aun así, las alumnas de la escuela iban a verla algunas veces a la semana.

Habían decidido acudir antes del almuerzo, por lo que se iba a saltar la clase de literatura de la señorita Culier, en la que ya se encontraban el resto de sus compañeras. Fue al despacho de la directora a pedir permiso para salir hacia el pueblo.

Tocó la puerta con un par de golpes firmes y escuchó la voz de lady Eleanor invitándola a entrar. La encontró buscando un libro en una de las estanterías con aire concentrado pero inquieto. Todos los volúmenes de esa balda eran libros de cuentas, por lo que supuso que estaba trabajando

en algo relacionado con la contabilidad de la escuela.

—¿Puedo ayudarla, lady Eleanor?

—Pues no sabría decirte —comentó sin girarse para mirarla, pensando en voz alta—. Estaba convencida de que lo había dejado aquí anoche

Becca echó un minucioso vistazo a la habitación, buscando algún volumen despistado de color rojo, que eran los que estaba revisando la directora. Localizó uno segundos más tarde, debajo del primer periódico de una gran pila que había junto al sillón de lectura.

—¿No será ese de ahí, lady Eleanor?

Cuando esta se dio la vuelta y siguió con la mirada la dirección a la que apuntaban sus ojos, emitió un suspiro de alivio. Se encaminó hacia el sillón con expresión fatigada y lo sacó de debajo del diario.

—Este es, sí. No sé dónde tengo la cabeza últimamente. —Después se giró hacia ella con una amplia sonrisa—. Gracias, Rebecca, podría haberme pasado el día entero buscándolo sin éxito. ¿Querías algo, por cierto?

Sí, debía tener la cabeza en otro sitio, se extrañó, si no recordaba que habían quedado.

—Íbamos a visitar a la abuela Joan, ¿recuerda?

—Madre mía, ¿tan tarde es? —La directora acompañó la pregunta con una mirada al reloj, y, acto seguido, se llevó una mano a la sien derecha—. Está bien, los balances tendrán que esperar. ¿Nos vamos? —preguntó con aire rendido.

Lady Eleanor no era una de esas directoras entrada en años que llevaba media vida educando señoritas de la alta sociedad. Era una mujer joven y bonita, con amplios conocimientos, eso sí, sobre cómo gestionar una institución como la Escuela de Señoritas de lady Acton. Siempre se comportaba de modo cariñoso y protector con ellas, por lo que todas las alumnas le tenían bastante cariño, además de mucho respeto.

Estaban a punto de salir del despacho cuando se presentó el señor Barry, el portero de la escuela, para anunciar la visita de un tal señor Grissom. Se volvió hacia ella, extrañada por un imprevisto así.

—¿Te importa que lo atienda, Rebecca?

Negó con la cabeza, no queriendo ser una molestia.

—Oh, por supuesto que no. ¿Quiere que me vaya?

—No, no creo que sea necesario —le agradeció—. Hágale pasar, señor Barry.

Volvieron a entrar y se acomodaron. Al minuto siguiente, un hombre orondo, de rostro afable y cabello canoso, entró en el estudio, limpiándose el sudor de la frente con un pañuelo de lino blanco. Parecía agobiado, pero mostró educación al presentarse, como también un marcado acento americano.

—Muy buenas tardes, miladies. —Ni Becca ni lady Eleanor sintieron la necesidad de corregirlo—. Muchísimas gracias por recibirme. He tenido una mañana muy ajetreada y temía no poder encontrar a ninguna de las personas interesadas en la información que he traído.

Ambas se miraron con sendas expresiones contrariadas, pero enseguida la directora le ofreció asiento. También le sirvió un vaso de agua, el hombre parecía necesitarlo.

—¿Es usted lady Eleanor Harper? —preguntó, con la mirada fija en la mujer correcta, tras terminar de refrescar su sed.

—Sí, señor. Lo soy.

—Permitan que me presente. Soy August Grissom, historiador del condado de Oregón, y tengo documentación sensible que creo que podría interesarle.

—¿Qué tipo de documentación? —Por su expresión, Becca intuyó que la noticia había conseguido despertar el interés de la directora.

—Vengo de Clifford Manor, y la señora... —Tras un instante de duda, continuó—: Leyton me ha informado de que podía acudir a usted, puesto que es descendiente directa de los Scott.

Becca abrió los ojos como platos. ¿Aquello tenía que ver con los Scott de la leyenda? ¿Un historiador americano venía a Inglaterra por ese asunto?

—En efecto, señor Grissom, le han informado bien —respondió Eleanor Harper con gesto amable—. Estoy emparentada con la familia Scott, que es oriunda de Minstrel Valley, si bien debe saber que la rama familiar está casi extinguida, y que yo misma no tengo mucho conocimiento sobre dónde se hallan el resto de los descendientes que emigraron a otros lugares.

—Bien, bien, por eso estoy aquí. Estoy convencido de que tiene usted parientes en América, lady Eleanor, porque de otro modo yo no habría podido tener acceso a esta carta —dijo, sacando de su portafolios un rollo de tela que desenvolvió con mimo para mostrar un papel ajado con forma de misiva—. Aunque debo advertirle que yo no he tenido contacto con ninguno de ellos. Esta carta llegó a mis manos por pura casualidad.

—¿Puedo leerla? —preguntó la directora con un matiz de ansiedad en la voz.

—Claro, claro —dijo el hombre de aspecto bonachón—. Para eso he hecho un viaje tan largo, querida.

El historiador americano le tendió la carta a lady Eleanor y esta la tomó con manos titubeantes. Echó una mirada solemne a Becca, como si quisiera transmitirle que aquel momento era importante. Después la leyó en voz alta:

*Amor mío:*

*Yo también sufro por no poder estar contigo, por tener que conformarme con verte de lejos y escuchar esa música que sé que tocas solo para mí.*

*Que Dios se apiade de mi alma, pero desde que te conocí, eres lo único que me importa. Mi vida podrá pertenecer al barón de Hertford, pero mi corazón es solo tuyo.*

*Tengo miedo de que Edmund descubra lo que me propones, pero estoy dispuesta a arriesgarlo todo con tal de estar contigo, porque sé que solo puedo ser feliz a tu lado. Haré todo lo que me has pedido y huiré contigo, mi amor. Dentro de dos días, al anochecer, nos encontraremos en la puerta sur de la muralla, y entonces nada ni nadie podrá separarnos.*

*Tuya para siempre,*

ANNE SSCOTT

Becca no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar, como tampoco parecía poder asimilarlo la propia Eleanor, que se sirvió un poco de agua. Necesitaba refrescarse antes de volver a leer la carta con atención.

Estaba emocionadísima. Se trataba de la leyenda más importante de Minstrel Valley, de la que nadie conocía su conclusión. ¡Los amantes se habían citado para huir! ¡Allí estaba la prueba que lo demostraba! Habían fantaseado tanto, todas ellas, con el destino final de la Dama Blanca y el juglar, que en ese momento le parecía increíble tener delante el testimonio de que se habían amado y de que, como sospechaban, habían intentado fugarse juntos.

Pero ¿qué habría pasado con ellos? ¿Por qué no lo lograron? ¿Pudo alguien interceptar esa carta? Las preguntas se agolpaban en su mente y casi le robaban el aliento. No veía el momento de encontrarse con el resto de sus amigas y ponerlas al día de lo que acababa de descubrir.

—¿Y ha viajado desde Estados Unidos solo para entregarme esta carta? —preguntó la directora una vez que logró salir de su estupor.

El hombrecillo palideció un poco y se tiró levemente del nudo de la corbata.

—Esto... yo más bien esperaba que pudiera dar fe de la autenticidad del documento, lady Eleanor. Verá... lo que yo quería es poder reconstruir la historia de esta mujer, Anne Scott, por la que me sentí intrigado desde el primer momento que hallé el mensaje. Entiendo que, siendo familia suya, quiera quedársela, pero... eh... soy historiador, ¿entiende? No tengo por costumbre desprenderme de documentos *históricos* —aclaró poniendo todo el énfasis en la última palabra.

—Pues verá, señor Grissom —procedió a explicar lady Eleanor—. Puedo confirmarle que, efectivamente, el barón de Hertford y Anne Scott existieron, puesto que hemos recuperado recientemente una biblia familiar en la que aparecen sus fechas de nacimiento y...

—¿Una biblia, dice? ¿Un volumen de aquella época?

—Sí, sí, justamente eso —confirmó la directora con una sonrisa amistosa. Estaba claro que el hombrecillo estaba fascinado por la sola posibilidad de que existiera tal volumen—. ¿Quiere verla?

—Oh, desde luego que sí —exclamó, entusiasmado—. Ese es justo el motivo que me ha traído hasta Inglaterra. Me gustaría, como ya le he dicho, reconstruir la historia de su familia, milady, y cualquier documento de la época sería de un valor inestimable para mí.

Eleanor Harper echó una mirada a Becca, como sopesando su decisión. Puesto que había sido testigo de la importancia que tenía para ambos el descubrimiento de aquella carta y de la biblia familiar, la muchacha comprendió que esa mañana la directora tenía cosas más importantes que hacer que acompañarla a ver a la abuela Joan.

—Podemos posponer la visita para la tarde, lady Eleanor —sugirió.

—Oh, querida, te lo agradezco. El señor Grissom viene desde muy lejos y no sería cortés

hacerle volver esta tarde.

—Por supuesto. Encantada de conocerle, señor Grissom. Hasta luego, lady Eleanor.

Aún exaltada por el descubrimiento de la carta, Becca se dijo que estaba demasiado eufórica para encerrarse en su habitación hasta que terminase la clase de literatura, porque en ningún momento se planteó entrar a media lección, de modo que se dirigió hacia el estanque que se encontraba en el jardín delantero de Minstrel House.

Por si tenía pocas cosas en su atiborrada mente, en ese instante debía pensar también en cómo iba a contarles a sus amigas el gran descubrimiento que acababa de hacer.

«Un hombre que persevera es un hombre que alcanza sus sueños». Esa frase, que su padre le había repetido unas mil veces desde que tenía uso de razón, se había convertido para Patrick en filosofía de vida.

No era de extrañar, por tanto, que hubiera aprovechado la invitación de almorzar en la escuela para darse una vuelta por los jardines de la mansión y buscar a la señorita Rebecca Grant. Las clases ya habían empezado, pero no había podido averiguar cuáles eran los horarios de esa distinguida escuela para señoritas, y no estaba tan desesperado como para preguntarlo abiertamente.

Su estrategia consistía en rondar la propiedad tanto como pudiese y propiciar cualquier encuentro con la bella ninfa de ojos azules que se le había metido en la cabeza como un latido permanente.

Hasta ese momento, ella había resultado ser inmune a sus avances. No había accedido a dar un paseo con él y se había horrorizado cuando había confesado sus pretensiones de besarla. ¿Se había horrorizado? ¿Realmente? No. Algo en su fuero interno le decía que solo se había azorado por semejante atrevimiento.

Una traviesa sonrisa cruzó su rostro. Quizás no era el modo más inteligente de abordar a una dama, pero era tan delicioso verla sonrojarse y abrir esos inmensos ojos de color aguamarina con perplejidad, que no podía evitarlo.

Además, tampoco podía hacer otra cosa más elaborada, puestos a ser sinceros. Cuando la tenía cerca, su cerebro dejaba de funcionar con la lógica habitual y eran los impulsos los que le guiaban.

Esa misma mañana le habían asaltado dudas acerca de su persistencia. No quería convertirse en un pretendiente molesto por nada del mundo.

Un momento... ¿Pretendiente? ¿Eso era él?

Se detuvo en medio del camino que llevaba del establo a la puerta principal, algo anonadado por sus pensamientos. No se le había ocurrido cuál era su objetivo con respecto a Becca —¡oh! Cuánto le gustaba poder nombrarla así en su mente—. Sabía que no podía sacarse aquella mirada inocente de la cabeza y que deseaba estar cerca de ella. Anhelaba acercarse a su cuerpo, sentir el

roce de sus manos, desnudar su piel de porcelana, poseerla.

«Un momento. Un momento», se ordenó mentalmente.

Rebecca Grant no era el tipo de chica a la que uno podía seducir sin ningún tipo de consecuencia. Ninguna alumna de la escuela lo era. Y su primo se lo dejaba bien claro a la menor oportunidad. Entonces, ¿qué estaba haciendo? ¿Por qué la seguía buscando en cuanto tenía ocasión?

Cerró los ojos, disgustado consigo mismo. No se había planteado hasta dónde quería llevar sus atenciones con la muchacha. Solo se había dejado guiar por el instinto, porque... en fin, no podía evitar buscarla en cada ocasión posible. Pero quizás una joven como ella no le permitiría ningún tipo de acercamiento a menos que manifestase su intención de cortejarla formalmente. ¿Estaba dispuesto a eso?

Siendo coherente, tenía que admitir que apenas se conocían. No podía estar seguro de que su atracción por ella fuera algo más que... lujuria. Había grandes proporciones de ella en su pensamiento, desde luego, pero... ¿podía ser algo más?

Sin duda despertaba en él una ternura que no había provocado antes ninguna otra mujer. Contemplar una de sus sonrisas era casi tan embriagador como cualquier insinuación sexual que hubiera recibido en su vida adulta.

¡Menudo dilema!

Tal vez debería plantearse conocerla un poco mejor. Acercarse a ella de un modo menos directo, más... ¿amigable? Pero, demonios, él no quería su amistad. Quería... bueno, estaba claro que quería conocerla íntimamente.

Aquellos tempestuosos pensamientos lo tenían tan absorto que casi se le pasa por alto un movimiento de muselina azul procedente del estanque que quedaba al este de la mansión. Aguzó la vista y creyó adivinar que aquella figura esbelta era la de Rebecca Grant.

«Un hombre que persevera...», le repitió la voz de su padre, como dándole permiso para acercarse.

Llegó con sigilo, pues quería observarla en aquel momento de quietud en el que ella no era consciente de tener compañía. Estaba sentada con las piernas estiradas sobre la hierba y los brazos echados hacia atrás para apoyar la delicada curva de su espalda. Su rostro, encarado al brillante sol que lucía esa mañana, tenía los ojos cerrados. Si no hubiera estado ya perturbado por su belleza desde el día en que la conoció, habría sido ese el momento para que se le metiera en la cabeza y en la sangre. ¡Estaba tan hermosa en medio de aquel idílico páramo de quietud!

¿Cómo no iba a desearla? ¿Cómo no iba a despertar su devoción?

—Es usted la cosa más bonita que he visto en mi vida. —Solo fue consciente de haberlo dicho en alto cuando ella se enderezó, con bastante tranquilidad, y se giró para mirarle.

—Señor Miller —musitó.

Una vez más, sus miradas se quedaron prendidas la una en la otra. Lo que esa mujer desencadenaba en su interior con su sola presencia era casi una fuerza de la naturaleza. Se le

encogía el pecho ante su dulce rostro angelical.

—¿No debería estar en clase? —preguntó con un carraspeo para romper aquella tensión que lo estaba devorando.

—Oh —contestó con las mejillas arreboladas—, sí, es cierto. Pero iba a acudir a una visita y, finalmente, no ha podido ser. Por eso he decidido esperar a que termine la lección de literatura y acudir directamente al almuerzo.

Patrick aprovechó que la joven parecía dispuesta a conversar y se sentó a su lado, con la suficiente distancia para no despertar su recelo.

—¿Puedo preguntarle a quién iba a visitar? —Se prometió que iba a intentar ser amable con ella, simpático, locuaz y muy muy casto.

—La directora y yo íbamos a ver a la abuela Joan, ¿la conoce?

—¿Que si conozco a su abuela?

—Nooo. —Becca se echó a reír y Patrick sintió que su corazón brincaba de gozo. Aquel sonido, absolutamente musical y dulce, le llevó una sonrisa a los labios con total facilidad—. No es mi abuela. Es... bueno, es la abuela Joan. Es una mujer de lo más curiosa, ¿sabe? Vive en el pueblo con una señora que la cuida, pero en realidad todo el mundo pasa a visitarla a cualquier hora del día. También le llevamos comida, regalos... Ah, y madera.

—¿Madera? —Ambos estaban sonriendo mientras hablaban.

¡Vaya! Después de todo estaba manteniendo una conversación amigable con ella. Justo lo que se había propuesto. Sintió un gran orgullo de sí mismo por comportarse como un hombre simpático y educado en lugar de un salaz colegial.

—Es que la abuela Joan tiene auténtica obsesión por recolectar palos o piezas de madera para luego hacer una buena fogata en su chimenea.

—Me parece fascinante, la verdad —admitió—. ¿Y dice que no han podido ir a verla?

Asintió, como si hubiera recordado una cuestión importante.

—Oh, sí. Ha ocurrido algo... —Becca se mordió el labio inferior demostrando su indecisión sobre si contarle aquello que había tenido lugar. Patrick, que podría haberle dicho que no era necesario que contase nada más, esperó impaciente a que se decidiese. Veía en la expresión de la muchacha que ardía en deseos de compartir esa información, y él quería saberlo todo de ella—. ¿Conoce la historia de los amantes de Minstrel Valley?

—¿Se refiere al juglar y la dama de la estatua que hay en la plaza?

—Sí, ¡exacto! —exclamó con júbilo. Patrick apenas había oído mencionar la leyenda local, pero se convertiría en el mayor experto en el tema si a Becca le interesaba—. Se dice que intentaron huir del barón, el esposo de la Dama, que era un hombre horrible pero muy poderoso. Y también se dice que, al conocer su traición, el barón ordenó asesinar al juglar, y que la Dama se lanzó al lago al no poder soportar la pérdida de su amado.

Patrick no pudo hacer otra cosa que mirarla anonadado. ¡Menudo drama el de aquella leyenda! Pero la joven parecía tan encantada con lo que le estaba contando que quiso seguir escuchando la

historia.

—Es terrible —la consoló sin saber qué otra cosa decir—. Pobre mujer. Pero todo eso podrían ser solo rumores, ¿no?

—Creo que no —dijo con un brillo extasiado en los ojos—. Hoy he conocido la existencia de una carta que confirma que iban a fugarse juntos. En esa carta, lady Anne Scott promete reunirse con su amado en la puerta sur de la muralla y huir muy lejos del barón. ¿No le parece fascinante?

—Sí... ya lo creo que sí.

Pero Patrick no estaba pensando en juglares o castillos. Lo que a él le fascinaba, realmente, era cómo el rostro de Becca se llenaba de brillo y candor cuando hablaba de algo que la entusiasmaba. Se transformaba en una persona muy distinta a la chica reservada que había visto hasta el momento. Se veía radiante de vitalidad y de frescura.

Aunque se había prometido no hacerlo, y por más que una voz en su mente le dijese que ella no estaba preparada para aquello, elevó la mano hasta su rostro y le acarició la mejilla. Sus preciosos ojos perdieron cualquier rastro de diversión y volvió a mirarle de ese modo expectante tan suyo.

—¿De verdad cree que soy la cosa más bonita que ha visto? —susurró, trayendo a su memoria la frase que había pronunciado al verla medio tumbada en la hierba.

Ni siquiera estaba seguro de que lo hubiera escuchado, pero se alegró de haber cometido la indiscreción de permitir que las palabras se deslizaran por su boca sin freno.

—Y ni siquiera había escuchado su risa. —Lo dijo en un tono tan bajo y grave que no reconoció su propia voz. Las sensaciones que le embargaban también eran nuevas para él—. Ahora creo que es usted la criatura más fascinante del mundo.

Los dedos de Patrick acariciaron la mejilla femenina, que era tersa y suave como la porcelana.

—¿Va a besarme? —La cándida pregunta fue acompañada por uno de esos deliciosos e inocentes parpadeos que tanto le gustaban.

—Me muero por hacerlo.

Ella no opuso ninguna resistencia cuando se acercó a su rostro y la tanteó. Primero rozó la pequeña nariz con la suya y le ofreció una sonrisa tranquilizadora. Después, con lentitud, pues no quería asustarla, deslizó los labios por la comisura de su boca hasta apresar el regordete labio inferior de ella entre los suyos. Becca contuvo el aliento, pero no cerró los ojos, por lo que Patrick pudo apreciar cómo se oscurecieron aquellas gemas de color turquesa cuando finalmente sujetó con mayor fuerza su rostro y abrió la boca para incitarla a abrir la suya. Sus labios se exploraron con absoluta lentitud, con minucioso cuidado. Saboreó primero la delicada piel del inferior y luego el superior. Arrastró la lengua por ellos para aprender su sabor y lo encontró delicioso.

Con un pequeño quejido, ella se apartó lentamente y lo observó.

—Es...

—Lo sé.

Su intuición le decía que aquel era el primer beso que Becca recibía en su vida, y que le había causado una honda impresión. Su semblante era tan delicado y vulnerable en aquel instante, que Patrick sintió el renovado deseo de enseñarle todo cuanto sabía sobre la pasión. Volvió a tomar su rostro, esta vez con ambas manos, y pegó su boca a la de ella con renovado ímpetu. Apretó los labios contra los suyos y la incitó a separarlos para poder saborear el interior de aquella ardiente cavidad. Cuando Becca notó una lengua que invadía su boca, se encogió por un instante, pero después sujetó a Patrick por los antebrazos y respondió con envites llenos de curiosa sensualidad.

Alentado por su respuesta, la empujó con su cuerpo hasta que ambos estuvieron tumbados sobre la hierba. Fue entonces cuando Patrick casi dejó de tener control sobre su hambre interior. El dulce y exploratorio beso se convirtió en un saqueo voraz. Sentir el dulce e inocente cuerpo de ella bajo el suyo, desencadenó una lujuria inmensa, y quiso más. Quiso mucho más. Quiso despojarla de su ropa, acariciar todo su cuerpo, ver sus pechos desnudos, lamerlos. Quiso colarse entre sus piernas y dejarle notar el tormento que ella le despertaba, distinto a todo lo que había conocido.

Sin embargo, se contuvo. Sabía que era una joven inocente y que ya estaba yendo mucho más allá de lo que ella podía considerar decente, o de lo que debería haber experimentado. Se apartó para comprobar cómo se encontraba y no la notó asustada. Ella jadeaba, al igual que él, agitados ambos por una pasión que había estallado en una fulgurante llama que les había cogido desprevenidos.

Acarició con los pulgares sus mejillas.

—Rebecca... ¿se encuentra bien?

—Yo... —murmuró indecisa—. No lo sé.

Siendo consciente de que, si continuaba, tal vez no fuera capaz de detenerse, y viendo que Rebecca estaba tan aturdida, Patrick se incorporó para levantarse, con un suspiro de rendición, y después tendió una mano para ayudarla a ella.

—Espero no haberla escandalizado —dijo una vez que estuvieron de pie.

La sintió ruborizarse antes de decidirse a responderle con sinceridad.

—Bueno, eso ha sido bastante...

—No termine esa frase, por favor, o destrozará mi corazón —le rogó con un aire compungido que no era en absoluto fingido.

Rebecca debió pensar que sí, que estaba jugando con ella y representando un papel, porque le dedicó una mirada reprobadora, no exenta de diversión.

—Es usted un bribón. —Como si acabara de ser consciente de que se hallaban en un lugar público y que podría haber alguien mirando, se giró para mirar en todas direcciones, y después emitió un suspiro, aliviada, al comprobar que no había nadie—. Por cierto, ¿qué hace aquí?

—Mi primo viene algunas veces a almorzar a la escuela. Tengo entendido que lady Eleanor hizo extensiva la invitación a mi persona. ¿Almuerzan las alumnas con los profesores?

—No —respondió la muchacha sin manifestar ningún resto del azoramiento que había mostrado

antes—, lo hacemos en comedores anexos, pero normalmente las puertas entre ambos permanecen cerradas.

—Rezaré para que hoy las abran.

Ella se echó a reír con aquel sonido musical y sensual que empezaba a gustarle tanto, y negó con la cabeza, como quien trata con un chiquillo incorregible. Patrick pensó que, al menos, no se había enfadado con él por el atrevimiento de besarla. Quizás incluso hubiera logrado ganarse el favor de la joven. Si así era, no podía desaprovechar la oportunidad de continuar estrechando el lazo en torno a ella, de modo que volvió a proponer lo que antes ya había sido rechazado:

—Señorita Grant, ¿me haría el honor de dar un paseo conmigo esta tarde?

Su respuesta estuvo precedida de un ligero titubeo que se manifestó en el modo en que se mordió el labio inferior.

—No puedo, señor Miller —admitió finalmente—. Tengo esa visita pendiente a la abuela Joan, y también he de acercarme a casa de mi tía lady Cinthya después del té. Nos van a pintar un cuadro juntas, de modo que pasaré muchas tardes con ella en los próximos días.

Patrick no pudo ocultar su desilusión, pues estaba convencido de que se hallaba en un momento decisivo con respecto a ella y que tenía que redoblar sus esfuerzos para que empezase a verlo como un posible candidato a sus atenciones.

—Está bien. Pero no dude que encontraré el momento, señorita Grant.

La joven volvió a negar con la cabeza y dejó que la acompañara hasta la glorieta central de entrada a Minstrel House. Ambos iban a tomar el almuerzo en la escuela, pero Patrick sabía que no podían entrar juntos como si nada. De modo que se despidió con un galante beso en el dorso de su mano y se encaminó hacia el establo. No le vendría mal calmar sus agitadas pasiones antes de dirigirse al comedor de profesores.

## Capítulo 6

La mente de Becca no dejaba de repetir el momento compartido con el señor Miller, y, solo con recordarlo, su corazón se aceleraba. Nunca la habían besado, pero lo que había imaginado en nada se parecía a lo que había ocurrido en el estanque. Se llevó los dedos hasta los labios y los rozó con la yema. Todavía guardaban su calor y la suavidad de su tacto. Sonrió para sí misma al recordar la primera vez que le había dicho que pensaba besarla. El muy bribón había cumplido su amenaza. Trataba de justificar la actuación de Patrick, pero ella tampoco se había amedrentado. ¡Si hasta había respondido con ganas! Se sintió mortificada al pensar si alguien los habría visto: tumbada sobre la hierba con un hombre sobre ella. ¿Cómo había podido perder la cabeza de aquella manera? ¿Qué diría su tía si llegaba a enterarse o a intuirlo al verla?

Se tapó la cara con ambas manos, pero la sensación del calor de aquel beso parecía haber dejado las brasas encendidas en su cuerpo. No recordaba el tiempo que había estado aturdida. ¿Un segundo?, ¿diez? Era un tunante, sí, aunque le había regalado la experiencia más intensa de su vida. En vez de molestarle, le había hecho sentirse deseada, y le había gustado lo que había experimentado, aunque se había cuidado de mostrarle tales sentimientos.

¡Ella sí que se había vuelto loca!

Daba la sensación, además, de que él no estaba dispuesto a cejar en su empeño. Volvió a pedirle un paseo, pero tuvo que rechazarlo. La esperaban en casa de su tía por la cuestión del cuadro.

Un sentimiento de culpa la asaltó. Pensar en la pintura trajo al señor MacArthur a su cabeza, y notó cómo su alocado corazón se apaciguaba. Era él quien le gustaba. ¿Por qué, entonces, había dejado que el señor Miller la besara?

¿Sería una de esas debutantes atrevidas?

Se sentía como si hubiera engañado al profesor. Por eso, cuando esa tarde él acudió a Rosewall House para acordar cómo pintaría el cuadro y hacer un primer boceto, no pudo dejar de mirarlo, como si con aquel escrutinio pudiera descubrir lo que su corazón sentía.

Tenía que admitir que le había molestado que, mientras hablaban, su tía sacara temas de conversación que a ella no le interesaban y que, estaba segura, a él tampoco. Sin embargo, el profesor se había mostrado muy amable y cortés. Seguramente, solo le había respondido porque era un hombre muy educado.

Durante unos instantes, se habían quedado a solas. Mientras el señor MacArthur contemplaba el lienzo, se había acercado a él e incluso se había atrevido a tocarle el brazo para hacerle preguntas, todo con el afán de comprender sus propios sentimientos.

Había deseado que él la invitara a salir a dar un paseo a orillas del río. Con seguridad, Mary los seguiría como carabina, aunque sabría cómo distraerse para darles un poco de intimidad.

Se había imaginado que él la tomaba de la mano mientras le hablaba de pintura y... en ese momento, la imagen del señor Miller había vuelto a ella; sus ojos castaños la habían mirado como lo habían hecho en el estanque, y sus piernas habían flaqueado.

Con decisión, había apartado esos pensamientos que no la conducían a nada, pues lo único que conseguían era recordarle su comportamiento desvergonzado.

Resignada, pensó que tendría que conformarse con volver caminando hasta la escuela con el profesor.

Cuando MacArthur se despidió de su tía, Becca se precipitó hacia la puerta, despidiéndose también mientras aseguraba que tenía que llegar al colegio antes de la cena porque se había perdido la lección de literatura y debía ponerse al día.

Lo dijo con la esperanza de convencer después al profesor para tomar el camino de Forest Road y poder enseñarle el Puente del Pasatiempo.

Sin embargo, no pudo ser, porque él tenía un compromiso. Le decepcionó enterarse de que el profesor había quedado en ver a su amigo, el señor Angus McDonald, y que por ese motivo no volvería todavía a la escuela.

—¡Ay! —suspiró Becca nada más entrar en su habitación.

Se iba a volver loca si su mente no dejaba de configurar imágenes del profesor de arte para, al instante siguiente, dibujar el rostro del señor Miller. ¿Sería la culpa lo que la tenía tan perturbada?

Su padre siempre le había dicho que era demasiado inquieto. William Miller era de esas personas que atesoraban un gran conocimiento sobre la vida y sobre la gente. Pocas veces se equivocaba en sus juicios, y tenía la facultad de adelantarse a los acontecimientos. «Los veo venir», solía decirle. Del mismo modo que era poseedor de esa extraordinaria sabiduría, pocas veces interfería en nada que no fuera estrictamente necesario. Por tanto, aunque sabía que su hijo había sido impaciente, rebelde y temerario desde la más tierna infancia, jamás había intentado doblegarlo con estrictas normas o con castigos. Era frecuente, sin embargo, que dejara caer reflexiones sobre su carácter con un gesto resignado y una sonrisa afectuosa.

«Algún día te romperás la crisma».

«Serías capaz de ganar una discusión a una mula».

«Si crees que nos engañas a tu madre y a mí, eres más tonto de lo que pensábamos».

Y todo eso lo decía siempre con aquel brillo orgulloso en sus ojos castaños, tan similares a los suyos. Tal vez aquella falta de coerción paterna tenía mucho que ver con el hecho de que Patrick

fuera un hombre de los que no se rendían con facilidad.

Sabiendo que Becca iba a acudir aquella tarde a casa de su tía para que la retratasen en una pintura —que a él le encantaría tener en el cabecero de su cama—, tuvo la ocurrencia de que tal vez iría sola en el camino de ida y de vuelta. Eso era algo que ningún caballero debería consentir y a lo que pretendía poner remedio. Como ya había pasado la hora del té, se vio en la obligación de indagar entre el servicio de la finca Bissop, del modo más sutil posible, quién era y dónde vivía lady Cinthya.

Descubrió que la baronesa viuda Rowsley tenía alquilada una bonita residencia junto al lago, llamada Rosewall House, y hacia allí se encaminó a lomos de Kendall, que era el semental más hermoso que había poseído en toda su vida. Era un tordo moteado de blanco, con una morfología admirable y un carácter que se asemejaba mucho al de su dueño: intrépido pero leal.

Desmontó cerca de la casa. No tenía la más remota idea de si Becca estaba allí o no, de modo que, a sabiendas de lo incorrecto que era, se paseó por los alrededores de la mansión y fue echando un vistazo a través de las ventanas. Tuvo que ser en la última —¡cómo no!—, en la que las encontrase. Para la creación de aquel cuadro, habían elegido el pequeño anexo de la vivienda que miraba hacia el río. Allí estaba su pequeña ninfa, con un hermoso vestido de color añil que se ceñía a su cintura con exquisita perfección y que confería a su rostro un aspecto más dulce, si era posible, del que tenía habitualmente. Llevaba el brillante cabello cobrizo recogido en una sencilla trenza que ensalzaba sus delicadas facciones. En ese momento, su tía, una mujer rubia y exquisitamente bella, mucho más joven de lo que la había imaginado, le dio un apretón en el hombro y salió de la estancia, dejándola a solas con el pintor, aunque con la puerta abierta.

El hombre era en realidad el profesor de arte de la escuela, Alfred MacArthur, un dato del que Patrick no estaba al tanto. Pero lo había conocido esa mañana en el colegio. Al ver que se quedaban solos, sintió una instintiva desconfianza hacia él.

Vio que ambos empezaban a hablar y, poco después, Becca se acercó para poder ver el boceto del retrato. Patrick no veía muy bien el lienzo y solo atisbaba la cabeza del profesor, porque era más alto que el caballete, pero a ella la veía perfectamente, pues se había situado de cara a él y fuera del margen del futuro cuadro.

No le gustó. Lo que vio en ella no le gustó ni un ápice. Su rostro se veía iluminado de placer, arrebolado. Parloteaba con MacArthur de un modo tan cercano, y lo miraba con una expresión de admiración tan distinta al modo en que lo miraba a él, que sintió que se le aceleraba el pulso y se le constreñía la garganta.

Patrick era un experto en el arte del flirteo y, o mucho se equivocaba o Becca estaba coqueteando con su profesor de arte. Tal vez no de modo consciente; desde luego, no con la picaresca que había visto exhibir a otras mujeres, pero no podía ser más elocuente la fascinación que mostraban sus ojos, la sonrisa bobalicona que cruzaba su rostro o el gesto nervioso de toquetearse la punta de la trenza.

Se dio cuenta de que estaba apretando los puños a los costados de su cuerpo con tanta fuerza

que los nudillos se le habían puesto blancos. Los abrió para relajar sus manos e inspiró hondo. Se dijo que lo mejor que podía hacer era marcharse de allí antes de ponerse en evidencia, y aun así no pudo dejar de mirar hasta ver cómo Becca posaba una de sus delicadas manos en el antebrazo del profesor y cómo la retiraba con brusquedad al entrar su tía de nuevo en la estancia.

Aquel gesto de culpabilidad, más que todo lo que había visto antes, le impactó como una bala de cañón en el pecho.

Furioso y ofendido como no se había sentido en mucho tiempo, se acercó hasta Kendall con grandes zancadas y partió al galope de vuelta a las caballerizas. No le importó si alguien en la casa lo escuchaba irse o si algún vecino del pueblo lo veía atravesar Rosebush Street como un loco imprudente. La ira que sentía correr por sus venas era casi corrosiva.

¡A él lo había besado esa misma mañana! Con una pasión y una entrega que le habían hecho abrigar esperanzas. ¡Era una farsante!

Llegó a los establos en un abrir y cerrar de ojos y entró casi sin reducir su velocidad. Desmontó, iracundo, ante la atenta mirada de Gregory Colton y de su primo Dunhcan.

—Patrick, ¿qué...?

—Ahora no, Bissop —respondió con malos modos.

Abandonó las cuadras y anduvo sin rumbo hasta que sus pasos lo llevaron a un molino abandonado, junto a la ribera del río. No supo cómo había llegado hasta allí, pero veía el muro que rodeaba la escuela, por lo que comprendió que no se había alejado demasiado.

¿Cómo podía haber estado tan ciego? Rebecca Grant no se resistía a sus avances porque estuviera siendo demasiado atrevido o impetuoso. Era porque estaba encandilada con ese profesor. No le cabía la menor duda de que así era. Había visto suficientes mujeres prendadas de él mismo como para reconocer los síntomas: parpadeos embelesados, risitas nerviosas, miradas arrobadas, un ligero roce por aquí, un susurro atrevido por allá. ¡Dios! Quería matar a alguien. ¡Quería matar al maldito MacArthur!

Apenas conocía al tipo. Habían almorzado juntos esa mañana en el comedor de la escuela. Si hubiera sabido lo que se traía entre manos con Becca, le habría destrozado su bonita cara escocesa delante del resto de profesores. Bien poco le importaba si Dunhcan lo aprobaba o si le negaban la entrada a su hogar por el resto de sus días. ¡Ese sinvergüenza se estaba aprovechando de su posición para seducir a Becca!

Y él se había comportado como un perfecto estúpido siguiendo a una damita consentida como un perro faldero. Jamás en su vida se había humillado de un modo tan despreciable.

Dos horas después, envenenado por todos esos pensamientos y muchos más que no dejaron de brotar en su mente como hiedras venenosas, logró desandar sus pasos y volver a casa de su primo.

Era casi la hora de la cena. Cuando entró en el comedor, Dunhcan le dirigió una mirada inquisitiva.

—Buenas noches, Patrick —lo saludó—. ¿Cenarás conmigo?

—No —respondió con acritud. Tenía el estómago tan revuelto que prefería no probar bocado

—. No tengo mucho apetito, pero gracias —se obligó a ser amable.

—¿Sigues sin querer contármelo? —Insistió.

Se limitó a negar con la cabeza. Dunhcan no parecía convencido del todo, así que volvió a la carga:

—¿Hay algo que yo deba saber o por lo que tenga que preocuparme?

Sabía muy bien lo que Bissop le estaba preguntando. Quería que le aclarara si había cometido alguna imprudencia o se había metido en algún lío. No era la clase de persona que se entrometía en los problemas de los demás, pero, en última instancia, era responsable de lo que pudiera ocurrir en el pueblo por su causa.

—Nada con lo que vayan a venir a molestarte a tu puerta —ofreció a modo de respuesta, a lo que el otro respondió con un gesto de aceptación.

—Descansa, muchacho, nos vemos mañana.

No descansaría. De eso Patrick podía estar muy seguro.

Mucho antes de que una de las doncellas de Minstrel House, Doll, pasara por su cuarto para ofrecerle su ayuda, ya estaba cambiada para la cena. Había escogido un vestido azul de muselina con infinidad de florecillas bordadas en la falda. Era uno de sus preferidos. Le gustaba llevar el pelo suelto, pero no era lo más apropiado en la escuela, así que lo peinó con un recogido trenzado que dejaba algunos mechones enmarcando su rostro.

Cuando entró en el salón comedor, donde dos criadas servían la comida, miró de reojo por si la puerta que comunicaba con el de los profesores estaba abierta. Si era así, quizás podría ver a Alfred MacArthur y saludarlo. Se conformaba con una sonrisa y que pudiera apreciar lo bien que le sentaba aquel vestido. Pero no tuvo suerte, y se dirigió hacia uno de los asientos.

Ginnie servía unas bandejas con pescado, verduras y otras viandas, mientras Nancy colocaba en la mesa varias jarras con la bebida. Las jóvenes habían conseguido que sirvieran un poquito de vino, la cerveza no era bebida de mujeres, aunque había probado un poco una vez que habían traído de la posada, en otra escapada clandestina.

Las criadas, una rubia y otra pelirroja, se complementaban muy bien, aunque la primera era un poco vulgar y podía ponerse a gritar a su compañera si consideraba que había algo que había desatendido. Con la experiencia que daban los años, sirvieron rápido y se retiraron para seguir con sus quehaceres.

Se notaba en el ambiente que el ímpetu de los primeros tiempos en Minstrel House se había apaciguado. Las alumnas ya no se atropellaban para hablar y conservaban la compostura que una dama debía tener en la mesa y en un acto social. Trataron varios temas de conversación, pero el que más tiempo les ocupó fue el comentario y la percepción de las primeras clases. Aunque la nueva alumna, lady Victoria, hija de Edwin Pattinson, marqués de Kellerman, monopolizó casi toda la conversación al explicar por qué había llegado tan apurada de tiempo al inicio del curso.

Por mucho que lo había intentado, a Becca no le había caído bien desde el principio, había algo en ella que le molestaba, y cuando repitió por segunda vez la historia de los caballos, la sentenció. «Esta niña es boba».

—Mi padre no quiere que me suba a cualquier montura, por eso hará traer la mía —explicó—. Papá hace todo lo que yo le pido.

—Se nota —contestó Margaret, y la obsequió con una mueca de burla que, por suerte, la otra no captó.

—Es un ejemplar magnífico.

—Pues los caballos del señor Bissop son los mejores del condado y de Londres —apostilló Lorianne—. Los conocen en toda Inglaterra.

Becca percibió que no era la única que estaba un poco cansada de tanta petulancia, y el resto de la cena centró su atención en lo que Amanda explicaba a Rose.

—Vamos, señoritas —exclamó jocosa Jane Walpole, una de sus amigas, una vez que ya no quedaron porciones de pastel para devorar—. Estamos perdiendo un tiempo precioso.

Las chicas empezaron a levantarse de sus sillas con calma. Becca vio de reojo cómo la nueva, al ver que ya nadie le hacía preguntas y su público había desaparecido, se levantaba y salía también del salón. Esperó con Rose a que Amanda les terminara de explicar cómo había hecho una labor que, ni una ni otra, habían empezado todavía.

Lady Valery entró en el salón a través de las puertas que comunicaban con el otro comedor, pero Becca no pudo apreciar si quedaba alguien.

—Jovencitas, procuren estar en sus habitaciones antes de que los pasillos queden a oscuras.

—Sí, lady Valery —respondieron las tres al unísono.

Becca miró a Rose y supo que también se había mordido la lengua para no cantarle aquel «sí, señorita Sherman» que tanto repitieron al inicio del curso anterior.

De repente notó que Amanda, a la que siempre llamaban Mandy entre ellas, se ponía nerviosa.

—¿Qué te ocurre?

—Cre-creo que he olvidado mi cuaderno en la clase de la señorita Hunt.

La joven salió azorada, y las otras la imitaron. Mandy detestaba llamar la atención. O que se la llamaran. Irían juntas para hacerle de soporte.

—Venga, te acompañamos —propuso Rose, y Becca vio cómo Mandy dibujaba una tímida sonrisa de agradecimiento en su cara.

En el camino se encontraron a Margaret, a la que se veía apurada.

—¿Qué haces aquí? Creíamos que estabas en la salita lavanda —comentó Rose.

—No soportaba más a la nueva —alegó—. No hace más que presumir de lo que tiene. Como si nadie de aquí tuviera un familiar de la nobleza o con fortuna. Es una consentida, eso es lo que es.

—Quizás no-no tiene amigas —murmuró Mandy.

—Así no las hará nunca —se burló Becca.

Sin preguntar, Margaret las siguió hasta el aula de aritmética, donde entraron para que Amanda

recogiera una carpetilla con folios.

—Rebecca, ¿cómo encontraste a la abuela Joan? —preguntó Rose, de pronto—. No nos has contado nada.

Becca se llevó la mano a la boca. Acababa de recordar que, con todas las emociones del día, no les había contado lo que había descubierto aquel historiador.

—¿Le ha pasado algo? —se preocupó Mandy.

—No, no creo. Es que no fuimos. —Becca se sentó en una de las sillas que rodeaban una pequeña mesita. Las otras la imitaron al ver que iba a compartir una confidencia—. Veréis. Cuando íbamos a salir llegó el señor Barry con la noticia de que lady Eleanor tenía una visita. La atendió mientras terminaba de buscar un... bueno, es igual. Lo cierto es que se trataba de un hombre que venía nada menos que de Oregón, de los Estados Unidos de América, y que tenía en su poder una documentación que podía interesarle. Había ido a Clifford Manor y de allí lo habían enviado a la escuela para que hablara con ella.

—Resume un poco, Becca, que a este paso no dormimos —intervino Margaret—. Este curso nadie va a llamarme la atención por estar donde no debo.

Parecería ridículo que la riñeran por estar en una clase cuando no había lecciones, pero la habían reñido por cosas más extrañas.

—Si lo consigues, le pediré al señor McDonald que haga una copa y te la entregaremos —se burló Rose.

—Sígame, Rebecca, p-por favor —pidió Amanda.

—Como sabéis, lady Eleanor es descendiente de los Scott. Pues ese historiador... —Les hizo un resumen del contenido de la carta y de su intención de quedarse en el pueblo hasta autentificarla.

Todas se emocionaron mucho al saber que, efectivamente, había una prueba de que los amantes habían quedado para huir juntos, como se decía.

—Oh, es impresionante —suspiró Rose—. Estoy impaciente por contárselo a lady Conway y a lord McEwan.

A Becca no le pasó desapercibida la cara soñadora que puso su amiga al mencionar a su prometido.

—Y a las demás, tenemos que contárselo a las otras compañeras —murmuró Margaret. Después, como si algo la contrariara, añadió—: ¿Y se puede saber qué cosa tan importante te ha impedido contarnos todo esto a la hora de comer?

—Es que... es que... —No sabía cómo justificarse, así que lo dijo sin más—: Es que, al salir del despacho de la directora, el señor Miller me besó.

—¿Que te besó?! —exclamaron las compañeras casi a coro.

—¿El señor Miller? ¿Patrick Miller, el pariente del señor Bissop? —Margaret estaba perpleja—. ¿Ese señor Miller te besó?

—¿Qué otro Patrick Miller conocemos? —se burló Rose.

—Pero, tú... —Amanda no pudo terminar, o quizás no quería indagar.

—¡Oh! —Becca se tapó la cara, luego les suplicó—. No se lo digáis a nadie, por favor. Ni siquiera a las chicas. Me moriría de la vergüenza. Yo... yo no lo esperaba. Es muy apuesto e impetuoso, pero... no sé, fue tan... tan... —iba a decir excitante, pero se contuvo. En el fondo todavía estaba impresionada y confusa.

—¿Te gustó que te besara? —preguntó Rose con ternura.

—No sé por qué lo hizo. Fue muy atrevido.

—¿Pero te gustó? —insistió su amiga.

No se atrevía a decir que le había encantado. Por supuesto que le había gustado, pero lo que menos quería era que sus amigas pensarán que era una descocada.

—Fue inesperado. —Su mente se llenó con todas las emociones que había experimentado contenida en una sola: ansia.

Supo que se ruborizaba y, como si imitara a Mandy en sus momentos de turbación, no fue capaz de hablar de forma coherente.

—Él no d-debió hacerlo. ¡Es un fresco! ¡Ay, Dios! ¿Por qué lo haría?

—Yo me huelo un romance —aventuró Rose. Mandy y Margaret rieron contenidas—. Cuando lord McEwan me besó por primera vez, creí que me iba a desmayar, menos mal que me tenía bien sujeta. Luego, estaba deseosa de que lo repitiera. Es un sentimiento muy tierno... Y despierta tantas cosas.

La risa cómplice de su amiga, al evocar a su prometido, la hizo recordar, y le temblaron las rodillas. Era cierto, su cuerpo había reaccionado a aquel beso como no sabía que podría hacerlo.

Pero no, ella no podía sentir nada romántico por el señor Miller, así que se afanó en negarlo.

—Es un engreído y no, no me gustó; a mí quien me gusta es el señor MacArthur.

Todas la miraron con asombro, aunque sus confidencias se vieron interrumpidas cuando lady Valery entró al aula con cara de enfado.

—Miladies, señorita. ¿Se puede saber qué hacen aquí?

La sorpresa se reflejó en todos los rostros por igual. Se pusieron de pie y enderezaron las espaldas, como si respondieran a una orden militar. Mandy dejó caer las hojas que tenía en su mano, y Rose le ayudó a recogerlas.

Becca fue testigo de cómo Margaret trataba de justificarlas explicando el nuevo hallazgo de la carta de la Dama Blanca que había descubierto el historiador. Con toda seguridad intentaba evitar la amonestación, pero no tuvo suerte. Lady Valery no se dejó impresionar.

—Eso no explica su situación —alegó—. No deberían estar en esta ala del edificio.

Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la puerta y todas comenzaron a desfilar ante la profesora de etiqueta.

—Una dama no está nunca donde no debe —miró a lady Margaret en concreto—. ¿Comprendido? Nunca.

## Capítulo 7

Su humor no había mejorado de manera ostensible a la mañana siguiente, ni durante las duras horas de trabajo en las caballerizas ni tampoco a la hora del almuerzo.

Se sentía engañado y utilizado. Si Becca estaba encandilada por su profesor de arte, ¿por qué había permitido que otro hombre la besase? Una vocecilla interior intentaba advertirle desde la noche anterior que quizás su legendaria persistencia había tenido mucho que ver con el hecho de que la muchacha se hubiese rendido, pero él la acallaba de modo despiadado cada vez que salía a relucir.

«Lo siento, señor Miller, estoy loca de amor por mi profesor de arte. Manténgase alejado de mí». ¡Eso era lo que debería haberle dicho! Pero no, la muy sibilina...

¡Oh, por el amor de Dios, a quién pretendía engañar! Como si eso hubiera podido refrenarle. Rebecca Grant muy bien podría estar casada, y él sería igualmente incapaz de controlar el deseo que ella le despertaba.

Incluso durante la tediosa noche que había pasado en duermevela, su furia se había mezclado con pensamientos lujuriosos en los que la arrastraba a su dormitorio, la desnudaba y la poseía hasta hacerle olvidar a cualquier otro hombre sobre la faz de la tierra.

¿Qué demonios le ocurría? ¿Cuándo había estado tan obsesionado con una mujer? ¿Era la indiferencia de ella la que lo impulsaba a tenerla fuera como fuese?

Todas esas preguntas le acompañaban aún cuando Dunhcan y él cruzaron las puertas de Minstrel House para la clase de equitación, a lomos de sus respectivas monturas.

—Pareces un caballo al que le ha saltado una herradura.

—Sí, ya lo sé —reconoció resignado—. Por cierto, siento si ayer no quise cenar contigo.

—Estoy acostumbrado a comer solo —respondió en tono conciliador—. Solo hay una cosa que ponga a un hombre, a cualquier hombre, de ese humor. —Se giró en la silla para mirarlo de frente—. ¿Has tenido algún lío de faldas?

—¿Vas a ponerte paternalista otra vez? —preguntó con una ceja enarcada.

—Solo si sigues comportándote como un crío —contraatacó—. O si has desoído la advertencia de no mezclarte con alumnas de la escuela.

Patrick enfrentó la mirada de su primo con un toque de desafío. Era un hombre adulto, no tenía por qué obedecer los dictados de nadie y, mucho menos, dar explicaciones sobre lo que hacía solo

porque estuviera viviendo en su casa. Sin embargo, tras unos segundos de rebeldía, se dio cuenta de que tampoco quería esconderse de él. No tenía motivos o, en todo caso, ya no.

—No he tenido ningún lío de faldas. Y sí, hay una alumna de la escuela por la que me sentía atraído —confesó—. Pero tranquilo, eso se ha acabado.

—No de muy buen modo, por lo que veo.

Si había algo peor que un Bissop altanero y orgulloso, era uno que pretendía ayudar en asuntos sentimentales. No le dejaría en paz hasta que lo soltase todo. Solo que Patrick, por enfurecido que estuviera, era un caballero y no diría en voz alta el nombre de la señorita. Se limitó a comunicarle que no tenía nada de qué preocuparse.

—El tema está zanjado, Dunhcan. No he hecho nada indecoroso —dijo protegiendo a Becca—. Sencillamente me he equivocado con ella. No es la persona que yo creía.

El otro frunció el ceño, como si ninguna de sus alumnas pudiera ser otra cosa que maravillosamente perfecta. ¡Pues se equivocaba!, Rebecca Grant tenía ciertos defectos muy notables.

—Mira, no quiero saber cómo has podido averiguar tal cosa. Prefiero obviar cualquier conocimiento sobre tus actividades clandestinas, en general, con las mujeres de Hertfordshire. —Acababan de llegar al establo, donde desmontaron de sus caballos y empezaron a preparar las yeguas de las alumnas para la clase—. Pero te veo muy ofuscado, y eso no suele casar muy bien con el sentido común, sobre todo en los hombres Bissop.

—¿Qué se supone que tengo que entender con eso?

—Solo sugiero que te lo tomes con calma —aclaró con ese poso de madurez que solían tener las personas que ya habían pasado por lo mismo de lo que hablaban— y que no saques conclusiones precipitadas.

Estaba a punto de decirle que la debilidad por sus alumnas le nublaba el juicio, cuando las jóvenes empezaron a entrar en el establo con sus elegantes trajes de montar. Los había de todos los colores: verdes, rojizos, morados... Pero solo había uno azul. Y la dueña de aquel atavío conocía a la perfección el efecto que causaba ese color en sus ojos. Rebecca Grant sabía sacarles partido a sus delicadas facciones y a sus otros más que destacables atributos. Por eso vestía con frecuencia de azul y de color limón, para que sus ojos fueran insoslayables. También por eso elegía modelos que estrechaban su cintura y realzaban sus generosos pechos, para volver locos a los hombres incautos, como él.

La muchacha caminó directamente hacia su posición y Patrick se dio cuenta, tarde, de que se había colocado frente a la cuadra de la yegua que ella solía montar: Galatea.

—Buenas tardes, señor Miller —lo saludó con una candorosa sonrisa que él no devolvió.

—Señorita Grant.

Cuando la tuvo delante, se dio cuenta de que parte de su enfado se disipaba. Era tan bonita la condenada que, incluso teniendo todos los motivos para darse la vuelta y dejarla con la palabra en la boca, no se sintió con fuerzas para hacerlo. Se sometió, por tanto, a la tortura de ayudarla a

subir a su montura. Afianzó las palmas en torno a su delicado talle y soportó el cálido contacto de sus manos sobre los hombros. Cerró los ojos para alejar de su mente cualquier pensamiento enternecedor, y se apartó de su figura tan pronto como la supo situada en la silla.

Rebecca le dedicó una mirada extrañada y procedió a soltar el botón que recogía el vuelo más largo de su falda de montar. El sencillo sistema garantizaba que las mujeres no se la pisaran al andar, pues esta era necesariamente más larga de lo habitual, y cuando se soltaba toda la extensión de la tela sobre el flanco del caballo, permitía cubrir sus piernas con decoro. Por desgracia para Patrick, antes de que ella lo desabrochara ya había tenido un vistazo de sus finos tobillos y la forma sinuosa de una de sus pantorrillas.

Becca frunció el ceño de forma exquisita.

—¿Le ocurre algo? —preguntó.

Posó los ojos sobre los de ella con una mirada recriminatoria y, a pesar de todo su encono, no pudo evitar sentir el familiar cosquilleo en el pecho que le provocaban aquellas esferas del color del océano. Iba a responderle que no le pasaba nada, y seguir luego con lo suyo, pero se lo pensó mejor.

—Lo que me ocurre, señorita Grant —soltó con tono displicente—, es que no me gusta hacer el ridículo por nadie.

Se convenció de que no se arrepentía por el reproche. Aunque había decidido esa mañana comportarse de modo indiferente y mantenerse alejado de ella, no podía negar que necesitaba expulsar parte de la rabia contenida.

—¿Cómo dice? —inquirió la muchacha con expresión perpleja.

—Dígame una cosa. —Se acercó un paso a su yegua para que ninguna de las otras chicas, que también estaban siendo ayudadas a subir a sus sillas, pudiera escucharlos—. ¿No tiene, acaso, sentimientos por el profesor MacArthur?

Ella abrió los ojos como platos, en lo que Patrick habría calificado de delatora sorpresa. Un insidioso aguijón se clavó en su pecho al comprender que no se había equivocado.

—¿Cómo sabe...?

—Porque tengo ojos en la cara, señorita Grant. No son tan bonitos como los suyos, pero son más agudos y saben apreciar los dobleces de una mujer.

—Oiga, señor...

—Tranquila —interrumpió aquel amago de frase indignada con un gesto de su mano—. No tengo intención de importunarla con ello o de hacer pública su ardorosa admiración por quien les enseña arte. Y puede estar segura de que tampoco contaré a nadie el modo tan descocado con el que se entregó al beso de un hombre por quien no está interesada.

Cuando se giró para salir del establo fue muy consciente de que había intentado ser tan incisivo como mezquino había sido en esa última frase. Se sentía tan estafado y ridículo que no podía ser magnánimo ni generoso en aquel momento. Ella lo había besado, le había dejado pensar que tenía alguna oportunidad de conquistarla... cuando, en realidad, era por su profesor por quien

suspiraba. ¡Pues al demonio con ella! ¡Al demonio con los dos! No volvería a dejarse humillar por una niña malcriada.

Los fines de semana en los que había mercadillo mensual en la plaza se vivían como auténticos festivos en Minstrel House. La mayoría de las alumnas ansiaba terminar las clases para poder salir lo antes posible de la escuela y adquirir cualquier fruslería en alguno de los puestos que se dispersaban por Legend Square y North Road.

Pero aquel sábado de septiembre no todas tenían ganas de pasear entre el gentío. Lo más probable era que muchos aldeanos de Minstrel Valley, y también de los alrededores, hubieran decidido acudir a la plaza, dada la cercanía del final del estío, llenando el lugar y creando pequeñas aglomeraciones en sus tiendecitas preferidas. Los días habían refrescado y el cambio de estación se anunciaba ya en el color de los campos.

Rebecca decidió que necesitaba comprar un nuevo sombrero, quizás eso le quitara la molestia que sentía en su alma y que no acababa de entender. Rose quería ver si Angus McDonald tenía ya el colgante que su prometido había encargado, pero, sobre todo, encontrarse con lord McEwan. Margaret, Emily y Jane se sumaron por el placer del paseo. También Noelle, con la intención de tener la posibilidad de cruzarse con el escritor, el señor Catesby, quiso ir.

Otras compañeras, sin embargo, buscaron diversas excusas, porque no les apetecía salir —la abundancia de público hacía que resultara menos atractiva la marcha—. Mandy sencillamente dijo que no acudiría, sin más explicaciones. No le insistieron esa vez, sabían por qué prefería quedarse: la gente desconocida la perturbaba.

—Lady Rosemary —la llamó Amanda justo cuando se despedían, luego murmuró con vacilación—: Cuídate de las espadas.

Todas soltaron una carcajada. El mes anterior, en el puesto del herrero, Rose había sufrido un accidente mientras lord McEwan empuñaba una. La hirió sin querer. No había sido muy grave, pero sí escandaloso debido a la sangre, y el conde la había llevado en brazos a casa del médico. Todavía se preguntaban cómo la viuda Gibbs o Mildred Cotton, las mayores cotillas y beatas de Minstrel Valley, no habían hecho nunca un comentario sobre aquella conducta, que algunos podrían tildar de impropia.

Lucy era la doncella encargada de acompañarlas ese día. Salieron de la mansión seguidas por ella, con sus coloridos vestidos y riendo todavía la broma de Mandy. Nada más cruzar las puertas, los murmullos se convirtieron en un ligero escándalo que ya no cesó en todo el camino mientras se contaban sus planes para la tarde.

Para sorpresa de Becca, nada más entrar en Legend Square se encontró con su tía y con Mary, su doncella. Como no las esperaba le causó cierto desconcierto, y pensó con desazón que ya no podría caminar con la libertad de no saberse vigilada, no como podría haberlo hecho con Lucy, que se despistaba cuando se lo pedían, sino con el control de estar continuamente midiendo su

forma de actuar para comportarse como su tía esperaba que lo hiciera. Lamentó lo poco que le había durado la alegría de pasear por el mercadillo.

—Por favor, no me digas que te has escapado de la escuela —murmuró la baronesa viuda.

Esperó una reprimenda por cualquier razón, ya fueran sus ropas o su actitud, pero su tía, en cambio, se echó a reír. ¡Su comentario había sido una broma!

—No, supongo que no, unas Damas Selectas como ustedes siempre saben cómo comportarse.

—No sabía que iba a venir, tía —respondió desconcertada—. ¿Qué es lo que quiere comprar? ¿Desea que la acompañe? —se ofreció, como era su deber. La tarde, al parecer, estropeada.

—No te preocupes por nosotras. —Le sonrió lady Cinthya—. Tú ve donde pensabas ir con las muchachas. Estamos dando un paseo. Mañana partiré a Londres, así el lunes puedo pasarme temprano por la modista.

La sorprendió que tuviera unos planes que parecían repentinos y de los que ella no era conocedora.

—Entonces, ¿el señor MacArthur no vendrá a pintarnos mañana? —preguntó, con la idea de que quizás lo tendría para ella sola.

Su mente, con rapidez, imaginó la escena, pero se esfumó ante la realidad. Su tía nunca facilitaría semejante ocasión si Mary se marchaba con ella. Aunque estaban los otros criados... La voz de su tía la devolvió a la conversación.

—Dejaremos que descanse de nosotras un poco —bromeó la baronesa. Becca asumió la decepción. Con voz risueña aquella miró a las alumnas y las animó a marcharse—. Vayan, vayan... que no tienen mucho tiempo.

Se despidió de su tía con la extraña idea de que la veía distinta.

—Parecía contenta la baronesa —señaló Noelle una vez se alejaron.

Sí, sí que lo parecía, se dijo ella extrañada.

Como era habitual, las chicas se dispersaron en varios puestecillos nada más llegar a la plaza adoquinada. Rose divisó a su prometido con su amigo, el doctor Aldrich. Parecía que la esperaba en la puerta de la Vieja Guardia; hablaban con el condestable que, como era habitual en él, estaba acompañado por su perrita.

Noelle se perdió con rapidez. Jane y Margaret iban a buscar unas cestillas similares a las que Becca había comprado el mes anterior. Lucy fue con ellas. En una hora se verían todas en el cruce con King's Road.

—¿Vienes, Becca? —preguntó Rose, que ya iniciaba la marcha junto a Emily hasta donde su prometido esperaba—. Nos acercaremos al puesto del señor McDonald.

De repente, aquella idea la sedujo ¿Y si el señor MacArthur estaba allí? Eran amigos, existía la posibilidad. Asintió.

A medida que se acercaban, se dio cuenta de que Emily levantaba la vista y miraba alrededor como si buscara algo o a alguien entre la gente.

—¿Qué buscas? —le susurró solo para ella.

—Miraba por si el señor Miller está por aquí, como es nuevo en Minstrel Valley... — respondió Mily con rapidez. Ella notó un pellizco en el estómago que ignoró, no pensaba dedicarle ningún pensamiento a ese señor, no después de las cosas que le había dicho. Forzó una sonrisa para su amiga cuando esta añadió—: Nunca sabes a quién puedes encontrarte en este sitio. Mira, allí están la señorita Mignon y la señora Crown, en el puesto de tejidos. Y Edith va hacia ellas, no sé si las ha visto... Ah, parece que sí.

Al observar la escena, Becca vio que las mujeres se saludaban con afecto al encontrarse, al momento otras tres mujeres se detuvieron en el mismo puesto de paños. Eran de la Liga de las Mujeres: las señoritas Ruth Ashfort y Mariam Keis, y la señora Nur Walnut.

—Es normal encontrarse aquí a medio pueblo —ironizó, esperando que el señor Miller estuviera entre el otro medio que no acudiera.

Llegaron a su destino. El aparador que el herrero tenía expuesto estaba lleno de cosas, a cada cual más curiosa. En un gran cubo destacaban las espadas que forjaba, tenía alguna expuesta sobre un tapete azul, junto a otros objetos: cerraduras, candados y algunos más que no tenía idea de qué eran. Pero lo que destacaba eran las piezas de orfebrería, como joyeros, espejos de mano con finos mangos labrados, similares al que habían comprado las alumnas para Rose por su cumpleaños, y algunos diseños exquisitos como camafeos, colgantes con intrincados dibujos, anillos... Rudy Hobson, el prometido de Doll, la doncella de la escuela, se encargaba de atender a los clientes. El señor McDonald, el dueño, nada más verlas llegar, salió de detrás del pequeño mostrador que había montado con unas mesas bajas y las saludó con aprecio y cortesía.

Becca pensó que era un hombre que impresionaba por su atractivo, pero también por su cercanía. Aunque las recibió con una sonrisa pícaro en la cara, tenía la certeza de que jamás flirtearía con ninguna de ellas.

Para su decepción, su amigo no estaba. Sin embargo, no fue ajena a la pequeña conversación que el herrero mantenía con lord McEwan, precisamente sobre el profesor.

—Quería presentarte a un amigo, Richard: Alfred MacArthur. Es un excelente tirador de esgrima. No tuve ocasión de hacerlo en la fiesta del baile del conde.

—¿Y dónde está ese hombre? —Lord McEwan giró la cabeza como si buscara a alguien. Ella lo imitó con discreción.

—No ha podido venir, tenía trabajo. Se marcha esta tarde a Londres y no regresará hasta el lunes. Pero le he dicho que podríamos vernos en la posada a su regreso y cenar juntos. Ven tú también, Aldrich —invitó al médico—. Pienso ganarte esta vez al veintiuno.

Becca sintió que su decepción se agrandaba y perdió todo interés. El herrero sacó entonces de una caja una alhaja y se la mostró. Era realmente bonita. Mientras los otros la observaban y seguían conversando, ella se separó de la tienda. A unos metros había otra, de sombreros.

—Mily —susurró—. Voy a aquel puesto de allí, ¿vienes?

—Espera un momento.

Calibró si esperar o no y decidió que prefería ir a por el bonete amarillo que divisaba, no

quería quedarse sin tiempo para comprárselo.

—Yo voy. Si no me encontráis, quedamos en el cruce.

Ya no tenía muchas ganas de estar allí. No sabía bien qué echaba de menos, y si era eso lo que le pasaba. No encontrarse al profesor no había empañado del todo el día, pues sabía que lo vería en la sesión de pintura de aquella tarde, ya que solo la del domingo estaba anulada, pero sí que estaba algo desanimada.

Sin querer, levantó la vista como había hecho Emily, buscando a alguien.

«¡No, no!», no quería pensar en el señor Miller, se lo había prohibido. Le había dicho cosas horribles, no merecía un segundo de sus reflexiones.

¡La había llamado descocada! Y la había criticado por aquel beso. «Qué mezquino». Lo había hecho con intención de hacerle daño, además.

Nadie, nadie la había tratado así antes. Ese hombre estaba... ¿Qué demonios le habría ocurrido para zaherirla de ese modo?

Sin embargo, la idea de que existiera alguien en el mundo que estuviera enfadado con ella era algo que no podía soportar.

El puesto de sombreros estaba relativamente cerca de la estatua de los amantes de Minstrel Valley. Veía desde ahí a las figuras en el momento previo a un beso, con la pasión que había impregnado el artista. Le removió cosquillas en el estómago. Le trajo a la mente su primer beso y, con seguridad, si hubiera estado en un sitio mucho más íntimo, le habría caído alguna lágrima. Su recuerdo se había empañado con aquellas feas frases.

Su estado de ánimo decayó, lo que hizo que aligerara el pago del bonete. Escogió también unos guantes de cabritilla tintados en el mismo color, que hacían juego, y se acordó, sin querer, de Lori, que detestaba llevarlos, se los quitaba a la menor ocasión y, al final, se los dejaba en cualquier parte. Eran un par de guantes preciosos, tanto o más que el sombrero, y necesitaba levantarse la moral. Además, llegaba el otoño y la humedad del lago aumentaba la sensación de frío.

Becca se acercó, fascinada a pesar de todo por el beso, a la escultura de la Dama Blanca y el juglar, y se dedicó a merodear a su alrededor al ver que sus amigas no pasaban a recogerla. No le apetecía recorrer otros puestos y tampoco regresar al del señor McDonald.

De pronto, a su espalda, notó una figura. La brisa del viento le trajo unas palabras en un tono de voz apagado, como si su dueño no quisiera perturbarla.

—Señorita Grant...

Se giró sobre sí misma y allí estaba él: Patrick.

—Buenos días, señor Miller —saludó cortés, pero en su tono de voz no pudo evitar que se impregnara algo de tristeza.

Apretó contra sí el paquete que llevaba, aun a riesgo de aplastar el sombrero y los guantes que tan bien le había envuelto la dependienta. Fue un gesto defensivo, necesitaba interponer algo entre sus cuerpos.

—Le debo una disculpa.

Becca lo miró con los ojos muy abiertos. Le sorprendió escuchar aquellas palabras. Un ligero azoramiento, como si un alivio cruzara su alma, se instaló en su pecho. Tuvo la impresión de que el señor Miller llevaba el peso del mundo sobre sus hombros. Su actitud contrita le revelaba que estaba arrepentido. Solo por eso, modificó el tono en su respuesta.

—Le agradezco que me dispense unas palabras, señor. Quisiera aclarar el malentendido.

La tensión que sentía se reflejó en su voz, pero no podía actuar de otro modo. Estaba muy dolida.

—Sí, yo también lo creo necesario. Por muy decepcionado que me haya sentido, no tenía ningún derecho a hablarle en el tono en que lo hice. Le ruego que me perdone.

—¿Lo he decepcionado? —preguntó incrédula.

—Sí, bueno, no, no es eso. Usted no es responsable de nada en absoluto. Era solo una forma de hablar.

—Agradezco su sinceridad —respondió, y notó que el nudo de su pecho se deshacía—. Es un aspecto muy importante para mí y que valoro mucho en las personas.

Becca observó como él quería sonreír, pero le pareció que se contenía, como si sus palabras también le aliviaran, pero aún no estuviera del todo satisfecho. Era su perdón lo que buscaba.

—Yo también seré sincera con usted, dado que se ha disculpado —añadió Becca para que no hubiera dudas. Dejó que la tensión abandonara su cuerpo, y respondió serena—: No pretendía con mi conducta hacerle daño, ni burlarme de usted, si es eso lo que piensa. Pero sí, creo que lo decepcioné, me llamó...

Con un gesto brusco al levantar la mano, la frenó.

—No lo repita, por favor. Mil veces he de arrepentirme de esas palabras. Quizás no pueda borrarlas, pero sí mostrarle mi arrepentimiento —alegó con énfasis y luego, con un tono más afectado, añadió—: No soporto verla triste.

Becca no supo qué hizo que sus ojos se inundaran de lágrimas. Entre la bruma acuosa pudo percibir cómo él daba un paso y se acercaba un poco más a ella. Casi rozó la indecencia. No era adecuado que dos personas solteras, y sin ninguna relación, estuvieran tan cerca una de la otra si no iban a bailar. Pero se contuvo, lo vio retorcer su sombrero y dar un paso atrás. Por un momento había pensado que él iba a retirar una de las lágrimas que amenazaban con desbordarse de sus ojos. Iba a enjugarla ella misma con su dedo enguantado cuando la detuvo.

—Por favor.

Lo vio sacar un blanco pañuelo de su chaleco y entregárselo, sin dejar de mirarla. Con una trémula sonrisa lo tomó y se secó los ojos. Iba a devolvérselo, pero él lo desechó con un gesto, pidiéndole que se lo quedara.

—Prometo no volver a ser el canalla causante de sus lágrimas.

Becca lo miró con dulzura.

—Entonces está usted perdonado.

—Respecto a... —Intuyó que él buscaba la mejor forma de afrontar aquella pregunta, ella sabía

cuál.

—Le he dicho que aprecio mucho la sinceridad, así que le diré que sí: albergo ciertos sentimientos por el señor MacArthur.

—¿Y él le corresponde?

En aquel justo momento, dos jóvenes, que iban seguidas de una señora bastante mayor y que no recordaba dónde las había visto, pasaron por su lado. Una lo miró con timidez, la otra, que parecía menos recatada, lo saludó.

¡Por Dios! ¿Se podía ser más descarada?

Perpleja, observó cómo el señor Miller inclinaba la cabeza hacia las jóvenes y sonreía. ¡Les sonrió! Luego se giró hacia ella y esperó paciente su respuesta.

Se la dio.

—No creo equivocarme si le digo que sí.

## Capítulo 8

Lord McEwan y el doctor Aldrich las acompañaron a Minstrel House. Fue un paseo agradable. Los caballeros llevaban las riendas de los caballos entre las manos, y el pequeño grupo fue caminando tranquilo por King's Road hasta la escuela, envuelto en una conversación sobre anécdotas que habían vivido en el pueblo.

Rose permaneció durante todo el paseo junto a su prometido, y Becca no pudo evitar observar cómo se miraban, con los ojos llenos de pasión y promesas para cuando estuvieran solos. Verlos tan enamorados le causó envidia, algo que no le gustó, pues era un pecado capital. Así que reacomodó sus sentimientos al cruzar una idea por su cabeza.

Estaba impaciente ante la expectativa de ver al profesor en algún momento en la escuela, antes de acercarse aquella tarde a casa de su tía para la pintura. Tenía la esperanza de poder conversar con él y comentarle algunas sugerencias para el cuadro. Pero al llegar a las grandes puertas del muro que rodeaba Minstrel House, lo vieron salir a caballo. Alfred MacArthur se detuvo un momento para saludarlas, aunque enseguida emprendió el galope y no pudo retenerlo. La consoló la idea de que se verían en Rosewall House un poco más tarde.

Al llegar a la escalinata principal, se encontraron con el carruaje de lady Conway y la saludaron. Esperó con Emily a que Rose se despidiera, las demás se habían adelantado para subir y cambiarse. Ella ya no tenía ninguna prisa.

—Señorita Grant, venga usted también —pidió lady Conway.

—¿Ir? ¿Adónde, milady? —preguntó extrañada.

—Esta noche, a cenar a Conway House.

—Oh, lo lamento, pero tengo que reunirme con mi tía en su casa. El señor MacArthur nos está pintando un cuadro a las dos.

—Me temo que han anulado su cita —explicó la condesa viuda—. Estando yo reunida con lady Acton y lady Eleanor, llegó recado de lady Rowsley para que la avisaran de que partía para Londres de inmediato y que no regresaría hasta el lunes. Creo que una de las doncellas dejó la nota en su habitación.

Toda la ilusión que había depositado en aquella tarde se esfumó, pero no quiso desairar a la tía de lord McEwan.

—Entonces acepto encantada. Muchas gracias, milady. Allí estaré.

—Será una velada entretenida. Ha venido de Londres una vieja amiga mía, lady Saxon — explicó la dama, antes de dirigirse a los caballeros—. Richard, señor Aldrich, los espero en la casa.

Observaron cómo el carruaje emprendía la partida. Emily y ella se despidieron del señor Aldrich y dieron la intimidad necesaria a Rose para que hiciera lo propio con su prometido. Tras los últimos saludos cordiales, las tres subieron a sus habitaciones.

Mientras se arreglaba para ir a la cena en Conway House, no había dejado de pensar en los motivos por los que su tía había decidido adelantar el viaje a Londres y dejar abandonado al profesor y a ella misma. ¡Vaya prisas por comprarse unos vestidos!

Estaba hecha un lío. Aún rememoraba las risas y palabras de las compañeras cuando dijo que le gustaba el señor MacArthur. Sí, ella quería que le gustara el maestro y gustarle ella. Había pasado la tarde pensando ideas para rozarle el brazo mientras le sonreía con galantería y buscaba temas de conversación que le agradaran, como la pintura o, por supuesto, el arte en general. En Florencia había visto infinidad de esculturas, tal vez podría hablarle de ellas. Le habían encantado. Pero él no estaba y tendría que esperar.

Sonrió a su imagen en el espejo, no quería entristecerse porque no lo viera durante unos días. El lunes... Se forzó a sonreír a pesar de la tristeza: el lunes.

«No soporto verla triste», aquella frase se coló entre sus pensamientos. Casi pudo percibir el tono susurrado y apagado del señor Miller cuando se la dijo. No había querido que le afectara, pero tenía que reconocer que le había tocado el corazón.

Que interfiriera en sus pensamientos la molestó. Pero había tomado una determinación y debía seguir sus principios. Ella tampoco soportaba sentirse como se sentía con respecto a él. Pero bueno, serían amigos, aunque la hubiera besado. ¿Podrían serlo? Sí, encontraría el modo.

Había deseado siempre que la quisieran. Su tía había cubierto todos los vacíos de su vida: madre, padre, familia. Por sí misma había conseguido tener amigas y mantenerlas, pero en ese momento despertaba a un sentimiento que hasta entonces no había tenido en cuenta: el amor. Por supuesto, había meditado sobre él cuando pensaba en el matrimonio y había creído que llegaría. En aquel momento, lo deseaba con desesperación. Lucharía con todas sus fuerzas para poder casarse con el hombre que ella amara y que, a su vez, la amase.

Y ya lo había encontrado. El señor Alfred MacArthur era el elegido.

Pero entonces, ¿dónde quedaba el señor Miller? ¿Podían las mujeres tener amigos?

Alguien llamó a la puerta con los nudillos y ella le dio paso. Eran Rose y Emily. Rose estaba preciosa, se había esmerado mucho. Llevaba un vestido de color marfil con un chal grueso dorado; su melena rubia estaba peinada en un intrincado recogido. Emily vestía de verde claro, y su pelo anaranjado estaba recogido en graciosos tirabuzones. Becca había pedido a Doll que le hiciera un trenzado en el cabello y lo recogiera en un moño bajo. Se había puesto un vestido de

color limón. Le sentaba muy bien y, aunque no viera al profesor MacArthur, quiso verse bonita.

—¿Vamos? Lord McEwan ha venido a recogernos —anunció Rose.

Acertaron al arreglarse tanto, los pocos invitados a la casa se habían esmerado también en acicalarse.

Conway House era una magnífica mansión señorial de piedra que se levantaba cerca del lago, casi en su orilla. Tenía varias plantas y un par de buhardillas. El tiempo había cubierto de hiedra una de sus inmensas alas. El jardín estaba bordeado por un sendero enlosado que dejaba en el centro una amplia zona de hierba y flores en pequeños parterres.

Después de la cena, que resultó exquisita, fueron a tomar un jerez a la salita azul. Cuando los caballeros, tras los cigarros, se les unieron, sirvieron también café por petición de lord McEwan, y Emily se animó a tomar una pequeña taza. Becca y Rose prefirieron una copita de oporto, como las otras señoras. También el médico pidió que le sirvieran una.

Lady Saxon había resultado ser una dama muy agradable, más joven que lady Conway. Muy elegante, tenía el pelo negro y usaba lentes para la lectura, pues las llevaba colgadas del cuello con un cordón de oro, seguramente porque aprovechaba cualquier ocasión para tomar un libro. Enseguida le cayó bien. Vivía en Londres.

En su conversación se notaba que era culta y sabía de muchas cosas. Hablaba de lugares que había visitado y de la situación de la mujer en cada uno de ellos. Introducía, como Becca pudo observar, el humor en sus opiniones. Hablaba de viajes y lecturas como ella podía hacerlo de las clases del día anterior. Si hasta había mencionado a un lord, Jason Rowlan, vizconde de Wickfors, de abuela española, y con quien había insinuado un romance antes de que él se casara. Era, también, una Dama Selecta, y en ningún momento las hizo sentir que era mejor que ellas. Sin embargo, le pareció que mantenía duelos dialécticos con la señora Jacot, que era prima de lady Conway y, además, su dama de compañía, pues parecía escandalizada con algunas de las cosas que explicaba. No dudó de que lo hacía para provocarla. Tenían opiniones contrarias sobre lo que podía o no podía hacer una mujer, y se generaron algunos momentos de tensión, aunque al final los habían resuelto de una manera armoniosa.

—Pues a mí lo de esta Liga de las Mujeres —decía la señora Jacot—, me parece bien y me parece mal. Son buenas creyentes y hacen colectas para comprar libros y mantas. También ayudan a las personas menos favorecidas del pueblo. Incluso hacen concursos de tartas para que la gente colabore. Pero de ahí a decir que la mujer necesita la igualdad, que nos den el voto y podamos participar en el Gobierno... Eso es una barbaridad. La mujer no está preparada para gobernar más allá de su casa.

—No creo que nuestra monarca, la reina Victoria, esté muy de acuerdo con usted, señora Jacot —refutó lady Saxon.

—Bueno, eso es distinto.

—Entonces, ¿tampoco quiere que las mujeres puedan heredar?

La señora Jacot se mordió el labio. Becca estaba convencida de que era una espina clavada en

su corazón.

—Quizás, si usted hubiera podido heredar las propiedades de su marido cuando este murió, no se habría visto desprotegida.

—No quedé desprotegida, tenía a mi prima —se afanó en defender a lady Conway—. Pero sí, creo que eso es una injusticia que nuestra reina debería resolver.

—No es la reina, señora mía. Son los políticos, pero ellos son todos hombres. Por eso tenemos que hacer ruido, para que se nos oiga. Y estas jóvenes —lady Saxon las señaló a ellas tres—, son el futuro. Serán las damas que harán oír nuestras voces. ¿No les parece bien a ustedes, caballeros?

Becca percibió cómo lord McEwan estaba más pendiente de Rose que de la conversación. Fue el doctor quien respondió.

—Si me lo permite, creo que nuestros políticos están muy lejos de saber qué necesita y quiere el pueblo, menos aún las mujeres, milady.

—Quizás las damas quieran salir al jardín a tomar un poco el fresco antes de regresar a Minstrel House —propuso lady Conway, y la pequeña conversación tocó a su fin.

Los caballeros fueron los primeros en levantarse y, menos las tres damas mayores, todos salieron al jardín. Había refrescado, pero la visión del lago a aquella hora parecía la imagen de un lugar encantado.

Lauren, la doncella, salió con ellos, aunque se limitó a quedarse en una de las sillas de la terraza mientras los invitados recorrían un sendero que, según había explicado Rose, llevaba hasta el cobertizo del conde, un pequeño refugio en mitad del bosque que rodeaba la mansión.

Becca y Emily iban conversando con el doctor Aldrich mientras la pareja de enamorados paseaba tras ellos, cogidos de la mano.

—Es un lugar muy tranquilo. Las gentes de Minstrel Valley están bastante sanas —comentaba el médico con humor.

—Así tendrá menos trabajo —bromeó Emily.

—Ese fue precisamente el sueño de toda su vida —dijo lord McEwan elevando la voz.

—No le hagan caso —alegó Aldrich con tono jocoso—. Procuro visitar todos los días a mis pacientes, a la mayoría en sus casas. Muchos no siempre pueden dejar el trabajo para venir a mi consulta. Es un buen modo de cuidar las buenas relaciones.

—Entonces, ¿ya está adaptado a su nuevo hogar y al pueblo? —indagó Becca. Sabía por Rose que había alquilado la antigua casa del doctor Wilson, donde había establecido su consulta.

—¿No regresará a Londres? —preguntó Emily con genuina curiosidad.

Becca le escuchó decir que no, que allí pensaba quedarse. Se giró para hacer un comentario a Rose y lord McEwan, que les seguían, y vio como él tiraba de la mano de su amiga y se escondían en un rincón oscuro.

Sintió una punzada de anhelo al imaginar que se iban a prodigar besos y caricias secretas. De inmediato, su mente la imaginó en una situación así con el profesor. Él la sujetaría por la cintura y la atraería hacia su cuerpo, a su torso duro y musculoso que ella querría tocar. Entonces, él

acercaría su rostro al de ella y mordería sus labios para luego abrirse paso entre ellos y saborearla con una pasión que haría que tuviera que sostenerse en él.

La bruma de esa fantasía se disolvió en su cerebro al tomar conciencia de que no era en los brazos del profesor donde se había visto, sino que aquel beso que había soñado era exacto al que había recibido del señor Miller y, de nuevo, le fastidió que él invadiera sus pensamientos y le robara hasta los sueños.

Aceleró sus pasos y regresó junto a Emily y al doctor, que se habían distanciado.

Dejaron unos minutos más para la intimidad a los amantes, y cuando estos se les unieron, al final del jardín, regresaron todos juntos hacia la casa para concluir la velada.

El doctor Aldrich regresó a su casa dando un paseo, dejando más espacio en el carruaje para las damas. Lord McEwan las acompañó hasta la escuela de nuevo, como se esperaba. Había refrescado y, al bajar, Emily y Becca se arrebujaron en sus chales, se despidieron del caballero y se hicieron a un lado para dar intimidad a Rose y a su prometido. Solían esperar unos minutos mientras ellos charlaban. Estaban en la plazoleta, frente a las escaleras de la entrada principal, a la vista de todos. Nadie podría reprocharles ningún comportamiento indecoroso.

Becca iba a hablar del paseo por los jardines de Conway House cuando Mily la sorprendió.

—Esperaba que vinieran a cenar el señor Bissop y el señor Miller.

«¡Otra vez él!». Parecía que iba a perseguirla durante todos los momentos de su día.

—¿Por qué tendrían que haber venido? No suelen ir allí.

—Ya lo sé, pero éramos muchas damas y solo dos caballeros, por eso. Pensé que lady Conway los invitaría, para igualarnos. Como la señorita Sherman... eh, lady Valery dice que en una cena debe haber tantos hombres como mujeres.

—Era una cena informal, Emily. —Eso le faltaba a ella, el señor Miller en la misma mesa—. Además, si hubiera ido el señor Bissop hubiera tenido que estar también lady Valery, así que solo era uno más.

—Es verdad.

Callaron unos segundos.

—Ha sido una cena interesante —dijo Becca, pensando en lady Saxon.

—Sí, milady tiene unas ideas muy revolucionarias. No es extraño que apoye a la Liga de las Mujeres —corroboró Emily.

En ese momento Rose se unió a ellas.

—¿De qué habláis?

—De las ideas de la amiga de lady Conway.

—Es una mujer muy culta. Además, ha viajado mucho y siempre se ha interesado por la vida de otras mujeres menos favorecidas —comentó Rose con un tono de admiración—. Me recomendó que leyera a Wollstonecraft. Encargaría el libro a la señora Gibbs, pero seguro que se lo cuenta al

padre Ellis y me prohíbe entrar en la iglesia.

Rieron intentando no hacer ruido para no llamar la atención en Minstrel House.

—No sé si esa mujer es una excéntrica o es una visionaria. ¿Mujeres en el Parlamento? — cuestionó Emily.

—Tal vez esa idea pueda parecer una chifladura, no lo niego. Pero ¿qué me decís de la idea de heredar? —preguntó Becca. La vida de muchas mujeres sería otra si eso pudiera ser una realidad.

—¿Visteis la cara de la señora Jacot cuando lady Saxon la interpeló directamente a ella sobre eso? —indagó Emily—. Se quedó blanca como el papel.

—Al parecer el marido de la dama de compañía de lady Conway era un hombre adinerado, pero no tuvieron hijos y ella se quedó sin nada al morir su esposo —explicó Rose, que iba conociendo los pormenores de la familia.

—Afortunadamente su prima se hizo cargo de ella —alegó Mily.

—Sí, lady Conway es una buena persona —afirmó Rose.

—¿Y qué ocurre cuando no hay una buena persona que cuide de las mujeres que se quedan sin nada? —se preguntó ella en voz alta.

Si su tía no se hubiera casado con un barón, su situación podría haber sido muy distinta en aquel momento; y muy precaria. Y si el esposo de lady Cinthya siguiera viviendo, la existencia de su tía sería también muy diferente.

—Todas sabemos qué ocurre, Becca —dijo Emily, resignada.

—Debería haber alguna forma de que las mujeres nos ayudáramos siempre las unas a las otras —conjeturó Becca.

—Quizás el Gobierno debería ocuparse de eso —propuso Rose.

—¿No habéis oído al señor Aldrich? —dijo Emily—. Ha dicho que el Gobierno no se ocupa de lo que necesitan las mujeres.

—Entonces, quizás la señora Saxon no esté tan chiflada al decir que las mujeres deberíamos entrar a formar parte del Parlamento, después de todo —concluyó Becca.

Subieron las escaleras riendo, de buen humor.

Ya en la cama, Becca pensó en que al día siguiente ya era domingo. Con la sonrisa todavía en los labios por las bromas compartidas con las chicas, pensó que el lunes estaba al llegar.

¡Qué ganas tenía de que comenzaran las clases de nuevo para ver a su profesor!

## Capítulo 9

Becca había esperado la tarde del lunes con ansia. Las horas en la sala de las alumnas se le habían hecho eternas durante el domingo; aunque había salido de paseo con Jane y Noelle un par de veces solo por darle el gusto a esta última de pasear por King's Road, cruzar la plaza, girar por Old London Road y volver a King's Road, de regreso a la escuela. Aquella vuelta tan tonta solo para pasar por el camino que llevaba a la casa del escritor. Lo más simpático fue que a Lucy pareció divertirse. Tenía que reconocer que, por lo menos, había distraído su pensamiento y su corazón, y también se había reído, sobre todo cuando las otras muchachas se habían burlado de Noelle.

—Ese hombre no sale de casa con tal de no encontrarse contigo —le había dicho Margaret entre risas.

—En algún momento saldrá para comprar más papel. Hace días que no encarga nada.

—¿No me digas que has preguntado a la señora Gibbs? —quiso saber Emily—. Esa mujer podría escribir un libro si recopilara todos los chismes que domina.

La hora de ir a casa de su tía se precipitó después de las clases, y, junto a Doll, llegó a Rosewall House a la hora señalada. Estaba impaciente. Entró en la sala y, al verla, lady Cinthya se levantó del pequeño diván y caminó hacia ella, estiró los brazos hasta coger sus manos y luego le dio un sentido abrazo.

—¡Oh, querida! Espero que no te molestase que me fuera tan precipitadamente a Londres.

Tenía que reconocer, en el fondo, que le había agradado no sentir el lazo protector que a veces la oprimía.

—No, claro que no. Espero que todo haya ido como esperaba.

—Sí, sí, todo ha ido perfecto. Te encargué un vestido de paño más grueso —respondió su tía con un deje de nerviosismo—. Ve a cambiarte, por favor, así no hacemos esperar al señor MacArthur.

Cuando llegó a la zona donde estaba dispuesto todo para la pintura, el profesor ya estaba revisando los pigmentos. Lucía una sonrisa en su rostro que no regalaba cuando estaba en clase, y se sintió feliz. Lady Cinthya y ella habían elegidos vestidos muy similares en color índigo, el de su tía más oscuro que el suyo. Aquel día, él quería que se mantuvieran lo más quietas posible para poder captar el lenguaje de su cuerpo, les dijo. Fue casi un suplicio no moverse ni poder

preguntarle infinidad de cosas. En ocasiones, él se abstraía mirándolas, y le hubiera encantado poder leerle el pensamiento. ¿Vería lo bien que le sentaba aquel vestido?

Su mente no dejaba de elucubrar situaciones en las que se acercaba al señor MacArthur y buscaba entablar conversación. Pero el tiempo de la sesión de pintura pasó, finalmente, y apenas había hecho ningún avance con el profesor. A todo aquello había que sumarle que su tía se había convertido en un verdadero estorbo, lo había interrumpido en varias ocasiones y él, con mucha paciencia, la había regañado.

—Me lo pone difícil, lady Cinthya.

Sin embargo, él, amable como era, le dedicaba el tiempo que la plática requería y no le hacía ningún desaire. Hasta le sonreía.

Una vez terminaron, habían tenido un poco de tiempo, que él dedicó a hablarle de una sorpresa para la clase del día siguiente. Pensó que podrían regresar a la escuela juntos, en el carruaje de su tía, así podrían hablar; aunque estuviera Doll, no iba a desaprovechar aquellos instantes.

Sin embargo, justo antes de marcharse, comenzó a llover, y su tía aligeró el momento de la despedida, instándola a partir. No quería que la lluvia se agravara y le cogiera en mitad del camino con el coche; una rueda podría embarrarse.

—¿Va hacia la escuela, señor MacArthur? —preguntó esperanzada.

—No. Voy a la posada —respondió el profesor, y todas sus expectativas se desvanecieron—. He quedado con el señor McDonald, ya sabe que somos amigos. Nos vemos mañana.

Por un instante, se quedó inmóvil en medio de la sala a la espera de que pudieran, al menos, salir juntos de la casa, pero él parecía lento en sus quehaceres, y acabó despidiéndose. Tuvo la extraña impresión de que sobraba, y, por un segundo, experimentó de nuevo la misma sensación que había sentido cuando estaba con su tía y entraba el viejo barón en la estancia; ella se volvía invisible y, entonces, salía corriendo.

—Adiós, Rebecca. Rodéate bien el cuello con el chal, no cojas frío —la despidió lady Cinthya, protegiéndola como si fuera una niña.

—Sí, tía, descuide —respondió resignada—. Buenas noches, señor MacArthur —elevó la voz. Él la despidió con un gesto.

Cuando la puerta se cerró, la asaltó un pensamiento: parecía, de nuevo, que su tía tenía prisa por que se fuera. Borró aquella idea, eran imaginaciones suyas.

Al día siguiente, se pasó la clase de arte lanzándole sonrisas cautivadoras y gentiles al señor MacArthur, sobre todo, después de comprobar que él le devolvía algunas. Estaba convencida de que no le era indiferente. Si no, ¿por qué se había molestado en preparar aquella sorpresa que le mencionó el día anterior?

Que hubiera escogido para la lección de ese día *El nacimiento de Venus*, de Sandro Botticelli, la había sorprendido. Agradeció haber estudiado la obra y al pintor, así pudo estar pendiente de

cada pregunta. Las había respondido todas, para total satisfacción del profesor.

Se sintió orgullosa de sí misma, aunque se mortificó al ver la vergüenza pintada en el rostro de algunas compañeras cuando vieron la pintura elegida, el mismo cuadro del que ella había hablado el primer día de clase. Durante la explicación, el señor MacArthur había insistido en que las alumnas participasen, aunque muy pocas lo hicieron, a pesar de las muchas exclamaciones que arrancó la visión de la pintura al inicio de la lección.

—Es de la época del *Quattrocento* italiano —había contestado con orgullo Becca cuando él preguntó quién sabía de qué época era.

Una lámina del cuadro fue pasando de alumna en alumna, y pudo escuchar algunas risas contenidas al pasar por algunas manos.

—¿Es un óleo? —preguntó Rose, interesada.

—Es temple sobre lienzo —volvió a responder ella.

—Y eso del temple, ¿qué es? —se interesó Jane.

—Una técnica en que el disolvente del pigmento es el agua, y el aglutinante o pegamento algún tipo de grasa animal, como glicerina, huevo... —Esta vez fue el profesor quien lo explicó con maestría.

—¿Este cuadro lleva huevo? —se sorprendió Victoria, la nueva alumna, ocasionando risas entre el resto de compañeras por su tono escéptico.

—Este cuadro fue una obra revolucionaria en su tiempo —explicó MacArthur con voz apasionada—, ya que expone, sin mucho decoro, el desnudo del cuerpo femenino. Algo que no está justificado en ningún aspecto religioso. Representa un nuevo humanismo renacentista y se aleja, por tanto, del oscurantismo de la época medieval. ¿Podrían ustedes concretar en qué fecha se pintó?

Becca no estaba segura y prefirió no contestar antes que dejar ver su ignorancia. No había retenido todos los datos que estudió en su momento.

El silencio seguía dominando el espacio, y el profesor continuó:

—No se sabe con exactitud —se contestó a sí mismo—. Pero se dice que después de que el señor Botticelli estuviera en Roma... —MacArthur revisó su reloj—. Otro día hablaremos de Roma, señoritas. Si no la conocen, les recomiendo visitarla.

Becca había disfrutado tanto de aquella clase, como si compartieran algo íntimo, que cuando tocó a su fin se lamentó.

Pasó el resto del día distraída.

Sin embargo, había tomado una resolución. Había decidido que aquella tarde hablaría con lady Cinthya y le expondría los sentimientos que empezaba a albergar hacia el señor MacArthur, y esperaba, en lo más profundo de su ser, que su tía lo aprobara. Lo haría antes de la sesión de pintura, los martes empezaban más tarde y luego ella cenaba allí.

Solía marcharse de la escuela después del té, tras la clase de equitación, con la que disfrutaba mucho porque le permitía ejercitarse. Tuvo bastante tiempo para arreglarse, ya que la clase de

etiqueta había sido suspendida. Apenas había prestado atención a por qué lady Valery debía ausentarse, solo pensó que tendría tiempo extra para hacer algunas de sus tareas y poder retrasar después todo lo que pudiera su regreso a la escuela. Ese día cenaba con su tía y se las ingeniaría para invitar al señor MacArthur.

Una vez estuvo preparada, fue en busca de Doll para marcharse, pero la doncella le pidió que la esperara, aún no había terminado sus quehaceres. Como no estaba dispuesta a desperdiciar aquel precioso tiempo que había obtenido como un regalo, cogió su chal, el sombrero y los guantes, y se escabulló por la puerta de servicio. Caminó hasta llegar a Forest Road y siguió el sendero que llevaba hasta Rosewall House. La mansión de su tía tenía un enclave paradisíaco. Se hallaba en un recodo entre el río y el lago, muy cerca del Puente del Pasatiempo, y era el lugar más hermoso desde el que había contemplado un amanecer.

Iba a llamar con la aldaba de la puerta cuando, con curiosidad infantil, decidió acercarse a los ventanales. Las cortinas no estaban echadas del todo, y miró hacia el interior. La escena que vislumbró la hizo dar un paso atrás, pero no fue capaz de apartar los ojos de lo que sucedía en el interior.

Lady Cinthya estaba recostada sobre un sofá con un vestido muy ligero para aquella hora del día. Estaba apoyada sobre unos cojines, y encima de ella se cernía un hombre que la besaba con mucha pasión. No podía verle la cara, llevaba la camisa abierta y mostraba un torso musculoso y fuerte, con seguridad cincelado con el ejercicio. La pequeña mano de su tía se posó en aquella piel que se veía apetecible, y cuando liberó los labios de la boca que la había adorado con deleite, sonrió complacida y los posó en el pecho masculino para repartir caricias con ellos. Debió gustarle al hombre, porque se pegó a ella con fruición y descaro. Al levantar la cara para volver a apoderarse de la boca que lo atormentaba, Becca pudo apreciar de quién se trataba.

Un gemido ahogado salió de su propia garganta y se cubrió la boca con las manos enguantadas. Su corazón se saltó un latido y su mundo, hasta entonces bello y hermoso, se oscureció, como si el reloj del tiempo se hubiera detenido en aquel segundo. La rabia le hizo golpear la contraventana.

—¡Malditos, malditos los dos!

Se sintió tan profundamente traicionada que no soportó observarlos más y salió corriendo hacia la arboleda que circundaba el lago.

Mientras corría, las lágrimas escapaban de sus ojos y su corazón galopaba como si fuera Galatea. Becca jamás había sentido tanto dolor en el pecho. Su mente la torturaba con aquellas imágenes indecentes, en las que su idolatrado Alfred MacArthur besaba con ardor y frenesí a la única persona que ella había querido en el mundo. La atormentaba imaginar cómo aquellos labios, que había adorado en secreto, se posaban en los de su tía y compartían con ella el placer de los besos.

Pero... allí había pasado alguna cosa más, lo supo. Lo supo por cómo se miraban, por la laxitud de sus cuerpos entregados a la pasión.

¿Cómo se había equivocado tanto?

¿Por qué? ¿Por qué su adorado profesor la había traicionado?

## Capítulo 10

**H**abía sido un estúpido al pensar que podría mantener una distancia cordial con Rebecca Grant.

Los dos días pasados le habían demostrado que ni sus firmes argumentos ni sus mejores estrategias iban a ningún lado. Toda su resolución de sacarla de su mente se había visto reducida a cenizas la tarde anterior, al llegar a la clase de equitación.

No tuvo más que visualizar su perfecta y estilizada figura enfundada en un traje de montar verde musgo, y enfocar su mirada en los preciados ojos azules, que poblaban sus más turbios sueños, para entender que la obsesión que sentía por la dama no iba a desaparecer con tanta facilidad.

Ella le había dedicado una tímida sonrisa, como si quisiera darle a entender que ya no le guardaba ningún rencor. Patrick también se la devolvió, porque, en fin, ¿quién podía no responder a un gesto tierno e inocente como ese? ¿Quién podía, en realidad, ser inmune a su preciosa cara y a sus dulces mohines? Desde luego, no él. La clase discurrió con toda normalidad, excepto porque lo habitual hubiera sido que Patrick intentase ayudar a la señorita Grant a subir y bajar de su montura, y aquel día prefirió ayudar a otras alumnas. Lo hizo el lunes y también lo había hecho esa tarde.

Era consciente de que la evitaba, y no le avergonzaba reconocerlo. Aunque ya no compartían mucho tiempo, necesitaba escaparse un par de horas a cabalgar después de las clases para poner distancia y calmarse.

Montó a lomos de Kendall y se dedicó a pasear por los alrededores del pueblo. Estaba harto de escuchar a todo el mundo mencionar lugares fascinantes, como las ruinas del castillo de los Scott, donde no quedaban más que cuatro piedras; el Puente de las Ánimas, que en su opinión no tenía nada de misterioso ni de mágico, o el Pozo de los Deseos, al que Patrick no echó ni un mísero chelín. Quizás su humor tuviera mucho que ver en esas percepciones, pero lo único que le parecía una divina creación de la naturaleza era, en realidad, el lago Minstrel. Los abedules, hayas y olmos que lo circundaban lucían una espectacular gama de tonos otoñales, amarillos, ocres y rojos, que impregnaban tanto las frondosas copas como el alfombrado suelo. Era un verdadero páramo de quietud en aquel momento de la tarde, cuando el sol comenzaba a descender sobre el cielo y dotaba al ambiente de un color rosáceo que se fundía con las aguas cristalinas. Casi quitaba el aliento por su belleza.

Desmontó y acercó a Kendall a la orilla para que pudiera refrescar su sed, pues lo había hecho

cabalgar antes por Forge Road y por el camino del molino, bordeando el pueblo a toda velocidad hasta el área en la que se había detenido, a pocos metros de donde desembocaba el río Oldruin.

Llevaba unos minutos allí sentado, pensando en todo y en nada, cuando su cabeza ejecutó el movimiento que llevaba un buen rato evitando. Sabía lo cerca que tenía Rosewall House y que la casa era perfectamente visible a través de la arboleda. También era consciente de que pronto llegaría Rebecca para otra sesión de pintura con Alfred MacArthur. No era que quisiera verla, ni mucho menos, entrando en la mansión para tener otro encuentro lleno de miraditas arrobadas hacia su profesor de arte. No tenía la más remota idea de por qué había terminado allí y, desde luego, tampoco vigilaba de un modo consciente a ninguno de los dos.

Fue precisamente a MacArthur a quien vio entrar en Rosewall House procedente de Forest Road. Para ser del norte, lucía como uno de esos petimetres londinenses, con una postura más impostada que natural y unos aires de aristócrata que le ponían los pelos de punta.

Le vino el recuerdo de cómo la noche anterior, en la posada, lo había visto entrar a tomar una pinta de cerveza acompañado de Angus McDonald. Tuvo que contener el deseo de buscar cualquier pretexto para organizar una escaramuza, pues su primo no se lo habría agradecido. Hasta consiguió esbozar una mueca cercana a la simpatía cuando los dos grupos se mezclaron. Dunhcan tenía muy buena relación con Angus McDonald, y Patrick, por su parte, había hablado en varias ocasiones con Rudy Hobson, el ayudante del herrero, que parecía un tipo muy sensato y cordial.

El sonido de una conversación lo trajo de vuelta al presente y comprobó que lady Cinthya había abierto la puerta y daba la bienvenida al profesor. Le pareció extraño que no fuera un mayordomo o una doncella quien recibiera a la visita, y se preguntó si Becca ya estaría dentro. La misma ácida sensación lo recomió otra vez por dentro.

Inspiró hondo y dejó salir el aire casi de forma compulsiva. Volvió su atención al lago y se sujetó la cabeza con ambas manos. Tenía tal torbellino de pensamientos caóticos en su mente que apenas acertaba a saber cómo se sentía.

No quería aceptar que aquel pudiera ser el hombre que terminara desposando a Rebecca Grant. Ni siquiera conseguía reconciliarse con la idea de que, no siendo un amor correspondido, Becca tuviera en su cabeza pensamientos sobre otro hombre como los que Patrick tenía sobre ella. Pero las jóvenes damas inocentes, que apenas habían recibido buenos besos, no pensaban en pieles desnudas ni en besos ardientes en lugares prohibidos, ¿no era cierto?

Se puso en pie de un brinco cuando una imagen del profesor de arte, compartiendo intimidades con su Becca, asomó a su cabeza, como invocada por el demonio. El corazón le latía a toque de degüello, y unas insidiosas ganas de pelearse con alguien le oprimieron la garganta.

Se dirigió hacia donde había dejado amarrado a Kendall con la intención de darse otra buena cabalgada. Necesitaba sacar a Rebecca Grant de su cabeza y aceptar, de una buena vez, que lo más inteligente era evitarla como a la tiña. Pero la suerte no quiso ponerse de su lado.

Como si de una aparición se tratase, la observó salir corriendo desde un lateral de Rosewall House en dirección a la orilla de lago.

Avanzaba tan rápido y de un modo tan nervioso que Patrick relegó las turbias emociones que le habían embargado apenas un segundo antes. ¿Qué le habría ocurrido? ¿Estaba llorando? Notó una presión en el corazón y una preocupación tan honda que le sorprendió.

Rebecca se tapaba la cara con las manos, lo que le indicó con meridiana claridad que algo la atormentaba. No podía quedarse allí parado, ajeno al sufrimiento de su preciosa dama, por muy decidido que estuviera a mantenerse alejado. Sin poder quitarse aquel temor del pecho, dirigió sus pasos hacia ella, procurando hacer ruido cuando ya se encontraba lo suficientemente cerca para no asustarla. Sin embargo, ella se sobresaltó y elevó hacia él un rostro que estaba cuajado de lágrimas.

—¡Señor Miller! —Tras el sobresalto inicial al saberse sorprendida, Becca se esforzó por disimular su lamentable estado. Se pasó las manos por la cara para eliminar cualquier rastro de su llanto e intentó dibujar una sonrisa, que no fue más que una mueca dividiendo su cara.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó en tono conciliador.

Por mucho que lo incomodase e incluso le alarmase verla llorar, no podía negar que se veía muy hermosa con los ojos brillantes y aquel aspecto tan vulnerable. Las manos le picaron por tocarla, el cuerpo por abrazarla.

—Sí, por supuesto que sí —manifestó con valentía—. Es solo que... que...

Becca inspiró hondo. Una, dos, tres veces.

«Ay, Dios. Ahí viene».

Al segundo siguiente ella estaba sollozando y él la tenía entre sus brazos. Si con algo se sentía incapaz de lidiar era con las lágrimas de una mujer.

—No llore. Por favor, no llore —le suplicó.

Se dio cuenta entonces de lo menuda que era y del modo tan perfecto en que encajaban. Odiaba verla triste, le crispaba su llanto, pero se sentía malditamente bien fundido en aquel abrazo. Casi sintió deseos de reírse de sí mismo: había estado tan enfadado, tan dispuesto a olvidarla y a desterrarla de su mente... Pero en cuanto la rodeó con su cuerpo fue consciente de que haría cualquier cosa por ella, por consolarla y arreglar lo que fuera que la hubiera hecho llorar de forma tan desconsolada. ¡Caray!, estaba perdido por ella.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Alguien le ha hecho daño?

Por más vueltas que le daba en su mente, no conseguía adivinar qué podía haberla llevado a aquel estado, y la muchacha no le daba la más mínima indicación tampoco. Había enterrado la cara en su pecho y, aunque ya no sollozaba de forma audible, sí que la sentía retemblar contra su cuerpo.

Así estuvieron, abrazados, durante lo que podría haber parecido una eternidad, pero que para Patrick pasó en lo que duraba un suspiro. Cuando ella se recompuso e hizo el amago de apartarse, tuvo que contener las ganas de atraerla de nuevo hacia su torso.

—Lo siento —se disculpó con el semblante más calmado.

—No tiene por qué disculparse. Ni tiene por qué contármelo, si no quiere. Me alegra haber

estado aquí para servirle de consuelo —proclamó con toda honestidad.

—Es usted una buena persona, señor Miller.

Patrick no supo si aquel halago le terminaba de gustar. No porque no quisiera ser buena persona, sino porque, dadas las circunstancias, parecía demasiado impersonal; algo que podría decirse también a un anciano. Quería ser un héroe para ella, una tentación, no una figura beatífica. En fin, era mejor que nada, se consoló.

—¿Por qué no nos sentamos? —le propuso cuando la vio más tranquila.

—Se me mancharía la falda —adujo ella con una mustia preocupación.

Patrick se desprendió del chaleco color tostado y lo depositó en el suelo para que pudiera acomodarse sin peligro de ensuciar su vestido. Una vez sentados, ella centró su vista en las profundas aguas del lago Minstrel, cuyo color comenzaba a ser anaranjado por el efecto del atardecer.

—He sido una tonta —musitó.

En lugar de refutarlo sin más, se dijo que era preferible averiguar cuáles eran sus motivos para pensarlo. Tal vez pudiera resolver el misterio que le carcomía de curiosidad: ¿quién le había hecho llorar?

—Y eso, ¿por qué? A ver.

—Es que... —Su cristalina mirada azulada se llenó de indecisión. Pareció valorar su respuesta, pero terminó por hacerle una pregunta—: ¿Recuerda que le dije en el mercado que no creía equivocarme? ¿Recuerda por qué se lo dije?

Como para olvidarlo. Aquel reconocimiento había clavado una afilada saeta en el corazón y en el orgullo de Patrick. Bueno, más bien en el segundo, ¿verdad?

—Sí, claro que lo recuerdo —reconoció con tono grave.

—Me equivoqué. —Patrick no supo qué sentir ante esa revelación. No entendía muy bien a qué se refería, pero tenía muy claro que, fuera lo que fuese, no le gustaba ver semejante expresión de desconsuelo en el bello rostro de Rebecca—. El señor MacArthur no... —Apartó la mirada, avergonzada— no corresponde a mis afectos. Él... él tiene sus ojos puestos en otra persona.

Patrick tomó aire y procuró no regodearse en ningún sentimiento de victoria. Se dio cuenta de inmediato de que no los tenía. No se alegraba del desengaño de Becca; no sentía ningún alivio por descubrir que ella estaba viviendo la misma dolorosa experiencia que él había tenido cuando los vio en la sesión de pintura, casi una semana atrás.

—Algo más que sus ojos —farfulló ella unos segundos después, en voz muy baja.

Como si acabasen de iluminar un camino que estaba a oscuras, Patrick dirigió su mirada hacia Rosewall House. ¿Su disgusto tenía que ver con algo que allí había visto? No le hizo falta ningún dato más para comprender quién era el objeto de las atenciones del profesor de arte.

Pobre Becca, pensó, ¿debía de ser un golpe terrible!

Con cierta indecisión, le rodeó los hombros con el brazo y la pegó a su costado. Ella se le abrazó de un modo tan natural que pareció que lo hubieran hecho muchas veces antes. Enterró la

cara en su cuello y posó la mano sobre su corazón.

Fue notar el contacto de aquel cálido cuerpo contra el suyo, y todos los mecanismos sexuales de Patrick se pusieron en acción. El cuerpo le tembló por dentro y la sangre le palpitó en las venas. El aroma de ella lo enloqueció, y la sensación de esa pequeña y delicada mano apoyada contra su pecho, con solo la tela de la camisa de por medio, casi le hace gemir de angustia.

La pegó más a su cuerpo y acarició con la otra mano su delicada mejilla, dejando entrar las yemas de los dedos en las suaves guedejas de cabello cobrizo que llevaba recogido en una trenza floja. Inspiró hondo para calmar el errático palpar de su corazón y posó los labios sobre su frente.

La necesidad de levantarle el rostro y probar su dulce boca era casi imperiosa. Visualizó, con los ojos cerrados y los labios pegados a su sien, que la tumbaba de nuevo sobre la hierba y la besaba hasta hacer desaparecer su pena, hasta sustituir el temblor de angustia en su cuerpo por el que producía la pasión.

Pero lo que hizo fue apartar aquellos pensamientos y obligarse a buscar el modo de consolarla sin aprovecharse de su debilidad, porque, que Dios le perdonase, pero si se dejaba llevar por los instintos se convertiría en la clase de hombre que no merecería a una mujer como ella. Y Patrick Miller quería merecerla.

—El tonto es él, entonces —sentenció con convicción.

Aquello le sacó una carcajada sorda y seca. Pero la señorita Grant no se alejó de él, sino que giró el rostro hacia el lago y emitió un largo suspiro.

—No. Lo cierto es que he sido una boba y no he sabido ver lo que estaba ante mis ojos. Es que me siento tan... absurda en este momento.

Patrick sabía muy bien cómo se sentía Becca, porque en medio de la amalgama de celos que le había invadido a él una semana atrás, también había un sentimiento de ridículo por haberse equivocado con respecto a los afectos de la muchacha.

—Nunca es fácil comprender los designios del corazón, señorita Grant. Pero equivocarse no es síntoma de estupidez, ¿sabe?

Ante esa reflexión, Rebecca se removió y se alejó de su cuerpo para mirarle a la cara.

—No trate de consolarme con palabras vacías, señor Miller. He sido muy tonta —insistió.

Ya se había dado cuenta antes de que la señorita Grant también tenía su punto de testarudez.

—¿Qué es lo que tanto la aflige? Hay algo que no me está contando, ¿verdad?

Era un intento fútil de obtener una confidencia, y Patrick lo sabía. Aunque se hubiera sentido engañada o traicionada, no creía que llegara a contarle lo que había visto.

—Yo... yo había depositado mis ilusiones en algo que nunca podrá ser. Nunca haría nada que pudiera dañar a mi tía.

—Entonces es eso. —Aquello lo aclaraba todo. Becca acababa de descubrir que el profesor de arte tenía algún tipo de romance o interés por lady Cinthya—. Lo había imaginado, pero... no quería dar nada por supuesto. Lo lamento de verdad. No me gusta verla tan triste.

—En este momento, aunque lo intente, no puedo estar de otra manera —reconoció con resignación—. Mañana estaré mejor, señor Miller.

—Estoy convencido de ello. El tiempo todo lo pone en su lugar, señorita Grant. Incluso a los granujas como yo —ofreció con una sonrisa ladeada.

—No se le ocurra pensar que se ha aprovechado de mí, no se lo consiento —dijo enjugándose el ligero resto de lágrimas de su rostro—. Usted no ha sido un granuja. Quizás yo no debí responder a su beso cuando mi mente la ocupaba otra persona. Estaba... estaba confundida. Dígame una cosa, ¿lo he decepcionado de verdad?

—No, por favor, olvide eso. —Era evidente que aquellas palabras que él había pronunciado junto con su disculpa en el mercadillo la tenían preocupada—. No debí expresarlo de ese modo. Usted no me ha decepcionado, porque no ha hecho nada que yo le pueda reprochar. Pero... bueno, supongo que sentí algo parecido a lo que está sintiendo usted ahora.

—Oh, cuánto lo lamento —confesó con un mohín—. Para mí... bueno, nadie se ha preocupado nunca mucho por mí, excepto mi tía y mis amigas, por supuesto. Me siento muy dolida, porque yo quería que también el señor MacArthur me quisiera y...

«¡Yo la quiero!», gritó su voz interior.

Aquel impulsivo pensamiento dejó a Patrick congelado en el sitio. Pestañeó en dirección a Becca, que seguía explicando sus sentimientos, aunque en realidad no podía oírla porque la revelación le tenía el pecho sobrecogido.

«¿La amo? ¿Amo a esta mujer? ¿Cuándo demonios ha pasado?».

—¿Ha sentido alguna vez que su mundo se desmorona, pero que ya intuía que algo no estaba bien? —continuaba diciendo ella—. Eso creo que me ha pasado a mí.

El mundo de Patrick no es que se estuviese desmoronando, pero desde luego se convulsionaba con un potente zumbido que le tenía la cabeza aturdida y el corazón desbocado. Por suerte, Becca seguía intentando hacerle entender algo.

—¿Sabe por qué estoy en esta escuela? —preguntó con un aire de disconformidad—. Para conseguir un marido adecuado. Ese es nuestro fin en esta institución. Pero yo no quiero que sea el adecuado ni que el resto del mundo lo considere adecuado para mí. Yo lo que deseo es que me quiera. A mí. A Rebecca Grant. Por lo que soy, porque no pueda vivir sin mí. ¿Usted piensa que alguien pueda quererme de ese modo?

—Yo... —Patrick meneó la cabeza, que parecía llena de plomo, antes de responder a su pregunta con un mínimo de locuacidad—. ¿Cómo no va a encontrarlo, señorita Grant? Sería imposible que no fuera así.

No era una respuesta muy elaborada, desde luego, pero fue lo más inteligente que logró decir, pues la otra opción que su mente había construido y que él había frenado en su lengua era un solemne: «Yo la quiero de ese modo».

—Yo había soñado con tener una gran familia, ¿sabe? —continuó ella—. Me hubiera encantado tener hermanos, primos... pero solo éramos mi tía y yo. El viejo barón con el que se casó nunca

me quiso, de modo que siempre hemos estado solas. ¡Sería tan feliz con gente alrededor!

De repente, Patrick vio a Rebecca Grant en aquella gran mesa de madera que se llenaba de primos y tíos cada comida de Año Nuevo en Cumbria. La vio riendo y haciendo bromas con su prima Kristen. La vio posando la mano sobre la suya para alabar las dotes de su madre en la cocina. Tuvo la sensación de que algo se desbordaba en su pecho. Por suerte para él, Rebecca seguía parlotando y no parecía importarle que él fuera incapaz de mediar palabra.

—¡Oh, no! ¿Cómo voy a mirar mañana a la cara al profesor MacArthur? ¿Qué habrá pensado de mí?

De pronto, a Patrick se le ocurrió la descabellada idea de que tal vez había montado una escena delante del profesor y de su tía.

—¿Qué ha hecho, criatura? —inquirió con genuina preocupación.

Ella se echó a reír, a pesar de que alguna lágrima aún caía de vez en cuando por su mejilla. El corazón de Patrick sufrió un pequeño traspíe.

«La he hecho reír», pensó con regocijo.

—Solo le he... sonreído más de lo que una dama, alumna para más señas, debería haberle sonreído a su profesor de arte —admitió con una sonrisa que pasó a ser una mueca—. Vaya, qué ridícula me siento.

—No diga eso.

Ambos volvieron a cruzar entonces una de esas miradas que parecían tener el poder de detener el tiempo. Patrick volvió a naufragar en aquellos ojos del color del océano, y admitió sin ambages que aquella era la mujer que había elegido su corazón. Que por mucho que le costase, y por doloroso que fuera el proceso, tenía que lograr conquistarla, porque su alma no podría soportar renunciar a ella.

Quería encontrar aquellos ojos al despertar cada mañana, quería ver el cabello castaño cobrizo de ella tendido sobre los almohadones de su lecho. Quería llenar su vida de risas y de felicidad, para no tener que volver a presenciar su sufrimiento.

—Tengo que regresar a la escuela —dijo, de pronto, como si la hubiera hecho sentir incómoda con su mirada fija—. No quiero que me descubran por aquí... Y, además, se está haciendo de noche.

Patrick miró hacia el horizonte y distinguió los últimos matices de rojo que precedían al anoecer. Sí, debían marcharse de allí, pero Patrick no estaba dispuesto a que lo hicieran por separado.

—¿Le importaría si la acompaño dando un paseo, señorita Grant? Creo que me debe uno.

## Capítulo 11

Becca trataba de leer tumbada en la cama, aunque no lograba concentrarse. Todavía no se había podido desprender de todas las emociones que la habían asaltado desde que había visto a... Los ojos se le tornaron acuosos de nuevo y se los secó de un manotazo. No, no pensaba soltar ni una sola lágrima más.

Ya se había desahogado en el lago, en el hombro del señor Miller, y no pensaba dejarse llevar por el desconsuelo de nuevo. Ni por la autocompasión tampoco. A pesar de la vergüenza de haber sido sorprendida en el peor momento, cuando toda la rabia y pena se hallaban en el punto más álgido, en el fondo sentía alegría de que él la hubiera encontrado. Había notado cómo el pecho descargaba parte de su dolor al compartirlo con él. Había sido bonito que alguien la abrazara y le besara la sien, que la estrechara y la hiciera sentirse comprendida y no una boba.

El señor Miller, Patrick, podría haberse burlado de su candidez, o haberle hecho ver que ella le había hecho sentir lo mismo a él. Podría haberse aprovechado de sus abrazos y de su debilidad. Debía haber notado cuánto le había gustado su beso de la otra vez y podía haber intentado repetirlo cuando habían estado tan cerca el uno del otro. Y, sin embargo, había sido el mejor de los amigos, escuchándola, ofreciéndole consuelo e intentando animarla.

Si hasta la había hecho reír. «¿Cómo es posible que alguien me haga reír en el peor momento de mi vida, cuando acaban de romperme el corazón?». Estaba claro que el señor Miller era un hombre muy especial, y que la mujer de la que se enamorara sería una mujer muy afortunada.

De pronto alguien llamó a la puerta, sacándola de sus pensamientos, pidiendo permiso para entrar. Pensó que quizás podría ser Rose o alguna de las chicas, pero no fue así. Al dar paso, entró en la habitación lady Cinthya, medio descompuesta, con Lucy detrás.

Habló la doncella.

—Le dije que estaba en su habitación, milady.

Le sonrió cansada, despidiéndola.

—Puedes retirarte —le dijo.

Esta dio media vuelta sobre sus pasos sin decir más, cerrando tras ella.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Becca con desinterés una vez solas, sin apartar la vista del libro.

—¿Cómo que si ocurre algo? —preguntó su tía con inquina—. ¿Se puede saber por qué no has

aparecido por Rosewall House esta tarde? Me tenía muy preocupada tu tardanza y ahora... —Lady Cinthya se sentó junto a ella, en la cama. En su cara se apreciaba el desconcierto ante su actitud pasiva. A ella le pareció ver que la tensión que había en su cuerpo se relajaba, se veía que había estado alarmada—. Ahora te veo aquí, tan tranquila, leyendo.

«No estoy tan tranquila», quiso gritarle.

Observar que su tía enjugaba una lágrima que había escapado de sus ojos la ablandó por un momento. No obstante, el recuerdo de lo que había visto a través de la ventana de la casa la volvió a enfurecer, sobre todo, cuando la escuchó decir:

—Eres como una niña. Te has olvidado de venir, ¿verdad? ¿Cómo puedes ser tan desconsiderada?

¿Desconsiderada? Aquello la indignó y elevó la voz.

—Yo no he olvidado nada. Quizás fue usted quien olvidó... algo.

—No pretendas excusarte con adivinanzas, jovencita.

Becca se levantó, saltando por el otro lado de la cama del que estaba su tía, y dio varias vueltas por la habitación, bajo la atenta mirada de ella. Se debatía entre contarle lo que había visto, decirle que había destrozado su vida, o callar y guardar su secreto en lo más hondo de su corazón el resto de sus días.

—El señor MacArthur no ha podido pintar nada.

—Seguro que se habrá entretenido en otras cosas —espetó, dándole la espalda.

Al final no había podido morderse la lengua.

Oír cómo lo mencionaba la enfureció y tuvo que respirar hondo para no gritar hasta quedarse afónica, que era lo que en realidad quería hacer, y sacar así aquel extraño dolor de su pecho. En vez de eso, se giró y contempló a su tía con otros ojos, con los de una mujer celosa. El rostro desencajado de lady Cinthya la contuvo. Estaba roja de vergüenza, estaba claro que había comprendido su insinuación. Si no la primera, cuando le dijo que había olvidado contarle algo, sí esta última.

—Has venido —le dijo en una exclamación ahogada—. Has venido y nos has visto. —Becca corroboró aquellas palabras con un movimiento de cabeza. La baronesa se cubrió la cara con ambas manos—. No quería que te enteraras así.

—Pues para no querer que me enterara, tía, no cuidó que yo estaba a punto de llegar. —Su tono era duro, no era capaz de controlarlo.

Estuvo a punto de decirle que la había traicionado, que ella había puesto los ojos en el profesor y su tía se lo había robado, pero la otra la interrumpió.

—Pierdo la noción del tiempo cuando estoy con él. —Lady Cinthya se restregó las manos y le habló como nunca lo había hecho, con total honestidad sobre un hombre—. Ya no eres una niña, me lo has dicho muchas veces, así que te hablaré de mujer a mujer. Sentir cerca a Alfred hace que mi alma vea la luz, me hace muy feliz. Ha sido así desde siempre.

¿Alfred? ¿Siempre ocurría que iluminaba su alma? ¡Si hacía algo más de una semana que lo

conocían! ¿O acaso no era así? Una extraña premonición hizo que el estómago se le hiciera un nudo hasta dolerle.

No tuvo que pedir explicaciones, su tía la miró con la cara llena de dudas, como si su mente librara una batalla. Respiró profundo y soltó un suspiro. Luego comenzó a hablar:

—Nos conocimos en Roma. Me lo presentaron unos amigos en el teatro, y desde el primer instante algo pasó entre nosotros que conectó nuestras almas. Vivía de la pintura, lejos del apoyo de su familia, que le exigía casarse. Durante aquellos días fui más feliz que en toda mi vida. Me hizo sentir mujer. Aunque tenía miedo de que, al hablarle de ti, desapareciera, por eso no me atreví a decirle que tenía una sobrina a mi cargo. Pero él lo supo, me siguió una tarde. Y enseguida quiso conocerte. Yo no le dejé. Tenía tanto miedo de que tú lo rechazaras, que no dejabas que nadie se interpusiera entre tú y yo después de lo ocurrido con el barón. —El rostro de su tía estaba anegado en lágrimas y Becca tenía el corazón en un puño al escucharla—. Pero entonces él tuvo que regresar a Dalavich, en Escocia. Algo le había ocurrido a su madre. Quería que lo acompañáramos; quería darme el tiempo que necesitara para que, superado el luto, pudiéramos casarnos. Pero no podía ser egoísta, condicionar tu futuro a mi felicidad, y lo abandoné. Lo dejé marchar, le dije que tú eras lo primero y él se fue.

—¿Por qué hizo eso? —preguntó.

—Por qué tú estabas en mi vida mucho antes de que él llegara; porque te quería tanto que temí que me rechazaras si te decía que me había enamorado; porque por fin éramos tú y yo. No podía interponer a nadie entre nosotras después de lo que habíamos vivido. Lady Gysford me habló de Minstrel House poco antes de que él se marchara, supongo que se lo comentaría, no lo recuerdo, porque pensé que aquí no me encontraría. Jamás imaginé que conociera al señor McDonald, que él le hubiera hablado de esta escuela, o que vendría a buscarme, en realidad.

»Cuando lo vi en el baile, creí morir. Fue como si nos hubiéramos visto el día anterior, como si no hubiera pasado el tiempo. No hubo reproches, solo la promesa de no dejarme escapar.

Becca sintió que su corazón no latía como ella había esperado, y se descubrió también los ojos acuosos. Era una historia hermosa, a pesar de todo.

—¿Cuándo pensaba decírmelo? —preguntó pesarosa.

—Iba a contártelo, de veras que sí, aunque en el fondo no supiera cómo hacerlo. Me di cuenta de que parecías estar interesada en él. —La miró con delicadeza—. Y quería esperar un poco más.

—No estoy interesada —mintió, por el bien de las dos—. Quizás no debería protegerme tanto. No soy una niña.

Tuvo que convencerse a ella misma de que no podía hacer sufrir a su tía. Mientras le explicaba su historia de amor con el profesor, había recordado lo feliz que la había visto en Roma y lo vigilante que se había vuelto después.

Quizás fue la pena de perder el amor lo que la hizo que se volcara tanto en ella y no un marido abusador, como siempre había creído.

—Pero entonces...

—No se preocupe por mí... Estaré bien.

Lo deseaba. Deseaba estar bien, ambas lo merecían. Tendría que sacar al señor MacArthur de su corazón, y lo conseguiría.

—Rebecca. —Su tía le obsequió una mirada dulce y tierna—. Algún día aparecerá un hombre para quien no exista nada más importante que tú. Si lo encuentras no lo dejes escapar. Yo perdí mi oportunidad y la he reencontrado, no es algo que ocurra muy a menudo.

—Buscaré entonces el amor —dijo con ironía—. No debí mirar en la dirección correcta, pero estoy en el lugar adecuado para encontrar un marido.

—Cariño, el amor no se busca, se encuentra. Te darás cuenta cuando esté frente a ti.

Su tía la abrazó con cariño, agradecida. A pesar del dolor que sentía, ella también la rodeó con los brazos. Su tía se había sacrificado por ella dos veces, casándose con un hombre al que no amaba para darle un futuro y dejando ir al amor de su vida por temor a que ella no fuera feliz. No podía odiarla por aceptar, a la tercera, la felicidad.

Becca disfrutaba mucho de la clase de equitación. Sobre todo, desde que tenía su propia silla de montar. Debía reconocer que disponer de una propia le daba mayor seguridad. Lady Cinthya no reparaba en gastos en su educación, sus necesidades y sus caprichos. Pero no era derrochadora, administraba muy bien su fortuna, incluso había hecho alguna inversión, aconsejada por su abogado, que le había aportado beneficios, y lo habían celebrado juntas. Siempre había sido muy agradecida por todo lo que su tía había hecho por ella.

Pero, ese día, la clase que más le gustaba no le apetecía demasiado. Distraída, con facilidad se despistaba con pensamientos sobre los acontecimientos pasados. Otros profesores ya le habían llamado la atención por no estar atenta.

Echó la culpa de su aturdimiento al poco descanso. La noche anterior, cuando su tía había ido a la escuela, habían hablado mucho. Su tía habló mucho. Siempre tan protectora, al saber que no había cenado, pidió que le subieran a la habitación una bandeja con algún plato y ella, por no pelear, le había dejado. Aunque no le entraba nada, había perdido el apetito. Pero lady Cinthya, más animada con su confianza, había debido pensar que ya todo estaba solucionado.

«El corazón tiene su ritmo», se dijo. A pesar de haber decidido desprenderse de aquel amor, que solo ella había alimentado, necesitaba tiempo para asimilarlo.

Cuando lady Cinthya se marchó de su habitación, las luces de los pasillos ya estaban apagadas y uno de los lacayos la acompañó con una lamparita de gas hasta su carruaje.

A Becca no le fue fácil conciliar el sueño. Había dado mil vueltas en la cama y, cuando por fin la atrapó Morfeo, en la bruma del sueño había mezclado imágenes y hombres. Se había sentido adorada, pero no por quien ella había deseado. Se despertó con la sensación de haber estado entre unos brazos, pero no habían sido los del profesor, sino en los del señor Miller.

«Patrick Miller».

Apenas había podido hablar con él en los establos cuando la ayudó a ella y a algunas compañeras a subir a su montura. Encontrarlo, la tarde pasada, en aquel momento de desolación al ver a su tía y el señor MacArthur, había sido un gran consuelo y no le había dado las gracias por su compañía. Y tenía que reconocer que su presencia la reconfortó mucho. Había sido tan fácil explicarle cómo se sentía... Y él la había comprendido. Se dio cuenta de que cuando pensaba en él, un ligero estremecimiento la asaltaba. Quizás era por cómo la miraba y por el recuerdo de aquel beso que tanto la había desconcertado, sin embargo, prefería no hacer caso de esa sensación.

La voz grave del señor Bissop, repitiendo cómo debía realizarse un movimiento, la trajo al presente, y se percató de que las demás ya estaban colocadas en sus lugares para hacer el ejercicio. Movi6 sus riendas para acercar a Galatea hasta donde se habían posicionado las otras y, aunque se ganó una mirada de advertencia, el profesor no le dijo nada. Estaban ejercitando el trote y procuró prestar atención a todas las instrucciones. No quería acabar en el suelo.

—Recuerden, miladies y señoritas —anunció lady Valery, que se encargaba de que sus cuerpos no adoptaran posturas poco elegantes durante las clases—. Su cuerpo debe ser grácil para no ir brincando sobre su silla.

El señor Bissop les mostró cómo debía hacerse, al tiempo que lady Valery repetía algunos aspectos del ejercicio.

—Talones hacia abajo y las puntas de los pies mirando hacia adelante... cabeza levantada — iba diciendo—, mirada también hacia adelante, barbilla ligeramente hacia atrás...

Lo que en verdad le hubiera gustado era que ese día las dejaran salir al galope. Quizás una buena cabalgada habría borrado todo el pesar de su corazón. Tenía que renunciar a su fantasía. Había ocultado la verdad de sus sentimientos a su tía, pero si su ánimo no cambiaba se daría cuenta.

Ella sola se había ilusionado, pensó. Si lo analizaba, el señor MacArthur nunca la había animado con alguna palabra dulce, ni siquiera una sonrisa pícaro que le indujera a pensar alguna cosa. No era como...

De repente los gritos de Lori la asustaron y la trajeron al lugar donde debería estar, no solo en presencia física sino con todos sus sentidos alerta. Descuidadamente, había golpeado con su caballo al de Lorianne, que se revolvía, encabritado, y la hacía perder el dominio del ejercicio. Galatea hizo también algunos movimientos bruscos, levantando las patas delanteras, y tuvo que sujetar con fuerza las riendas y presionar su peso hacia abajo en la silla para sujetarse con las piernas y no caerse.

A pesar de sus esfuerzos, no lograba controlar al animal. Cerró los ojos asustada. Al abrirlos de nuevo, se encontró al señor Miller junto a ella, apaciguando a su yegua y evitando que la desmontase; ambas cosas de vital importancia en aquel instante.

Patrick sujetó a Galatea, mientras ella, entre nerviosa y abochornada, no dejaba de repetir:

—Lo siento, lo siento, lo siento...

Lorianne, con la expresión mudada, trató de dedicarle una sonrisa comprensiva y de disculparla. Sin embargo, el señor Bissop se le acercó preocupado.

—¿Se encuentra bien? —Ella asintió y notó que el color le teñía las mejillas. El profesor la miró con expresión seria y añadió—: Sobre un caballo no debería distraerse, una caída puede ser nefasta.

—No volverá a repetirse, lo prometo.

—No, o por lo menos hoy no —respondió con decisión—. Será mejor que desmonte, vaya hasta la bala de paja y espere a que sus compañeras terminen su clase.

Becca sintió el agujoneo del bochorno.

Se dirigió hacia la zona que el profesor le indicaba con el corazón tronándole en el pecho. No solo se sentía mortificada por lo que podría haber ocurrido, sino que se creía morir al pensar que a Lori le hubiera ocurrido algo por su culpa. Al bajar del caballo, se dio cuenta de que temblaba y el miedo aún permanecía en su cuerpo.

El señor Miller la acompañó hacia donde la había mandado el señor Bissop, «a la zona de castigo», pensó. Aquella bala de heno no podría ser otra cosa. Lo vio dudar y, antes de que decidiera marcharse, le pidió con la voz quebrada:

—Quédese conmigo, por favor.

—¿No se encuentra bien? —apreció, preocupado.

—Sí, sí lo estoy... o tal vez no. Es solo que no quiero quedarme sola —respondió, casi con una súplica en la voz—. Sé que soy responsable de lo ocurrido, me siento muy mal, pero no era mi intención. Estaba distraída.

Se sentó, como le habían indicado, mientras el señor Miller lo hacía no demasiado lejos de ella.

—No se disguste —dijo comprensivo—. No ha ocurrido nada grave, la señorita Lorianne ha sujetado muy bien a su caballo.

—Sí, pero... —Becca se tapó la cara con las manos por un instante. Luego, lo miró con ojos esquivos—. Si yo no hubiera estado distraída pensando en lo que no debía...

—¿Y en qué no debía pensar? —preguntó él, y le pareció notar cierta expectación en sus palabras.

—En lo que ocurrió ayer.

El señor Miller la contempló en silencio durante más segundos de los que ella habría deseado. Y allí estaba, aquella sensación que la desconcertaba. Además, en los ojos que la escrutaron hubo algo que no le gustó. ¿Resignación?

Apartó su mirada de la de él. La ponía nerviosa. Se sentía como si le hubiera fallado.

¿Por qué le importaba tanto lo que pensara de ella? Porque era su amigo, sin duda. Solo por eso, quiso convencerse.

## Capítulo 12

Mientras escuchaba el sermón del padre Ellis, Becca pensó que nunca había tenido un amigo. Desde que ocurriera lo del caballo en la clase de equitación, hacía cuatro días, había visto al señor Miller en más de una ocasión. Se habían encontrado, casualmente, cuando salió de paseo con las compañeras; también en la tienda de la señora Gibbs. Tenía que reconocer que se había sentido muy cómoda conversando con él. Por supuesto, no se decían las mismas cosas a un joven que a una chica, pero se daba cuenta de que se habían contado sus vidas sin apenas darse cuenta, con total comodidad.

Cómo disfrutaba cuando le hablaba de Cumbria. Seguro que era un lugar precioso, sobre todo le gustaba el ambiente que le relataba. Quizás algún día ella podría tener una familia como la que él describía. Si la familia de su esposo era como la de Patrick...

—Cómo me gustaría conocer a esas personas que tanto ama —le dijo, sorprendida por sus propias palabras.

Él había sonreído como si anhelara también lo mismo, y ello era porque los amigos que se estimaban de veras sentían como si fueran miembros de sus mutuas familias, pensó Becca.

Era domingo, y se encontraba en Legend Square al salir de la iglesia.

Miró hacia lady Cinthya, el señor MacArthur estaba a su lado. Le habían explicado que tenían intención de casarse y que él había empezado a cortejarla formalmente. Le dolió escucharlo y se tragó sus emociones, sobre todo porque la felicidad estaba pintada en la cara de su tía. Faltó a un par de sesiones seguidas de pintura con la excusa de tener que realizar algunas tareas de la escuela, pero al tercero se encontró a Mary esperándola para acompañarla a Rosewall House al terminar el té.

Cuando llegó y vio al profesor en aquel lugar en el que lo había idolatrado, su corazón no sintió lo que ella esperaba, no hubo gran dolor, aunque sí un poco de decepción. En clase, él había puesto la distancia que solían poner los profesores, y no la privilegio, como lo había sentido al inicio del curso. Sin embargo, fue junto al cuadro, que para su sorpresa estaba casi acabado, donde lo vio todo de otro modo.

Quizás, la imagen que había captado de ellas dos fue lo que impactó su corazón. Ambas estaban de pie, detrás se abría una imagen del jardín con la zona de los rosales y un jazmín con el tronco trenzado que caía sobre una valla; al fondo, el río en su encuentro con el lago. No supo qué la

impresionó más, si los diferentes azules que había captado: los vestidos, el lago, el río, el cielo... o la expresión de cariño en la cara de lady Cinthya al contemplarla a ella. Una lágrima escapó de uno de sus ojos y sintió la necesidad de abrazarla. Había tanto amor en aquella mirada que supo que jamás habría sido superado por el que daba una madre.

Ella era la única madre que conocía, y era más que suficiente.

Ante su sorpresa por lo avanzado que estaba el lienzo, tuvieron que darle algunas explicaciones.

—Alfred ha venido todas las horas que tenía libre para adelantarlo —explicó su tía con las mejillas sonrosadas.

—Pero tuve buenas modelos que se estuvieron muy quietas para que yo las pintara —alegó el señor MacArthur.

Bueno... ella se había quejado unas cuantas veces, como si fuera una niña, ahora lo sabía.

Ese domingo, al salir de la misa, se armó como siempre un pequeño revuelo entre los grupos que se formaban en la puerta y entablaban conversaciones. Las chicas charlaban animadas para ver en qué iban a ocupar su tiempo. Becca solía ir ese día festivo a comer con su tía, pero dadas las circunstancias pretendía evitarlo. Estaba convencida de que lady Cinthya habría dispuesto invitar al señor MacArthur, y no se sentía demasiado cómoda, como si ella fuese la carabina. Prefería darles intimidad y tomarse ella algo de tiempo.

—Yo voy a Conway House, ha venido lord Conway. Comeré allí con lord McEwan —informó Rosemary.

Becca levantó la vista y observó hacia donde su amiga dirigía la mirada. Su prometido hablaba con el señor Dunhcan Bissop. El señor Miller estaba junto a su primo, y lady Valery se acercaba a ellos.

—Emily también viene —continuó Rose.

Algunas compañeras hacían planes para ir al embarcadero y le pareció que era una idea excelente. Le apetecía un paseo en barca. Con discreción, desvió varias veces la mirada hacia el señor Miller, pero este estaba pendiente de la conversación que mantenían los otros.

—Voy a pedirle permiso a mi tía —les dijo—, dadme un momento.

—No puedes ir al embarcadero —sentenció Emily.

—Ah, ¿no? —Le extrañó un poco que se lo prohibiera.

—No, tienes que venir conmigo. Tú también estás invitada. No pienso quedarme sola cuando Rose se pierda con su prometido —dijo con humor.

—Pero yo voy siempre a Rosewall House —se quejó. Si iba a Conway House perdería toda la tarde.

—Estoy convencida de que estarás encantada de venir conmigo —alegó Mily muy dispuesta—. No querrás hacer de carabina, ¿no?

Que lady Cinthya y el profesor habían hablado de matrimonio había corrido por Minstrel Valley como la pólvora. Por unos segundos, creyó que sus amigas la compadecerían, ya que les había

confesado sus sentimientos por MacArthur; sin embargo, todas la animaron, y ella se justificó alegando que «había sido una fascinación pasajera».

Se acercó resuelta hacia donde su tía y el señor MacArthur estaban. Se despedían de lady Acton y de su dama de compañía, la señorita Chatham.

—Tía —la llamó, y esta se separó un poco del grupo para atenderla—, me han invitado a comer en Conway House. Me apetece mucho.

—¿No quieres venir a Rosewall House? —preguntó sorprendida.

—Me gustaría ir...

Lady Cinthya la observó durante unos segundos y luego, con una sonrisa amable, le contestó:

—Está bien.

Se despidieron con un beso en la mejilla. Había dudado de que la dejara acudir, pero el señor MacArthur era buena influencia para ella. En aquellos cuatro días había notado cómo su tía parecía dejarla algo más libre. O, al menos, ya no era tan estricta cuando estaban juntas.

De reojo, observó al grupo en el que el señor Miller había estado, pero no lo vio y se decepcionó. Le agradaba su compañía.

El almuerzo en Conway House fue muy agradable. Después se entretuvieron con varias actividades. En aquel momento estaban en el jardín, Rose hablaba con su prometido mientras Emily jugaba una partida de ajedrez con lord Conway. Ella se había sentado en uno de los sillones de madera que miraban hacia el lago y estaba relajada con las vistas. La voz de una doncella llamando a lord McEwan la sacó de su ensimismamiento.

—Milord, la visita que esperaba.

Al girar la vista para ver quién era el invitado, se sorprendió gratamente al ver al señor Bissop, a lady Valery y al señor Miller.

Todos se levantaron para recibirlos y se saludaron de forma cortés.

—Qué bien que ha venido —señaló lord Conway—. Espero que usted sepa decirle a Richard qué le ocurre a Dédalo, no se atreve a montarlo.

—No quiero lastimarlo —se defendió lord McEwan.

—¿Le ha mirado McDonald las herraduras? —preguntó el señor Bissop—. Quizás estén mal colocadas.

—Creo que es un tirón en una pata, pero necesita que alguien se lo confirme —volvió a decir con burla lord Conway.

Becca se mantenía atenta de la conversación. Los hombres bromeaban y lord McEwan permitía a su primo burlarse de él.

—Es que últimamente parecer estar más despistado que nunca y habrá forzado a Dédalo en el galope.

—¿Y lady Conway? —preguntó lady Valery.

—Está descansando en su salita —contestó Rose—. ¿Quiere saludarla?

—Sí, me gustaría —respondió la profesora de etiqueta.

—Venga, vamos al establo y me dices tu opinión, Bissop —señaló lord McEwan con cercanía zanjando así todas las bromas.

El señor Miller se acercó a Becca con una sonrisa pícaro.

—No esperaba verla aquí... Pero me agrada encontrarla.

—Ha sido casualidad.

—¿Vienes, Patrick? —lo invitó su primo.

Los caballeros se dirigían ya hacia el establo.

—Sí, sí, ahora voy.

Ella siguió a sus amigas y a lady Valery.

Cada uno fue en una dirección diferente, pero Becca no llegó a entrar en la salita azul donde lady Conway estaba. Con la excusa de recoger el chal que había dejado abandonado en la silla del jardín, regresó al exterior. Allí encontró al señor Miller que, como si estuvieran conectados por un hilo invisible, también había regresado a aquel lugar.

—Usted también lo siente, ¿verdad? —preguntó él.

—¿Cómo? ¿El qué?

—Nada...

Él la miró como ella ya estaba acostumbrada a que lo hiciera.

—Desde aquí se podría ir a su casa, ¿no es así?

—Sí, solo habría que ir por la linde del lago, pasar por el cobertizo del conde y un poco más lejos llegaríamos a Rosewall House.

Becca se puso nerviosa por estar solos, sin la supervisión de nadie. Si los descubrían, con la profesora de etiqueta por allí, iban a meterse en un lío.

—¿Hay un «cobertizo del conde»? —se burló él.

—Es una casita donde el viejo conde guardaba los botes y descansaba de sus jornadas de pesca —contestó—. Lady Conway regaló esas tierras a lord McEwan por su compromiso con lady Rosemary. Lo derribarán y se construirán una casa justo allí.

—Podría enseñármela —pidió con una voz muy seductora.

—Creo que ya la conoce —respondió azorada—. Me parece que se ha recorrido todos los rincones de Minstrel Valley.

—Sí, y conozco algunos que estoy convencido de que usted no sabe que existen. —Su voz había sonado más ronca, como susurrada.

Él sonrió y la miró con aquellos ojos castaños que le turbaban el pensamiento. Atolondrada, observó cómo la devoraba con la mirada. Recorrió su rostro con la vista, que paseaba de los ojos a los labios, para subir de nuevo a ellos como si le hiciera una plegaria. Sus pupilas se enlazaron en un mudo abrazo. Becca sintió que la respiración se le cortaba y tuvo que morderse el labio para poder soportar la tensión que le había nacido en aquel segundo. Como si siguiera una línea

imaginaria, él bajó hacia su busto.

«¡Por Dios, así no miran los amigos!».

Era un pícaro y le gustaba provocarla. No fue capaz de sostener por más tiempo su escrutinio. Se sentía mareada.

—Deberíamos ir con los demás —señaló.

—¿Usted sabe dónde están los establos?

Ella asintió.

El señor Miller hizo una reverencia teatral con la que le cedía el paso y ella se agarró la falda del vestido, con cierta inquietud, antes de girarse. Borearon la casa por el jardín y, justo al pasar por una zona con una pequeña arboleda, él tiró de ella y la apoyó contra un árbol.

—No aguanto más.

No hubo más palabras, no tuvo tiempo de protestar. Tampoco quiso hacerlo. La boca del señor Miller atrapó la suya y devoró sus labios con tanta lujuria que sintió que iba a desmayarse, pero no, no lo haría. Notó que se estremecía y que le hacían cosquillas zonas de su cuerpo que nunca habría imaginado. No sabía que podía besarse así, con ese ímpetu. Se dejó guiar. Él aplastó el torso contra su busto y algo desconocido se desató en su interior. Podía sentir todo su cuerpo en tensión y no quiso que se alejara. Rodeó su cuello con los brazos y movió la cabeza por instinto, lo que permitió que él profundizara más el beso. Escuchó unos leves gemidos, como si sonaran dentro de su cabeza, y tardó en comprender que era ella misma quien los emitía.

La vergüenza la abandonó y, protegida por el tronco del árbol, se apretó contra aquel pecho duro, aplastó sus senos en él y enredó sus manos en aquel espeso cabello que alguna vez había soñado con acariciar. Con renuencia, él separó sus labios para observarla, como si le diera la opción de escapar. Ella miró su boca; quizás se había vuelto loca, pero quería repetir aquel contacto.

—Hágalo de nuevo, por favor —suplicó sobre sus labios.

—¿Le ha gustado? —La atormentó al preguntarle, pero no le importó responder si con ello continuaba.

—Me ha encantado.

Volvió a besarla y a apretarse contra ella. Esa vez, Becca sintió cierta dureza contra su pelvis. No era una completa ignorante, y apreció lo que jamás había percibido de la anatomía masculina. Su cuerpo, con vida propia, se rozó con él como si fuese una descarada.

La lengua del señor Miller seguía torturándola y llevándola a una cota de excitación que desconocía. Se separó muy alterada.

—¡Dios mío! Esto no está bien.

—Ha dicho que le gustaba.

—¡No sea atrevido!

Debía dar un paso y alejarse, pero, en vez de eso, se lanzó de nuevo a aquella boca pecaminosa que le había hecho perder el sentido común. El señor Miller pasó a otro nivel, entonces. Sintió

cómo su mano exploraba en una leve caricia el suave montículo de uno de sus senos, y apretó en el lugar exacto, donde sabía que se erigía su pezón ansioso de atenciones.

Becca notó a Patrick acelerado, sintió cómo le cubría de besos la mandíbula y el cuello, y descendía hasta enterrar la boca en su pecho. No supo cómo, pero él había encontrado el modo de bajar el escote de su vestido y liberar sus senos. Cuando notó la lengua en aquella tierna piel, creyó morir y soltó un hondo jadeo. Él la calmó. Chistó para que no gritara, y luego sopló sobre cada uno de sus picos rosados y enhiestos para engullirlos después por turnos como si fuera un hambriento. Desvergonzada, apretó su cabeza contra su pecho.

—¡Ay, Dios mío!

—Di mi nombre —le pidió, pasando a tutearla por primera vez.

—Patrick... Patrick —repitió con jadeos entrecortados. El fuego de su cuerpo era cada vez más elevado.

El señor Miller volvió a apoderarse de su boca y notó cómo sus manos expertas cerraban el escote de su vestido. Cuando por fin se separaron sintió que era otra persona.

—No imaginas cuánto te deseo —dijo él con los ojos chispeantes.

Por un segundo no supo qué decir, le avergonzó su comportamiento y su propio deseo de él, de más.

—Esto no está bien, pueden descubrirnos... somos amigos.

No dejó que él replicara, que le dijera una palabra más que nublara su pensamiento. Salió corriendo hacia la casa. Dio casi una vuelta y así dejó que reposara su alterado corazón. Al entrar en la salita azul, Emily tocaba una pieza al piano. Se sentó junto a Rose y contempló la escena como si en su pecho no tuviera lugar una batalla de emociones.

Los caballeros y el señor Miller se sumaron a los pocos minutos y rezó todas las oraciones que sabía para que nadie descubriera qué había pasado entre ellos dos.

Rebecca nunca había sido muy tardona, pero tampoco le gustaba ser de las primeras en bajar a cenar. No obstante, se arregló pronto, bastante antes de lo que estaba acostumbrada. Se asomó a los ventanales. El otoño estaba muy cerca y los campos de Minstrel Valley ya hacía días que se habían vestido con los ocres y marrones de la estación. Desde que Romola se había casado y marchado de la escuela, ella ocupaba aquella habitación, junto a la de Rosemary, mirando hacia el lago y a aquel bello espectáculo de colores.

Notó que una sensación, como de haber hecho algo mal, la acompañaba. El recuerdo de los labios del señor Miller sobre los suyos, su torso duro y cómo se habían rozado, la sobresaltó.

«Patrick».

Él le había pedido que lo llamara Patrick. Ella, atolondrada como estaba, no le dijo que también quería que la llamara por su nombre. ¿Le habría gustado que se lo pidiera?

¿Pero en qué estaba pensando? ¿Se había vuelto loca? ¿Cómo era posible que se hubiera

lanzado a aquellos besos lascivos?

Sin embargo, no eran aquellas dudas lo que más la atormentaba. Eran amigos. Los amigos no se besaban así. No, definitivamente los amigos no se besaban.

Entonces, ¿qué había ocurrido? ¿Cómo se había fallado tanto a sí misma?

Además, no estaba enamorada. En su corazón quedaban los rescoldos de las ilusiones rotas por el señor MacArthur. El señor Miller era un seductor, le gustaba flirtear y, con toda seguridad, tampoco la amaba.

¿Qué intenciones tendría entonces?

Si en verdad era su amigo, había intentado desde el principio de su amistad engatusarla y seducirla. ¿Por qué? Sin embargo, tenía que reconocer que no flirteaba con las demás compañeras, pero ¿qué sabía ella acerca de los hombres y su naturaleza?

Tenía jaqueca de tantas cuestiones sin respuesta que circulaban por su mente...

Desanimada, se apartó de la ventana con la pregunta en su cabeza sobre las intenciones del señor Miller, si estas serían honorables o, quizás, su único propósito era conquistarla. ¿Con qué fin? No supo responderse.

«Basta, Rebecca, vas a volverte loca».

La idea que la asaltó la envaró. Tenía que descubrir qué significaba él para ella. Eran amigos, sí, podía ser, pero la excitación que notaba en su cuerpo cuando lo veía no era normal, y la respuesta que tuvo ante aquel beso ardiente, que le generó una necesidad imperiosa de satisfacer todos sus instintos, tampoco lo era. Además, lo más vergonzoso era que lo había disfrutado, no podía engañarse a sí misma. Fue un beso mucho mejor que el primero, y notó cómo él respondía también excitado. Tenía hambre de ella. ¡De ella!

«Por Dios, Rebecca, así no vas a ninguna parte. Deja de pensar».

Por mucho que se diera órdenes, su cerebro seguía su libre albedrío. No podía controlar su mente. Pero, no obstante, lo intentó. Había elegido para esa noche un vestido color marfil que combinó con uno de sus pañuelos para que le diera un poco de color, y se había trenzado el pelo en un peinado flojo. Al mirarse en el espejo, vio sus mejillas sonrosadas y miró la imagen con los ojos muy abiertos. ¿Estaba acalorada?

—¡Por Dios! —exclamó al aire.

Hasta los pensamientos sobre «Patrick» la afectaban. Tenía que calmarse, todo el mundo iba a descubrir sus tribulaciones y, lo que era peor, iba a parecer descortés.

Inspiró una bocanada, como si pretendiera llenar sus pulmones, y luego la soltó para vaciarlos, repitió la acción dos veces y se sintió un poco más liberada de la tensión. Entonces sonrió al reflejo al otro lado del espejo.

«Así está mejor».

Llamaron a la puerta y dio paso. Entró Doll para ayudarla a vestirse para la cena, y percibió la cara de sorpresa de la doncella al hallarla ya vestida. Puesto que se despidió con prisa, supuso que, al verla arreglada, bien podía dedicarse a ayudar a otra de las muchachas. Las noches en

Minstrel House, antes de la cena, siempre eran ajetreadas, con tantas muchachas cambiándose para bajar acicaladas.

Miró un calendario que tenía sobre su escritorio. Tan solo estaban a mitad de mes y ya parecía que hacía un siglo que había empezado el curso.

Se dio prisa en bajar al salón comedor. Quizás encontrara a la señorita Chatham y podrían conversar un poco. Era temprano y ella era muy puntual, seguro que tendría un ratito antes de atender a lady Acton. Aquella mujer le gustaba. A veces, cuando su imaginación se desbocaba, tenía la impresión de que guardaba algún secreto.

No tuvo suerte, y fue al comedor de las alumnas sin poder conversar con ella y sin poder calmar su estado de nervios.

Aunque Becca estaba convencida de que nada en su aspecto delataba la tormenta que tenía lugar en su interior, después de los postres Rose se le acercó y le dijo en un susurro, para que las demás compañeras no se dieran cuenta:

—A mí no me engañas, sé que te pasa algo.

Ella la miró, primero con escepticismo, pero luego pensó que quizás le haría bien hablar con alguien, dado el fracaso en su intento con la señorita Chatham. Su mente no dejaba de elucubrar cosas que no la llevaban a ningún sitio.

—Luego te cuento —la avisó—. Cuando salgamos, iré a tu habitación.

—Pero ¿te ocurre algo? Ahora me dejas preocupada.

—No, nada. Aunque me gustaría comentarte una cosa, quizás puedas darme algún consejo.

Hasta que no estuvo frente a la puerta de la habitación de Rose, no se dio cuenta de lo desesperada que estaba por explicarle a alguien cómo se sentía.

Rose estaba prometida desde hacía muy poco, pero tuvo un intenso romance. A pesar de que su padre la había comprometido con un amigo suyo, ella se sintió atraída por lord McEwan nada más conocerlo y eso la hizo luchar para ser dueña de su destino.

Cuando entró en la alcoba, su amiga se levantó del diván y se sentó a los pies de su cama. Con un golpecito sobre el colchón le indicó que ella lo hiciera también.

—Ahora, cuéntame qué te aflige —pidió con tono dulce.

—No me aflige nada —respondió en un intento por defenderse.

No era tan fácil revelar algunas cosas. Su amiga podía pensar lo peor de ella, como que era una mujer fácil, o cambiante, dado que la semana anterior había confesado amar a otro hombre.

—Ya te dije antes que a mí no me engañabas. Además —la animó—, estoy convencida de que no voy a asustarme de lo que me cuentes.

Le dedicó una sonrisa cómplice y Becca se sintió un poco más relajada.

—Ya, gracias.

—Antes de todo dime: ¿quién es? ¿Se trata del profesor MacArthur? ¿No consigues olvidarlo?, ¿o es otra persona?

Becca ya había expuesto en otra ocasión a sus amigas que tenía que olvidarse del profesor. Lo

había hecho por amortiguar la vergüenza que sentiría cuando todo el mundo se enterara de que iba a casarse con su tía, que ya se conocían y retomaban algo que dejaron a medias cuando ellas se instalaron en Minstrel Valley. Se sintió decepcionada al confesarlo, pero también aliviada—. ¿Cómo sabes que se trata de un caballero?

—Tu cara me dice que no es porque no te guste el cuadro —alegó Rose comprensiva, y luego añadió—: Tú sufres, quizás es amor.

—¿Cómo va a ser amor? Imposible es... Es... Creo que lo que tengo es lujuria. Voy a ir al infierno, Rose, es un pecado capital.

—¡Rebecca Grant! —exclamó su compañera—. ¿Desde cuándo eres amiga de Mildred Cotton, el padre Ellis y su camarilla?

Becca la observó con los ojos muy abiertos, sobre todo cuando la otra se echó a reír. Su risa llegó a contagiarla.

—Perdona —continuó, cuando ya pudo controlar sus carcajadas—. Es que me parece una exageración. ¿Qué te preocupa?

—Es... es el señor Miller. —Becca hizo un silencio, pero aquella no dijo nada, solo sonrió—. Ya sabes que me besó. Pues bueno, ayer, en el jardín de lady Conway, lo volvió a hacer... Ay, Rose, creo que me volví loca. Respondí con ardor a sus besos y sentí un fuego en el cuerpo... no supe qué hacer ante sus caricias. Una dama...

—Una dama no debe ser remilgada.

Becca no esperaba de su amiga una afirmación tan taxativa y segura, y la miró con sorpresa.

—Por supuesto, debes conocer las intenciones del caballero, pero también quiero decirte que unos besos no te convierten en una descocada. Quizás es eso lo que te preocupa.

Becca sintió que necesitaba abrirse, pero con sinceridad. Rose era la persona que mejor podía entenderla, estaba prometida. Le contó, sin entrar en todos los detalles, lo que había ocurrido entre ellos, pero no supo explicar qué le pasaba con el señor Miller porque, aun sin saber sus intenciones, aquellos besos le habían gustado... mucho.

—Me pidió que lo llamara por su nombre.

—Por lo que cuentas, parece que está interesado en ti, y puede que a ti también te guste —afirmó Rose, y Becca se sorprendió de aquella revelación—. ¿Te sientes bien cuando estás con él? ¿Tienes ganas de verlo?

Asintió con una sonrisa tímida.

—Somos amigos... pero los amigos no se besan.

—No, no se besan.

—¿Y si solo quiere seducirme? —reveló uno de sus mayores miedos.

—Por eso tienes que estar segura de qué quieres tú, qué sientes. Por si te dejas seducir, ¿me entiendes?

Volvieron las risas, sin embargo, Rose no le respondió a su pregunta de qué le pasaba. Iba a tener que averiguarlo sola.

Para su tormento, se burló de ella mientras le decía: «me huelo un romance, me huelo un romance». Ella lo negó con energía. Solo quería experimentar, repuso. Le gustó que no la juzgara, ni se escandalizara de su comportamiento. Le hizo pensar que había muchas cosas que ella desconocía de lo que pasaba entre un hombre y una mujer. Así que le preguntó, y su amiga le contó lo que sabía ella. Sin entrar en detalles íntimos.

Cuando regresó a su dormitorio, mucho más tarde y en sigilo, lo hizo bastante más tranquila.

Aquella noche durmió mejor de lo esperado.

## Capítulo 13

El hecho de que no dejase de mirar hacia la puerta del establo con impaciencia debió ser el desencadenante de que Dunhcan le interceptase por el brazo cuando intentaba entrar en la cuadra de Galatea para dejar una sorpresa en la silla de Becca.

—¿Hay algo que tengas que contarme? —preguntó su primo.

Faltaban pocos minutos para que comenzara la clase de equitación y Patrick había decidido regalarle a ella una fina cadena de plata de la que pendía un corazón. La había comprado muchos días atrás, sin tener muy claro cuándo sería prudente entregársela. Después de lo ocurrido la tarde anterior en casa de lady Conway, se sentía lo suficientemente legitimado para regalar un presente tan personal a la joven. Su intención había sido la de colgar la cadena del pomo de su montura, pero Dunhcan lo había detenido justo en ese momento.

—¿Algo como qué? —Devolvió otra pregunta a cambio, con no poco mal humor.

Su primo miró en dirección a la puerta también y luego se giró de nuevo con expresión circunspecta. Dunhcan no se ponía serio muy a menudo, pero cuando lo hacía, le recordaba mucho a su padre, Nicholas Bissop, pues era como si su rostro madurase dos décadas de golpe.

—Mira, no me voy a andar con rodeos. Te vi ayer en el jardín con la señorita Grant. —Aquello lo puso en alerta, lo que debió ser bastante manifiesto, porque enseguida su primo añadió—: Tranquilo, nadie más se percató de vuestro... encuentro.

Patrick cerró los ojos por un instante y tomó una honda inspiración. Le desagradaba, como a cualquier hombre, que se entrometieran en sus asuntos, y le enervaba profundamente haber sido tan descuidado el día anterior.

—¿Qué fue lo que viste, exactamente?

—Vi que te la llevabas detrás de un árbol. Y tampoco me quedé a mirar, como podrías comprender —explicó con desazón—. Te dije que...

—Espera, Dunhcan. Espera. —Patrick lo detuvo con un gesto de sus manos, las cuales alzó para pedirle un instante de reflexión. Sabía que tenía que responder de sus actos. Al menos ya podría decir que sus encuentros con la señorita Grant albergaban la más noble de las intenciones—. No voy a justificarme, pues no hay justificación posible. Sí, he desoído tu consejo y me he relacionado con una alumna de la escuela. Sé que eso te decepciona y te enfurece, pero tienes que saber que lo que empezó como un juego... bueno, se ha convertido en algo muy serio para mí.

—¿Serio? ¿Cómo de serio, Patrick? —inquirió Dunhcan, enojado—. ¿Lo suficiente para pensar lo mismo cuando vuelvas de Alepo? ¿Te das cuenta...?

—Me doy cuenta —le interrumpió con ímpetu—. Pienso pedir su mano en cuanto consiga que ella me acepte. ¿Acaso crees que lastimaría el honor de una joven a la que...? —Desvió la vista, incómodo. No era fácil poner en palabras sus sentimientos por Becca, y mucho menos delante de otro hombre—. Voy a casarme con ella, Dunhcan. No puedo imaginar mi vida si no lo consigo.

Para él, reconocer hasta qué punto estaban comprometidos sus sentimientos con la joven no resultaba fácil. Pero, a fin de cuentas, era su primo, la única familia que tenía cerca en aquel momento. Y, si bien no iba a decir en voz alta que la amaba, sabía muy bien que no eran necesarias las palabras, pues su interlocutor había corrido la misma suerte que él apenas unos meses atrás.

—¿Vas a pedirle su mano a lady Cinthya?

—Apenas ella me acepte —confirmó con solemnidad.

—¿Se te está resistiendo? —Una vez justificado el desliz, Dunhcan parecía con ganas de chancear a su costa.

—Creo que... bueno, puede que no sea por mucho tiempo.

—Valery se alegrará mucho de haber tenido razón —añadió el otro con una sonrisa ladeada que Patrick no hizo el menor esfuerzo por comprender. Después, le dirigió una mirada más seria—. Pero, Patrick, enviarte a Alepo... Si te lo has pensado mejor...

—Precisamente Alepo es mi oportunidad de ofrecerle a Becca el futuro que ella merece —lo interrumpió—. Es un sacrificio marcharme, por supuesto que lo es, pero ¿cómo podría convertirme en el hombre que ella merece si no fuera capaz de cumplir con lo que se me ha encomendado? Quiero iniciar esa línea de cría contigo. Quiero centrarme en la doma y quiero permanecer cerca de Becca.

—Vaya, Patrick. Estoy muy sorprendido. Yo... pensé que era uno de tus coqueteos y... ¿quién lo iba a decir?

Notó con horror que se ruborizaba.

—Es la mujer de mi vida, Dunhcan. Ahora lo sé.

—Entonces tendremos que convencerla de que lo es. Podrías invitarla a cenar a casa una noche, si quieres. Podría venir con lady Cinthya. Valery y ella son buenas amigas.

—Lo pensaré.

Frente a la cuadra de Galatea, el semental de lady Victoria Pattinson piafó con nerviosismo. Ambos se giraron para mirarlo y Dunhcan se llevó una mano a la sien.

—No me gusta lo más mínimo el comportamiento de esa bestia, Dunhcan.

—Ese patán de lord Kellerman es un soberano estúpido. Ninguna jovencita inexperta debería montar un semental, Patrick, y menos como ese.

—¿Por qué no le aconsejas que monte una de las yeguas? Ese animal tiene malas pulgas, es algo que cualquiera que trate con caballos puede ver.

Como muestra, Patrick acercó una mano al hocico del animal, y este corcoveó para apartarse de

él.

—Se lo he dicho varias veces —adujo su primo—, pero la hija es tan testaruda como el padre, me temo. Vaya, aquí vienen. Está bien, empecemos.

Patrick se volvió justo en el momento en el que el grupo de alumnas entraba con un revuelo de colores en el establo. Se giró con premura y entendió que ya no tendría tiempo de dejar su presente para Becca en el lugar que había pensado.

«¡Fastidio de Bissop!», gruñó para sí mismo.

Pero sí pudo acercarse a la cuadra de Galatea para esperarla. A esas alturas, algunas de las otras alumnas le dedicaban condescendientes sonrisas cuando pasaban por su lado y lo veían allí apostado, siempre frente al mismo cubículo. Tendrían que ser muy inocentonas para no haberse dado cuenta de su interés por Becca, aunque siempre ayudaba también a otras alumnas, pues entre Dunhcan, Johnny y él debían encargarse de que todas las chicas pudieran subir cómodamente a sus monturas.

Cuando ella llegó a la cuadra, con su elegante vestido de montar y su tímida sonrisa, a Patrick volvió a hacerle un requiebro el corazón. Ya estaba más que acostumbrado, así que, en lugar de preocuparse, como hiciera al principio, le devolvió la sonrisa, le envolvió la cintura y tardó un poco más de lo necesario en alzarla para colocarla sobre la silla de Galatea, a la que ya había hecho salir de la cuadra previamente.

—Buenas tardes, preciosa —le susurró al oído antes de depositarla sobre la montura.

—Hola —respondió ella con un atractivo sonrojo.

¿Se habría reconciliado Becca con lo ocurrido la tarde anterior en casa de lady Conway? Patrick era consciente de haberse propasado con ella. No solo por lo intempestivo de su asalto, sino por lo atrevido de sus caricias. ¡Señor!, qué delicioso había sido besarla con toda la fiereza contenida durante días, qué placer tan inenarrable al contemplar y saborear las sensuales redondeces de su cuerpo. Sacudió la cabeza para no volver a internarse en esas imágenes que tanto lo alteraban.

—Tenemos que hablar —le dijo en voz baja mientras conducía su yegua hacia la puerta—. ¿Me concederás un paseo más tarde?

Becca solo acertó a morderse el labio inferior con indecisión, pero justo antes de que Dunhcan ordenara al resto de alumnas que abandonasen el establo, ella accedió con un pequeño asentimiento de cabeza.

Todos salieron al patio, con las elegantes amazonas subidas a lomos de sus admirables monturas, como en una procesión hacia campo abierto. Dunhcan les había prometido enseñarles el paso atrás. Algunas de las alumnas ya sabían practicarlo, como lady Amanda, que levantó una tímida mano, junto a otras tres alumnas más, para indicar que conocían la técnica.

—Recuerden que las extremidades de sus monturas tendrán que moverse de forma simultánea en pares diagonales. Todas y cada una de sus yeguas ha practicado anteriormente ese movimiento. De ustedes dependerá que logren ejecutarlo en la clase de hoy. Lady Victoria, ¿su caballo ha

realizado alguna vez el paso?

—Es uno de los mejores caballos de la cuadra de mi padre, el marqués. Seguro que no tendré ningún problema para igualar la destreza de mis compañeras. —Había que reconocer que la chica había aprendido muy bien el tono solapado con el que solían hablar los de su clase.

Patrick miró alrededor y negó para sí mismo con la cabeza. Allí había más damas que plebeyas; ya iba siendo hora de que reajustase su concepto de la aristocracia. Al menos, de su parte femenina. Las Damas Selectas de lady Acton no podían, bajo ningún concepto, encuadrarse dentro de aquella categoría de altaneros.

—Me alegra oír eso. Haremos dos grupos. El señor Miller se pondrá con una mitad y yo con la otra.

Para su eterno fastidio, Dunhcan eligió, no supo si con intención o sin ella, poner a Becca en el otro grupo. Patrick se las tuvo que ver con la revoltosa lady Margaret, la pícara lady Noelle, la tímida lady Amanda, la siempre sonriente Emily Langston, la intrépida señorita Tiberia Seymour y la quisquillosa lady Victoria Pattinson.

No pudo menos que quedar admirado de la técnica que exhibió lady Amanda Etherington cuando ejecutó el movimiento. Patrick se quedó con los ojos abiertos como dos naranjas y una expresión perpleja en el rostro. ¡Aquella chica era una amazona sobresaliente! ¿Por qué ocultaba sus maravillosas aptitudes? Bueno, tampoco es que las negase, a la vista estaba, pero cualquier otra con su experiencia alardearía de ello a la menor oportunidad. Aunque claro, no lady Amanda. Si algo había aprendido de ella era que no le gustaba llamar la atención en modo alguno.

—Lady Amanda, me ha entusiasmado su técnica. Es usted sin duda nuestra mejor alumna.

—Gracias —musitó con las mejillas sonrosadas.

Lo que le faltaba a lady Amanda de presunción, le sobraba a lady Margaret y a Tiberia Seymour de temeridad. Tuvo que contener sus carcajadas cuando ambas empezaron a ejecutar el movimiento a la vez, sin calcular que iban a terminar por chocar la una contra la otra.

—¡Oye, Margaret! ¿No puedes ponerte en otro sitio?

—¡Pero si te has adelantado! Me tocaba a mí, ¿verdad, señor Miller?

Patrick sonrió a ambas. No le extrañaba el celo y el afecto que ponía Dunhcan en sus alumnas. Eran un auténtico torbellino. Adorables.

—No importa a quién le tocase. Lo mejor de todo es que las dos lo han ejecutado de un modo bastante decente.

—¿Solo decente? —preguntó con un mohín la señorita Seymour.

—Han estado muy cerca de ser brillantes —añadió para consolarlas—. Está bien, señorita Langston. Veamos qué tal se le da.

Aunque todas habían demostrado ser un grupo bastante equilibrado en cuanto a aptitudes, estaba claro que había alumnas que despuntaban y otras que tenían mucho que mejorar. Emily Langston estaba en el segundo grupo, y no parecía entenderse bien con su yegua a la hora de indicarle lo que quería que esta hiciese. Meneó las riendas, como él les había enseñado minutos antes, al comienzo

de la lección, pero en lugar de moverse hacia atrás, el animal lo hizo hacia un lado.

—¡No! —instó a su yegua—. ¡Tienes que ir hacia atrás!

Pero la yegua, para gran regocijo de sus compañeras, que no dejaban de reír por lo bajo, insistía en moverse hacia la izquierda, en dirección a donde se encontraba parada lady Victoria.

Patrick intuyó el peligro antes de que el semental de la muchacha comenzara a piafar nervioso y a corcovear hacia adelante y hacia atrás. Cuando la señorita Langston chocó con ellos, él ya había echado a andar hacia las alumnas y le había gritado a Emily que tirase de las riendas. Pero el choque fue inevitable, como también lo fue que el semental de lady Victoria se encabritase.

La muchacha gritó, y no pudo mantener el asiento sobre las riendas. El caballo se meneó con fuerza y casi la tiró de la silla, pero Victoria se agarró con fuerza al pomo, sin dejar de chillar. Patrick intentó acercarse por el costado, sin ser muy consciente de qué hacía el resto de la clase a su alrededor. Lo que quería era tomar las riendas y dar un fuerte tirón para someter al semental que se había desbocado, pero aquella bestia no seguía ningún patrón de movimiento que lo orientase. Justo cuando estaba a punto de alcanzarlas con una mano, la bestia se volvió frente a él y levantó las patas delanteras.

Incluso antes de sentir las chocar con su pecho, Patrick supo que no hubiera sido capaz, de ningún modo, de evitar el golpe.

## Capítulo 14

Becca seguía las instrucciones que daba el señor Bissop para hacer los ejercicios y llevar hacia atrás a Galatea. Le hubiera gustado estar en el grupo que dirigía el señor Miller, pero quizás la casualidad había hecho que tuvieran que estar separados en aquella clase. No era tan mala idea, no quería ponerse nerviosa si él la miraba. Lo que menos deseaba era hacer el ridículo.

Algunas compañeras ya habían dicho que dominaban la técnica, pero no quiso que eso la influyera. A ella no se le daba mal del todo. Era observadora y retenía bien las instrucciones, era cuestión de repetirlas para hacer una buena ejecución, luego la práctica haría que fuera mejorando.

«Patrick». El nombre sonó en su mente y se regocijó ante aquella intimidad.

Rose le había dicho que tenía que averiguar qué sentía por el señor Miller, y se iba a dar tiempo para descubrirlo. Quizás era un capricho pasajero, pero había empezado a estar pendiente de su cuerpo cuando él estaba cerca, y lo que le hacía sentir le gustaba. Le había pedido un paseo esa tarde y se lo había concedido. Quizás volvería a besarla. Solo de imaginarlo se ruborizó. Tuvo que bloquear las imágenes que le trajo el pensamiento en aquel instante.

No era lugar para deleitarse en aquellas sensaciones que su mente reproducía más veces de lo que se atrevería a confesar. Además, no estaba dispuesta a regresar a la bala de paja por estar distraída.

—Ahora, señorita Grant, repita usted el ejercicio —pidió el señor Bissop con una mirada sobre ella que duró un poco más de lo que hubiera deseado.

Por un segundo temió que leyera su mente.

Realizó el paso con seguridad, rechazó las ideas indecisas y dio órdenes firmes a Galatea. El resultado fue el esperado: una buena ejecución. Se ganó una alabanza por parte del profesor de equitación que agradeció con una sonrisa de satisfacción.

Los comentarios de las compañeras sobre a quién le tocaba seguir con la práctica se vieron interrumpidos por los gritos que llegaron del otro grupo. Levantó la vista, como hacían las otras, e incluso trató de estirar el cuerpo para ganar algún centímetro y poder captar el motivo de aquel alboroto.

El primero en ir a ver qué pasaba fue el señor Bissop. Al ver que no regresaba, las chicas bajaron de sus monturas para acercarse también. Becca se demoró apenas unos segundos en

desmontar, luego se aproximó al pequeño tumulto que se había formado. Le preocupó la idea de que alguna de las muchachas se hubiera caído del caballo. Esperaba de todo corazón que eso no hubiera sucedido. Sería terrible.

Le extrañó no ver al señor Miller y se impacientó. Casi tuvo que empujar para abrirse hueco entre el férreo círculo que se había formado. Las miradas asustadas y los suspiros de angustia la alertaron. Algo malo había ocurrido. Cuando por fin consiguió hacerse un espacio en primera fila, lo que contempló la impactó tanto que se tambaleó. El señor Bissop estaba arrodillado junto a Patrick y miraba a lady Valery con verdadera preocupación. Becca notó que su corazón galopaba tan rápido como solía hacerlo su yegua Galatea en campo abierto.

—¿Está vivo? — preguntó con angustia la nueva alumna.

No tuvo fuerzas para escuchar la respuesta. Sintió sus rodillas de mantequilla y, como si sus piernas se deshicieran, notó que caía hasta golpearse contra el suelo. La vista se le nubló y, antes de que el mundo desapareciera, escuchó en la lejanía que alguien gritaba su nombre.

—Te has desmayado.

Fue lo primero que escuchó al abrir los ojos. Rose, Margaret y Jane estaban con ella.

Se incorporó con rapidez.

—Despacio —sugirió Jane—. Te va a doler el cuerpo y puedes marearte.

Estaba en un sofá, en la salita de las alumnas. Tenía el vago recuerdo de haber flotado en los brazos de un grandullón y no dudó de quién habría sido. Margaret se lo confirmó.

—Te ha traído Goliath; te sujetaba como si fueras una pluma.

—Margaret corrió a buscarle cuando todo ocurrió—explicó Jane a su vez.

Goliath, el fortachón encargado de llevar a lady Acton y a su silla arriba y abajo, por las escaleras de la escuela o por donde fuera, era además su cochero particular. Era un hombre muy callado, pero al que le gustaba la lectura. Alguna vez lo había visto llevarse un libro de la biblioteca.

Enseguida su mente conectó con la realidad vivida minutos antes, y solo pudo pensar en averiguar qué le había ocurrido a él. A Patrick. Miró con los ojos llenos de angustia a sus amigas y sintió cómo se llenaban de lágrimas antes de pronunciar una palabra.

—¿Y Patrick?

—¿Patrick? ¿Ya tuteas al señor Miller? —bromeó Margaret, mirando al resto del grupo—. Pues sí que ha sido grande el golpe.

—Lo trasladaron a la casa de su primo, el señor Bissop, y han llamado al médico —explicó Rose—. Lady Valery nos pidió que nos quedásemos aquí, en la escuela, contigo. Dijo que nos traería noticias cuando las hubiera.

—Pero...

—Pero se va a poner bien... seguro —aclaró Jane—. Se le ve fuerte, aunque no sé cómo golpeará un caballo como ese demonio. A mí me daba miedo ese animal.

—No entiendo cómo el señor Bissop permitió que lo trajera —añadió Margaret.

Becca trató de levantarse. En su pecho se había abierto una herida. El sonido de la puerta al abrirse la asustó, pero de inmediato se le pasó por la cabeza que podría ser lady Valery y se incorporó aún más para averiguar quién era.

Quien entró fue Doll, con algo en las manos.

—Traía el botecito de sales por si no había despertado —anunció, y le dedicó una mirada cauta—. ¿Se encuentra bien, señorita? ¿Necesita alguna cosa?

—No, gracias —respondió, pero reaccionó en un impulso y llamó a la doncella, que se disponía a salir de la estancia después de un leve gesto de despedida—. Sí, Doll... ¿Ha regresado lady Valery?

—No, ha mandado recado de que no la esperen para la cena —respondió y negó a la vez con la cabeza—. Deberían prepararse para acudir al comedor.

—A mí no me entra nada —comentó, como si estuviera pensando en voz alta mientras se retorció las manos.

—¿Puedo subirle algo a su alcoba, señorita Grant?

—Gracias, Doll, ya te avisaré, quizás, un poco más tarde. Ahora... ahora...

—Vamos a cambiarnos —intervino Rose, y despidió a la doncella con una sonrisa.

—Debes comer alguna cosa, Rebecca —señaló Margaret—. El cuerpo se queda raro tras un desmayo.

—La verdad es que impresionaba ver al señor Miller en el suelo, así... —añadió Jane—. ¿Cómo estará?

Esa y otras preguntas sobre su estado desfilaban por la mente de Becca con diferentes respuestas cada vez. La preocupación se había instalado en su pecho.

No bajó a cenar, no tenía ganas de nada, solo de estar en su cama, acurrucada.

Después de la cena Rose pasó a ver cómo se encontraba. La vio registrando sus cajones con ansia.

—¿Qué buscas?

—Una cosa.

De pronto, había recordado el pañuelo blanco con las iniciales P.M. grabadas en una esquina que hacía tiempo le había cedido el señor Miller, cuando se disculpó con ella en el mercadillo, junto a la estatua. Ella lo había usado para enjugar una lágrima y se lo había guardado. ¿Dónde lo habría metido?

Sin cuidado, sacaba las prendas de ropa interior que había dentro del cajón y dejaba caer las que no lanzaba por el aire.

—Vamos a reunirnos en la salita de las alumnas, ¿te apetece venir?

—¿Se sabe algo de Patrick... del señor Miller?

Su amiga se le acercó y la sujetó por los hombros, para pegarla a su cuerpo.

—No, todavía no.

A Becca la aguijoneó el miedo. Con sutileza se deshizo de aquel abrazo compasivo. Sabía que

se lo daba para consolarla, pero le molestó. Siguió en su tarea, como si aquello fuese lo único que le importaba.

—Ve, Rose. Voy a quedarme aquí —respondió sin mirarla. Revisó entre la ropa, por si se le había pasado por alto. Entonces vislumbró lo que parecía ser lo que buscaba—. ¡Aquí está!

Estrujó el pañuelo de hilo en su mano y miró a Rose como si esperara de ella algún regaño. Esta la contempló con una sonrisa comprensiva en los labios.

—Estará bien, no te preocupes.

—¿Tú no te preocuparías?

—Yo estaría tan aterrada como tú —respondió Rose—. Vendré a verte antes de acostarme. Recoge todo esto si no quieres tener que dar muchas explicaciones... —Le dedicó una sonrisa triste y se despidió.

Al cerrar la puerta, Becca suspiró. Se alegró de quedarse sola.

Estaba vestida, pero no le importó tumbarse de nuevo en la cama, entre las ropas. Se replegó de lado. Como si quisiera hacerse un ovillo, las manos las llevó al pecho y dejó muy cerquita de su corazón aquel trozo de tela que, de repente, era tan importante. La sorprendió el llanto y se dejó llevar por él. Lloró con angustia, y rezó por que Patrick estuviera bien.

Pasó la noche en vela, incluso había estado tentada de ir al aposento de lady Valery para que le diera noticias, pero no terminó de atreverse.

No recordaba haber sufrido nunca tanto como en aquellas horas de incertidumbre. ¿Qué habría pasado? ¿Estaría su Patrick bien?

Sí, sí, tenía que estarlo.

Había momentos en los que lo imaginaba llegando a ella con expresión risueña y contándole que no había sido más que un pequeño golpe. Al minuto siguiente, se veía a sí misma vestida de negro y mirando la tierra removida del suelo. Supo en ese instante que, si Patrick Miller no sobrevivía a esa noche, ella se cubriría con un velo negro por él. Así pasó la noche, envuelta en llantos que casi le impedían respirar y que la dejaban tan agotada que después pasaba largos minutos como en trance, mirando a la nada.

El alba la sorprendió algo más calmada y dueña de sí misma. Se paró a analizar entonces su propio sufrimiento. ¿Tanto le dolía por Patrick Miller? Había sentido como si la sola posibilidad de no volver a verlo pudiera desgarrar su alma sin remisión. Y eso solo podía significar... que su corazón estaba perdido por aquel joven atrevido e insolente.

¡Tenía que averiguar algo sobre su estado o se volvería loca!

Se vistió con presteza, y necesitó la ayuda de Doll para que la peinara. Cuando bajó, fue directa al comedor de los docentes. Allí estaba la profesora de etiqueta. Parecía cansada.

Apenas reparó en el profesor MacArthur, que le preguntó si se sentía bien.

—Buenos días... Lady Valery, quisiera saber cómo se encuentra el señor Miller. Ayer no nos dijeron nada y me... nos preocupa. Las chicas y yo querríamos saber...

—Oh, señorita Grant. Disculpe que no fuese a su habitación a verla, me despisté. ¿Se siente

mejor? Fue una fuerte impresión.

La mirada que lady Valery le dedicó no le pasó desapercibida, pero no quiso turbarse con aquel pensamiento.

—Sí, sí... dígame. Estábamos intranquilas al no tener noticias de usted. —Era buena idea camuflar su interés en el de todas—. ¿Cómo se encuentra el señor Miller?

—Seguro que es un Bissop, porque es un joven muy fuerte. —Tenía el corazón en un puño, pero simuló entereza al escuchar aquellas palabras que le aliviaban el alma—. El doctor Aldrich lo estuvo revisando y, aunque estará magullado más tiempo del que desearía, no corre peligro.

Quiso llorar de alivio, no supo cómo pudo contenerse.

—Luego iré a verlo, le diré que ha preguntado por él; que todas lo han hecho.

Cuando se alejó sintió que su pecho se liberaba y quiso correr, pero fue, como se esperaba de ella, al comedor de las alumnas. Se sentó y se sirvió de todo en el desayuno. Estaba famélica.

Fue el dolor lo que lo despertó.

Sentía el pecho en carne viva y el resto de su cuerpo como entumecido. Le costaba abrir los ojos, que notaba arenosos, e incluso su mente parecía embotada e incapaz de despejar la neblina que le dificultaba despertarse.

Acababa de cocearle un caballo, recordó en medio de aquella amalgama de pensamientos inconexos. Sí, eso era. Estaban en clase y el caballo de lady Victoria se había encabritado. Señor, todo era tan confuso.

Quiso levantarse, pero en cuanto sus antebrazos hicieron presión contra el suelo y los músculos de su torso se pusieron en movimiento, sintió una laceración cruzarle el pecho y graznó una maldición.

—Quieto, chico. —Escuchó decir a Dunhcan, al tiempo que una mano cuidadosa pero firme le presionaba ligeramente el hombro—. No puedes levantarte aún de la cama.

«¿Cama?», se preguntó, desorientado.

Hizo caso a su primo y no intentó levantarse, pero empezó a tomar conciencia de lo que le rodeaba. Intentó abrir los ojos, pero sus párpados pesaban de un modo inusual. Palpó entonces con los dedos y distinguió el tacto de unas sábanas. No estaba en el exterior, sobre la tierra donde el caballo le había coceado. Lo habían llevado, efectivamente, a una cama.

—¿Qué ha pasado? —barbotó con la voz enronquecida.

—Esa mala bestia te pateó el pecho, pero tranquilo, ya te ha visto el doctor y sobrevivirás —le explicó Bissop con cierto tono guasón.

Patrick hizo el amago de sonreír, pero supo que los músculos de su cara no habían respondido a esa orden.

—No tengo esa sensación —admitió al tiempo que procuraba racionalizar las sensaciones de su cuerpo y, más concretamente, aquel atronador desgarró en el torso.

¿Le habría abierto aquel maldito animal una brecha? Recordó vagamente la herida de uno de los trabajadores de la finca de Cumbria cuando un semental bravío le había coceado el trasero. El hombre todavía cojeaba tres años después de aquello. Patrick no quería quedarse cojo de por vida, aunque... le había golpeado el pecho, recordó.

—Ya, bueno, que no te haya matado no significa que no te haya propinado una buena coz.

—¿Por qué no puedo abrir los ojos? —Aquello lo estaba poniendo de un humor pésimo, incluso más que el punzante dolor que le recorría toda la caja torácica.

—Me parece que al galeno se le ha ido la mano con ese botecito de jarabe —opinó Dunhcan.

—No se me ha ido la mano —escuchó decir al doctor, Ian Aldrich—. El golpe que ha recibido ha sido considerable, señor Miller. El láudano le ha ayudado a dormir toda la noche.

Aquello sí hizo que Patrick encontrara la fortaleza necesaria para abrir sus pesados ojos al tiempo que clamaba:

—¿Toda la noche? ¿Qué día es hoy? —Un nuevo intento inconsciente de moverse hizo que todo su cuerpo restallara de agonía.

—Tranquilo. No te muevas. Es martes, Patrick —dijo lady Valery, quien se había aproximado a donde estaba.

Lo veía todo borroso y le dolía como el demonio, pero pudo distinguir que ella se inclinaba sobre él con una especie de gasa en la mano. Le limpió los ojos con aquel paño empapado en algún tipo de remedio... manzanilla, creyó distinguir su olor. El alivio de aquella sensación arenosa fue tan inmediato que suspiró de placer y aflojó la tensión de todos sus miembros.

—Te hirieron ayer —continuó explicando la prometida de Dunhcan mientras lavaba sus ojos con aquella solución milagrosa—, y el golpe te dejó inconsciente. El doctor fue a Minstrel House porque no nos atrevíamos a moverte, pero, cuando te revisó, fue él quien recomendó que te trajésemos a casa y que te diéramos ese jarabe para mitigar el dolor.

Patrick se fijó entonces en lo que le rodeaba. Estaba en casa de Dunhcan, en la habitación donde moraba desde hacía tres semanas. Lo habían desnudado, al menos de cintura para arriba, pero tenía todo el pecho vendado hasta el cuello. Una sábana lo tapaba hasta la altura de las axilas. A excepción de su primo, lady Valery y el doctor, no había nadie más en la habitación.

—He de decir que su estado es más que favorable, dada la fuerza del impacto que ha recibido, señor Miller —aclaró el señor Aldrich—. Presumo que tiene algunas fisuras en distintas áreas de sus costillas, pero afortunadamente no hay ninguna rota. Las contusiones tendrán que ser minuciosamente atendidas para que no se agraven los hematomas que ya luce por todo el torso y, obviamente, deberá guardar reposo, como mínimo, una semana.

—¿Una semana? —preguntó irritado. Al menos parecía que el dolor comenzaba a remitir.

No podía ni imaginar el calvario que sería estar más de dos días seguidos sin poder levantarse del colchón, por cómodo y mullido que fuese. Patrick no era un hombre al que le gustase la pasividad y el sosiego. Necesitaba moverse, necesitaba acción y necesitaba ver a Becca. ¿Cómo estaría ella? ¿Sabría lo que le había ocurrido? Sí, claro, tenía que saberlo. Ella estaba en las

clases de equitación, se recordó.

—Eso como mínimo —añadió Ian Aldrich, trayéndolo de nuevo a la conversación.

—Pero... no puedo estar una semana tumbado en esta cama. Me volveré loco —reconoció—. Además, no siento tanto dolor ahora. No puede ser tan grave, doctor.

—De hecho, las heridas no revisten la gravedad que cabría esperar. No se ha lacerado la piel y, como le he dicho, no hay ningún hueso dañado. —La explicación le quitó un gran peso de encima. La bestia no le había abierto el pecho en canal; eso ya era algo, se consoló—. Sin embargo, ha recibido un impacto que podría haber matado a un hombre, señor Miller. Podría haber lesiones internas que no conocemos, y no quiero que tenga una hemorragia por levantarse de la cama antes de tiempo —insistió el doctor con tono inclemente—. Además, si siente alivio es porque le acabamos de dar un calmante.

—Es el sabor de ese jarabe lo que te ha despertado —explicó Dunhcan con una sonrisa que no se correspondía con la situación.

—¿Y tú por qué te ríes? —preguntó molesto.

—Pues estaba pensando que va a ser divertido ver cómo soportas una semana ahí metidito, entre las sábanas, bebiendo la poción milagrosa del doctor que, según parece, sabe a rayos. —Gesticuló con sus dedos en dirección a Patrick, en un claro intento de burla.

Pensó que la solución de manzanilla o lo que fuera que le había aplicado lady Valery estaba dejando de hacerle efecto, pues empezaba a notar de nuevo cómo le pesaban los párpados y cómo sus ojos luchaban por cerrarse.

—Estoy dispuesto a aceptar cinco días —expuso con mansedumbre—, a cambio de un baño. Creo que lo necesito.

Si tenía que quedarse allí tumbado, estaba convencido de que podría conseguir que Becca viniera a visitarle, y, cuando eso ocurriera, no quería oler a aquella mezcla de tierra, sudor y pociones milagrosas de médico.

—Los baños tendrá que tomarlos en la propia cama, señor Miller. Le he dicho que no podrá levantarse. Su primo ha mandado traer una enfermera que vive en Meriton y que le atenderá durante su convalecencia.

—De eso nada —protestó. La réplica careció, sin embargo, de ninguna consistencia, pues la expuso en medio de un bostezo—. Yo mismo me bañaré...

—También tienen que cambiarle las vendas —interrumpió el señor Aldrich—, y aplicarle el ungüento todos los días.

La mente de Patrick esbozó una imagen de Becca, con un delantal y una cofia blanca. Se veía muy bonita con aquel atuendo y una sonrisa tan afectuosa como pícara en su immaculado rostro. Como la más solícita de las enfermeras, ella estaba aplicando un mejunje aceitoso sobre su pecho, con sus perfectas y delicadas manos, al tiempo que le susurraba lo fuerte que era y lo feliz que se sentía por poder cuidar de él.

—Ella lo hace mejor que ninguna otra —musitó con los ojos cerrados y una sonrisa

complacida.

—¿De qué habla? —Escuchó decir a Dunhcan en un lugar recóndito de su mente.

—Es el láudano. Ya le ha hecho efecto —respondió Aldrich casi en susurros.

Patrick los apartó de su mente y se concentró en Becca, que masajeaba su pecho para aliviar el dolor de sus heridas, aunque ya apenas las notaba. Lo único que podía percibir, en realidad, era la dulzura de aquellas manos y el modo tan provocador en que lo tocaban, con delicadeza, pero deteniéndose en aquellos lugares que sabía que a él lo volvían loco.

—Ven aquí, princesa. Deja eso. Tumbate conmigo —la invitó en ese espacio y tiempo imprecisos que eran los sueños.

## Capítulo 15

Por la tarde ya se sentía mucho más dueño de sí mismo. El dolor no era tan intolerable como le había parecido esa mañana, aunque debía reconocer que tampoco hacía el menor movimiento que pudiera desencadenarlo.

Era una molestia permanente, desde luego, pero había aprendido la lección en menos de una hora completa despierto: nada de reacomodar su postura, nada de levantar un brazo o inclinar la cabeza hacia adelante, nada de tomar grandes bocanadas de aire: quieto como un muerto. Esa era la mejor garantía para evitar cualquier latigazo en el pecho. Temía la hora de cenar, pues el desayuno y el almuerzo ya se los había perdido, al parecer.

La enfermera Cleyton, que ya había llegado desde Meriton, le había dado un caldo ligero para beber, y lo había hecho en pequeñas y pacientes cucharadas que a Patrick le habían parecido tan humillantes como reconfortantes. Lástima que su estómago no le agradeciese el mal rato y se empeñase en gruñir ante la matrona, que era voluntariosa y muy callada.

Debía rondar los cuarenta años y, aunque tenía un aspecto desgarrado e insulso, también mostraba cordialidad y pulcritud. Se había presentado como señorita Nancy Cleyton, de modo que la clasificó como solterona, e incluso llegó a creer, a la vista de su semblante recio, que sería una mala compañía para sus días de convalecencia. No obstante, se había ganado su eterno agradecimiento cuando había accedido a su petición de proporcionarle un minucioso aseo.

Había sido algo incómodo —además de doloroso—, debía admitirlo, pero ya se sentía limpio y reconfortado. Y todo gracias a las atenciones de la enfermera.

—¿Cómo te sientes, muchacho? —preguntó Dunhcan desde el vano de la puerta, poco después.

—¿Vas a aprovecharte de la situación para tratarme como a un niño? —Su contraataque fue la señal que necesitó la asistente para abandonar el dormitorio. Una mujer lista, la señorita Cleyton.

—Usted perdone, caballero —se disculpó Dunhcan con sorna, entrando de lleno en la habitación y acercándose a la cama—. Solo quería ver si podía ayudarte en algo.

—Convence a Aldrich para que me levante el castigo o para que lo reduzca, al menos.

—No seas testarudo, Patrick —le recriminó su primo con el ceño fruncido—. Te juro que te dio un buen golpe.

Dunhcan Bissop cerró por un instante los ojos y meneó la cabeza. Aquel gesto, más que cualquier palabra que pudiera haberle dicho, le hizo tomar conciencia de la dimensión del

accidente y de lo que habían tenido que sufrir las personas que lo habían presenciado. Incluida Becca.

—¿Se asustaron mucho las alumnas? —preguntó de la forma más genérica que pudo.

—Unas más que otras —informó con una suspicacia que quedó flotando en el aire—, aunque ya me han demostrado, en numerosas ocasiones, que tienen más entereza de la que podría esperarse de ellas. Lady Noelle y la señorita Bowler partieron de inmediato en busca del doctor, lady Margaret fue a por Goliath por si teníamos que trasladarte, la señorita Langston se quedó sujetando tu mano como si con ello pudiera salvarte la vida, lady Jane no hacía más que levantar de vez en cuando tus párpados para asegurarse de que tus ojos seguían ahí. Y el resto abanicaba a la señorita Grant.

—¿A Rebecca? —preguntó, alarmado.

Dunhcan esbozó una sonrisa resignada y se sentó en la silla que la enfermera había dejado junto a su cama.

—Se cayó redonda al suelo cuando lady Victoria preguntó si estabas muerto.

—¿¡Qué!?! —exclamó, asustado—. ¿Se encuentra bien?

—Está perfectamente, no te preocupes. La verdad es que yo también quise zarandear a esa jovencita tonta cuando se le ocurrió preguntar semejante insensatez. La señorita Grant, sencillamente, puso los ojos en blanco y se dejó caer hacia atrás, arrastrando con ella a lady Amanda.

Patrick suspiró aliviado. Estaría muy tentado de compartir la diversión de Dunhcan si no fuera porque lamentaba profundamente haberle causado semejante impresión a la muchacha.

—Debe de estar muy preocupada.

—Valery ya las habrá puesto al corriente de la situación. Mucho me extraña que no hayan aparecido ya por aquí.

—Me gustaría poder verla —confesó con no poca incomodidad—. ¿Le pedirás que venga?

—Lo insólito será que la habitación no se te llene de jóvenes damas casi a cada hora del día —comentó Dunhcan con aire burlón—. Pero sí, claro, le diré que has pedido que te visite.

—Gracias. —Debía reconocer que era agradable poder hablar con su primo de aspectos relacionados con mujeres sin escuchar un sermón. Pero aún había algo que preocupaba a Patrick, y que había estado rondando su cabeza incluso en sueños—: Dunhcan, ¿supondrá esto un impedimento para nuestro viaje?

—He hablado de eso con Aldrich —reconoció su primo con aire más serio—. Dice que lo peor será el traslado en carruaje hasta Plymouth, aunque espera que para dentro de diez días estés perfectamente restablecido. Una vez en el barco, como es lógico, no tendrás ninguna molestia si el pasaje es tranquilo. Habrá que ver cómo evolucionan las heridas. Lo que le preocupaba era que pudieras tener alguna hemorragia interna.

—Espero por mi bien, y por el de nuestro negocio, que eso no ocurra.

—En realidad, me ha confesado que si tuvieras algo así, ya te habría matado. Han pasado más

de veinticuatro horas, que, según nos dijo, serían las más peligrosas. No obstante, si no estás lo suficientemente recuperado para el jueves que viene, se pospondrá la partida. No me importa perder el dinero de los billetes.

—Estaré listo —vaticinó con decisión.

Listo para marcharse. Listo para alejarse de Becca durante meses. No, el problema no era estar listo, sino que se le agotaba el tiempo.

Tuvo que esperar hasta el día siguiente para poder recibir visitas, al menos la que él esperaba. Lady Valery sí que había acudido aquella tarde para conocer su estado y poder comunicárselo al resto de la escuela.

«Todas están muy preocupadas por ti, y he tenido que convencerlas para que te dejaran descansar hoy, porque querían acudir a visitarte en grupos, como hicieron conmigo cuando estuve convaleciente hace unos meses. No tienes que preocuparte, son muy comedidas cuando tienen que serlo. No te causarán mucho alboroto», había precisado la prometida de Dunhcan.

A Patrick no le importaba un poco de bullicio, pero agradeció que para el miércoles, cuando empezaron a llegar las alumnas, ya pudiera incorporarse, aunque fuera apenas, gracias a dos grandes almohadones que la enfermera Cleyton le había colocado en la espalda.

Así, cuando entraron en su dormitorio lady Rosemary, lady Amanda, lady Margaret y Rebecca, acompañadas por lady Valery, lucía un aspecto menos enfermizo e indefenso.

—Buenas tardes, miladies, señorita Grant... —las saludó con una sonrisa impregnada de impaciencia.

No importó que ella no le contestase, ni que el resto del grupo fuera muy consciente de que no estaba mirando a nadie más que a Rebecca. Se había quedado más rezagada, casi sin atreverse a entrar del todo en el dormitorio. Su bonito semblante era un compendio de emociones contenidas: alegría, preocupación, compasión... Le miraba como si hubiera sentido miedo de verdad por su persona, como si... le importara.

—¿Le duele mucho, señor Miller? —preguntó lady Margaret, obligándole a prestar atención a las demás.

Las tres alumnas se colocaron a los pies de su cama y lo observaron con ojos expectantes, mientras lady Valery se instalaba en una silla que había junto a la ventana del dormitorio, con un libro en la mano. Becca seguía sin acabar de acercarse del todo al camastro, aunque había dado unos pasos para entrar en la habitación, más allá de la puerta.

—Hoy ya casi nada —admitió con una sonrisa benevolente dirigida a las tres.

Y no era ninguna mentira. Le había sorprendido comprobar que esa mañana, al incorporarse para cambiar de postura en la cama, no había sentido como si un rayo le partiera el pecho.

—Fue tremendo el golpe que ese animal le dio, señor Miller. Yo lo estaba mirando en ese instante y le juro que lo lanzó contra el suelo —explicó lady Rosemary.

Patrick notó que Becca se llevaba las manos al pecho al escuchar la descripción de su amiga y giró la cabeza hacia ella.

—No recuerdo ese momento. Supongo que debió doler —explicó sin despegar sus ojos de aquellos que mostraban tanta congoja—, pero yo no me enteré de nada. Después, el doctor Aldrich me dio tanto láudano que me he pasado casi dos días durmiendo. Y ahora... ya ven. Aquí estoy, prácticamente sin dolores.

—¿De verdad? —musitó ella, acercándose por fin a la cama.

—He tenido mucha suerte —le dijo con ternura.

Extendió con sutileza los dedos de la mano hacia ella, para indicarle que, aunque no pudieran en aquel momento, le gustaría poder tocarla, tomar su mano. Ella los miró fijamente y dio otro paso hacia la cama para rozarle la yema de los dedos con los suyos.

—Señorita Grant —objetó lady Valery sin levantar los ojos del libro que estaba leyendo.

Rebecca retiró su mano, y el resto de alumnas hizo cuanto pudo por disimular el pequeño desliz de ambos. Lady Margaret comenzó a contar el susto que se habían llevado cuando lady Rosemary había resultado herida en el mercadillo mensual por culpa de su prometido, lord Richard Bellamy, quien la había cortado con el filo de una espada. Por suerte, había sido más el escándalo de la sangre que la gravedad de la herida. Necesitó que le cosieran unos puntos, pero el doctor Aldrich había mostrado tanta pericia al hacerlo que apenas le había quedado señal. La joven incluso le mostró la línea que había quedado dibujada en su antebrazo para siempre, algo que parecía no importarle demasiado.

La visita terminó antes de lo que Patrick hubiera querido. Se le hizo tan corto el tiempo, y tuvo tan pocas ocasiones de cruzar tres palabras seguidas con Becca, que se sintió terriblemente frustrado cuando las muchachas comenzaron a despedirse. Le explicaron que había otro grupo esperando abajo para subir a verlo, compuesto por lady Jane, lady Noelle, la señorita Kaye y la señorita Langston.

Cuando salía la última, Patrick detuvo a su futura prima:

—Lady Valery, por favor, ¿podría concederme unos minutos antes de que suba el siguiente grupo?

—Claro que sí, Patrick —accedió ella de buen grado—. Jovencitas, díganles a sus compañeras que suban dentro de cinco minutos. Ya saben, deberán ponerlas al día para que no estemos preguntando al señor Miller las mismas cosas una y otra vez.

Después de ese pequeño sermón, tan propio de la prometida de Dunhcan, se giró hacia él y cerró la puerta de la habitación.

—¿Y bien?

Sabía que lo que estaba a punto de pedir contravenía todas las normas de lady Valery Clayden o, como las chicas lo llamaban todavía algunas veces, las reglas de etiqueta de la señorita Sherman, pero tenía que echarle valor y descaro, o no podría de ningún modo alcanzar el objetivo que se había marcado.

—Entiendo que de ninguna manera una joven soltera puede visitar la habitación de un hombre soltero, y no le pediría esto si el tiempo no corriese en mi contra...

—Patrick —quiso interrumpir lady Valery, a lo que él respondió pidiéndole paciencia con un gesto de su mano que le laceró el pecho.

—Lady Valery, tengo que marcharme de Minstrel Valley en diez días. Estaré fuera... ¡meses! —argumentó con la sensación de estar jugándose algo más que una cita clandestina—. Si tenía alguna oportunidad de convencer a la señorita Grant de que merece la pena esperarme, la perdí el lunes cuando ese animal me postró en esta cama. No podré cortejarla, no podré... casi hablar con ella si no nos deja estar al menos un rato a solas. —Su interlocutora se llevó los dedos índice y pulgar al puente de la nariz en un gesto de impaciencia que le hizo temer una amarga derrota—. Es la mujer de mi vida, lady Valery —confesó, desesperado—, y estoy indefenso en esta cama. Si usted no me ayuda, la perderé.

Cuando la oyó sorber por la nariz, se dio cuenta de que la mujer no se había mostrado impaciente con él, sino conmovida. El gesto que tanto lo había preocupado era la consecuencia de un impulso, del llanto, y en ese momento los dedos de ella se desplazaban hasta el lagrimal para secar aquella delatora humedad.

—Eres muy apasionado defendiendo tus argumentos, Patrick —opinó lady Valery con una sonrisa afectuosa—. Y me complace enormemente que tus afectos por la señorita Grant sean tan honorables. No puedo permitir que os veáis a solas, sin embargo. Aunque sí puedo dejarte en compañía de un grupo de alumnas mientras voy a charlar con tu primo sobre ciertas cuestiones legales que atender antes de la boda. ¿Te parece suficiente con eso?

—Más que suficiente —respondió aliviado.

Había creído, por un instante, que iba a negarse. Gracias a Dios por la compasión que habitaba en el alma de la profesora de etiqueta. No les daba autorización para estar solos, pero les allanaba el camino. Las amigas de Becca serían fáciles de echar del dormitorio.

—Se lo agradeceré eternamente —finalizó.

## Capítulo 16

Si le hubiesen dicho, dos días atrás, que la seria y formal enfermera Cleyton acabaría siendo su cómplice, jamás hubiera dado crédito a semejante afirmación, pero eso fue lo que ocurrió al día siguiente de que le visitaran las alumnas de lady Acton por primera vez.

Le resultaba incómodo pedir a Dunhcan que le ayudase en su encuentro clandestino con Becca y, estando como estaba allí sin recursos, no le quedaba más remedio que apoyarse en su propio ingenio.

Pidió a la señorita Cleyton que le facilitara papel de escribir, una pluma y un tintero. Utilizó para apoyarse el libro que estaba leyendo durante su convalecencia: *Ricardo III*, de William Shakespeare.

La carta iba dirigida a lady Rosemary Lowell, alumna de la Escuela de Señoritas de lady Acton. Era la única de las amigas de Becca que parecía más proclive a incumplir los preceptos de la profesora de etiqueta, pues, según le constaba, ella misma había transgredido algunas normas con su prometido, lord Richard Bellamy. La epístola estaba impregnada de juvenil desespero y de implorada clemencia. Patrick había apelado a la solidaridad femenina de lady Rosemary para que se uniera nuevamente al grupo de Becca cuando acudieran a visitarlo esa tarde. Le solicitaba también que se apiadara de su estado de inmovilidad y le ofreciera la posibilidad de quedarse a solas unos minutos con la señorita Grant, con quien debía mantener una conversación de suma trascendencia.

La había releído tres veces, e incluso, después de cerrarla y darla por buena, se decía a sí mismo que era lo más medroso que había escrito —o leído— en su vida. Aunque todo le parecería bueno si conseguía conmover el corazón de lady Rosemary para que se aliara con él en su objetivo.

Además de enviar la misiva a la escuela lo antes posible, la enfermera Cleyton también le ayudó a resolver una duda que había estado martilleando la mente de Patrick en las últimas cuarenta y ocho horas. ¿Seguía la cadena que había comprado para Becca en el bolsillo de su pantalón?

Al parecer, la camisa y el chaleco que llevaba el día del accidente habían sido desechados, pero se había conservado su pantalón, en el cual, efectivamente, encontraron la cadena con el colgante de corazón que Patrick quería regalarle a Rebecca esa tarde.

—Gracias, señorita Cleyton —le dijo justo antes de que se marchara en dirección a Minstrel House, un rato antes del almuerzo—. Le pido que sea muy discreta con todo lo que le he contado hoy.

La mujer, que era mucho más simpática y comprensiva de lo que su semblante dejaba adivinar, le ofreció una sonrisa amable por toda respuesta y partió a hacer el recado que le había pedido.

Unos minutos después, respondió al llamado de la puerta y saludó al doctor Aldrich, que venía a revisarle las heridas.

—Buenos días, señor Miller. Veamos cómo van esas lesiones.

Patrick ya sabía que el aspecto de sus moretones había empeorado un poco desde el martes. Era lo normal, por otro lado. Todo hombre que hubiera tenido una escaramuza sabía que los ojos a la funerala pasaban del rojo al morado, después al negro y, con suerte, de ahí al amarillo, sin pasar por el repulsivo verde.

Los bordes de las marcas que Patrick tenía en el pecho empezaban a colorearse de amarillo, pero el centro era tan negro como su cabello.

—Parece que el ungüento está acelerando bastante el proceso, ¿no cree? —dijo tras retirar las vendas.

—Sí, estoy convencido de ello —coincidió.

—¿Y el dolor?

—Hombre, si me presiona de ese modo, claro que duele —protestó con los dientes apretados cuando el doctor exploró su pecho con dedos incisivos—, pero lo normal es que ya no lo note al moverme.

—Creo que mañana podremos levantarlo de la cama por primera vez, señor Miller.

Patrick se abstuvo de comentar que llevaba desde el día anterior por la mañana levantándose para sus necesidades, pues se había negado en redondo a que la enfermera tuviera que ocuparse de aquellas delicadas cuestiones.

—Esa es una gran noticia, Aldrich. Ya sabe que tengo que embarcar la semana que viene para una larga travesía.

—Si sigue evolucionando tan rápido, no tendrá el más mínimo impedimento para viajar.

Las horas pasaron a un ritmo insufrible para Patrick después de que se fuese el doctor. Dunhcan almorzó con él en la habitación, tal y como venía haciendo en los últimos tres días. Desayunaba en las caballerizas, con el resto de los empleados, pero acudía siempre a hacerle compañía durante la comida y la cena.

—¿Te puedes creer que ese imbécil de Kellerman se ha presentado esta mañana en la escuela y ha hecho empacar a lady Victoria para llevársela a Londres? —le contó.

—¿Debido al accidente?

—Dice que su hija no está segura en nuestras manos, y que jamás deberíamos haber permitido que ella sufriese semejante trance.

—¿Que ella sufriese...? —Patrick, anonadado, no pudo terminar la frase.

—Tal y como te lo cuento. La joven no ha dejado de tener episodios de histeria después del gran susto que se llevó por culpa de la señorita Langston —apostilló Dunhcan con un gesto elocuente de incredulidad.

—¿Tú estabas allí? —preguntó intrigado.

—Si hubiera estado allí, ese tipo luciría ahora un morado muy similar a los que su maldito caballo te ha dejado a ti en el pecho —sentenció—. Ha tenido mucha suerte de que yo no le haya escuchado decir esas pamplinas o le habría explicado muy claro quién ha sido el único culpable de lo sucedido.

Patrick se recostó sobre los almohadones y dejó escapar una carcajada resignada.

—Habría pagado por verlo.

Lady Rosemary Lowell se había estado preguntando toda la mañana cómo iba a apañárselas para cumplir la solicitud que le había hecho el señor Miller.

No era que dudara de si concederle el favor o no, era que no estaba segura de lograr deshacerse de sus compañeras sin que se notara que quería dejarlos solos a él y a Rebecca. Se había alegrado sobremanera cuando algunas de ellas habían manifestado que no podían acudir a las caballerizas, pues tenían cosas que hacer. Aquello había sido un alivio, pero también había tenido serias dudas sobre cómo conseguir que Emily y Becca no formaran parte del mismo grupo, ya que la primera tenía casi tanto afán por ver al señor Miller como la segunda.

Para resolver aquel entuerto, había sido fundamental la ayuda de Margaret, quien, por pura casualidad, le pidió a Emily que le ayudase con unos ejercicios de literatura después del almuerzo. Dado que no había clases de equitación esa semana debido al accidente, se le había ocurrido que podrían aprovechar ese espacio de tiempo e, incluso, pedir permiso a lady Valery para saltarse la clase de etiqueta y acudir a ver al señor Miller antes de la hora habitual.

Así, se decidió que Noelle, Constance, Becca y ella misma irían a las caballerizas Bissop después del almuerzo, mientras que Margaret, Emily, Amanda y Hester Kaye, otra de las alumnas, lo harían después del té. Lady Valery tampoco se opuso a que aquella tarde no acudieran a su aula, pero les explicó que no podría acompañarlas, por lo que tendrían que pedir a Lucy que fuera con ellas.

Con el alivio de estar contribuyendo a una buena obra, pero con el agobio de estar manipulando a sus amigas, encabezó junto a Noelle la expedición.

—Vas a tener que ayudarme —le comentó en voz baja. No se le ocurría otro modo de cumplir el pedido del señor Miller sin levantar sospechas.

—Claro, ¿qué te ocurre? —preguntó la otra distraída.

—Cuando estemos con el señor Miller tienes que ayudarme a urdir alguna excusa para dejarles solos a Becca y a él.

Noelle se giró para mirarla con expresión confundida.

—¿Por qué querrías hacer algo así?

Rosemary inspiró hondo y reflexionó sobre por qué estaba haciendo aquello. No había aceptado los deseos del joven por el mero hecho de que se lo hubiese pedido, ni expondría a su amiga a una situación escandalosa si no tuviera fundados motivos para creer que estaba haciendo algo que, a la larga, Becca necesitaba.

—Verás, creo que ella... No está ni ha estado nunca enamorada del profesor MacArthur. De hecho, creo que, en realidad, Becca albergó siempre muchas dudas sobre sus sentimientos. Sin embargo, me he fijado en cómo reacciona con el señor Miller.

—Sí, yo también me he fijado. Saltan chispas entre ellos —confesó Noelle, divertida.

—¿Tú también te has dado cuenta? —musitó aliviada—. Yo pienso que lo quiso desde el principio, pero estaba tan deslumbrada por el profesor MacArthur que lo confundió todo.

—Sí, pobre Becca —concordó Noelle—. Está claro que debe haberse enamorado del señor Miller o, de lo contrario, no se hubiera desmayado cuando creyó que podría haber muerto.

—Eso mismo pienso yo. Becca necesita ayuda, Noelle. Y nosotras tenemos que proporcionársela. —Se volvió hacia atrás para asegurarse de que Constance, Becca y Lucy caminaban a la distancia suficiente para no escucharlas—. Verás, tengo un plan...

En aquella ocasión, lo primero que Patrick buscó con la mirada al ver entrar al grupo de alumnas para la visita no fue a Becca, sino a lady Rosemary, quien le obsequió con un saludo, una sonrisa y un gesto de aquiescencia que lo tranquilizó sobremedida.

Había recibido su carta, y parecía dispuesta a cooperar.

Se pasó los primeros minutos de la conversación preguntándose cuándo se irían, y respondiendo a las preguntas de lady Constance Catesby, que era la primera vez que acudía a verlo. Patrick apenas podía quitarle el ojo de encima a Becca, pues la preocupación por hablar con ella no le había dejado descansar. Llevaba un vestido de color verde limón muy hermoso, que se ceñía a su estrecha cintura y le elevaba los senos de un modo muy provocativo y sensual.

Lady Rosemary llevó las riendas de la conversación casi todo el tiempo. Le contó con cuánta soberbia había abandonado lady Victoria la escuela, después de provocar tan terrible accidente con su odioso caballo, mientras lady Noelle permanecía callada con expresión pensativa.

—Nos ofendió mucho que se creyese la víctima de todo el incidente —comentó Becca—, cuando ha sido usted el único damnificado. Ella ni tan siquiera se llevó un arañazo gracias a que usted tuvo la valentía de frenar a su caballo.

—No sé si logré frenarlo, en realidad —respondió con un encogimiento de hombros.

—El animal se quedó muy tranquilo después de cocearlo —terció lady Noelle con el mismo semblante concentrado que había mostrado desde que entró en la habitación.

—Fue una suerte que no le provocara ninguna rotura de costillas, señor Miller —opinó lady Constance—. Mi padre una vez se rompió tres, al caerse de lo alto de un carruaje.

—¿Y qué hacía tu padre subido a lo alto de un carruaje? —quiso saber Becca.

—Pues la verdad es que nunca...

—¡Está macilento! —interrumpió Noelle con voz imperiosa.

Todos se volvieron hacia ella, que se aproximó a la cama en dos zancadas.

—Tiene la tez amarillenta, ¿verdad, Rose? —Patrick comprendió, desconcertado, que se refería a él.

La muchacha incluso lo tomó de la barbilla y le giró la cara a un lado y a otro.

—Creo que tienes razón, Noelle —afirmó su amiga, acercándose con precipitación—. Yo lo veo muy demacrado. El médico ya avisó de que esto podía pasar.

—¿Qué tiene? —preguntó Becca nerviosa, mientras lady Constance se llevaba las manos al pecho.

—Tenemos que ir a buscar al doctor Aldrich —proclamó lady Noelle con una mirada frenética.

—Dios mío, Dios mío —musitó lady Constance, santiguándose.

Patrick palideció de verdad al darse cuenta de lo que ocurría.

¿Aquello era una argucia? ¿Era lo que se le había ocurrido a lady Rosemary para dejarle a solas con Becca? ¡Caramba! ¿Y lady Noelle estaba al tanto? ¿O de verdad se estaba poniendo amarillo?

—Corre, Constance, ven conmigo —dijo la muchacha tomando a la otra de la mano y arrastrándola con ella hacia la salida—. Es de vital importancia que avisemos al doctor.

Becca se arrodilló junto a su cama con el rostro embargado por el temor. Le tomó la mano y le besó los nudillos mientras una lágrima caía por su mejilla. Patrick se había quedado mudo de la impresión y no acertó a decirle nada.

Cuando las dos primeras abrieron la puerta, lady Rosemary se abalanzó también hacia ellas y alegó que llegarían antes si iban las tres juntas, lo que no tenía el más mínimo sentido. Se formó un auténtico lío de faldas cuando las tres se taponaron en la salida, pero en un momento consiguieron desaparecer y cerrar la puerta con un sonoro golpe.

—Señor Miller, por favor, no se muera —oyó murmurar a Becca junto a él.

Fue tal la sensación de irrealidad que lo invadió, que no pudo hacer otra cosa que soltar una sonora carcajada. ¡Aquellas muchachas eran las peores actrices de la historia!

Ajena a todo el embrollo que sus amigas habían montado en su beneficio, Becca le miró de repente como si le hubieran crecido cuernos en la cabeza.

—Amor mío, cuánto lo siento —se disculpó, tirando de ella hacia arriba para que se sentase junto a él, en la cama—. No voy a morirme. Por Dios, ni siquiera puedo estar amarillo de verdad—. Se incorporó sobre un codo y se aproximó a ella. Tendió una mano hacia su hermoso rostro, surcado de lágrimas, y lo acarició con ternura—. Entiendo que estés confusa, pero no me pasa nada. Ha sido... ha sido una artimaña de tu amiga Rosemary para dejarnos solos.

Se dio cuenta de que había vuelto a tutearla y le encantó el modo en que aquello lo hizo sentir. Se reafirmó en su pensamiento de que aquella mujer era a la única que quería poder llamar por su

nombre de pila.

—Pero... —musitó Becca—. No lo entiendo.

No era de extrañar, pensó Patrick. Él no le había dicho a lady Rosemary en ningún momento que le ocultase a Becca sus intenciones, de hecho, había creído que después de un rato aquella diría simplemente: «Bueno, creo que es mejor que dejemos solos a este par», o algo por el estilo.

—Le dije a tu amiga en una carta que necesitaba hablar contigo a solas, y que le agradecería muchísimo que me ayudase a lograr unos minutos de intimidad. Pero te juro que no sospechaba que montarían un numerito como este.

Becca miró en dirección a la puerta con expresión confusa y volvió a encararle con aquellos inocentes ojos preñados de incredulidad.

—Sigo sin comprender por qué...

—Espera —le dijo con voz ronca, impaciente ya por tenerla cerca—, a ver si así lo entiendes.

Con delicadeza, tiró de ella hacia abajo hasta que pudo alcanzar sus labios. Gimió de placer cuando pudo sentir el calor y la dulzura de esa boca, que tanto había añorado, contra la suya. Becca se dejó guiar en el beso y lo deleitó con pequeñas acometidas de su lengua atrevida. Ella había aprendido muy pronto lo que a Patrick le gustaba, y respondía a sus pequeños mordiscos con otros tantos de su propia cosecha.

—Te necesitaba —confesó él entre jadeos—. Me estaba volviendo loco en esta habitación sin poder verte, sin poder decirte cuánto te anhele.

—Patrick... —musitó ella con voz afectada.

—Becca —respondió—. Mi Becca.

Volvió a acercarla a su rostro, pero esta vez la besó con más brío. La saboreó con su lengua y exploró cada rincón de su boca con ansia. Mordisqueó sus labios y después pasó a su cuello, donde se concentraba todo el sensual elixir de su fragancia. Lamió su garganta y continuó bajando hasta poder acariciar con los labios las colinas de sus pechos.

—Ay, Dios mío. Patrick, no podemos...

—Shhh.

Dejó con renuencia la piel de su escote y volvió a por más de sus besos, pues por encima de todo, lo que Patrick anhelaba era tocar el alma de aquella mujer, poseer sus pensamientos y sus emociones. Se fue dejando caer con ella encima y le tomó el rostro con ambas manos para poder degustar su boca con más intensidad.

El intenso dolor de su pecho, cuando ella posó las manos sobre él, lo sacó del trance al que le había llevado aquella pasión robada. Se encogió con un gruñido, y ella se apartó con premura.

—¡Lo siento! —Becca se tapó la boca con las manos—. Lo siento mucho, lo olvidé.

—Tranquila —respondió con un suspiro, pues el dolor solo había sido momentáneo—. Ya apenas me duele. Tanto es así que se me olvida que las marcas aún siguen ahí.

—Te he hecho daño.

—No. No lo has hecho —la corrigió—. Ya estoy mucho mejor. Y un peso tan delicado como el

tuyo no puede hacer lo que no han logrado las patas delanteras de un caballo.

Consiguió arrancarle una tímida sonrisa con aquella exageración y, al saberla más relajada, se atrevió a tomar las manos de ella entre las suyas.

—Pronto te recuperarás —lo animó.

—Sí, pronto lo haré. Tengo que hacerlo. —De repente, cerró los ojos al recordar que uno de los motivos por los que había querido tener unos minutos a solas con ella era que tenía mucho que explicarle—. Becca, hay algo que no te he contado aún.

—¿Ocurre algo? —Por su expresión, supo que había conseguido preocuparla.

—Antes de conocerte, yo... había hecho un trato con Dunhcan. Uno que no haría a día de hoy y que no habría hecho entonces si hubiera sabido cuál era la penitencia. —El semblante de Rebecca era cada vez más serio—. Puede que lo que te voy a contar no te provoque... el pesar que causa en mí. Y lo que temo, por encima de todo, es que esté perdiendo la mejor oportunidad de mi vida.

—Me estás asustando, Patrick —confesó ella con los ojos expectantes.

—En una semana debo partir hacia la lejana ciudad de Alepo. Debo cerrar negocios importantes allí. Estaré varios meses fuera de Inglaterra.

La mirada de Becca se perdió entre los pliegues de su falda durante largos segundos. Patrick metió la mano debajo de la almohada y sacó el obsequio que tenía para ella. Depositó la cadena con el colgante en forma de corazón sobre la palma de su mano. Ella volvió a mirarle. Sí que había tristeza en aquellos océanos azules.

—Sé que no tengo ningún derecho a esperar nada de ti. Sé que no soy el hombre que habrías escogido, pero tú eres la mujer que mi corazón ha elegido, Rebecca Grant. Es injusto por mi parte, y soy consciente de ello, pedirte que... —las palabras parecieron atorarse en su pecho—... me esperes. Ni siquiera sé si tus sentimientos son lo suficientemente fuertes para que te preocupes por mí...

—Lo son —barbotó ella, cerrando la mano sobre el colgante y alargando la otra para tomar una de las suyas—. Lo son. Te esperaré, Patrick, te esperaré todo el tiempo que me pidas, y sé que tú volverás a mí. Seré tu Penélope y tú serás mi Ulises.

Patrick dejó salir el aire de sus pulmones en un jadeo que fue casi una carcajada de alivio.

—Te amo, Rebecca.

Ella también dejó salir un sollozo parecido a una carcajada y se mordió el labio inferior antes de contestar, con los ojos cuajados de lágrimas:

—Yo también te amo. No sé desde cuándo, solo sé que llevas colándote en mis pensamientos sin mi permiso desde el principio, y que mi corazón supo que te quería antes que yo. Tonta de mí, hasta que no creí que te perdería, no entendí que todas las ansias que tenía de verte, todo el deseo y todos los sentimientos confusos eran fruto del amor que habías despertado en mí sin que me diera cuenta. Te amo, Patrick Miller. Por ti esperaré siempre. Solo por ti.

Las risas de ambos se mezclaron en el silencio de la habitación, y Patrick quiso robarle algunos besos más antes de que volvieran el resto de sus compañeras.

Apenas pudieron hacer algo más que decirse cuánto se habían echado de menos y compartir unos pocos roces y caricias cuando se oyeron tres golpes contundentes en la puerta. Becca se levantó de un brinco.

Fue lady Rosemary quien entró de modo precipitado en la habitación en primer lugar, pero detrás de ella venían lady Noelle y lady Constance a la carrera.

—Viene lady Valery con más alumnas —anunciaron nada más cerrar la puerta—. Están subiendo las escaleras.

Becca palideció, y Patrick casi se atragantó. Apenas había tenido tiempo de reaccionar cuando se oyeron un par de toques suaves pero firmes. Todos se quedaron en silencio, como si acabaran de cometer un crimen y fuera el condestable quien estuviera al otro lado.

—Pasen —dijo Patrick, tras un incómodo carraspeo.

El nuevo grupo se unió al primero, y la habitación se convirtió en una alegre algarabía de señoritas que se deshacían en atenciones con él.

Emily Langston se acercó mucho a su cama y le sonrió con auténtico arrobó.

—Ya se han llevado a esa bestia salvaje de nuestra escuela, señor Miller —anunció.

—Sí, ciertamente, señorita Langston. Me lo ha comentado mi primo. Y la verdad, me quedo más tranquilo. No quiero imaginar el hecho de que ese caballo pudiera haber herido a alguna de ustedes.

—Oh, señor Miller, ojalá no lo hubiera llegado a tocar usted. Fue horrible, de verdad. Casi no he podido dormir de la preocupación —dijo tomándole la mano con una devoción que casi le hizo sentir incómodo—. ¡Pero tiene hoy tan buen aspecto!

—Pues hace un rato estaba amarillo —escuchó que le cuchicheaba lady Noelle a lady Constance con sorna.

—Menudo susto me habéis dado —farfulló la otra con expresión enojada.

Por el modo en que había reaccionado y por su actitud en ese momento, Patrick supuso que lady Constance no había sido informada de la artimaña de sus compañeras.

—Señoritas —exclamó lady Valery—, somos muchas en una sola habitación y me temo que ya hemos agotado la paciencia del señor Miller por esta tarde. Despídanse de él.

Patrick observó el lento desfile de muselinas abandonar su habitación. Becca le dedicó una tímida sonrisa antes de marcharse, y él le lanzó un beso, sin importarle mucho quién lo presenciase.

## Capítulo 17

Algunas cosas acudían al pensamiento con una clarividencia reveladora. Eso advirtió Rebeca cuando en su mente se abrió paso la idea de que el señor Miller y ella no eran amigos. Con seguridad nunca lo habían sido. O, por lo menos, nunca fueron solo amigos.

Rose le había dicho hacía días que tenía que descubrir qué era él para ella, qué sentía por el señor Miller. Pero todo aquello se precisó en su mente tras el accidente. Ni siquiera dudó cuando él le pidió que lo esperara. Claro que lo esperaría, todo el tiempo que fuese necesario. Lo amaba. Era su vida. Aquella verdad la vislumbró sin ninguna incertidumbre, y así se lo había confesado tras escuchar de él esas mismas palabras, al poner en su mano aquel colgante en forma de corazón, el símbolo de su amor. Tocó su pecho, lo llevaba colgado de una pequeña cadena y ya no se lo quitaría nunca.

No había pasado tanto miedo ni dolor en su vida ante la posibilidad de perder a una persona. Lo que creyó sentir por el señor MacArthur jamás llegó a ser tan intenso como lo que Patrick le despertaba. En ese momento lo supo, aquello no fue amor, nunca estuvo enamorada del profesor. Sin embargo, lo que sentía por Patrick era tan grande que notaba retumbar su corazón solo con pronunciar su nombre.

«Patrick, Patrick, Patrick», repitió como si tuviera que memorizarlo. Y sonrió al notar su pulso acelerado.

Sujetó la tela de su falda y dio una vuelta sobre sí misma, en mitad de su habitación, al son de una música imaginaria. La alegría le llenó el alma.

Estaba enamorada. Iba a morir de felicidad.

Cuando bajó a desayunar, se sentía muy emocionada.

Sin embargo, la actitud de Emily cuando Patrick estaba presente había dejado de ser una leve molestia para convertirse en una seria preocupación. La visita que le hizo su amiga, estando él convaleciente, le había revelado muchas cosas que le habían pasado desapercibidas con anterioridad. Becca se daba cuenta ahora de que había ocultado a todas sus compañeras, menos a Rose, lo que había pasado entre ella y Patrick, sus sentimientos. Por un segundo sintió celos, y tuvo dudas sobre si, de alguna manera había provocado que Emily se hiciera ilusiones. No le gustó aquella idea, la rechazó de inmediato. Él no haría tal cosa. Su amiga parecía encaprichada, aunque ella no había querido verlo. Sin embargo, lo cierto era que lo nombraba siempre que tenía

ocasión.

La observó con disimulo desde su lugar en la mesa. Estaba sentada enfrente, un poco a la izquierda. Tenía su eterna sonrisa pegada a los labios, esa que solo desaparecía cuando estaba triste, y parecía que eso ocurría tan poco...

Quizás debería hablar con Mily. Explicarle lo que había pasado entre ella y Patrick, que se amaban. No iba a ser fácil, pero debía hacerlo. Su amiga merecía saberlo antes que las demás, sobre todo si sus sospechas eran fundadas. Un comentario la distrajo de sus pensamientos.

—Ayer el señor Miller parecía casi recuperado —comentó, de pronto, Hester.

Y la conversación, que hasta ese momento se había centrado en otros temas menos incómodos para ella, giró hacia el accidentado. De reojo se fijó en Emily. En efecto, su sonrisa se había ensanchado. Se había vuelto soñadora, incluso.

—Sí, es fantástico, y lo mejor es que ese animal tan salvaje ya no está en las cuadras —respondió, mientras Becca la observaba—. Tras el almuerzo podríamos ir a visitarlo de nuevo. Se alegra tanto cuando nos ve. He pensado llevarle un libro para que se distraiga.

—Es buena idea, la tarde será pesada hoy, toca aritmética —alegó Constance.

Tenía que encarar pronto esa conversación, se dijo a sí misma. No podía demorarse.

Al acabar la clase de historia, las chicas subieron a sus habitaciones antes del almuerzo. Aprovechó para colarse en la alcoba de Rose.

—¿Tienes un momento? Quiero comentarte una cosa.

—Sí, pasa.

—Estoy preocupada... por Emily.

La expresión de su amiga le dijo que algo sabía.

Se sentaron sobre la cama.

—No he querido comentarte nada. Pero creo que te has dado cuenta de su interés —le comentó—. Me temo que Mily ha puesto los ojos en el señor Miller. Ha querido tapar otras decepciones con él...

—No me di cuenta de que estaba tan pendiente, y ahora creo que se ha enamorado —afirmó Becca con desánimo.

—Tus palabras me dicen que ya sabes lo que siente tu corazón.

—Sí, Rose, lo amo. Es tan... tan... —Arrollador, iba a decir; y ardiente y fogoso, pero se lo calló y fue más comedida. No iba a confesar que se volvía loca con sus caricias y que las buscaba con desespero—. Fue tan comprensivo conmigo al saber lo que sentía por el señor MacArthur, pero a la vez insistente —aclaró—. Me ha conquistado con su paciencia y, sobre todo, con su afecto. ¡Ay, Rose! Me ama y yo lo amo a él —confesó al fin, emocionada.

—Estás locamente enamorada, y seguro que él es muy apasionado —intervino Rose con tono jocoso—. Se te nota en la cara. Y, además, sé de lo que hablas.

Rose suspiró, y Becca se llevó las manos a la cara para comprobar su temperatura. Hablar de Patrick la acaloraba, porque imaginaba sus manos tentadoras.

—Tienes que hablar con Mily. Yo le he dicho en alguna ocasión que debe mirar en más direcciones. Creo que se siente presionada. Si no encuentra un caballero de su agrado para casarse, sus padres la llevarán a América con ellos.

«Sí, debo hacerlo antes de que sea tarde».

De repente fueron interrumpidas por unos toques en la puerta y entró Emily, quejándose.

—¿Te lo puedes creer, Rose? Ahora nadie quiere venir a las caballerizas a ver al señor Miller.  
—Al ver a Becca se detuvo—. Hola, Becca... ¿Pasa algo?

—No, no... estábamos cotilleando —respondió.

—Es normal, Mily —contestó Rose a su lamento—. Las chicas querrán descansar después de la comida. Ya iremos, no te apures.

—Y tú, Becca, ¿quieres que vayamos?

—Yo también prefiero descansar durante ese tiempo, quiero estar despejada para las clases de etiqueta y aritmética. —No supo qué otra cosa decir. Por mucho que deseara verlo, no iba a hacerlo acompañada de Mily.

—Vamos al comedor, si llegamos tarde nos llamarán la atención —cortó Rose, pero Becca sintió sobre ella la mirada inquisitiva de su amiga.

Se lo había propuesto, aunque tardó en encontrar el valor, pues cada vez que creía que era un buen momento para abordar a Emily y buscar un espacio a solas con ella, algo pasaba. Y así llegó el domingo.

Mientras escuchaba el sermón del padre Ellis sobre la culpa y sentirse mortificado por no hacer el bien y dañar a otra persona, se convenció de que hablaba de ella. Aunque Becca no hacía nada malo. No era pecado seguir los dictados del corazón y amar a alguien, pero, en su caso, sabía que ese amor podía dañar a su amiga, y la mera idea la atormentaba.

No fue hasta la tarde del domingo, pues, que el destino le echó una mano y encontró a Emily sola en el jardín.

—Estás aquí —advirtió.

—Se está muy bien. La brisa es tolerable y el sol de la tarde acompaña —respondió Mily, y cerró el libro que leía. Lo dejó sobre el banco—. Siéntate.

—Emily... yo... quería hablarte de... Verás, quería explicarte algo.

—Se van a casar, ¿verdad?

—¿Quién? —respondió extrañada.

—Lady Cinthya y el señor MacArthur se casan —aclaró la muchacha—. Todos lo dicen.

—¡Ah! —Hizo un gesto con el que demostraba que no le importaba—. Sí, supongo... pero eso no es de lo que quería hablarte.

Emily le prestó entonces todo su interés.

—Te escucho.

—Verás, creo que nunca estuve enamorada del señor MacArthur. Era un capricho, una ilusión.

Con gran dificultad, empezó a relatarle que había conocido a otro hombre, y cómo, al principio, se había sentido halagada de tener la atención del caballero, aunque no había sabido comprender lo que sentía hasta que él la había besado. Le explicó también la gran decepción que sintió al descubrir que el profesor MacArthur amaba a su tía, y que aquel dolor le había ayudado a entender cuáles eran sus verdaderos sentimientos por ambos hombres.

Se dio cuenta de que Emily la miraba con deleite, emocionada de que compartiese con ella aquella intimidad. Confiada, se atrevió a contarle sobre alguno de los besos que él le había regalado y cómo la hacía temblar. Quería que entendiera que se amaban.

—¿Entonces no estás enamorada del señor MacArthur? —preguntó Mily, como si quisiera asegurarse.

—No, yo a quien quiero es al señor Miller.

—¿El señor Miller?! —exclamó Emily con desconcierto en la voz.

—Sí, a Patrick.

Emily se levantó de golpe del banco que compartían.

—¿Cómo que Patrick? Pero, pero...

—Es de él de quien te hablo, Mily —confesó azorada—. Me consoló cuando lo necesitaba, me conquistó con su comprensión y cariño. Lo amo y quería que supieras por mí que...

—Que has retozado con él —aventuró su amiga con incisivo rencor.

—¡Yo no he retozado con él! —refutó—. No lo digas como si fuese algo sucio.

—¿No? —preguntó ella bastante alterada—. ¿Y cómo llamas a esos besos que describes tan apasionados?

Nunca había visto enfadada de esa manera a Emily. Pero no fue eso lo que la preocupó, sino las lágrimas que caían por el rostro de su amiga sin que esta se diera cuenta.

—Emily, por favor, cálmate, trata de entender. Nos queremos.

—¿Os queréis? —sollozó.

Le tendió una mano y trató de acercarse a ella, darle algún tipo de consuelo, pero Emily rechazó el contacto que iba a ofrecerle.

—¡Qué rápido te enamoras! —le reprochó dolida—. Por lo que yo sé, hasta hace dos días bebías los vientos por el profesor de arte. Te has burlado de mí y me has traicionado como una amiga jamás debería engañar a otra. Me has robado a la persona que quería.

—No te lo he robado, Emily —se defendió.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué me lo has ocultado todo este tiempo?

Becca se retorció las manos, nerviosa. Sus peores augurios se estaban cumpliendo. Emily no solo estaba enamorada de Patrick, sino que la culpaba a ella de ocultarle su romance.

—No te lo ocultaba... De verdad que no. Simplemente no estaba segura... No sabía que...

—Eres una atrevida —interrumpió Emily con rostro iracundo—, me siento engañada. ¿Por qué lo has hecho? ¿Para demostrarme que no soy bonita como tú?

—Eres bonita, Emily —argumentó en un intento desesperado por entenderse con ella—, solo que no te das cuenta. Estás preocupada por si tus padres te llevan a América, y no te das cuenta de que aquí podrías encontrar a un hombre que te amara...

—¿Qué me estás diciendo? ¿Que estoy desesperada?

—No, no..., lo interpretas todo al revés —se quejó, dolida—. Yo solo...

—Tú solo... ¿qué? —preguntó con desprecio al tiempo que la encaraba. La miró como nadie la había mirado nunca. El odio en sus ojos era más que notable—. Me has traicionado, y no te lo voy a perdonar nunca.

Con gran pesar en su corazón, observó cómo Emily salía corriendo hacia el interior de la mansión.

Se dejó caer en el banco de piedra y suspiró.

«Se lo ha tomado fatal». Pesarosa cogió en las manos el libro que Emily había dejado abandonado.

*Persuasión*, de Jane Austen. Debería haberlo sabido: Emily era una romántica.

Becca abandonó el libro olvidado sobre el banco. Tras la discusión con Emily, se dirigió a su habitación desde el jardín, cogió su sombrero, sus guantes y un chal grueso, y salió hacia Rosewall House. Aprovechó que la puerta trasera del muro estaba abierta para marcharse sin una doncella que la acompañara.

Sentía que la congoja se había apoderado de su cuerpo desde la conversación en el jardín. Necesitaba estar con su tía.

«¿Cómo ha resultado todo tan confuso?».

Emily lo había interpretado todo mal, o quizás ella no había sabido explicarse. Pero, fuera como fuese, le había roto el corazón a su amiga y la había perdido.

El atardecer inundaba el cielo de esos colores tan hermosos que siempre le fascinaban, aunque, en aquel momento casi ni los percibió.

Golpeó la puerta con el puño hasta que Mary abrió. Becca supuso que su rostro debía estar descompuesto, porque la doncella se asustó.

—Señorita, ¿se encuentra bien? Pase... pase. No se quede en el umbral.

Estaba desfallecida por la carrera.

—¿Es-está la baronesa?

—¿Qué ocurre? —preguntó su tía, quien avanzaba hacia ella desde el salón.

Becca no lloraba, pero sabía que su semblante tenía que mostrar a las claras el sufrimiento que le oprimía el pecho, pues se halló incapaz de expresar lo que la inquietaba. Lady Cinthya se limitó a abrazarla y darle un beso en la frente.

—Tranquila, cariño. No puede ser tan grave.

Con ternura, la llevó hasta el salón, donde encontró al señor MacArthur sentado en un sillón,

leyendo un libro. Mary las seguía, preocupada, y comentó en voz alta, sin que nadie le pidiera opinión, que traería unas hierbas para que se calmara.

Becca se sintió muy avergonzada de mostrarse tan afectada delante del profesor. No había ni una pizca de coquetería en su corazón, solo le molestaba que el triste aspecto que exhibía fuese visto por otros ojos que no fueran los de su tía.

Él debió entender la situación y, después de asegurarse de que ella solo estaba disgustada y no enferma, se despidió para dejarles la intimidad que necesitaban.

—Lo siento, lamento haberle estropeado la tarde con el señor MacArthur —se disculpó.

—No te preocupes por eso —respondió su tía aún con aire preocupado—. Pero dime, ¿qué es lo que ha ocurrido? ¿No estarás en un lío?

Ella negó con la cabeza. Mary llegó en aquel instante con una bandeja y varias tazas. Sirvió la tisana.

—Tome esto, señorita. Le sentará bien. —La doncella se dirigió a lady Cinthya y preguntó—: ¿Voy a buscar al médico, milady?

—No, no creo que sea necesario —respondió su tía con tono calmado y paciente.

Mary salió del salón, y ella tomó la infusión en pequeños sorbos. A los pocos minutos, se sintió capaz de empezar a hablar.

—He discutido con Emily.

Su tía asintió con expresión concentrada.

—Una no abandona la escuela sin escolta por un simple roce con una amiga, cielo. ¿Tan grave ha sido?

Becca se dio cuenta de que su tía estaba impaciente, pero no quería interrogarla y le concedía espacio para que ella encontrara las palabras. Decidió que lo más sencillo sería empezar por el principio.

—Me he enamorado.

No, definitivamente ese no era el principio, pero eso fue lo primero que expresó.

—Quizás me he perdido algo —dijo lady Cinthya con humor.

Becca notó que la opresión que sentía en el pecho disminuía y pasó a relatarle cómo conoció al señor Miller y cómo él se había ganado un lugar en su corazón.

—Entonces ¿dónde está el problema? —Para alivio suyo, lady Cinthya no pareció molesta por aquella confesión—. Dices que lo amas y que él te corresponde. Parece que es un hombre honrado y proviene de buena familia. No veo por qué no pueda cortejarte.

—Es por Emily, tía —aclaró al fin—. Emily está enamorada de él, o eso dice, y siento que, al sincerarme con ella, le he roto el corazón. —Una lágrima rebelde se escapó del confín de su ojo, y se la secó de inmediato con el pañuelo que le tendió su tía—. Hemos discutido, ha dicho cosas... En realidad, las dos nos hemos dicho cosas duras —admitió.

—No se manda en el corazón, cariño —la consoló—. Emily verá que vuestro amor es sincero, y también, por mucho que le duela, tendrá que aceptar que el señor Miller no la estima como ella

quisiera. Tú no tienes la culpa.

—Pero yo no quiero que me odie. No lo soporto.

—Debes darle tiempo. —Lady Cinthya acarició su cara con dulzura—. Nuestras acciones y elecciones no siempre le gustan a todo el mundo, tendrás que aprender a vivir con esas cosas. Ya no eres una niña. El afecto del señor Miller te ayudará a sobrellevarlo.

—Ay, tía, es que no le he contado todo —añadió con desánimo—. El señor Miller se va a marchar.

—¿Dónde? —preguntó su tía con la espalda en tensión.

—Tiene que cerrar un importante acuerdo de negocios para el señor Bissop, y se marchará lejos, muy lejos, durante meses... —explicó, abatida—. A Alepo. Y eso está en la otra punta del mundo, tía: lo he buscado en un mapa.

Lady Cinthya mudó el semblante, y a Becca no le pasó desapercibido. Se levantó y dio algunas vueltas por el salón, como si buscara algo imaginario.

Becca se enjugó las lágrimas con el pañuelo que su tía le había entregado. Y con la voz acongojada se apresuró a explicarle lo que Patrick le había contado.

—Me ha prometido que volverá lo antes posible y me ha pedido que le espere —concluyó, pero al ver que lady Cinthya seguía tensa, preguntó con vacilación—. ¿No cree que regrese, tía?

—No es eso, cariño... Si te ama, claro que regresará por ti. —Volvió a su lado, se sentó junto a ella y cogió sus manos entre las suyas—. Debí ser sincera contigo antes, pero es que hasta esta tarde no lo hemos decidido.

—¿Qué ocurre?

—Alfred y yo vamos a casarnos. —Lo sabía, ella y medio pueblo—. Hemos pensado partir hacia Dalavich cuando acabe este mes, antes de que el frío y el hielo hagan muy difícil el viaje a Escocia. Dejará la escuela.

—¿Va a casarse sin que yo esté presente? —Su corazón se encogió.

—¿Cómo puedes pensar eso? Por supuesto que no —aclaró—. Será por poco tiempo, para que conozca a su familia y ellos me conozcan a mí. Luego regresaremos, y hasta que no acabes el curso no pienso alejarme de ti. La boda puede esperar.

—Entonces...

—Entonces, creo que debo hablar con Alfred y aplazaremos nuestro viaje.

—No, no lo haga —replicó de inmediato.

Si algo tenía claro era que no quería que su tía tuviera que renunciar a nada más por ella.

—No quiero dejarte sola, no en estos momentos —insistió lady Cinthya.

—Estaré bien, tía. No soy una niña, usted me lo ha dicho hace un momento. Tengo a mis compañeras, la escuela... No va a pasarme nada en Minstrel Valley.

—Lo sé, mi vida. Pero es que...

—Debo enfrentarme a mi destino, tía, y usted perseguir su felicidad como yo perseguiré la mía. Cuando vuelvan, yo estaré aquí, y cuando Patrick regrese, aquí me encontrará también, convertida

en una Dama Selecta.

Aquella noche Becca no regresó a la escuela. Se quedó allí, en Rosewall House, aunque lady Cinthya, después de las confesiones, la riñó por haberse escapado sin avisar a nadie. Mandó a un lacayo para dar recado de que estaba en casa, con ella.

## Capítulo 18

Era absurdo preocuparse por una simple indisposición, se dijo Patrick mientras subía con sigilo las escaleras en dirección al pasillo donde se encontraban las habitaciones de las alumnas. Si alguien lo descubría allí, le prohibirían la entrada a la escuela de por vida. Eso por no hablar de lo que le haría Dunhcan.

Estaba actuando de un modo imprudente y desproporcionado; lo sabía. Pero cuando lady Rosemary le había contado, con un tono extrañamente suspicaz, que Becca se encontraba indispuesta desde la hora del desayuno, todo dentro de él le había impelido a buscarla y descubrir el motivo de su malestar.

¿Tendría algo que ver con él? ¿O se trataría de algún malestar físico? La simple idea de que Becca sufriera algún tipo de dolor conseguía ponerle frenético de preocupación, cosa que, no dejaba de repetirse, era absurda y exagerada.

A pesar de ser muy consciente de su innecesaria histeria, giró a la derecha cuando llegó al rellano y se detuvo ante la primera puerta que miraba hacia la fachada principal. Esa era, según le había confesado lady Rosemary tras no poca insistencia por su parte, la habitación que buscaba.

Con la misma prudencia que venía practicando desde que entró en Minstrel House por la puerta del jardín trasero, dio un par de golpes secos contra la hoja de madera y esperó.

—Pasa —le escuchó decir.

Echó un último vistazo alrededor para asegurarse de que nadie estaba siendo testigo de su osada visita y se metió dentro con rapidez.

Becca, que estaba sentada en el borde de la cama, se levantó de un brinco y se tapó la boca con las manos.

—¿Qué haces aquí? —gritó entre susurros.

—¿Por qué no has ido a clase? —preguntó a su vez acercándose para envolverla entre sus brazos en cuanto la alcanzó—. Me preocupé.

—No me encontraba bien —explicó ella con la voz amortiguada por su hombro.

Patrick se apartó para mirarla de arriba abajo.

—¿Qué tienes, mi amor?

—Oh, Patrick.

Becca se lanzó contra su pecho al tiempo que un pequeño sollozo escapaba de sus labios.

«Ay, no. No hagas eso»

—Por favor, no llores —le suplicó.

Patrick nunca había sobrellevado muy bien el llanto de una mujer, pero tampoco había sentido nada semejante a lo que le oprimía la garganta cuando era Becca la que lloraba. Ella era la mujer que le desvelaba el sueño por las noches, la que iluminaba sus días con una simple sonrisa; la única mujer de la que se había enamorado en toda su vida. Y verla llorar se le hacía intolerable.

—No llores, Becca. Te lo ruego. Dime qué es lo que te tiene así.

—Es que yo... —Se apartó un poco de él, abandonando el abrigo de sus brazos—. Me he comportado de un modo vergonzoso, Patrick. Y me siento fatal.

—Venga, vamos, no debe ser tan grave —la consoló—. ¿Qué podrías haber hecho tú que fuera motivo de vergüenza?

Patrick elevó una mano para enjugar las lágrimas de su inmaculado rostro. No soportaba verlas ahí, por conmovedora y bella que fuera la estampa.

—Es por Emily —confesó, compungida—. Le he dejado creer que tenía alguna posibilidad de...

La mirada que le dedicó entonces fue de verdadera culpabilidad.

—¿De qué? —insistió.

—Bueno, de... —Becca parecía reticente a contarlo—... de que tú pudieras estar interesado en ella.

Patrick la miró con los ojos muy abiertos, sin comprender lo que estaba ocurriendo. Se apartó un paso de ella y entrecerró los ojos en su dirección.

—¿Tú le has hecho creer que yo estaba interesado en ella? —preguntó contrariado.

—¡No! —protestó de inmediato—. ¡Lo ha creído ella sola! Pero yo podría haberle abierto los ojos si le hubiera contado que tú y yo... que nosotros...

Patrick por fin empezaba a entender, y por mucho que le pesase la desilusión que debía haberse llevado Emily Langston, sintió un tremendo alivio al comprender que no era más que un malentendido entre amigas. También le conmovía la sensibilidad de Becca, y, sobre todo, seguían trastornándole esas lágrimas que no dejaban de manar de sus ojos.

—Comprendo. Te sientes culpable por haberle ocultado lo que hay entre nosotros —concluyó.

Ella asintió, confirmando esa apreciación.

—No es que se lo haya ocultado, en realidad. Me he sincerado con ella, pero tarde —se lamentó—. Si no hubiera sido tan cabezota, me habría dado cuenta de lo que le ocurría a Emily, y no habría dejado que se hiciera ilusiones cuando yo sabía que no tenía motivos.

Con aquel puchero digno de una niña y los preciosos ojos aguamarina brillantes por las lágrimas, Becca se veía excepcionalmente frágil y bella. Jamás había contemplado nada tan hermoso, ni tan sensual. Aquel instinto primario que solo ella conseguía despertarle, comenzó a correrle por las venas.

Tomó conciencia, de pronto, de que se hallaban a solas en su habitación, y de que nadie los

esperaba.

—No. Ciertamente, no los tenía. Desde que llegué a Minstrel Valley no he hecho otra cosa que pensar en ti. Solo en ti. —Acortó la escasa distancia que los separaba y enmarcó aquel rostro adorable con sus manos—. Eres tan hermosa, mi amor. No puedes imaginar cuánto te adoro.

Tal vez ella no esperaba que asaltase su boca de la manera en que lo hizo. Pero, a pesar de su aflicción, enseguida respondió a la invitación de sus labios y abrió los suyos para que Patrick pudiera besarla con todo el ardor que empezaba a calentar su sangre. Hacía días que no la probaba, y comprendió en ese instante que había estado hambriento.

Introdujo la lengua hasta que logró rozar la de ella y marcó un ritmo cadencioso y lento, en el que ambos saborearon las saladas lágrimas que Becca había derramado. La estrechó entre sus brazos y la tomó con decisión por la nuca para poder tener el control de aquel apasionado beso.

Antes de ser consciente de que lo hacía, la fue empujando lentamente hasta que supo que habían llegado a la cama. Sin desprenderse de ella, sin dejar de saborear su boca, hincó una rodilla en el colchón y le puso la otra mano en la espalda para sujetarla hasta que tocó la cama.

Se dejó caer con lentitud contra ella y gimió de placer al saberla aprisionada bajo su cuerpo. Becca no solo no protestó por aquello, sino que alzó los brazos para enredar los finos dedos en su cabello, y se contoneó contra él, haciéndole notar los firmes pechos que se ocultaban tras el vestido flojo de mañana bajo el cual, sospechaba, no había rastro de corsé.

Aquella intuición se convirtió en certeza cuando alzó la mano para palpar su torso y comprobó que podía notar la forma de las costillas.

Enardecido por el deseo que despertó en él ese detalle, cogió las manos de la muchacha y las elevó por encima de la cabeza, para que aquellos senos magníficos pudieran frotarse contra su pecho mientras él se consumía en un beso voraz y desesperado.

—Patrick... —gimió ella, cuando se apartó un instante de su boca para tomar aire.

Le horrorizó comprobar que aquellas gemas preciosas que eran sus ojos le devolvieron una mirada llena de confusión y temor. Dejó caer la frente contra la suya y le liberó las manos que, advirtió en ese momento, había apresado con excesiva fuerza.

—Mi amor, lo siento —le dio un beso tan dulce como paciente para reconfortarla—. Lo siento, Rebecca. No sabes lo que causas en mí.

No era excusa, lo sabía; pero con ella perdía completamente el control de sus instintos y de sus emociones.

—Pues, dímelo. —Becca lo pidió con una mirada anhelante llena de confianza—. Quiero saberlo.

Patrick tomó aire para ordenar sus pensamientos. Ya que se lo pedía, le desnudaría su alma, que estaba tan llena de brillante ternura como de oscura lujuria. Resiguió con la yema del dedo índice el límite del escote de su vestido y fijó la mirada en la suya.

—Quiero desnudar cada porción de tu piel, respirarte, besarte y lamerte entera.

Introdujo el dedo por dentro del vestido y siguió acariciando sus senos, cada vez más abajo.

—Sueño con hacerte temblar de placer y provocar dentro de ti, aquí —llevó la otra mano hasta su bajo vientre. Ella tragó saliva—, la misma hambre que me come a mí por dentro. Me gustaría que pudieras compartir la obsesión que me corroe el alma, Rebecca.

Patrick comenzó a deshacer la lazada que unía el frente de su vestido. Tenía que volver a ver sus senos o se volvería loco.

—Me paso las noches imaginando que puedo acariciarte a mi antojo.

Consiguió separar los extremos del corpiño y tiró de él hacia abajo. La boca se le hizo agua, y su entrepierna pulsó con fuerza cuando los firmes y orgullosos pechos femeninos escaparon del confin de la ropa y se mostraron ante él con todo su esplendor. Eran esponjosos y llenos, con unos pezones del color de los melocotones maduros. Más bonitos aún de lo que los recordaba.

—Así, Rebecca. De este modo. —Patrick envolvió uno de los pechos y cerró los ojos con deleite al notar la finísima piel de alabastro contra la palma áspera de su mano.

Rebecca lo miraba como hipnotizada. No decía nada, no protestaba ni mostraba otra cosa que fascinación. Se mojaba los labios de tanto en tanto y respiraba con dificultad, pero ni un sonido abandonaba su garganta.

—Quiero tener la libertad de tocarte cuando lo necesite. ¡Y lo necesito tanto, mi amor! —Hizo rodar uno de los pezones entre sus dedos y entonces ella arqueó la espalda para acercarse más—. Pero lo que más anhelo es conocer tu sabor. Quiero enseñarte cuán placentero puede ser el calor de mi boca.

Cuando al fin pudo hacer realidad esa fantasía en concreto, Rebecca salió de la ensoñación que la tenía atrapada. En el momento en que Patrick llevó sus labios hacia el pezón para succionarlo, ella gimió con un sonido torturado y se arqueó con violencia, al tiempo que le tironeaba del pelo.

Esa vez, Patrick se deleitó en ellos, pues su furtivo encuentro en el jardín no había sido más que un arrebato tan desaforado que apenas había sido consciente de lo que estaba haciendo. Ya nadie podía descubrirlos; no tenía prisa.

—No hay nada más dulce que tu cuerpo —confesó justo antes de pasar al otro pecho.

—Patrick, por favor... —gimió Rebecca.

Aunque podía parecer un ruego, él sabía que no le estaba pidiendo que parase. Y no estaba dispuesto a hacerlo. No todavía. Se había prometido ser honorable con ella, no la mancillaría cuando tenía por delante una travesía tan larga. Pero podía instruirle en las oscuras redes del placer. Podía enseñarle los secretos de su cuerpo y descubrirle cuán placentera podía ser la intimidad entre un hombre y una mujer.

Ayudado por ella, consiguió sacar sus brazos del vestido y dejarla desnuda de cintura para arriba. Su delicada clavícula, el estrecho torso en el que se adivinaban las costillas y su vientre plano, confluían para ensalzar la forma redondeada de los pechos, que lucían húmedos por sus atenciones.

—Me gustaría enseñarte lo sensible que eres, Rebecca. —Una perezosa mano se deslizó hasta el borde de su falda y sujetó el tobillo femenino, envuelto en la fina media. Pulsó con el pulgar en

ese punto tan delicado junto al hueso, que la hizo estremecer, sin dejar de observar cómo sus ojos se oscurecían cada vez más por el placer—. Hay tantos lugares en tu cuerpo que te producirían placer. Yo los conozco, mi amor.

La mano continuó subiendo por sus pantorrillas y llegó al borde de la media. Cuando las yemas de sus dedos entraron en contacto con la piel desnuda de los muslos, Becca volvió a gemir, y Patrick comenzó a besar la piel de su cuello, de su escote, de sus pechos. Volvía a su boca cada poco tiempo y seguía vagando por cada lugar que la hacía estremecer mientras su atrevida mano se internaba más allá del límite de su ropa interior.

—Sueño con acariciar los lugares más recónditos de ti, bella ninfa. Palpar y saborear tu humedad, tu delicioso aroma de mujer.

Patrick la encontró preparada cuando superó la barrera de su vello crespo y logró alcanzar los suaves pliegues de su intimidad. Becca se arqueó con violencia y jadeó su nombre cuando notó el electrificante contacto, pero después se fue relajando de manera gradual cuando él suavizó las caricias y se dedicó a estimular la parte más erógena de su cuerpo. Ella se deshacía en gemidos, mientras Patrick no lograba despegar la vista de su hermoso rostro contraído por el placer, y de sus exquisitos pechos expuestos a su ávida mirada. Volvió a lamerlos con absoluta veneración, al tiempo que se aventuraba a introducir uno de sus dedos en el ardiente portal de Rebecca. Ella gimoteó y se contorsionó ante la invasión, como lo haría cualquier chica que experimenta un placer tan extremo por primera vez. Sin embargo, de su boca no salió ninguna protesta, ninguna otra cosa que encantadores sonidos de deseo y avidez, incluso cuando él se volvió más osado y comenzó a horadar en su interior con acometidas lentas y profundas de su dedo.

—Quiero llevarte a tal estado de locura que no seas capaz de comprender otra cosa más que tu necesidad de mí —siguió susurrando, pegado a su piel—. Y cuando hayas llegado a ese punto, cuando ardas sin remedio y yo haya podido saquear cada gramo de tu delicioso cuerpo, quiero fundirme contigo. Unirte a mí de la forma más elemental y primitiva que posee un hombre. Quiero arrancarte la inocencia y convertirla en parte de mí para siempre, porque solo así encontraré la paz. Solo así lograré descansar de esta eterna espera por amarte, Rebecca.

Enfebrecida por sus palabras, Becca le tomó la cabeza con ambas manos y le hizo inclinarse para besarlo con auténtico abandono. Su lengua traviesa lo buscó e incitó con acometidas que repetían el eco del dedo que Patrick mantenía en su interior. Los pechos femeninos se aplastaban contra su torso, pero no podía sentir el contacto de su piel, y aquello lo perturbaba.

Se obligó a parar un instante para deshacerse del chaleco y la camisa. No quería romper el hechizo que tenía a Rebecca en aquel estado de excitación, pero quería que sus pieles se rozaran, y aquello no era posible con tanta ropa de por medio.

—No —protestó ella con un gemidito adorable.

—Solo un segundo, preciosa. Quiero sentirte.

No iban a hacer más que eso, se prometió. Solo sus cuerpos desnudos, sin ropas, sin barreras, sin secretos. Cuando estuviera lejos, quería poder evocar la piel marfileña de Rebecca en todos

los rincones de su deliciosa anatomía. De modo que, tras el chaleco y la camisa, Patrick desabrochó sus pantalones y permitió que Rebecca le ayudase a quitárselos. Después hizo bajar su vestido por las caderas femeninas, y también arrastró tras de sí la camisola y la ropa interior.

—Eres preciosa —la alabó cuando pudo contemplarla entera.

—Y tú eres muy fuerte y guapo —respondió ella, ruborizada, sin atreverse a mirar más abajo de su cintura.

Patrick sonrió por aquella inocencia y besó su vientre. Se prometió ser honorable y prudente. No era necesario llegar al final, se recordó. Podía hacerla disfrutar mucho solo con el roce y las caricias de sus expertos dedos, o con su diestra boca.

—Vida mía —murmuró, fascinado, mientras dejaba vagar una de sus manos por cada centímetro de piel descubierta.

Se detuvo de nuevo en sus pechos, aquellos frutos prohibidos que tanto lo habían tentado desde el mismo día en que la conoció. Los exploró con minuciosidad, intercalando besos y pequeños mordiscos que hicieron gemir a su amada. Ella se contoneó y elevó una de sus rodillas para poder rodear la cadera de Patrick. Aquello le dio la oportunidad de colocarse entre sus piernas y no la desaprovechó.

La sensación de saber su miembro abrigado por el calor femenino casi le hizo perder la razón. Estaba ahí mismo, en el núcleo de su feminidad, sintiendo la ardiente necesidad de ella. La ansiedad lo llevó a buscar su boca y asaltarla con absoluta voracidad. Volvió a buscar sus manos y a elevarlas por encima de sus cabezas, aunque esa vez Rebecca no se quejó, sino que se prestó con más ahínco al beso y elevó las caderas contra su ya excitada entrepierna.

—Me estás volviendo loco —se quejó, con la mente tan enturbiada por la lujuria que empezó a impulsar su pelvis contra ella con un ritmo tan antiguo como el tiempo—. Quiero más, Rebecca —confesó, atormentado—. Lo quiero todo, Dios santo.

—Yo te quiero a ti —susurró ella, con los ojos turbios, más hermosos de lo que los había visto nunca—. Y quiero más... de ti.

Patrick pensó vagamente que Becca no sabía de qué hablaba él en realidad. Ella estaba tan enajenada por la pasión que lo único que hacía era pegarse más a él y responder a los impulsos de su cuerpo, que no conocía de inhibiciones. Con una decisión nacida de la inocencia, volvió a buscarlo con su boca y se desprendió del agarre de sus manos. Envolvió las suyas entre el pelo oscuro de Patrick y lo acercó para poder degustarlo a su antojo, al tiempo que envolvía las caderas masculinas con sus piernas de seda.

«Señor, debería parar ahora», se recriminó.

Solo que no podía. No sabía cómo hacerlo. Nada en el mundo podría convencerle en ese instante para dejar de acariciar a Rebecca, para dejar de saborearla, para no proporcionarle el placer que le había prometido con su seducción. Consiguió meter la mano entre los cuerpos de ambos y buscó el calor de su intimidad. La encontró tan preparada, tan suave y satinada que, con un gruñido animal, llevó la punta de su miembro hasta la entrada femenina para poder sentirla.

Tal vez si ella se hubiera sobresaltado, tal vez si hubiera mostrado temor... Pero Rebecca se empujó contra él, iniciando la invasión que la mente de Patrick se había negado a consumir, pero que el resto de su cuerpo clamaba con ensordecedora exigencia. Cerró los ojos y empujó hacia adentro.

La sensación lo desbordó de tal manera que sollozó de puro placer. Esa era Rebecca: la mujer de su vida, y aquel era su cuerpo, aceptándolo, acogiéndolo por primera vez con una ardiente suavidad que lo estaba destrozando.

Volvió a empujar con fuerza hasta que se topó con la barrera de su virginidad.

Para ese instante, Patrick ya era consciente de que no iba a poder evitarlo. No quería evitarlo. La deseaba con un clamor que casi le nublabla el juicio. Necesitaba poseerla del mismo modo que necesitaba el aire en sus pulmones.

«Perdóname, mi amor», pensó antes de dar la última estocada, con la que la llenó por entero.

Becca se puso rígida de pronto y emitió un gemido torturado y prolongado.

—Eso ha dolido —dijo, con voz rasposa, cuando pasaron unos instantes en los que Patrick no se atrevió a moverse.

—Pero ya no dolerá más —le explicó mientras volvía a prodigar tiernos besos a su boca, a su mandíbula y a los sensibles pabellones de sus orejas—. Ahora todo será placer, mi amor. Ahora te enseñaré todo lo que antes solo me atreví a decirte.

En aras de que Rebecca se relajase, y por el puro placer de explorar su cuerpo, Patrick volvió a recorrer con sus dedos y con su boca todos aquellos lugares que excitaban a su amada. La besó y mordisqueó con un deleite pausado hasta que sintió cómo volvía a crecer el ansia dentro de ella. Solo entonces, solo cuando Rebecca comenzó a mover sus caderas con cierta exigencia, se atrevió a poseerla como deseaba. Primero con acometidas lentas y medidas para que ella pudiera acostumbrarse a su grosor. Eran tan placenteras las sensaciones y la dulce espera, que lo prolongó tanto como le permitió su paciencia. Disfrutó de la expresión de su bonito rostro embargado por el intenso placer, y acarició con mayor atrevimiento sus pechos sensibles.

—Creo que voy a desmayarme —gimió Rebecca cuando él se volvió más osado y comenzó a penetrarla con estocadas más largas y profundas.

Él rio bajo y ronco, con una sensación tan embriagadora de plenitud que lamentó tener que llevarla al clímax. Pero eso era lo que le ocurría; ella estaba muy cerca. Su cuerpo se movía cada vez con mayor ansiedad, las manos femeninas buscaban nerviosas su pelo, sus hombros, incluso sus nalgas; los gemidos aumentaban en intensidad, y su cálido portal empezaba a contraerse con fuerza.

—No, mi vida. No te vas a desmayar —le explicó con una paciencia nacida sabía Dios de dónde, al tiempo que introducía una mano entre los dos para estimular ese botón tan sensible que la haría estallar—. Te prometo que crearás haber dejado este mundo envuelta en un placer tan profundo y extremo que sentirás que pierdes la noción de ti, pero no te desmayarás, Rebecca... Solo tocarás el cielo.

Patrick supo el momento exacto en que el orgasmo se apoderó de ella. El gemido gutural de su garganta y la expresión rayana en el dolor de su rostro, le parecieron el gesto de entrega más bello que hubiera presenciado en su vida. Se recreó en aquella imagen sin dejar adentrarse en ella una y otra vez, tan obnubilado y fascinado por el hermoso espectáculo, que su propio clímax le sobrevino casi sin esperarlo.

Aguantó un solo segundo para notar ese estallido de placer y salió de ella con celeridad, dejando que su simiente se esparciera por las sábanas blancas, mientras oleadas de ardientes espasmos sacudían su cuerpo.

Al menos había tenido ese resquicio de decencia y de cordura, pensó minutos más tarde, cuando ambos volvieron a la realidad.

Jadeó durante minutos enteros, abrazado al desmadejado cuerpo de Rebecca, que hacía rato había empezado a enredar los dedos entre sus cabellos con parsimoniosa calma.

—No lo imaginaba así —confesó con un risueño suspiro.

—Yo tampoco lo imaginaba así —respondió él con franqueza.

Becca se puso tensa, y entonces Patrick levantó la cabeza; sabía lo que ella había pensado.

—¿Tú nunca...? —inquirió con los ojos muy abiertos y pendientes de él.

—Nunca con alguien a quien amase o por quien hubiera perdido la cabeza —le explicó con ternura—. Eso solo me ha pasado contigo. Y no creo que pueda haber nada más... —Se dio cuenta de que le faltaban palabras para expresar lo que acababa de vivir—. No creo que pueda haber mayor felicidad que esto. Estar contigo —aclaró mientras se arrebujaba contra ella—, respirar el aroma de nosotros dos, sentir que mi corazón por fin puede descansar, al menos por unas horas... porque estoy seguro de que volveré a necesitarte con desesperación antes de que llegue la noche.

—Patrick, yo... también me he sentido dichosa de... bueno, de... ya sabes.

—Hacer el amor, Becca —murmuró al tiempo que prodigaba besos por uno de sus hombros. El apetito había vuelto antes de lo que esperaba.

—Sí, eso: de hacer el amor —continuó con cierto tonillo preocupado—. Pero, yo... en fin, no creo que puedas quedarte a dormir, ¿sabes? Me parece poco probable que no venga nadie a mi habitación hasta mañana.

Cuando, sorprendido, elevó la cabeza para mirarla, se dio cuenta de que hablaba en serio y que había creído a pies juntillas su declaración de volver a necesitarla antes de la noche.

Se echó a reír sin poder remediarlo.

—No hablaba en sentido literal, cariño —aclaró—. Sé que no puedo quedarme aquí. —El conocimiento restó toda diversión al momento—. De hecho, mi ausencia en la clase de equitación, unida a la tuya, podría hacer sospechar a alguien.

—¿Te marchas ya, entonces? —preguntó con un mohín.

—Antes déjame ayudarte.

Por primera vez en su vida, Patrick Miller se dedicó a la prosaica tarea de hacer una cama. Dándose cuenta de que no podía dejar rastro alguno de su desliz, pues en esa habitación entraban

doncellas constantemente, se encargó de eliminar cualquier prueba y dejar a Becca en el mismo beatífico estado en que la había encontrado. O uno que al menos lo pareciese. Para ello, había tenido que salir a hurtadillas al armario del pasillo donde se guardaba la ropa de cama de esa planta. Casi lo descubre Doll, que salía de una de las habitaciones con una fregona. Tuvo que esconderse detrás del armario con las sábanas pegadas al pecho y la respiración contenida, pero logró esquivar a la doncella y volvió corriendo al dormitorio, con la sensación de haber vivido una gran aventura, cosa que a Becca le pareció ridícula cuando se la contó.

Después de ayudarla a asearse y vestirse, envolvió en un hatillo las sábanas usadas y caminó hacia la puerta. Ella lo siguió y le echó los brazos al cuello antes de que abandonara la habitación.

—Eres el hombre más apuesto del mundo, Patrick Miller, y yo también estoy loca por ti.

Tuvo que sonreír ante su inocente descaro. La tomó con fuerza por la cintura con un brazo y la pegó a su cuerpo.

—Eso podría considerarse una invitación, señorita Grant —susurró contra sus labios, que aún permanecían algo hinchados por sus besos.

—Siempre supe que era usted un tunante, señor Miller.

Se concedió unos minutos más para saborearla, pero llegados al punto en que empezaron a escuchar ruido en la planta de abajo, se apartó de ella con una mirada hambrienta y se despidió.

—Hasta mañana, bella ninfa.

—Hasta mañana, Patrick.

## Capítulo 19

Becca se despertó con una sonrisilla pintada en la cara. Aún podía sentir las manos y los labios de Patrick sobre su cuerpo, adorándola, besando cada rincón de su piel. No había podido resistirse al ardor que se había desatado en ella cuando él, con manos tentadoras, la había seducido. Jamás había pensado que pudiera sentirse tan necesitada de él. Le había enseñado el camino del placer, y en lo único que pensaba era en repetirlo.

Esa vez no se sentía una desvergonzada ni temía ser una mujer descocada. La charla con Rosemary y la confirmación de los sentimientos de Patrick y los suyos propios, la habían ayudado a comprender que lo que habían hecho era algo hermoso. Osado, sí, pero bonito, pues el hombre con quien había compartido ese momento tan íntimo era el que amaba y con el que quería pasar una vida entera.

Le gustaría aprender también a enardecerle, pensó; hacer que él la necesitase.

«¡Oh, Patrick, mi amor!».

Había sido suya, se había entregado a aquel hombre del que se había enamorado, aunque él iba a marcharse lejos. La duda la azuzó. Los meses podían convertirse en un año, y quizás la distancia haría que él la olvidara. Eso la aterraba.

«No, no, no, eso no pasará».

No se arrepentía de nada. Creía en su palabra, él volvería a por ella. Entonces, se casarían. Después de probar la miel de sus labios, de sentir sus cuerpos fundidos y sus almas convertirse en una, no podría amar a ningún otro. No sería de nadie si no lo era de Patrick Miller.

Introdujo su mano en el escote del vestido hasta tocar el colgante que él le había regalado y que pendía de su cuello. No quería quitárselo. Necesitaba sentirlo junto a su pecho, como prueba del compromiso de fidelidad que se había hecho a sí misma.

Cerró los ojos y se deleitó en los recuerdos que la asaltaban. Se sentía completa por fin al saberse receptora del amor de Patrick. Ese sentimiento le daría la fuerza necesaria para esperarlo.

Animada, se levantó de la cama para arreglarse y dar comienzo a un nuevo día en la escuela.

Desde el principio del curso habían pasado muchas cosas, tantas que resultaba increíble que todavía no hubiera arrancado el mes de octubre, aunque septiembre estuviera ya casi en su ocaso.

—Un mes muy interesante —dijo a su imagen en el espejo.

Mientras escogía qué vestido ponerse, Doll llegó a su habitación. Llamó a la puerta y pidió

paso, como siempre.

—¿Desea que la ayude, señorita Grant?

—Sí, por favor, aunque solo necesito que me peines, no te entretendré mucho más —respondió, y dejó la ropa elegida sobre la cama.

Le gustaba vestirse sola, algo que había aprendido de su tía, de los tiempos en que estuvo casada con el barón. Aunque ella lo hacía porque no quería que ninguna doncella le viera los moretones que él solía dejarle, Becca la había imitado porque había poco servicio en aquella casa odiosa.

Por eso sus trajes estaban confeccionados para facilitarle la tarea. En aquel instante, agradeció aquella costumbre adquirida; se moriría de vergüenza si en su cuerpo hubiese alguna señal que delatara lo que había hecho con Patrick la noche anterior.

—Está radiante esta mañana, señorita —la alabó la doncella—. Ha debido descansar muy bien. Permita que le dé mis felicitaciones para su tía. El profesor MacArthur nos dio la noticia anoche, en el salón de profesores, durante la cena. Vamos a echarlo de menos, a pesar del poco tiempo que ha pasado en la escuela. Es un hombre muy agradable.

Tenía la extraña idea de que la miraba con ojos exploradores. ¿Se le notaría algo en la cara? Aprovechó que citaba al prometido de su tía para llevar la conversación por esa línea, mucho más segura para ella.

—Estoy muy contenta por el compromiso de lady Cinthya y el señor MacArthur. Se marcharán pronto para informar a la familia de él en Escocia y, de paso, para que ella los conozca.

—Hacen una bonita pareja.

—Eso mismo pienso yo. Y qué hay de ti, Doll, ¿cuándo vas a casarte? —dijo para desviar la atención.

Se ponía triste, además, si pensaba que justo en el mismo momento fuese a quedarse sin las dos personas a las que más quería: su tía y Patrick.

—Aún estamos arreglando la casa —respondió la joven, ilusionada—. Lord McEwan fue muy generoso con mi Rudy, y él quiere tenerlo todo preparado para cuando llegue el momento. Será más adelante, el próximo año, esperamos.

La felicidad en la cara de la doncella la emocionó, y recordó aquellos días en los que Doll creyó que su prometido se marcharía a Nueva York con lord McEwan. La muchacha se mantuvo fuerte la mayor parte del tiempo y nadie la vio soltar ni una sola lágrima. Solo si alguien le preguntaba de forma muy incisiva la invadía la tristeza y, entonces sí, lloraba por los meses que estaría separada de su prometido. Al final, aquel viaje no se realizó. Pero Doll había asumido la distancia con el señor Hobson con valentía.

Ella también tendría que ser fuerte. Dado que se iba a separar de Patrick, se armaría de valor para afrontar la soledad, rodeada de todas sus amigas. A fin de cuentas, estaba en la escuela, donde tendría un horario que seguir y muchas cosas que hacer. No tendría mucho tiempo libre para pensar, y por las noches siempre podría escribir cartas, o un diario, en el que contarle lo mucho

que lo echaba de menos, o hacer planes para su futuro juntos.

Sí, se prometió, iba a esforzarse por estar animada, para que cuando él volviera encontrase a una mujer valerosa y fuerte.

Doll se marchó. Terminó de asearse y se vistió. Cuando estuvo lista, bajó a desayunar. Algunas de las chicas ya estaban sentadas, y buscó un lugar junto a Amanda y Lorianne. Quizás ellas estuvieran en la escuela durante meses también. No es que deseara que se quedaran para siempre, pero como ellas tampoco estaban prometidas, al menos de momento, sabía que no desaparecerían de su vida tan pronto como Rosemary, por ejemplo.

—¿Te sientes mejor? —se interesó Mandy. Cuando estaba tranquila su voz salía fluida, como si no encontrara obstáculos—. Ayer dijo Rose que estabas indispuesta.

Había evitado a las chicas, sobre todo a Emily, desde que habían discutido, y se sentía terriblemente mal, pero no quería tener que dar explicaciones de algo que solo les concernía a ellas dos. La vio entrar y sentarse junto a Rose, quien le dedicó una sonrisa comprensiva. A ella ni la miró.

De repente, Jane, como si recordara algo, la llamó.

—Rebecca, ¿el profesor MacArthur ya terminó el cuadro?

Aquel lienzo, que le parecía tan lejano, había sido el inicio de todo.

—Sí —le confirmó—, quiere enviarlo a Londres para que le pongan un marco adecuado, y presidirá el salón de lady Cinthya.

Todas la felicitaron, emocionadas. Tener un cuadro del profesor en su casa era algo que ninguna de ellas habría podido imaginar.

Las conversaciones siguieron, y ella, al terminar su desayuno, se retiró de la mesa con la excusa de ir a por sus cosas de costura para la clase.

Le costaba estar con alguien en la misma mesa si esa persona estaba enfadada con ella, y más aún si lo que sentía era dolor o decepción. Le había pasado con su tía en alguna ocasión —le vino a la mente su fuerte discusión en Roma— y, aunque con Emily le ocurría en menor medida, era una de sus mejores amigas y se sentía mal. No soportaba la tensión de estar disgustada con alguien a quien estimaba.

La mañana había pasado sin demasiadas alteraciones. Había compartido con todas las compañeras risas y bromas, pero cuando miraba a Emily notaba un nudo en el estómago. Le dolía aquel enfado, y no sabía cómo acercarse.

Lo había intentado el domingo al salir de misa, pero ella, cuando vio que se aproximaba a su lado, le dio la espalda con un discreto movimiento y se marchó, como si no la hubiera visto. Su desprecio la había entristecido. Pero tendría que vivir con eso. Le afligía de veras, porque no quería perder a una amiga por haber abierto su corazón al amor. Sin embargo, no dependía de ella. Emily tendría que superarlo, a su debido tiempo, y a ella no le quedaba más remedio que esperar a

que se le pasara.

Tras el almuerzo, se retiró a su habitación. Quería descansar un poco y estar radiante para la clase de equitación, pero los nervios por ver a Patrick la traicionaron y no fue capaz de cerrar los ojos, así que eligió su traje de montar azul, se lo puso, y decidió salir con la idea de acercarse a los establos un poco antes de la hora habitual. Quizás él también llegase con tiempo y pudiesen conversar a solas un momento.

Estaba a punto de irse cuando llamaron a la puerta. Supuso que sería Rose o alguna compañera. Para su sorpresa, quien entró cuando dio paso fue Emily. La notó nerviosa, se retorció las manos y, como ella, vestía también su traje de montar, preparada para bajar a la clase. Era un conjunto verde oscuro que le sentaba muy bien a su tez blanca y su cabello pelirrojo, recogido en un rodete bajo.

Era en verdad una joven bonita, aunque no fuera una gran belleza. Era una lástima que ningún hombre se lo hubiera dicho nunca.

—¿Tienes un momento? —le pidió Mily, en voz baja pero firme—. Quería hablar contigo, por favor.

Sorprendida, la invitó a entrar con un gesto de su mano.

—Sí, sí, por supuesto. —Procuró templar los propios nervios y, con un ademán, le pidió que se sentara.

—Becca...

—Emily, yo... —comenzaron a la vez.

—¡No, por favor! —exclamó Mily, luego con un tono más sereno continuó—: Déjame hablar, si no, no seré capaz de decir todo lo que me he preparado.

Azorada, Becca se sentó en la cama.

—¿Te has preparado esta conversación...?

Su amiga la miró con ojos de censura, como si le sentara mal que creyera que había acudido allí en un impulso, y ella esperó a que empezara a hablar.

—Fui tonta y egoísta —empezó, mirándola fijamente—. Me dolió que no me dijeras que te interesaba el señor Miller, sobre todo al ser consciente del ridículo que podría hacer yo, que además, creí que te gustaba el profesor MacArthur. Pero fui una deslenguada. Dije cosas horribles y lo lamento de veras. Rose me riñó cuando se lo conté.

Era cierto, le había dicho cosas terribles. Pero también era cierto que debió decírselo antes. Y, sobre todo, quería acabar con aquel conflicto lo antes posible.

—Estabas herida —respondió, comprensiva—. Te hice daño sin querer. No hablabas tú, hablaba el desengaño. Estoy segura de que no sentías lo que dijiste.

—Ay, Becca, nunca pensaría eso de ti.

Vio que su amiga tenía un verdadero disgusto y supo que había estado tan atormentada como ella con aquella situación tan incómoda.

—Lo sé. Aunque en algún momento yo sí lo pensé de mí misma —reconoció con aire contrito.

—Pero ¿cómo se te ocurre? —le preguntó su amiga, espantada.

—Porque primero era el profesor, después era Patrick...

—¡Nunca estuviste enamorada del profesor! Todas lo sabíamos. —Emily dejó salir un suspiro que pareció una carcajada—. Pensábamos que era un capricho.

—Oh, gracias, Mily...—Se le quebró la voz y no pudo decir más.

Callaron un instante, inseguras.

Emily siguió con el guion que se había preparado.

—Esta mañana, cuando Doll me ha dicho que lady Cinthya y el señor MacArthur se habían comprometido y que se marcharán a Escocia, he sabido que no podía continuar este enfado por más tiempo, que... ibas a necesitar de tus amigas. ¿Me perdonas por haber sido tan egoísta?

Becca se levantó y se acercó a su amiga, que se había mantenido de pie mientras hablaba. No aguantaba más. Desde que había escuchado sus primeras palabras se moría por abrazarla. Ya no se contuvo por más tiempo y se abalanzó sobre ella, que la recibió con los brazos abiertos.

Rieron al sentir el afecto mutuo, y, al separarse, se miraron con los ojos humedecidos.

—No soportaba este enfado, Mily. Lamento mucho haberte herido —confesó—. No quise hacerte daño, pasó sin querer. Antes de que mi cabeza supiera lo que sentía, mi corazón ya se había enamorado. Tampoco sabía lo que te estaba ocurriendo a ti, ¡si ni siquiera yo me entendía!

—Lo sé. No se manda en los sentimientos. No te preocupes por mí, estaré bien. Seguro que lo mío ha sido como lo tuyo con MacArthur: solo un capricho pasajero. Disfrutaré de la *little season*, y, si no conozco a nadie interesante, pues también de la Temporada, cuando llegue.

—Seguro que conoces a un caballero de tu agrado...

—Y que me corresponda —dijo con burla Emily. Las dos sonrieron—. Aunque he decidido que, llegado el caso, me marcharé con mis padres a América. Mi padre quiere ir a revisar sus negocios allí, y yo, cuando acabe el curso, quiero tener más opciones que cuidar de mis sobrinos. No quiero una vida de solterona, Becca.

Esta cogió las manos de su amiga.

—Mereces una vida mucho mejor que esa. Tienes que estar en el centro de la pista de baile, no en los márgenes.

—Eso pienso hacer, aquí o en América.

Volvieron a abrazarse y a separarse.

—De verdad, no quise hacerte daño. No me gustaría perderte como amiga.

—Y no me perderás —le prometió.

—Necesitaré a todas mis amigas cuando lady Cinthya y el señor MacArthur se vayan a Escocia.

—¿Es que no piensan regresar? ¡No pueden dejarte aquí sola! —exclamó Mily, y se llevó la mano al pecho como si aquello le pareciera una barbaridad.

—Viajarán a Dalavich, quieren ir antes de que nieve y hiele en las Tierras Altas. Se irán en una semana. El señor MacArthur quiere que mi tía conozca a su familia, y creo que está ansioso por que ellos, a su vez, la conozcan. —Pareció ocurrírsele aquella opción en ese momento—. Quizás

yo tenga que ir también, si deciden casarse allí.

—¿Cuándo? —Ella se encogió de hombros, y su amiga pareció entender que no tenía la respuesta.

Siguió confesándose, feliz de poder contárselo todo como hacían antes.

—Patrick... el señor Miller, también se marcha... unos meses, luego regresará.

—Becca... —se lamentó Emily—. No pueden irse todos a la vez.

—Tiene trabajo, pero regresará. —No quiso detenerse en ese tema—. Y lady Cinthya se merece ser feliz. Sacrificó mucho por mí.

—Su historia es muy bonita —dijo Emily. Becca se dio cuenta de que se había centrado en el tema de su tía para no meter el dedo en la llaga—. ¿Te imaginas qué sorpresa cuando el profesor MacArthur llegó a este pueblo y se encontró al amor de su vida?

—Sí, el mundo es un pañuelo y está lleno de casualidades —corroboró Becca, y le contó lo que el señor MacArthur le había explicado una vez—. Vino a ver a su amigo, el señor McDonald. Quería encargarle una espada para regalársela a uno de sus hermanos. El padre del herrero, por lo visto, se las había fabricado siempre a su familia. El día que llegó coincidieron con lady Conway, y esta, al descubrir que era escocés, lo invitó a la fiesta. De hecho, fue ella quien lo propuso para que diera clases, sabiendo que venía de estar en las mejores ciudades de Europa formándose como pintor.

—Lady Conway vivió mucho tiempo en Escocia, ¿lo sabías? —intervino Emily.

—Sí, allí siguen sus dos hijos, ¿verdad?

—Rose dice que la visitan poco.

—¿Sabes? Cuando nosotras discutimos —murmuró—, me sentí muy mal. Pensé en cómo me sentí cuando descubrí que era a lady Cinthya a quien amaba el señor MacArthur. ¿De verdad que lo entiendes?

Emily puso los ojos en blanco en un gesto de broma.

—No sé cómo quieres que te lo diga —alegó Emily, y alzó los hombros a la vez que dibujaba una sonrisa—, pero debes creerme. Estoy bien. No niego que me sentí engañada y que, quizás, puse mi afecto en alguien que no me correspondía. No supe ver que sus sonrisas no eran para mí. Pero te digo de corazón que me siento contenta porque te veo feliz. Igual que tú entendiste que el afecto de señor MacArthur no era tuyo, porque le correspondía a otra persona, yo entendí que el señor Miller no era para mí, y que su corazón era para ti.

Volvieron a abrazarse y Becca respiró tranquila. Emily encontraría a alguien que sabría ver la maravillosa persona que era. Merecía ser amada y tener su propia historia de amor.

## Capítulo 20

A pesar de que había pasado la noche entera, y casi cada minuto del día, rememorando la tierna pasión que había compartido con Becca la tarde anterior, Patrick fue de lo más comedido y discreto cuando se topó con ella al llegar al establo para la clase de equitación. Venía acompañada por el resto de sus compañeras y por lady Valery.

Sin embargo, su cuerpo, que no entendía de decoro ni de educación ni de saber estar, reaccionó de forma inmediata a su presencia con el ya consabido agujonazo en su corazón y la ligera incomodidad, también conocida, en otras zonas de su anatomía.

Sonrió a todo el grupo con las acostumbradas fórmulas de todos los días:

—Buenas tardes, miladies. Señoritas... ¿Es posible que luzcan hoy más guapas que ayer?

Cualquier galantería las hacía estallar en carcajadas, que iban seguidas siempre de un ligero carraspeo de lady Valery, quien después le obsequiaba con una mirada reprobadora no muy convencida. Como todos los demás por allí, la prometida de Dunhcan se había acostumbrado a sus zalamerías y atrevimientos.

Imaginaba que, a esas alturas, tanto ella como algunas de las compañeras de Becca tenían conocimiento de sus intenciones respecto a la joven, y clasificaban aquellos halagos como lo que eran: simples tretas para hacerlas reír.

—Señor Miller, es un placer verlo tan recuperado —comentó lady Jane.

—Gracias, milady. Después de todo, tuve suerte y las lesiones curaron bien.

—Buenas tardes, señor Miller —le dijo su ninfa al pasar junto a él.

Para Patrick, el resto de jóvenes desaparecieron de la escena. Estaba convencido de que, en el caso de Rebecca, su pregunta de antes estaba más que justificada. Y la respuesta era un sí. Sin duda, ella estaba aún más bonita que el día anterior.

Avanzó detrás de ella hasta llegar a la puerta de la cuadra donde los esperaba Galatea. Abrió el cubículo y sacó a la yegua, sin poder evitar esbozar una sonrisa durante todo el proceso. Becca también sonreía con timidez y con las mejillas ligeramente sonrosadas. Aunque sus miradas no se cruzaran, ambos podían leerse el pensamiento en ese instante.

—Tengo algo para ti —le susurró, pasándole con disimulo una nota que depositó en la palma de su mano.

Ella lo miró con sorpresa, pero Patrick no le aclaró nada más. Se limitó a cerrarle el puño

sobre el papel y a colocar las manos en su cintura para ayudarla a montar. Becca frunció el delicado ceño por un instante, pero enseguida guardó la nota en el interior de su guante y le puso las manos sobre los hombros para subirse a la montura, sin dejar de observarlo con curiosidad.

Patrick pensó que le encantaría poder ver su expresión cuando la leyese:

«Esta noche, a las ocho, en el jardín trasero», rezaba únicamente aquel trozo de papel.

Una mezcla de excitación y miedo se cernían sobre él desde que había decidido programar aquella cita, pues lo que se proponía era dar el paso más importante de su vida.

Contaba con la aprobación de lady Cinthya, a la que había acudido a visitar bastante temprano esa mañana. La baronesa se había mostrado complacida por su petición, pues al parecer, Becca ya la había puesto en antecedentes.

«La única condición que le pongo es que la haga feliz», le había dicho la baronesa. Patrick le había garantizado que pondría todo su empeño en ello.

Iba a proponerle matrimonio esa noche.

Y quería que todo fuese perfecto.

Era muy consciente de que no era el mejor candidato a marido. Las jóvenes de la Escuela de Señoritas de lady Acton aspiraban a casarse con condes y marqueses, tal y como le había explicado Dunhcan el día que la conoció. Él no era ni lo uno ni lo otro. Era un joven trabajador, de familia humilde, algo temerario y atrevido. Tan atrevido, de hecho, que había osado poner sus ojos sobre una chica que estaba muy por encima de él en la escala social. Una joven maravillosa que no merecía un novio que la dejara compuesta y comprometida, durante meses, para cruzar el mundo. Y ese era precisamente el miedo que lo acobardaba. ¿Y si Becca decidía que no merecía la pena esperar? ¿Y si, a pesar de todo, sus sentimientos no estaban lo suficientemente consolidados como para comprometerse?

No. Eso no iba a ocurrir. Se habían entregado el uno al otro y una joven tan honesta e inocente como su Becca no podía regalar algo tan íntimo a un hombre para después decidir que no lo quería como marido.

Le había dicho que le esperaría. Se lo había prometido.

La miró desde el cercado con una pena infinita. Ambos iban a sufrir durante aquellos meses de separación, pero sospechaba que Becca sería la más perjudicada, pues, a fin de cuentas, él estaba a punto de iniciar una aventura, y sería ella quien se quedara aguardando su regreso.

Tenía que partir al día siguiente hacia el puerto de Plymouth, al que tardaría alrededor de dos días en llegar, y sentía como si cada minuto que pasaba le rasgase las entrañas. Aunque nadie pudiera advertirlo, estaba haciendo auténticos esfuerzos para no caer presa de la desesperación. ¿Qué le quedaba junto a Becca? ¿Horas? ¿Minutos?

Necesitaba verla esa noche, y necesitaba estirar cada segundo a su lado para poder construir los recuerdos que lo mantuvieran cuerdo durante la larga travesía en alta mar.

«Becca. Mi Becca», murmuró para sí.

Observó cómo ella ejecutaba a la perfección el movimiento que Dunhcan le había propuesto al

inicio de la clase. Se le estaba dando muy bien realizar paradas en el trote, y Patrick no podía sentirse más orgulloso de ella.

Sabía que había sido su belleza lo que le había cautivado en un primer momento. Fueron aquellos luceros de sus ojos los que lo hechizaron desde el preciso instante en que la vio por primera vez. Pero no se había enamorado de su bonito rostro, sino de su lealtad y de su ternura, de aquella delicada fragilidad que lo había convencido de que ella lo necesitaba. Nunca había sentido que nadie lo necesitase, a él, a Patrick Miller. Y tampoco había sido consciente de necesitar a alguien para sí mismo, más allá de su propia familia.

Pero Becca le había enseñado que él también podía ser vulnerable, que vivir sin la dueña de su corazón podría llegar a destruirle.

Todos aplaudieron cuando la última de las alumnas, la señorita Lorianne Bowler, consiguió ejecutar el ejercicio con una técnica perfecta. Acto seguido, las alumnas se dirigieron hasta el establo y Patrick se encaminó también hacia allí. Quería ayudar a desmontar a Becca de su yegua una última vez antes de marcharse.

Como un chiquillo impaciente, Patrick volvió a consultar el reloj de bolsillo. Becca se retrasaba ya diez minutos, y su desbocada mente había empezado a pergeñar ideas absurdas sobre abandonos, traiciones y huidas.

El secuestro también era algo que había barajado en ese *impasse*. No tendría que echarla de menos si la raptaba y la llevaba con él a Alepo. Los casaría el capitán del barco en Plymouth y tendrían una emocionante luna de miel en alta mar.

Casi empezaba a complacerle la idea cuando escuchó el sonido de unas pisadas a su izquierda. Volvió la cabeza y allí estaba ella, hermosa y radiante como el sueño de un adolescente.

—Tardona —susurró al tiempo que la tomaba en sus brazos para besarla con impaciente pasión.

No era lo que tenía pensado; ni siquiera había elaborado planes sobre lo que haría o diría, pero antes de darse cuenta ambos estaban tumbados en el suelo, acariciándose por todos lados y devorándose la boca.

—Nos van a ver —lo regañó ella entre risas cuando consiguió sacárselo de encima unos segundos.

Patrick levantó la vista, y se dio cuenta de lo cerca que estaban de la cristalera que separaba la casa del jardín. Con un quejido resignado, se puso en pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse. Le dio un delicado beso en la frente y tiró de ella con la intención de conducirla a un lugar más privado.

—¿No vas a decirme para qué me has citado? —preguntó ella con tono suspicaz, mientras caminaban en dirección a una zona de árboles que había antes de llegar al invernadero de la mansión.

—¿Acaso no es evidente? —le respondió con malicia cuando consiguió internarse entre la masa

de sauces—. Pienso hacerte el amor en el jardín de tu escuela.

Becca se detuvo de golpe y lo miró con ojos desorbitados. Patrick estalló en una carcajada y se volvió hacia ella para volver a abrazarla.

—No seas boba, Becca. No lo decía en serio —se disculpó al tiempo que dejaba caer tiernos besos sobre sus mejillas, su nariz y su frente—. Aunque, he de reconocer, que no hay nada que desee más en este mundo que volver a perderme en tu cuerpo de seda, amor mío.

—Patrick... —Su voz no fue más que un murmullo. Las manos femeninas se apoyaron contra su pecho, pero no para apartarlo sino para fundirse con él.

—Te deseo de tantas formas distintas, Rebecca... —confesó—. No puedes imaginar...

Se detuvo, pues sus palabras se habían preñado de angustia y desazón.

—¿Qué? —exigió ella con dulzura.

Patrick cerró los ojos con fuerza y pegó la boca a su frente. La apretó contra su cuerpo y dejó escapar todo el aire de sus pulmones.

—No dejo de preguntarme cómo voy a soportar los meses que tendré que pasar alejado de ti —reconoció con pesar—. ¿Qué haré con esta hambre, Rebecca? ¿Qué haré con estas ganas constantes de besarte y tenerte abrazada?

Patrick la estrechó durante unos instantes, aprendiendo la forma en que sus cuerpos encajaban, memorizándola. Cuando la escuchó sorber por la nariz, fue consciente de que la había hecho llorar.

—No, mi amor. No llores —le suplicó, tomando su cara entre las manos—. Qué tonto soy. No debería decirte estas cosas cuando tú también debes soportar mi ausencia.

—Me voy a sentir muy sola sin ti —le aseguró con los ojos cuajados de lágrimas—. Y... y tengo miedo de que no seas el mismo cuando vuelvas, que ya no...

—Mírame bien, Rebecca —pidió con toda la seriedad de que era capaz—. Te prometo que mis sentimientos por ti no cambiarán. Los cuidaré y los conservaré intactos para ti. Volveré tan pronto como pueda y, cuando estemos juntos de nuevo, te convertiré en mi esposa —declaró, solemne—. Si tú me aceptas.

Becca observó, conmovida, como Patrick hincaba una rodilla en el suelo. Lo contempló con aquellos preciosos ojos turquesas, que jamás escondían sus emociones, y se mordió el labio inferior, mientras una lágrima descendía por su mejilla.

—Rebecca, sé que no soy el mejor hombre y que es un gran sacrificio el que te pido. No tengo nada que ofrecerte más que la promesa de una vida que aún no puedo garantizar. Aunque me duela separarme de ti, también me marcho para tener un futuro que poner a tus pies. Ese es el único motivo por el que continúo con esta locura. Pero, mi amor, necesito saber que me esperarás o me volveré loco. Necesito que tú, Rebecca Grant, aceptes ser mi esposa... cuando vuelva.

—Patrick, mi amor —susurró Becca, poniéndose de rodillas frente a él—. Eres el mejor hombre que conozco —declaró—, el más dulce y tierno que yo podría haber soñado. Cuando me miras, siento que harías cualquier cosa por verme feliz. Puede que tú no lo sepas, pero ese ha sido

siempre mi sueño. Contigo siento que ya tengo una familia. Y, algún día, cuando pasen muchos años, esa familia será muy grande y estará llena de amor. Porque, sí, Patrick Miller. Te esperaré. Claro que te esperaré. Y me casaré contigo... cuando vuelvas a mí.

Patrick no pudo evitar la carcajada de euforia que salió de su pecho y tampoco quiso hacerlo. Se sintió liberado del peso que había cargado durante todo el día; desde la noche anterior, en realidad. O, quizás, aquella presión en su pecho no había hecho más que crecer desde que, casi un mes atrás, sus ojos se posaran sobre aquellos océanos azules que habían atado su corazón con hilos invisibles. Sí, aquel día había comenzado su pequeña tortura. Por fortuna, el destino había querido para ellos un final feliz.

—Te amo, Rebecca Grant.

—Y yo también te amo, Patrick Miller —respondió con solemnidad.

Sellaron sus promesas con besos que cada uno de ellos guardó en la memoria. Se liberaron de las ropas y acariciaron cada porción de piel que después tendrían meses para extrañar. Patrick exploró con sus labios todos los rincones de aquel cuerpo que temblaba bajo el suyo. Becca aprendió el tacto de su amante y se dejó seducir por aquella trémula pasión que él le había descubierto. Se contaron su cariño y su deseo con palabras susurradas que los elevaron hasta ese lugar maravilloso en el que se convirtieron en uno solo. Y se entregaron el alma. Para siempre.

A Patrick no le había ocurrido, con anterioridad, que se viera obligado a marcharse de un lugar donde quería quedarse. Se había levantado esa mañana con una sensación agridulce en el pecho, pues el recuerdo de la pasión compartida horas antes con Becca, se mezclaba con la culpabilidad por el sufrimiento que le iba a provocar con su partida.

Él mismo se sentía deprimido, pero se aseguró de tomar un buen desayuno antes de salir al patio delantero de la casa, donde Dunhcan Bissop y Gregory Colton estaban ultimando detalles sobre el itinerario.

Miró en dirección al cruce de Rosebush Street. En cualquier momento debían llegar Becca y lady Valery, pues esta última le había prometido que se encargaría de que pudieran despedirse.

—¿Preparado? —preguntó su primo, acercándose a él.

—Todo lo preparado que uno puede estar —aseguró.

—Colton lleva toda la documentación y los poderes para poder cerrar la operación. No deberíais tener ningún retraso ni contratiempo, pero si lo hubiera... —lo miró con preocupación—, debes tener presente que vuestra seguridad está antes que cualquier otra cosa. ¿Entendido?

—Dunhcan, ya lo hemos hablado, no hay ningún motivo para temer nada. Pero te prometo que, ante el menor peligro, pondré pies en polvorosa. Ahora tengo un motivo demasiado importante para volver.

Su primo esbozó una sonrisa pesarosa.

—Siento ser la causa de...

—Ni lo digas —le interrumpió—. Ya te dije que me estás ofreciendo una oportunidad para encauzar mi vida, y no voy a desperdiciarla.

Era una conversación que se había repetido en los últimos días. El otro le recordaba constantemente que no era necesario que viajara hasta Alepo para poder hacerse cargo de la doma de sus caballos de carrera; era un puesto que pensaba ofrecerle igualmente. Sin embargo, Patrick había llegado a la conclusión de que aquella operación era trascendental para el negocio de su primo y de todos los Bissop. Serían los únicos criadores de Inglaterra que tuvieran sus propios sementales Darley y Byerley.

Cumplir aquella misión era el mejor modo de ayudar a su familia, de engrandecer el nombre de las caballerizas de los Bissop y conseguir, al mismo tiempo, el respeto que deseaba como profesional.

—Dunhcan —añadió, al darse cuenta de que necesitaba pedirle un último favor—, quiero que me prometas que cuidarás de Rebecca en mi ausencia. Su tía se marcha a Escocia con el profesor MacArthur y no quiero que se sienta abandonada por todos los que le importan.

—Tranquilo, muchacho. —La confirmación vino acompañada de un pequeño apretón en el hombro—. Valery es muy protectora con las alumnas, y sé que siente un cariño especial por Becca. Le diré que no despegue los ojos de ella.

—Te lo agradezco.

—Patrick, he estado pensando que un joven intrépido y fogoso como tú lo eres podría tener la tentación de aliviar sus necesidades... físicas durante la travesía —apuntó Dunhcan con expresión seria. Estuvo a punto de protestar, pero su primo le pidió calma con un gesto de su mano—. No te estoy diciendo que no lo hagas. Eres tú quien debe decidir qué clase de hombre quieres ser, pero has de ser consciente de que la lealtad es una cualidad que tú esperas de ella. Lo justo sería que ella pudiera esperarla de ti. Es una joven maravillosa, Patrick. Su nobleza y su gran corazón hacen de ella una mujer digna de todo el respeto. Y sé, porque te conozco, que, si cometieras el error de no recordarlo, podrías dejar de respetarte a ti mismo.

El enfado de Patrick se fue tan rápido como había llegado. La suposición de su primo le había ofendido hasta el punto de querer darle un puñetazo en su bien configurado rostro, pero al darse cuenta de que intentaba favorecerles a ambos no había tenido más remedio que condescender con su afán protector.

—Ni siquiera contemplaba tener el derecho a satisfacer mis necesidades, como tú las llamas. Creo, además, que ninguna otra podría, Dunhcan. La... quiero de verdad. Ya te dije que quiero ser la clase de hombre merecedor de ella. Nunca la traicionaría de ese modo.

—Bien, muchacho. Me alegra escuchar eso. Tú ve tranquilo, que yo me encargaré de que nada le falte en tu ausencia —le prometió con solemnidad—. Por cierto, ahí están.

Patrick se giró para recibirlas con cierto nerviosismo. Becca estaba preciosa esa mañana. Se había puesto un sencillo vestido de color melocotón con un sutil estampado de flores azules. Llevaba uno de esos sombreros tan favorecedores, que convertía su rostro en un pequeño óvalo de

porcelana y realzaba el fulgor de su melena cobriza.

Su prometida.

La mujer a la que uniría su vida para siempre. Cuando volviese.

La sonrisa de Becca fue deslumbrante al saludarlo.

—Buenos días, señor Miller.

—Buenos días, señorita Grant. Lady Valery...

—Oh, señor Bissop —rectificó Becca al darse cuenta de su olvido—, buenos días a usted también.

—Tranquila, señorita Grant —la disculpó su primo con un guiño cómplice—, es comprensible que ni me haya visto. Es más, creo que podrían dar un pequeño paseo mientras lady Valery y yo nos aseguramos de que está todo preparado para la partida.

—Excelente idea, Dunhcan —respondió él, ofreciendo su brazo a Becca, quien lo tomó tras una elegante venia.

Pasearon unos minutos en silencio, disfrutando del sencillo acto de estar en presencia del otro.

—¿Has dormido bien? —le preguntó al fin.

—Apenas —confesó con aire distraído—. Supongo que al principio me costará hacerme a la idea y te echaré mucho de menos. Al menos eso dice Rose.

—¿Qué es lo que te dice, exactamente? —Se detuvieron junto a la cerca donde pastaban cuatro de los potrillos. Patrick tomó un fino mechón que se le había escapado a ella del recogido y lo colocó detrás de su oreja.

—Que sentiré algo de congoja los primeros días, pero que será una sensación que irá mejorando poco a poco —explicó con una madurez que le ofreció gran consuelo—. Sé que será duro, y que pueden pasar muchos meses hasta tu vuelta, pero tendré paciencia y sabré esperar.

—Becca, hay algo de lo que no hemos hablado y que debe ser dicho. Mi primo Dunhcan me ha hecho una advertencia que... Bueno, me resulta extraño comentar esto con una dama. —Su apuro debía ser evidente, pues su prometida lo miraba entre expectante y divertida—. Ni siquiera sé si estoy incumpliendo alguna norma del cortejo formal, pero yo... bueno, quería que supieras que no habrá ninguna mujer durante el viaje.

Durante un instante, ella no hizo otra cosa que pestañear, con expresión absorta. Desvió la vista hacia el suelo, y después volvió a enlazarla con la suya.

—¿Pensabas tener otra mujer? —musitó ella, dejando salir una tristeza que casi le partió el corazón.

—¡No! —Patrick sintió que enrojecía de vergüenza—. ¡Jamás he pensado en tener otra mujer! Ay, Dios, lo estoy complicando. Te seré fiel. Siempre. A eso me refiero, mi amor. La advertencia de Dunhcan no era necesaria, porque jamás se me pasaría por la cabeza traicionarte de ese modo.

Comprendió que se había hecho entender cuando el semblante de Becca se inundó de alivio. Ella cerró los ojos y dejó salir un jadeo, seguido de una carcajada sorda.

—Se me había parado el corazón —confesó.

—Lo siento, mi amor —dijo al tiempo que la abrazaba.

—¡Patrick! —ladró Dunhcan Bissop desde el carruaje, donde lady Valery y él le esperaban.

—¡Lo sé! ¡Lo sé! —respondió con resignación. Se apartó de Becca, aunque se permitió el atrevimiento, ya que lo habían amonestado, de rozar sus labios con ternura antes de dar un paso atrás—. No es ni una miserable parte de lo que querría ofrecerte en un beso...

Becca le concedió una sonrisa compasiva y acercó una mano para acariciarle la mejilla.

—Tendrá que bastarnos.

—Por ahora —añadió con un guiño travieso.

—Por ahora.

Becca lo tomó de la mano con decisión, y se dirigieron juntos hacia el carruaje en el que ya se había acomodado Gregory Colton, su compañero de viaje durante los próximos meses.

Lady Valery, que era bastante comedida en las demostraciones de afecto, por lo general, le dio un efusivo abrazo y le pidió que se cuidara. Dunhcan, sin embargo, no se guardaba nunca nada; el fuerte apretón que le dio fue una prueba evidente de todo el cariño que le tenía, y también de la preocupación que lo acuciaría hasta que volviese.

—Estaré bien —les prometió a ambos.

Después se giró hacia Becca. Con solo mirarla, pensó que sería incapaz de despedirse. Se le retorció un nudo en el estómago; un clamor interior le gritó que la agarrase fuerte y que no la soltase jamás. Inspiró hondo para acallar aquellos miedos y se dijo a sí mismo que tenía que consolarla a ella, asegurarle que todo iría bien.

—No desperdiciaré ni un solo segundo. Mi único objetivo será volver cuanto antes a tu lado. Y, después, te prometo que compensaré cada día que no hemos estado juntos.

Becca rio con nerviosismo y tomó sus manos.

—Y yo te prometo que no lloraré ni perderé la esperanza. Estaré esperando cuando vuelvas, y te ayudaré a compensar todos esos días.

Ambos rieron juntos, aunque lo que necesitaran fuese llorar. Obviando cualquier límite moral o de recato, tomó el rostro de su prometida entre las manos y fundió los labios con los suyos. No fue el beso más casto, aunque tampoco el que le hubiera gustado dejar como recuerdo. Nadie carraspeó ni protestó mientras se despedían, nada se oyó excepto sus agitadas respiraciones y el clamor de sus corazones.

—Hasta pronto, mi amor —susurró antes de girarse y montarse en el carruaje.

No bien cerró la portezuela, Dunhcan y lady Valery se acercaron a Becca, y esta última le pasó un brazo por los hombros.

Becca no lloraba ni mostraba tristeza alguna en su rostro inmaculado. Como si fuera consciente de cuánto necesitaba él de su entereza, le sonrió con esa dulzura tan suya, cuyo recuerdo iba a convertirse en su inestimable compañero de viaje.

—Pon cuidado en volver —le solicitó con un mohín cariñoso.

Patrick sacó una mano por la ventanilla, y ella extendió una de las suyas para poder tocarse por

última vez.

—Te escribiré en cuanto llegue. Cuídate tú también.

Mientras el carruaje se alejaba, Patrick no pudo dejar de mirar hasta que las siluetas de Dunhcan, lady Valery y Becca se convirtieron en miniaturas borrosas. Siguió asomado mientras recorrían King's Road hasta la plaza de la leyenda y mucho después de que tomaran el camino viejo hacia Londres. Minstrel Valley se hizo pequeñito ante sus ojos, y fue consciente de dejar allí gran parte de todo cuanto le importaba.

Se apoyó contra el respaldo y cerró los ojos. A partir de ese momento, tendría que sostenerse solo con los recuerdos.

## Epílogo

**J**ulio de 1838.  
*Minstrel Valley.*

Los temores por encontrar una Becca enflaquecida y ojerosa se desvanecieron nada más poner un pie en Minstrel Valley, pues la encontró mucho más hermosa y lozana de lo que la recordaba.

La incertidumbre había sido su compañera de viaje durante aquellos meses en los que no había tenido noticias de ella, pues era imposible para Patrick recibir correo en el lejano Alepo, donde finalmente solo permaneció unas escasas semanas, ya que logró cerrar con éxito la operación comercial en un tiempo récord. Sin embargo, él sí que le escribió todos los días cuando estuvo en la ciudad otomana. Nada más llegar, envió la primera carta narrando brevemente su viaje en barco e informando de la fecha aproximada en que volvería. Durante todo ese tiempo, no había dejado de preguntarse si Becca estaría sobrellevando su ausencia o si, por el contrario, se vería consumida por la pena y el sentimiento de abandono.

Para su alivio, su prometida no solo no se había dejado llevar por la tristeza y la anhedonia, sino que había estado realmente ocupada: el día de su llegada a Minstrel Valley le comunicó que se casarían el día siguiente.

Con gran sorpresa, descubrió que, durante aquellos meses, lady Cinthya, lady Valery, Dunhcan y ella se habían encargado de todos los preparativos para que la ceremonia pudiera tener lugar en cuanto él volviese de Alepo. Toda su familia había viajado a Hertfordshire una semana antes; se había engalanado el jardín de la escuela, donde se celebraría el banquete de bodas; las flores más exquisitas habían sido reservadas para que la iglesia de Saint Mary luciese digna para la ocasión... Incluso habían pensado en el alojamiento de los recién casados. Dunhcan se había encargado de alquilar y preparar una pequeña casa de dos habitaciones, en West Road, en la que se quedarían durante sus estancias en Minstrel Valley.

Todo era perfecto y había sido preparado minuciosamente. Patrick habría sido el hombre más feliz del mundo al descubrir aquello si no fuera porque no pudo estar ni un minuto a solas con su futura esposa.

Como si de una marabunta se tratase, había miembros de la familia Bissop por todas partes.

Desde el mismo instante en que se bajó del carruaje con Gregory Colton, el capataz de la finca, lo habían rodeado como un asfixiante nudo gordiano. Becca, que precisamente estaba en las

caballerizas junto a lady Valery, dando instrucciones a sus familiares para el día siguiente, apenas había podido acercarse a él. Con el rostro arrebolado de felicidad, le comunicó la noticia y le dio un inocente beso en la mejilla.

¡En la mejilla!

El único motivo por el que no enloqueció fue porque ella parecía tan emocionada y feliz que bien valía la pena sofrenar sus ansias de intimidad con tal de verla disfrutar de aquella merecida recompensa.

Sin embargo, Patrick... Bien, a él podrían haberlo immortalizado en el momento mismo de conocer la noticia, y el artista jamás habría logrado captar su grado de estupefacción.

—Becca... —logró murmurar en medio de la algarabía—. ¿Estás segura de que esto es lo que quieres?

Por el amor de Dios, ni siquiera había tenido tiempo de comprobar si sus sentimientos por él habían sufrido la erosión del tiempo. Los suyos, sin lugar a duda, habían salido reforzados.

—¿De que quiero casarme contigo? —preguntó con una mueca concentrada. Realmente, sus familiares hacían mucho ruido. Cuando Patrick la vio asentir, esbozó una gran sonrisa—. No hay nada que anhele más. Pero tú debes quererlo también.

—¡Y lo quiero! —confirmó con efusión—. Lo que ocurre es que todo es una... locura.

Becca lo miró durante un instante infinito, con una mezcla de adoración y compasión. Después, echó un vistazo alrededor y, con una pícaro sonrisa, tiró de su mano y lo llevó hasta el establo, cuyas puertas habían sido abiertas para guardar su preciosa carga: dos deslumbrantes Byerley Turk que harían de los Bissop los líderes de la ganadería equina en Inglaterra.

Se sentía muy orgulloso de su operación comercial, y Dunhcan había estado bastante emocionado al contemplarlos por primera vez.

—Cariño, lo lamento —dijo Becca no bien atravesaron las dos grandes puertas de madera. Su familia aún podía verlos si estiraban mucho el cuello, pero parecían poco proclives a molestarles—. Te aseguro que tuvimos algún control de la situación hasta que llegaron tu madre y tu tía. —Patrick se echó un paso hacia atrás para mirar en dirección a donde se encontraban Portia Miller y Adeline Bissop. Las dos mostraban en ese momento gran regocijo mientras hablaban—. Después, todo se precipitó cuando enviaste la carta desde Plymouth advirtiéndonos de tu llegada. Todo se volvió... frenético.

—Sí, eso suena como algo que harían Portia y Adeline... —concluyó resignado.

—Pero, si no quieres casarte mañana...

Patrick la detuvo poniendo los labios sobre los suyos y besándola como había estado deseando hacerlo desde que se bajó del carruaje y la vio. ¡Señor! Cuánto había echado de menos el sabor de esa boca, su tacto y su dulzura.

—Como si quieren casarnos ahora mismo —declaró entre beso y beso—. En mi corazón ya eres mi esposa, Becca. Ya lo eras cuando me fui.

La empujó contra el travesaño de una cuadra vacía y la abrazó con fuerza mientras la exploraba.

Becca se entregó con absoluto entusiasmo a sus caricias. Enredó los dedos entre su cabello y gimió de placer cuando Patrick rodeó uno de sus generosos senos. Lo masajéo con adoración y frotó la enhiesta punta mientras le susurraba cuánto la había echado de menos. Becca le confesó cuánto le gustaba que la tocara, y Patrick estuvo a punto de cerrar las puertas del establo y tomarla allí mismo, a diez pasos de su maldita familia.

Pero ellos debían considerar que ya les habían dado espacio suficiente para reencontrarse el uno con el otro, porque comenzó a escuchar las voces de Thomas y Dunhcan.

—Tengo que volver a ver a esos ejemplares turcos —dijo en voz demasiado alta el mayor de los Bissop.

—Patrick debe estar visitándolos en el establo —medio gritó Dunhcan.

—Mañana, amor mío... —le susurró Patrick a su prometida un instante antes de que los interrumpiesen.

Aunque solo mediaron poco más de quince horas entre su llegada a Minstrel Valley y su boda, a Patrick se le hicieron eternas.

Asistió, fascinado, a ese momento único en que la silueta de Rebecca, recortada contra el sol que entraba por las puertas de Saint Mary, comenzó a avanzar hacia él. Una sensación de vértigo, muy parecida a la que había sentido a veces a bordo del barco, se instaló en su estómago, y comprendió que estaba nervioso.

Allí estaban todos sus seres queridos, también las alumnas y profesores de la Escuela de Señoritas de lady Acton, además de algunos vecinos del pueblo que no habían querido perderse las nupcias; pero la única persona en la que pensaba era aquella que llegó junto a él y le tomó la mano con una efusiva sonrisa de felicidad.

—Eres la cosa más bonita que he visto en mi vida —murmuró, rememorando otras palabras dichas mucho tiempo atrás.

Patrick levantó el velo y la besó en la mejilla, luego se giraron hacia el altar para recibir las bendiciones de Dios. Apenas fue consciente de las palabras del padre Ellis, pues toda su concentración estaba puesta en el beso que habría de llegar cuando el cura finalizara los esponsales.

—... os declaro marido y mujer.

Impaciente como un niño, Patrick se giró hacia su esposa, la tomó entre los brazos y la besó sin el más mínimo recato o comedimiento. Se adueñó de su boca y ofreció a todos los presentes un espectáculo por el que empezaron a recibir carraspeos y risitas tras algunos prolongados segundos. Cuando al fin la soltó, hasta el padre Ellis se había ruborizado.

Por fortuna, alguna mente privilegiada había creído conveniente que los novios fuesen hasta Minstrel House en un bonito tálburi de color crema con capota, y al fin Patrick tuvo unos instantes para hablar a solas con Rebecca.

—Mi esposa... —Le tomó una mano mientras con la otra sujetaba las riendas. Su sonrisa no podía ser más completa ni más exultante—. ¿Cómo te sientes? Apenas hemos podido cruzar dos palabras en todo el día. Y ayer mucho menos.

—Bueno, ayer hiciste algo más que decirme dos palabras en el establo —rio ella con descaro—. Jamás había visto al señor Bissop sonrojarse.

Patrick también rio al recordar la cara de sus primos cuando le pillaron aún pegado a Becca el día anterior.

—Ellos se lo buscaron. Si por mi hubiera sido, habríamos tenido allí nuestra *tarde* de bodas. No imaginas mi impaciencia por que llegue ese momento.

Becca se ruborizó de un modo delicioso y le apretó un poco más la mano.

—¿Me has... echado de menos?

Patrick cerró los ojos de pura desesperación.

—Dios mío, Rebecca, ni siquiera alcanzaría a explicarte lo mucho que he sufrido sin poder verte ni tocarte en todos estos meses.

Patrick había tejido muchos sueños durante su larga travesía. Tenía por delante una larga lista de fantasías que enseñarle a su esposa.

—Yo también he... deseado... tocarte —confesó al tiempo que se mordía el labio inferior.

—Ah, ¿sí? —preguntó con picardía envolviendo su cintura con un brazo y pegándola más a él—. Así que, señora Miller, ¿no solo ha extrañado mi entrañable persona sino mi... pericia como amante?

—No te lo tengas tan creído —respondió con aire altanero y risueño.

—Soy consciente de que todo el mérito es tuyo —continuó bromeando—. Pero, entiéndelo, después de tantos meses, un hombre necesita reafirmarse.

—Te garantizo, señor Miller —concluyó ella con una sonrisa canalla—, que esta noche dejaré que te reafirmes todo lo que quieras.

El hermoso rostro de su esposa le dijo todo cuanto necesitaba saber. Cuando ella se mordió el labio inferior con traviesa expectación, supo que, por mucho que tardara en llegar y por largo que se hiciera el día, aquella noche sería gloriosa.

¿Se podía ser más feliz? Sí, sí se podía. Patrick se lo iba a demostrar en unos instantes.

Becca subió a su alcoba unos minutos antes de que él lo hiciera; quería que la encontrara lista. Buscó a Mary para que la ayudara, pero no la vio por ningún lado.

Trató de serenar su corazón y se apoyó en uno de los postes de la cama. El lecho estaba precioso. Lo habían adornado con pétalos de rosa, igual que el suelo.

De pronto, la puerta se abrió y supo que era él quien entraba. Sus pasos lo delataron. No se giró, pero percibió que la contemplaba y se recreó en las sensaciones que eso le provocaba.

Llegó hasta ella y se pegó a su espalda, para susurrarle muy bajito en el oído:

—Señora Miller, he de profesarle mi más profundo agradecimiento por esta cuidada puesta en escena.

Besó la tersa piel de detrás de su oreja, y todo su cuerpo se estremeció.

Sonaba emocionado. Becca sintió el calor de la palma de su mano en la cintura y se arrimó más a él. La voz le llegó a lo más profundo de su ser y ladeó la cabeza para dejar que Patrick accediera mejor a su cuello. Él se recreó en besarla con parsimonia, sin prisa.

Luego, lo miró, y sus ojos aguamarina se engancharon a los castaños de su marido. Le asombraba la capacidad que tenía él de hacer que su corazón se agitara.

—Tu familia se ha encargado de todo. También era una sorpresa para mí.

—Deben de querernos mucho —respondió él con una plácida sonrisa—. Recuérdame que se lo agradezca a esa panda de ruidosos. Solo por ver tu rostro en este momento les debo mi eterna gratitud.

—¿Mi rostro? —preguntó, confundida.

—Pareces... feliz —declaró él con una tierna caricia en su mejilla—. Y eso es lo único a lo que yo aspiro, Becca. Quiero que hoy, y siempre, te sientas dichosa; que nunca te arrepientas de quererme, de haberme esperado, de casarte conmigo.

—Soy feliz —le susurró con la garganta oprimida por la emoción—. Me haces feliz.

La besó. La besó de esa forma que tanto le gustaba y le hacía perder el sentido.

—Aún nos falta el momento más dulce —le explicó él—. He soñado tanto con este instante.

Volvió a besarla.

—Si me das un momento, llamaré a Mary. Yo... quería estar lista para ti —murmuró con rubor en las mejillas.

—Quiero desnudarte yo, descubrir poco a poco todos los secretos que escondes bajo estas ropas. Le dije a Mary que se fuera a Rosewall House. No quiero que ahogues tus suspiros por temor a que puedan escucharte.

Sintió que le ardía la cara, pero agradeció en silencio aquel detalle.

—Me gustas tanto cuando se te arrebolan así las mejillas...

Notó cómo sus manos diestras abrían los diminutos botones del vestido por su espalda, a la vez que la colmaba de besos en el arco del cuello. Luego internó los dedos en su pelo y deshizo el recogido que llevaba. En un segundo, el cabello se desparramó por sus hombros, y Patrick perdió toda la compostura que trataba de controlar. Becca rio al sentirlo acelerado.

—Prometo que quería desvestirte despacio. Imaginé este momento tantas noches —susurró Patrick—. Tú esperándome con tu vestido de novia, y yo quitándotelo.

—Yo también he soñado con él, y también con desvestirte.

Disfrutó de todos los besos y roces que le prodigaba mientras le retiraba cada prenda que la cubría. Ella, por su parte, decidió que era su momento para desnudarlo.

—Señor Miller, lleva aún mucha ropa.

Patrick se había quitado la chaqueta en algún instante; Becca se dispuso a liberarlo primero del chaleco, luego deshizo el nudo del pañuelo de su cuello y lo deslizó hasta el suelo muy despacio. Abrió la camisa blanca con dedos temblorosos, y cuando encontró su torso fuerte y musculoso

posó allí los labios y le regaló montones de suaves caricias que tenía guardadas para él. Subió por su cuello hasta llegar a la boca para fundirse en un beso apasionado.

—¿Te he dicho que te amo? —preguntó Patrick, con la voz tomada, a la vez que besaba su nariz y, con la mano abierta en la parte baja de su espalda, la apretaba contra él.

Becca sintió toda su excitación y eso elevó aún más la temperatura de su cuerpo. Se arqueó un poco para mirarlo a los ojos.

—No, no desde hace un rato. —Patrick la observó con una ceja levantada y una mueca traviesa que la hicieron reír. Clavó sus ojos en ella—. ¡Eres un tunante! La primera vez que nos vimos ya me miraste así.

—Así, ¿cómo? ¿Con deseo? ¿Con ganas de tumbarte y enseñarte los más placenteros juegos? Rebecca Miller, la primera vez que te vi me enamoraste.

—Tú eras dueño de mi mente y de mis sueños, no sé desde cuándo te quiero, pero quizás también desde aquel primer día.

La tomó en brazos y la llevó al lecho, hincó una rodilla en el colchón y la depositó con cuidado, sin separar los labios de los suyos. Becca se perdió en aquel beso ardiente que prometía una pasión arrolladora.

Cuando él se separó, observó sin vergüenza cómo se quitaba la camisa, luego los pantalones y los calzones. Se deleitó en contemplar su musculoso cuerpo, sus largas piernas y su miembro, que ya estaba muy preparado para tomarla.

Patrick se subió a la cama y, en vez de tumbarse a su lado como esperaba, se entretuvo en retirarle muy despacio las medias. A la vez que las deslizaba por sus piernas, iba depositando besos sobre su piel; primero con una, y después con la otra. Acto seguido, buscó con la boca el centro de su placer.

Becca arqueó la espalda al sentir su lengua en aquella zona tan íntima que él se dispuso a mimar. Con la camisola arremangada en la cintura, creyó desfallecer. Gimió muy alto al sentir cómo la exploraba.

Enfebrecida, cuando él se irguió sobre ella, se incorporó hasta quedar sentada frente a él para besarla, y, entonces, él le quitó por fin aquella prenda que se interponía entre ellos dos y no le permitía sentirlo.

—Amor mío, me haces tan feliz —susurró.

Quiso acariciarlo, pero él se lo impidió.

—Si me tocas perderé el control, y quiero que sea una noche muy larga. No hay nada más dulce que el sabor de tu cuerpo, y quiero lamerte entera —confesó Patrick. Con suavidad, apartó un mechón de su cabello que cubría uno de sus senos. Rozó el montículo con la yema de los dedos para, al instante, meterlo en su boca al tiempo que acariciaba el otro con fruición. Becca suspiró ante aquellas tiernas atenciones—. Voy a hacerte el amor hasta que desfallezcamos y las fuerzas me impidan seguir amándote. Pero entonces, al despertar, volveré a tomarte, porque tengo que saciar las ganas que acumulé cada noche que estuvimos alejados. Aunque no creo que pueda

calmar nunca mis ansias de ti.

—Pero yo también quiero tocarte y hacerte sentir todo esto que tú me ofreces —se quejó con un puchero.

Él rio y la miró con los ojos llenos de deseo.

—Lo harás, luego, cuando te haya llevado al cielo.

Becca se dejó caer en la cama con él encima. Patrick le susurró, con palabras prohibidas, todas las formas en las que pensaba amarla, mientras la veneraba con sus labios y su cuerpo. No sabía que algunas pudieran lograrse, pero estaba convencida de que él no descansaría hasta mostrarle de todas las maneras posibles cuánto la quería. Y ella pensaba seguirle en su locura.

Mucho después, cuando yacían laxos y saciados acurrucados en los brazos del otro, la sorprendió.

—Amor, me hubiera gustado esperar todavía algún tiempo, tenerte toda para mí al menos un año, pero he sido un incauto y me he dejado arrastrar por la pasión... —suspiró—, quizás hayamos concebido un hijo.

«Un hijo».

Aquella era una de las palabras que Becca nunca había pronunciado en su mente, sin embargo, en ese instante lo deseó con intensidad. Un hijo de él, de su amor, de Patrick. El principio de todo, una familia.

—Ámame otra vez, Patrick y así nos aseguramos.

La risa de su esposo, pegada a su pecho, la completó.

—¡Oh, Dios! Te quiero... —susurró él con el rostro enterrado en su cabello—. ¡Te quiero tanto!

FIN

## Agradecimientos

Toca dar las gracias y no me gustaría que se me quedase nadie en el tintero. Los lapsus y los olvidos son muy puñeteros. Así que empezaré por Lola Gude y por Bethany Bells, por iniciar este proyecto que me ha dado tanto.

Al equipo de *Selecta* y Penguin Random House. Gracias por vuestro apoyo y por mantener la ilusión.

Reconozco que llegué a este proyecto por sorpresa, pero con mucho entusiasmo. Han sido muchos días de intenso trabajo, pero cuando se está tan motivada lo cierto es que no pesan.

Agradezco a las musas que hayan venido a inspirarme y a las primeras lectoras por sus consejos y sugerencias desinteresadas: la generosidad de esta gran familia que se ha formado en Minstrel Valley en inmensa.

Dejadme nombrar a Marta, a Mariam, a Ruth y a Nuria por introducirme en nuestro pequeño pueblo y sus costumbres, ¡gracias por todo!

Ya se ha dicho alguna vez que Minstrel Valley tiene magia, que es el agua lo que hace a este pueblo tan especial. Pero más allá del agua y de todos esos personajes que dejan huella, son las autoras que los han creado quienes representan la magia de ese pequeño rincón en el mundo. Para ellas, las *juglaresas*, va mi agradecimiento.

A ellas y a toda una camarilla de personas sin cuyo apoyo esta novela no estaría completa. Gracias a Laura, Almudena, Juanjo, Ale, María, Agathe, Bárbara y Nieves, nuestra madrina, lady Saxon.

No quiero olvidarme de ti. Gracias por comprar este libro, por leerlo, por tu apoyo. Espero que hayas disfrutado de su lectura, tanto como yo escribiéndolo.

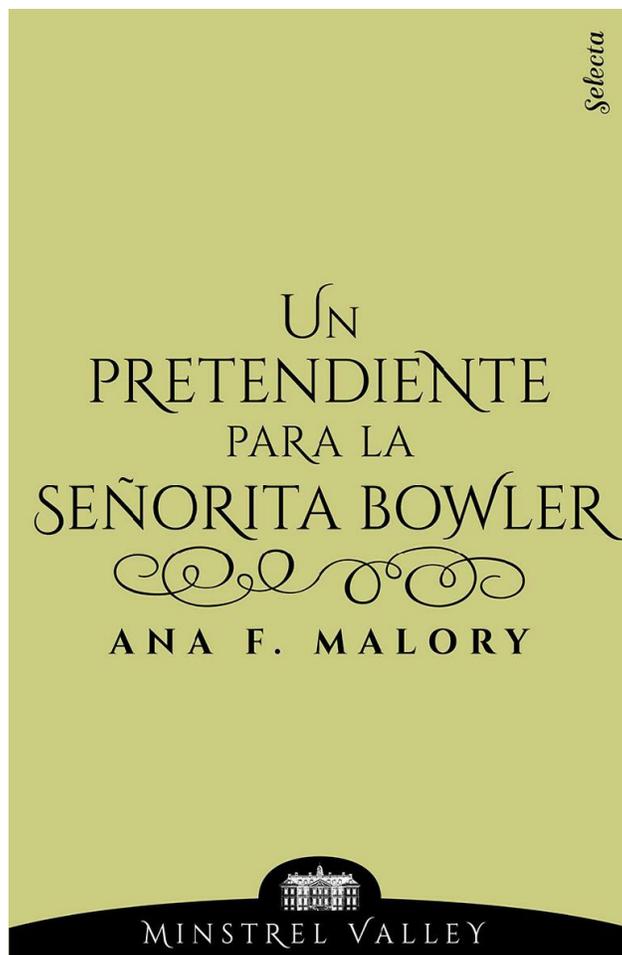
Si te ha gustado

*Un mes para seducir a una dama*

te recomendamos comenzar a leer

*Un pretendiente para la señorita Bowler*

de *Ana F. Malory*



Prólogo

## Hertford, 23 de agosto de 1833

Nerian, sentado junto a su padre, un hombre avejentado más por el trabajo en el campo que por los años cumplidos, observaba con el ceño fruncido al juez de paz que, paciente, aguardaba una contestación. Había sido todo tan repentino, tan inesperado, que no sabía qué decir. Aunque, por la expresión contrita de su superior, se temía que solo una respuesta sería la acertada y que no aceptaría una negativa. Pero ¿qué se le había perdido a él en aquel pueblo?

«Absolutamente nada», se reveló para sus adentros.

Cierto que era una oportunidad única y que algunos de sus compañeros querrían para sí. Entonces, ¿por qué lo había elegido cuando cualquier otro estaría dispuesto a ocupar el cargo de condestable en Minstrel Valley?

—No le des tantas vueltas, muchacho —quebró el silencio el juez con aquella voz suya demasiado aguda para alguien de su envergadura—. Te estoy ofreciendo la oportunidad de tu vida y lo sabes.

—Con todo el respeto, señor... Me gustaría saber qué le ha...

—Seré franco contigo —lo interrumpió al intuir cuál sería su pregunta—. Conozco a tu familia desde hace años y a ti te tengo en alta estima. Eres uno de los mejores hombres de la guardia. —Dudó si continuar—. No me gustaría verte metido en problemas por un capricho pasajero y por eso he tomado esta decisión.

—¿Qué quiere decir? —inquirió más ceñudo aún a causa de la sorpresa, porque ignoraba a qué capricho se refería.

—Tus tonteos con la señorita Dagger han tenido consecuencias...

—¿Tonteos?! —exclamó indignado, aunque sin alzar la voz; no era hombre de perder los estribos—. No he hecho nada de lo que deba avergonzarme, entre Maisie y yo solo existe... amistad. —El leve titubeo restó credibilidad a sus palabras.

—Estoy seguro de ello. Te conozco, sé que eres un hombre cabal y que nada reprochable has hecho. Sin embargo, esa *amistad* ha generado ciertas expectativas románticas a la señorita Dagger. —Alzó la mano para impedir que Nerian lo interrumpiera de nuevo. Cuanto antes aclararan aquel asunto, antes entendería que debía acatar su decisión—. Infundadas —concedió—, pero las tiene, y en este caso es lo único que importa, porque su padre tiene planes para ella y tú no formas parte de ellos.

—¿Qué desilusión! —farfulló sarcástico. Ciertamente Maisie era bonita y que le había robado un beso en la última fiesta del pueblo, pero de ahí a pensar que entre ellos existiera algún tipo de relación... Había que tener la cabeza llena de pájaros para creer semejante tontería.

—Comoquiera que sea, el señor Dagger te quiere *lejos* de su hija —puntualizó—. Busca casarla con alguien importante...

—¿Más que yo?

—Que le reporte beneficios y sobre todo posición —continuó pasando por alto la mordaz

exclamación del muchacho—. Por eso quiero que te traslades a Minstrel Valley.

—Me envía al otro extremo del condado y me aleja de mi familia, por las fantasías de una niña malcriada y el capricho de su codicioso padre —sentenció entre incrédulo y divertido. Era todo tan absurdo—. Hablaré con Maisie, le explicaré que...

—Yo de ti no me acercaría a la muchacha, Dagger está... bastante molesto contigo. —Augus Dagger era un hombre poderoso, rencoroso y cuando no conseguía lo que quería, también peligroso. Deseaba casar a su hija con un par del reino y nada ni nadie se lo iba a impedir. El terrateniente se saldría con la suya como fuera y para ello no dudaría en quitar de en medio al joven.

—Deberías aceptar —se pronunció el señor Worth con la serenidad que lo caracterizaba, aunque Nerian pudo ver la preocupación en los cansados ojos de su padre.

—Me gusta mi trabajo en la guardia —se empecinó aun sabiendo que había perdido la batalla y su futuro se escribiría lejos de los suyos.

## Capítulo 1

### *Minstrel Valley, 1 de octubre de 1837*

Con Showy a la zaga y pendiente como siempre de todos sus movimientos, Nerian dejaba atrás North Road y se adentraba en la calle del cementerio dando por finalizada la ronda de esa tarde. Caminaba sin prisa, disfrutando del rutinario paseo con el que se aseguraba de que en el pueblo todo estuviera en orden. En la mano portaba una ramita desnuda de fresno —con la que de tanto en tanto se golpeaba de forma distraída la cara exterior del muslo— y en los labios, un conato de sonrisa producto de los recuerdos que ese día y por capricho de su mente, le acompañaban.

Había evocado sus inicios en el cuerpo de la guardia siendo apenas un muchacho y pensado en su familia, a la que hacía demasiado tiempo no veía; había rememorado los acontecimientos de los últimos meses —algunos de ellos preocupantes—, también el día en que Showy pasó a formar parte de su vida y en cómo esta última había cambiado desde que, cuatro años atrás, llegara a Minstrel Valley.

No era demasiado tiempo y, sin embargo, tenía la sensación de estar allí desde siempre, de pertenecer al lugar tanto como la abuela Joan o la leyenda del juglar. Conocía a todos y cada uno de los habitantes del valle, se había granjeado la amistad de algunos de ellos, contaba con el respeto de un buen número de vecinos y disponía de casa propia; modesta y que él mismo había

tenido que restaurar por entero... pero suya. Se trataba de un pequeño *cottage* situado a la entrada del pueblo —en el camino de Londres—, de planta baja, con ventanas a ambos lados de la puerta, paredes de piedra, techumbre vegetal oscurecida por el paso del tiempo y un pedacito de terreno en la parte de atrás que algún día esperaba convertir en un bonito jardín.

Sonrió divertido y no sin cierta nostalgia, al recordar la reacción de Olivia Coombs —por aquel entonces maestra del pueblo y actual lady Nortcott— al saber que había adquirido la casita del viejo Perkins.

—¡Pero si se cae a pedazos! —había exclamado antes de ruborizarse por su falta de tacto.

Pero llevaba razón y se lo había hecho saber, aclarándole también que había sido gracias al ruinoso estado de la vivienda que le había salido a buen precio. Y después, demostrando una torpeza sin precedentes, le había hablado de su deseo de convertirla en un verdadero *hogar*; porque de haber surgido la oportunidad se habría casado con ella. Por supuesto que lo habría hecho y hubieran tenido hijos.

«Incluso habríamos podido ser felices», adornó el sarcasmo con una sonrisa de medio lado sabiendo que no hubiera sido así a pesar del aprecio que se tenían.

Se aproximaba a la plaza y las risas y gritos de los niños que en ella jugaban, pusieron fin a sus cavilaciones y estiraron sus labios hasta formar una gran sonrisa. Le agradaba escucharlos y pensar que de alguna forma, con su labor, colaboraba a mantener su alegría.

En el interior de carruaje, con la capa bien cerrada sobre el sencillo vestido de lana que eligiera para el viaje, Lorianne observaba divertida a Effie, la doncella que, sentada frente a ella, se había quedado dormida a pesar de lo incómodo de la postura y el constante traqueteo del vehículo. No la censuraba. El viaje desde Londres se hacía largo y tedioso —unas tres horas siempre y cuando los caminos se hallaran en buen estado— y la pobre mujer llevaba en pie, trabajando, desde antes del amanecer. Por suerte, faltaba poco para llegar a Minstrel Valley y todos podrían descansar, pensó al reconocer la zona, sintiendo entonces un cosquilleo de anticipación al saberse cerca del pueblo. Quiso creer que se debía a lo bien que se encontraba en la escuela de señoritas de lady Acton y a las buenas amigas que allí hiciera.

Aquel sería su segundo curso en la academia y sentía Minstrel House como un hogar a pesar de que las normas eran más estrictas que en su propia casa. Algo, por otra parte, comprensible si lo que se perseguía era convertirlas en damas educadas, elegantes y distinguidas: *Damas Selectas*, que diría lady Acton.

En su caso, una dama de dieciocho años que tenía muy claro qué clase de hombre quería por esposo. Por desgracia también entendía que no sería tarea fácil encontrarlo y mucho menos captar su atención si lo anterior llegaba a ocurrir. De ahí que, tras saber de la existencia de la academia de lady Acton —un lugar con fama de extraordinario—, hubiera pedido a sus padres que usaran sus contactos para lograr que la admitieran como alumna; por su parte, ponía especial empeño en convertirse en la clase de mujer que todo caballero ansiaría tener por esposa y que solo uno —el de su elección—, lograría llevar ante el altar.

Contaba ya con varios pretendientes que le enviaban fogosas cartas en las que le declaraban su amor incondicional y que trataban de visitarla cada vez que se encontraba en Londres. Por desgracia, ninguno de ellos se ajustaba a sus expectativas.

«Demasiado jóvenes, impetuosos e inmaduros para mi gusto», caviló contemplando el verde paisaje que corría ante sus ojos del otro lado de la ventanilla.

Una brusca e inesperada sacudida del carruaje provocó que se golpeará la frente contra el marco del ventanuco, interrumpiendo así sus pensamientos y arrancándole un gritito de dolor.

—¿Qué fue eso? —se despertó Effie con cara de susto al verse arrojada contra una de las paredes del coche.

—Tranquila, una de las ruedas ha debido pasar sobre un socavón del camino.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó aún desorientada la doncella al tiempo que recuperaba la posición sobre el asiento.

—Aún no, pero ya falta poco —respondió al volver a mirar hacia afuera y ver las tierras de cultivo que bordeaban el pueblo.

—Gracias al cielo, se me estaba haciendo eterno —dijo entre bostezos mal disimulados, acomodándose la cofia sobre el cabello negro salpicado ya con alguna que otra cana.

—Sí, eso me pareció —comentó Lori irónica.

—No le enseñan en esa escuela suya que es de mal gusto burlarse de las personas —la reprendió con tono jocoso. Conocía a la muchacha desde que era poco más que un bebé y sabía que era una niña dulce, cariñosa, alegre y sin un ápice de maldad. Si se permitía alguna que otra broma era por la confianza que se tenían; por eso no se había tomado a mal sus palabras.

—¡Uy, sí! Y si lady Valery me hubiera escuchado, seguro habría tenido algo que decir al respecto. No te haces una idea de lo estricta que es y nada le pasa desapercibido. Aunque su relación con el señor Bissop la ha ablandado un poquito —dijo esto último con aire pensativo. Estaba segura de no equivocarse respecto al cambio experimentado por la profesora tras comprometerse con el maestro de equitación, lo que no alcanzaba a comprender era el origen de dicho cambio.

—¡Ay, el amor! —exclamó Effie con expresión soñadora.

—¿Qué tiene que ver el amor con el comportamiento de lady Valery? —Sonó despectiva sin pretenderlo.

—¡Bendita inocencia! —Sonrió cariñosa—. El amor todo lo puede, criatura —respondió antes de que Lori formulara una nueva pregunta—. Cuando uno se enamora la vida se ve de diferente manera y hasta el carácter más agrio se dulcifica. —Lori torció el gesto en señal de desacuerdo—. Lo comprobarás por ti misma cuando llegue el momento —dijo al tiempo que, solemne, asentía con la cabeza como si sus palabras revelaran una verdad universal.

—No entra en mis planes enamorarme —repuso convencida.

—Poco o nada entiende de planes el corazón. Si aparece la persona adecuada, será él quien decida y no su cabeza, niña.

—No te suponía tan romántica, Effie —dijo con una enorme sonrisa de diversión en los labios.

—Romántica o no poco importa; lo que le acabo de decir es tan cierto como que el sol aparece cada mañana.

Lori la miró pensativa. Sonaba tan segura que la hizo dudar. ¿Estaría en lo cierto? Sería posible que, a pesar de tener claro lo que deseaba, terminara por enamorarse. «Imposible». Sacudió la cabeza y recuperó la sonrisa. ¿De quién hacerlo cuando ni siquiera le complacían sus pretendientes? Resultaba ridículo pensar que aparecería uno que además de cumplir sus expectativas, le robaría el corazón.

—¿Os quedaréis a pasar la noche en la posada? —preguntó solo por variar de conversación; de sobra sabía que solo cuando la noche se les echaba encima o viajar entrañaba riesgo a causa del clima, pernoctaban en The Old Flute.

—No, no. Esta misma tarde regresamos a Londres. Eso sí, después de que la señora Witt nos alegre el paladar con una copita de jerez y algunas de esas deliciosas pastas que suele hornear —respondió con un guiño.

—Tienes razón, son realmente deliciosas —coincidió justo en el momento que los cascos de los caballos repiqueteaban contra el empedrado de Legend Square. En cuestión de minutos llegarían a Minstrel House.

Recogió con desgana los guantes que al inicio del trayecto dejara sobre el asiento; detestaba usarlos. Le provocaban una sensación de ahogo indescriptible y se los quitaba a la menor oportunidad. Motivo por el cual ya había perdido varios pares —una vez se desprendía de ellos, los olvidaba allí donde los hubiera depositado— y sus manos, expuestas con demasiada frecuencia a los elementos, no lucían tan blancas ni delicadas como cabría esperar en una dama; como consecuencia, recibía constantes toques de atención por parte de lady Valery.

—*Recuerde, señorita Bowler: Es preceptivo el uso de guantes siempre que se salga al exterior y también durante el transcurso de una velada* —le repetía incansable y dando muestra de una paciencia infinita— cada vez que reparaba en sus manos desnudas.

Debía ponérselos si quería evitar que la recibieran con una reprimenda.

Un ladrido procedente del exterior la hizo interrumpir la enojosa tarea y mirar hacia afuera. Como sospechara, se trataba de Showy. Sin embargo y aunque sus labios se estiraron para formar una sonrisa al ver a la perrita de orejas largas y pelaje cobrizo, no fue ella quien acaparó su atención sino unos increíbles ojos verdes que, a pesar de la distancia, consiguieron atrapar su mirada con aquel destello que siempre detectaba en ellos cuando se encontraban. En esta ocasión, quizá por escudarse tras un cristal, no bajó la vista como solía hacer, aunque sí se sonrojó. Había algo en la forma en que el señor Worth la miraba, que si bien no lograba interpretar, sí la ponía un poquito nerviosa. Aun así, le dedicó una sonrisa de reconocimiento en el instante mismo en que el carruaje se disponía a iniciar el giro para abandonar Legend Square. En respuesta, los labios del condestable también esgrimieron una sonrisa, tan amplia y genuina que Lorianne, maravillada, incluso se inclinó hacia delante para no perderla de vista.

Fue en ese instante, cuando el carruaje estaba a punto de completar la maniobra, que vio a Showy pasar frente a ella a toda velocidad.

—¡Detente, Showy! —Lori reconoció la preocupación en el grito del condestable y se le aceleró el pulso; más aún al escuchar las órdenes que el cochero vociferaba a los caballos, los agitados ladridos de la perra y los asustados relinchos de los jamelgos; se temió lo peor. Un instante después salía despedida hacia delante, cayendo sobre la desconcertada doncella. Ambas gritaron a un tiempo, más por la sorpresa que por el daño que pudieran haberse hecho.

—¡Condenado animal! —masculló Nerian con la mandíbula apretada mientras corría hacia la esquina de la plaza. Algunos de los vecinos allí congregados, salieron tras él; unos por pura preocupación, otros por simple curiosidad.

Cuando alcanzó el carruaje, los caballos aún resollaban y pateaban inquietos el suelo. Por suerte el cochero había logrado detenerlos sin mayor problema, tenía la situación bajo control y Ronan O'Neill ya se acercaba para ofrecerle su ayuda con el tiro en caso de ser necesario.

—¿Se encuentran bien? —Preguntó Worth nada más abrir la portezuela, con una voz firme y sosegada que camufló a la perfección la congoja que sintiera un instante antes. Dentro, las dos mujeres se afanaban por recuperar la postura sobre los asientos y también su aspecto, en ese momento un tanto desaliñado como consecuencia, supuso, de la brusca parada.

—Eso parece —resopló la doncella enderezando su cofia, observando a Lorianne que también recolocaba su sombrero.

—¿Y Showy...? —inquirió esta con un nudo de angustia en la garganta, intentando mirar fuera sin encontrar un solo hueco por el que hacerlo, puesto que el condestable tapaba con su cuerpo la entrada del vehículo.

Antes de que Nerian pudiera responder, la perrita, ajena al revuelo que se había generado por su causa y como si hubiera intuido que se interesaban por ella, se coló por entre las piernas de su amo hasta apoyar las patas delanteras en el interior de carruaje.

—¡Hola, preciosa! —la saludó Lori aliviada al comprobar que se encontraba en perfecto estado—. ¿Puedo...? —dudó—, me gustaría bajar un momento —dijo al fin, intentando sonar decidida.

La criada abrió la boca para protestar.

—De acuerdo —cedió ante la expresión de súplica que compuso la joven al intuir su negativa—. Un par de minutos de demora no supondrán un problema y nos sentará bien tomar un poco el aire después de semejante susto.

Lori le dedicó a Effie una radiante sonrisa de agradecimiento que conservaba cuando se giró dispuesta a apearse. Le sorprendió comprobar que el señor Worth continuaba bloqueando la salida del coche. Algún motivo debía tener para permanecer allí parado, de lo contrario, correcto como era, ya se habría retirado para flanquearle el paso, caviló alzando la vista hacia su rostro. ¿Qué podía estar observando con tanta fijeza? Se preguntó extrañada sin perder la sonrisa. Al menos hasta caer en la cuenta de que era su boca la que acaparaba la atención del condestable. En un acto

reflejo miró la de él, bien definida, de aspecto suave... «Y atrayente». Se sonrojó al instante, pero no se desdijo; demasiadas veces se había descubierto observando los labios masculinos para negar que le resultaban tentadores.

Entretanto, Nerian se preguntaba si sería consciente de lo maravillosa que era su sonrisa, de la alegría que transmitía y lo contagiosa que resultaba. Con seguridad se lo habrían mencionado infinidad de veces, pensó en el instante mismo en que la criada carraspeaba de manera ostentosa.

Tuvo lugar un incómodo y breve cruce de miradas entre los tres, que se interrumpió con la llegada del cochero. Nerian se hizo a un lado y mientras el hombre ajustaba la escalerilla, él se encargó, siempre amable, de dispersar a los curiosos que se hallaban alrededor del carruaje. Cuando regresó, el empleado de los Bowler ayudaba a la joven a descender. No bien puso un pie en el suelo, Showy se acercó a ella agitando la cola.

Con la perrita a su lado, Lori se apartó unos pasos para que el señor Fenn ayudara también a Effie. Al moverse, algo que había quedado olvidado entre los pliegues del vestido y la capa, cayó al camino. Solícito, Nerian se agachó. Lorianne también se inclinó y ambos agarraron el objeto a la vez. Divertidos por la coincidencia, buscaron la mirada del otro. Quizá hacerlo a tan corta distancia fue el motivo por el cual Lorianne notó que sus pupilas se conectaban. La sensación resultó tan intensa que la zarandeó por dentro.

Abrumada como siempre por la reacción que aquellos ojos provocaban en su cuerpo, apartó la vista. Worth aun la contempló un instante antes de estudiar la pequeña pieza de cuero que mantenían sujeta. De inmediato sus ojos volaron hacia la otra mano de la muchacha y una sonrisa torcida apareció en sus labios al corroborar que el guante que sostenían le pertenecía.

No era la primera vez —pudiera ser que tampoco la última— que la descubría sin la protección de la prenda. Ignoraba los motivos que la señorita Bowler tenía para desatender una norma de etiqueta tan básica que hasta él conocía; dudaba que se tratara de un acto de rebeldía, tal vez despiste. Fuera como fuese, aquellos descuidos eran los responsables de que las manos de la joven dama lucieran —en su opinión— un saludable y favorecedor tono dorado.

—Que alguien aparte a este animal, por favor —escucharon la tensa queja de Effie cuando la perra se acercó a olisquearla. Nerian, a pesar de preferirla sin ellos, soltó el guante para que pudiera ponérselo y él acudir al rescate de la criada.

—Showy, ven aquí —dijeron a la vez. Un destello de complicidad apareció en sus ojos al cruzar una nueva mirada. Fue Showy la que, obediente, se aproximó a ellos y entonces, acaparó toda la atención de Lorianne.

—Según me acaba de contar el señor Fenn, esa bola de pelo con patas persiguió a los caballos y provocó este desaguisado —apuntó la doncella manteniendo las distancias con el animal al que en ese momento, la joven Bowler, acariciaba con mimo.

A Lori le inquietó que lo ocurrido pudiera acarrear consecuencias para la perrita y preocupada, alzó la mirada hacia el rostro del condestable. Este se había puesto serio de repente y durante unos segundos, sus pupilas se tornaron de un verde más oscuro que no la tranquilizó en absoluto.

—En realidad no perseguía a los caballos, iba en busca del palo que uno de los muchachos le había arrojado, me temo que con demasiada fuerza y sin controlar la dirección del lanzamiento — aclaró los hechos— y a Showy le encanta correr en busca de cualquier objeto que vuele ante su hocico —justificó a la perra—. En todo caso —continuó—, ni los niños y muchos menos la perra, son responsables de lo ocurrido, sino yo, que tendría que haber estado más pendiente de sus juegos.

Al escucharlo, Lorianne supo que lo que había visto en sus ojos era culpabilidad y no pudo dejar de admirar su franqueza y que asumiera la responsabilidad cuando hubiera sido más sencillo acusar al pobre animal, incluso a alguno de los chiquillos.

—A Dios gracias solo ha sido un susto —apuntó la criada dando por zanjado el asunto—. Ahora, señorita, me temo que debemos continuar.

Lori asintió con desgana, pero sabía que si permanecía allí más tiempo se les echaría la noche encima antes de que pudieran llegar a Londres. Aprovechó que Effie regresaba al interior del carruaje con la ayuda del cochero, para dedicarle las últimas carantoñas a Showy.

—Nos veremos pronto —le prometió con un susurro que aceleró el pulso de condestable por el cariño que encerraba y sí, ¿para qué negarlo?, porque también él disfrutaría de ese próximo encuentro aunque no fuera el destinatario del afecto de la muchacha; ni se atrevía a pretenderlo siquiera. No era mujer para él, lo sabía y aun así...

—Permítame que la ayude —se ofreció, cortando de raíz un pensamiento que, por su bien, prefería evitar.

—Gracias. —Se sorprendió cuando su mano percibió la robustez del antebrazo que le servía de apoyo. Durante una fracción de segundo deseó poder deslizar los dedos hacia arriba y comprobar si todos sus músculos eran realmente tan fuertes como aparentaban. Un cosquilleo le trepó desde el estómago hasta el pecho, donde su corazón había comenzado a latir con rapidez. Si de solo pensar en acariciar su brazo, tal vez también el hombro, reaccionaba de aquella manera, no quería imaginar qué podría sentir se llegara a encontrarse rodeada por sus brazos.

—Que tengan buena tarde —les deseó, preguntándose qué habría provocado el rubor de la muchacha en esa ocasión.

—Igualmente, señor...

—Worth —volvieron a hablar a un tiempo él y Lori. Esta, a duras penas contuvo la risa, Nerian sin embargo soltó una carcajada espontánea y natural que Lorianne encontró deliciosa. Effie, sin embargo, enarcó una ceja mientras los observaba a ambos con suspicacia.

—Nerian Worth, condestable de Minstrel Valley para servirla. —Recuperó la compostura y se presentó solemne con una leve inclinación de cabeza. La mujer asintió satisfecha.

Saber que se trataba del representante de la ley, tranquilizó en parte a Effie. A fin de cuentas, el lugar no era Londres y en un pequeño pueblo como aquel, todo el mundo se conocía y las formas se relajaban en gran medida.

Nerian cerró la portezuela, retrocedió unos pasos y ordenó a la perra que se sentara a su lado.

Lori les dedicó una última mirada antes de que el carruaje se pusiera en marcha. Qué buena estampa ofrecían juntos.

Pasaron frente a la casa de los Randall y cruzaron la portilla que permitía el acceso a Minstrel House sin que nadie les saliera al paso; a esa hora el señor Barry se encontraría en la mansión o tal vez dando uno de sus paseos por los alrededores.

—Ya hemos llegado —anunció Effie al detenerse el carruaje frente a la gran escalera semicircular de la mansión. Un par de segundos después, el cochero abrió la portezuela, volvía a ajustar la escalerilla y le ofrecía a la joven su brazo como punto de apoyo.

Lorianne aceptó su ayuda y descendió con estudiada elegancia. Cualquier momento era bueno para poner en práctica las enseñanzas de la profesora de protocolo.

—Gracias, señor Fenn —sonrió antes de volverse y mirar a la doncella que continuaba en el interior del vehículo—. ¿Seguro no prefieres pasar la noche en la posada? —insistió con tono amable.

—Su madre cuenta con tenernos de vuelta esta noche. Si no regresáramos podría pensar que hemos sufrido algún percance por el camino —añadió antes de que la muchacha pudiera rebatir la primera frase.

—Llevas razón. —Torció el gesto contrariada; les hubiera sentado bien el descanso—. Aun así, disfrutad sin prisa de las pastas de la señora Witt —apuntó con picardía, evitando mencionar el jerez con el que acompañarían los dulces.

—Descuide, lo haremos —contestó la mujer con un guiño.

Lori asintió y satisfecha ascendió por el brazo central de la escalera hacia la amplia plazoleta en la que confluían tres tramos de peldaños separados por unos floridos parterres. Una vez arriba se dio la vuelta y agitó la mano en alto a modo de despedida cuando el carruaje reanudó la marcha en dirección a los establos.

—Buen viaje —les deseó alzando la voz para hacerse oír. Detrás del cristal, Effie también sacudió la mano para devolverle el saludo.

—¡Señorita Bowler! —Lorianne se envaró al escuchar la severa voz que, a su espalda, pronunció su nombre con el inconfundible tono admonitorio de la gobernanta.

«¡Bulldog Burton!», lamentó su mala suerte; de haberse tratado del señor Barry su falta de decoro hubiera pasado desapercibida o al menos no habría sido tomada en cuenta. El viejo soldado, aunque un poco gruñón, las quería y protegía como si fueran indefensos polluelos. «Sus niñas», las llamaba.

—Buenas tardes, señora Burton.

Cuando Lorianne entró en su dormitorio aún llevaba las mejillas encendidas; una mirada de Bulldog Burton podía ser más intimidatoria que la más severa reprimenda de lady Eleanor, al directora. La mujer no necesitaba expresar con palabras su desaprobación para hacerse entender. Que hubiera cerrado la puerta mascullando algo a cerca de su obsesión por la perra del condestable le había hecho pensar que, además de estricta, tenía dotes adivinatorias. Si no, ¿de

qué otra manera podía saber que había estado con Showy? Fue al verse reflejada en el espejo de cuerpo entero de su armario, que reparó en las huellas de barro que adornaban su capa.

«Clarividente no, pero sí tiene vista de halcón», se dijo restregando la tela para desprender la suciedad.

**¿A quién seguir cuando el corazón te grita que te enamores del joven apuesto que hace que la pasión despierte en cada poro de tu piel, pero la razón te dice que es otro el adecuado?**



Becca Grant ha decidido enamorarse del nuevo profesor de arte. Ese hombre debe ser el adecuado, pues es apuesto, culto y le hace sentir una ligera expectativa, así que se lanza a una serie de encuentros no tan casuales para llamar su atención. Pero en su camino se interpone el señor Miller, que se va a quedar en Minstrel Valley unas semanas y ha decidido hacer de ella su conquista, con él todo se convierte en deseo de aventura.

Desde el momento en que Patrick ve a Becca el resto de mujeres dejan de existir. Tiene poco tiempo para hacerla suya así que se ve obligado a utilizar métodos... poco sofisticados para llamar su atención. Pero cuando la traición cae sobre su amada se da cuenta de que no todo vale en el amor y que si tiene que esperar toda una vida por ella, lo hará. Porque cuando los sentimientos son verdaderos, el amor espera para siempre.

**Diane Howards** nació en un lugar de Inglaterra de cuyo nombre no quiere acordarse, pero vive en un pequeño pueblo en el condado de Hertfordshire llamado Minstrel Valley donde el agua es más clara, el cielo más azul y la hierba más verde. Allí cultiva rosas en su pequeño cottage y escribe novelas de amor sobre los habitantes de su hermosa villa, donde el romance está en el aire y cada mes alguna dama incauta cae rendida a sus pies.

Aunque nunca confesaría su edad, ¡es una señorita!, es aficionada a las cintas y lazos que puede adquirir en el colmado de la señora Gibbs, y sobre todo a los libros. Cuando no está escribiendo, es fácil encontrarla en el embarcadero del lago Minstrel con una novela en la mano, perdida entre sus páginas.

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Diane Howards

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17616-21-2

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](https://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## NOTAS

### Capítulo 3

[1] Colton se refiere a la Revolución francesa.

### Capítulo 4

[2] A las once de la mañana, la aristocracia inglesa solía salir a pasear por Hyde Park.

# Índice

Un mes para seducir a una dama

Capítulo 1  
Capítulo 2  
Capítulo 3  
Capítulo 4  
Capítulo 5  
Capítulo 6  
Capítulo 7  
Capítulo 8  
Capítulo 9  
Capítulo 10  
Capítulo 11  
Capítulo 12  
Capítulo 13  
Capítulo 14  
Capítulo 15  
Capítulo 16  
Capítulo 17  
Capítulo 18  
Capítulo 19  
Capítulo 20  
Epílogo  
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela  
Sobre este libro  
Sobre Diane Howards  
Créditos  
Notas